EL MONJE

MATTHEW G. LEWIS

Ediciones el**aleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

ADVERTENCIA DEL AUTOR

La primera idea de esta novela fue sugerida por la narración del santón Barsisa, relatada en *The Guardian*. La Monja Sangrante es una tradición a la cual todavía se da fe en muchas partes de Alemania, y se me ha dicho que las ruinas del castillo de Lauenstein, que supuestamente frecuenta, todavía pueden verse en las fronteras de Turingia. *El rey del agua* es, desde la tercera hasta la duodécima estrofa, el fragmento de una balada de origen dinamarqués. Y *Belerma y Durandarte* se ha traducido de algunas estrofas que se pueden encontrar en una colección de antigua poesía española, que también contiene la canción popular de *Gaiferos y Melisandra*, mencionada en Don Quijote. Ya he hecho plena admisión de los plagios de que tengo noción; pero no dudo de que pueden encontrarse muchos más, de los cuales en este momento no tengo conciencia alguna.

PREFACIO

IMITACIÓN DE HORACIO, Epístolas , 1, 20

Creo, ¡oh libro vano y malpensado!,
Que te veo lanzar miradas de avidez
A Paternoster, lugar de grande fama,
Donde se pierden y ganan nombradías.
Te duele ver el fruto de tu arte
Perdido entre libracos olvidados.
Desdeñas el cerrojo y las llaves
Y ansías finas pastas y dorados cantos
Para tu libro dejar encuadernado
En Stockdale, Hookham o Debrett.
Ve, pues, y pasa el linde peligroso
Del cual libro ninguno puede regresar.
Y cuando tus lectores te critiquen,
Te burlen, olviden, desprecien y condenen
(si por ventura te han leído),
Lamentarás dolorido tu locura
Y en la paz del hogar querrás quedar.
Y ahora, en profético oficio,
Así te anuncio tu futura suerte:
Cuando tú, libro, ya no seas nuevo,
Ni ya joven y recién nombrado,

Perdida en un rincón oscuro y sucio,
Mohosa de humedad, envuelta en telarañas,
Tu obra será presa del gusano,
O enviada a la abacería,
Condenada al escándalo y denuesto,
Y forrará el baúl, o envolverá la vela.
Mas si te recibieran con aprecio
Y alguien se sintiese con tendencia
A preguntar, en natural transición,
Por mi persona y condición,
Que soy uno, a quien pregunte dile,
Ni demasiado pobre, ni muy rico,
Fuerte en pasiones, rápido de espíritu,
Torpe de forma, pequeño en estatura,
De pocos aprobado, y aprobador de pocos;
Extremo en el odio, en el amor extremo.
Que aborrezco a quienes no quiero
Y adoro a quien mi fantasía atrae.
Nunca lento en forjarme opiniones,
Y casi siempre equivocado en ellas.
Firme en la amistad, aunque entiendo
Que otros son traidores y engañosos.
Y considero que en estos tiempos
Es una pura quimera la amistad.
No sé que haya nadie más apasionado,
Altivo, obstinado e inflexible,
Mas para quienes muestran su bondad
Pasar por el humo y por el fuego quiero.
Y si alguien preguntara a tu folio,
"Dime, tu autor, ¿cuántos años tiene?",
Sin duda tus defectos dejarán en claro
Que apenas he llegado a cumplir veinte,
Que pasaron, Buen Lector, por mi palabra,
Cuando en trono de Inglaterra Jorge III estaba.
Y ahora, pues, sigue tu aventurada marcha.

¡Ve, mi placer, mi querido libro, adiós!

M. G. L.

La Haya, 28 de octubre de 1974.

CAPÍTULO I

El señor Ángelo es riguroso;
Se muestra vigilante con la tentación; casi no revela
Que hay sangre en sus venas, o que su apetito
El pan prefiere, no las piedras.

SHAKESPEARE, *Medida por medida*

Apenas había repicado cinco minutos la campana de la abadía y ya la iglesia de los capuchinos se encontraba repleta. Que no se aliente la idea de que la multitud se congregaba por motivos piadosos o por sed de información. Muy pocos eran atraídos por estas razones, y en una ciudad en que la superstición reina con tan despótico imperio como en Madrid, buscar una devoción auténtica sería un intento infructuoso. El público reunido en la iglesia de los capuchinos se hallaba allí por distintas causas, todas ellas ajenas al motivo ostensible. Las mujeres iban a exhibirse, los hombres a mirarlas. A algunos los atraía la curiosidad de escuchar a un orador tan celebrado; otros llegaban porque no contaban con mejor medio de ocupar su tiempo hasta que se iniciara la función teatral; varios, porque tenían entendido que sería imposible encontrar lugar en la iglesia; y la mitad de Madrid acudía con la esperanza de encontrarse con la otra mitad. Las únicas personas verdaderamente

ansiosas de escuchar al predicador eran unos pocos devotos anticuados, además de media docena de oradores rivales decididos a encontrar defectos y a ridiculizar la alocución. En cuanto al resto del público, el sermón habría podido omitirse por completo sin que ello lo hubiera desilusionado, y lo más probable era que no se advirtiese la omisión.

Fuese cual fuere la causa, lo cierto, al menos, es que la iglesia de los capuchinos nunca había visto una concurrencia tan nutrida. Todos los rincones se hallaban repletos, todos los asientos ocupados. Se utilizaron inclusive las estatuas que adornaban las largas naves. Los chicos se colgaban de las alas de los querubines; San Francisco y San Marcos tenían, cada uno, un espectador en sus hombros. Y Santa Ágata se veía en la necesidad de soportar una doble carga. La consecuencia era que, a pesar de toda su prisa y diligencia, al entrar en la iglesia nuestras dos recién llegadas buscaron en vano un lugar.

Pero la anciana continuó avanzando. Inútiles fueron las exclamaciones de desagrado que se le dirigieron desde todas partes; inútil que se le dijera:

-Le aseguro, señora, que no hay lugar aquí.

-¡Le ruego, señora, que no me empuje de manera tan intolerable!

-Señora no puede pasar por aquí. ¡Por Dios! ¡Cómo puede ser tan molesta la gente!

La anciana era obstinada y siguió adelante. A fuerza de perseverancia y de dos brazos musculosos, se abrió paso entre la muchedumbre y consiguió introducirse en el cuerpo mismo de la iglesia, no muy lejos del púlpito. Su compañera la había seguido con timidez y en silencio, aprovechando los esfuerzos de su guía.

-¡Virgen Santísima! -exclamó la anciana con tono de desaliento, mientras lanzaba en derredor una mirada escudriñadora. ¡Virgen Santísima! ¡Qué calor, qué apiñamiento! Me pregunto qué puede significar todo esto.

Creo que debemos regresar; no hay ni un asiento disponible y nadie parece tener la suficiente bondad como para cedernos el suyo.

Esta clara insinuación atrajo la atención de dos caballeros, quienes ocupaban banquillos a la derecha y apoyaban la espalda contra la séptima columna, a contar desde el púlpito. Ambos eran jóvenes y exhibían rica vestimenta. Al oír ese llamado a su cortesía, pronunciado por una voz femenina, interrumpieron su conversación para mirar a la que hablaba. Ésta se había echado hacia atrás el velo para observar la catedral con mayor claridad. Su cabello era rojo y bizqueaba. Los caballeros dejaron de observarla y reanudaron su conversación.

-Por supuesto -respondió la compañera de la anciana-; por supuesto, Leonela, volvamos a casa enseguida. El calor es excesivo y me aterra este gentío.

Estas palabras fueron pronunciadas con tono de dulzura impar. Los caballeros volvieron a interrumpir su conversación, pero esta vez no se conformaron con una mirada; ambos saltaron involuntariamente en sus asientos y se volvieron hacia la que hablaba.

La voz provenía de una mujer y la delicadeza y elegancia de su figura inspiraron en los jóvenes la más vivaz curiosidad por ver el rostro al cual pertenecía. Esta satisfacción les fue negada. Sus facciones se hallaban ocultas por un denso velo, pero el forcejeo entre la multitud lo había desordenado lo bastante como para dejar al descubierto un cuello que habría podido competir con la Venus de Médicis en simetría y belleza. Su blancura era deslumbrante y su encanto era realzado por la sombra de las trenzas de sus largos cabellos rubios, que descendían ensortijadas hasta la cintura. Su cuerpo estaba más bien por debajo que por encima de la estatura media; era grácil y etéreo como el de una dríade. Llevaba el pecho cuidadosamente velado. Su vestido era blanco; lo tenía ajustado con un cinturón azul y apenas

permitía que por debajo de él asomara un piececito de las más delicadas proporciones. Un rosario de grandes cuentas le pendía del brazo y su rostro, se hallaba cubierto por un velo de gruesa gasa negra. Tal era la joven a quien el menor de los caballeros ofreció en ese momento su asiento, en tanto que el otro consideraba necesario tener la misma gentileza con su compañera.

Con muchas expresiones de gratitud, pero sin demasiada resistencia, la anciana aceptó el ofrecimiento y se sentó; la muchacha siguió su ejemplo, pero la única muestra de agradecimiento fue una sencilla y graciosa reverencia. Don Lorenzo (tal era el nombre del caballero cuyo asiento había aceptado) se ubicó cerca de ella, pero primero susurró unas palabras al oído de su amigo, quien en el acto aceptó la insinuación y trató de que la anciana desviara su atención de la encantadora joven que tenía a su cargo.

-Sin duda llegó hace poco a Madrid -dijo Lorenzo a su rubia vecina. Es imposible que tales encantos hayan pasado inadvertidos durante mucho tiempo. Y si ésta no fuese su primera aparición en público, la envidia de las mujeres y la adoración de los hombres ya la habrían destacado lo suficiente.

Se interrumpió, en espera de una respuesta. Como sus palabras no exigían en absoluto réplica alguna, la dama no abrió los labios. Al cabo de unos instantes, él reanudó su plática:

-¿Me equivoco al suponer que es forastera en Madrid?

La dama vaciló y, al cabo, en voz tan baja que resultaba apenas inteligible, se decidió a responder:

-No, señor.

-¿Tiene la intención de permanecer aquí mucho tiempo?

-Sí, señor.

Me consideraría afortunado si estuviese en mis manos contribuir a hacer agradable su estada. Soy bien conocido en

Madrid y mi familia está allegada a la Corte. Si puedo serle de alguna utilidad, nada podrá complacerme ni honrarme más que su autorización para prestarle cualquier servicio.

"Sin duda -reflexionó- no puede contestar esto con un monosílabo; ahora tendrá que decirme algo." Pero Lorenzo se equivocó, pues la dama sólo respondió con una inclinación de cabeza.

Para entonces el caballero había descubierto que su vecina no era muy conversadora, pero aún le resultaba imposible decidir si su silencio era producido por el orgullo, la discreción, la timidez o la estupidez. Luego de una pausa de varios minutos, dijo:

-Es indudable que sigue usando el velo porque no es de aquí, y todavía no conoce nuestras costumbres. Permítame que se lo quite.

Al mismo tiempo extendió el brazo hacia la gasa; la dama levantó la mano para impedirlo.

-Jamás me quito el velo en público, señor.

-¿Y cuál es el daño que eso puede provocar, por favor? -la interrumpió su anciana compañera con cierta sequedad. ¿No observas que las otras damas se despojaron de sus velos, sin duda para honrar el santo lugar en que nos encontramos? Yo ya me saqué el mío, ¡y por cierto que si expongo mis facciones a la observación general, tú no tienes motivos para demostrar tan insólita alarma! ¡María bendita! ¡Tanta alharaca y ajetreo por el rostro de una chiquilla! ¡Vamos, vamos, niña! Te garantizo que nadie te lo robará...

-Querida tía, no es la costumbre de Murcia...

-¡Murcia, vaya! Santa Bárbara bendita, ¿qué significa eso? Te la pasas recordándome esa grosera provincia. Si es costumbre en Madrid, eso es lo único que debemos tener en cuenta, y por lo tanto deseo que te saques el velo en el acto. Obedéceme ahora mismo, Antonia, pues sabes que no soporto que me contradigan.

Su sobrina guardó silencio, pero ya no se opuso a los esfuerzos de don Lorenzo quien, respaldado por la autorización de la tía, se apresuró a sacar la gasa. ¡Qué cabeza seráfica se presentó a su admiración! Y sin embargo, era más hechicera que bella; pero su encanto residía menos en la regularidad de sus rasgos que en la dulzura y sensibilidad de su semblante. Consideradas por separado las distintas partes de su cara, muchas de ellas estaban lejos de ser hermosas, pero cuando se las examinaba a la vez, el conjunto era adorable. Aunque clara, su tez no carecía de pecas; sus ojos no eran muy grandes, ni sus pestañas especialmente largas. Pero los labios ostentaban la más rosada frescura; el cabello, rubio y ondulado, se le derramaba ensortijado por debajo de la cintura, apenas retenido por una sencilla cinta; el cuello era firme y bello en extremo; la mano y el brazo estaban modelados con la más perfecta simetría; sus suaves ojos azules parecían un cielo de dulzura y el cristal en que se movían chispeaba con todo el brillo de los diamantes. Parecía tener apenas quince años; una sonrisa pícara, que le jugueteaba en la boca, la declaraba poseedora de vivacidad, contenida en ese momento por un exceso de timidez. Miró alrededor con expresión apocada y, cada vez que sus ojos se encontraban, por accidente, con los de Lorenzo, los bajaba deprisa hacia su rosario. La mejilla se le encendía enseguida con rubores, y se dedicaba a repasar las cuentas del rosario, aunque era evidente que sus gestos mostraban que no sabía qué estaba haciendo.

Lorenzo la contempló con una mezcla de asombro y admiración, pero su tía consideró necesario disculparse por la *mauvaise honte* de Antonia.

-No es más que una criatura –dijo-, con total ignorancia acerca del mundo. Se crió en un viejo castillo de Murcia, sin otra compañía que la de su madre, quien, ¡Dios la ayude!, no tiene más sensatez, la pobre, que la necesaria para llevarse la

sopa a la boca. Y sin embargo, es mi hermana, tanto por padre como por madre.

-¿Y posee tan poca sensatez? -preguntó don Cristóbal con fingido asombro. ¡Qué extraordinario!

-Muy cierto, señor. ¿Verdad que es extraño? Pero es así. Y sin embargo, ¡la suerte que tienen algunas personas! A un joven caballero de primerísima calidad se le metió en la cabeza que Elvira tenía ciertas pretensiones de belleza. En cuanto a pretensiones, por cierto, siempre las tuvo, y en cantidad, ¡pero belleza! ¡Si yo hubiese hecho la mitad de los esfuerzos que hacía ella para sobresalir! Pero esto no viene al caso. Como decía, señor, un joven noble se enamoró de mi hermana y la desposó sin que el padre de él lo supiera. La unión se mantuvo en secreto durante casi tres años, pero al cabo llegó a oídos del viejo marqués quien, como bien puede suponerlo, no se sintió complacido con la noticia. Viajó a toda prisa a Córdoba, decidido a apoderarse de Elvira y enviarla a algún lugar donde no se volviera a saber de ella. ¡Bendito San Pablo! ¡Cómo se enfureció al descubrir que se le había escapado para unirse a su esposo y que se habían embarcado juntos para las Indias! Nos maldijo a todos, como si lo poseyera el espíritu maligno; arrojó a mi padre a la prisión, a un zapatero tan honrado y laborioso como cualquiera de los de Córdoba. Y cuando se fue tuvo la crueldad de arrebatarnos al hijito de mi hermana, quien entonces tenía apenas dos años y al que se vio obligada a dejar debido a lo repentino de su huida. Supongo que el pobrecito desdichado recibió tremendos malos tratos de él, pues pocos meses más tarde nos llegó la noticia de su muerte.

-¡En verdad, qué individuo tan espantoso, señora!

-¡Oh, atroz! ¡Y un hombre tan carente de gusto! ¿Quiere creérmelo, señor? Cuando traté de apaciguarlo, me acusó de bruja, ¡me maldijo y deseó que, para castigar al

conde, mi hermana se volviera tan fea como yo! ¡Fea, yo! ¡Cuánto lo admiro por eso!

-¡Ridículo! -exclamó don Cristóbal. No cabe duda de que el conde se habría considerado afortunado si se le hubiese permitido cambiar a una hermana por la otra.

-¡Oh, Cristo! De veras, señor, es usted muy cortés. Pero me alegro de veras de que el conde pensara de otro modo. ¡Bonito negocio hizo Elvira, en verdad! Después de hervir y freírse en las Indias durante trece largos años, su esposo muere, ¡y ella regresa a España, sin casa en que refugiar su cuerpo, ni dinero con qué procurársela! Esta Antonia era entonces muy pequeña y la única hija que le quedaba. Descubrió que su suegro había vuelto a casarse, que nunca quiso reconciliarse con el conde, y que su segunda esposa le dio un hijo, de quien se afirma que es un joven admirable. El viejo marqués se negó a ver a mi hermana o a la hija suya, pero le hizo saber, a condición de no volver a oír hablar de ella, que le asignaría una reducida pensión y que podría vivir en un viejo castillo que poseía en Murcia. Había sido la residencia favorita de su hijo mayor pero, desde su fuga de España, el anciano marqués no podía soportar la morada, y la dejó caer en ruinas y confusión. Mi hermana aceptó el ofrecimiento, se retiró a Murcia, y allí permaneció hasta el mes pasado.

-¿Y qué la trae ahora a Madrid? -preguntó don Lorenzo, a quien la admiración por la joven Antonia incitaba a mostrar un vivo interés en la narración de la parlanchina anciana.

-¡Ay, señor! Como su suegro murió hace poco, el intendente de sus posesiones de Murcia se negó a seguir pagándole la pensión. Con la intención de suplicar al hijo del marqués que la renovara, ha venido a Madrid. Pero creo que habría podido ahorrarse la molestia. Ustedes, los jóvenes nobles, siempre tienen mucho en qué gastar su dinero y no es muy frecuente que se muestren dispuestos a derrocharlo

en ancianas. Aconsejé a mi hermana que enviara a Antonia junto con su petición, pero no quiso ni oír hablar de eso. ¡Es tan obstinada! ¡Bien, ya verá que hizo mal en no seguir mi consejo! La niña tiene un rostro hermoso y es posible que eso sirviera de mucho.

-¡Ah, señora! -interrumpió don Cristóbal, fingiendo una expresión apasionada, si lo que hace falta es un rostro hermoso, ¿por qué no recurrió su hermana a usted?

-¡Oh, Jesús! ¡Señor mío, le juro que me abruma con su galantería! Pero le aseguro que tengo demasiada conciencia del peligro de tales gestiones para ponerme en manos de un joven noble. No, no, hasta ahora conservé mi reputación sin manchas ni reproches y siempre supe mantener a los hombres a la distancia que corresponde.

-De eso, señora, no me cabe la menor duda. Pero permítame que le pregunte: ¿tiene, entonces, alguna aversión al matrimonio?

-Ésa es una pregunta adecuada. No tengo más remedio que confesar que si un amable caballero se presentara...

En ese punto, tuvo la intención de lanzar a don Cristóbal una mirada tierna y significativa pero, como por desgracia dio la casualidad de que bizqueara en una forma de lo más abominable, la mirada cayó directamente sobre el otro caballero. Lorenzo aceptó el cumplido, y lo contestó con una profunda reverencia.

-¿Puedo preguntar -dijo- el nombre del marqués?

-El marqués de las Cisternas.

-Lo conozco íntimamente. En este momento no se encuentra en Madrid, pero se espera que llegue un día de estos. Es una excelente persona. Y si la encantadora Antonia me permite ser su abogado ante él, no me cabe duda de que seré capaz de presentar un informe favorable con respecto a su causa.

Antonia levantó sus ojos azules y le agradeció en silencio el ofrecimiento con una sonrisa de inefable dulzura.

La satisfacción de Leonela fue más estridente y audible. En verdad, como por lo general su sobrina guardaba silencio en su compañía, consideraba que era su obligación hablar por las dos. Lo conseguía sin dificultad, pues muy pocas veces le faltaban palabras.

-¡Señor mío! -exclamó. ¡Toda nuestra familia le quedará muy reconocida! Acepto su ofrecimiento con la máxima gratitud posible y le doy mil gracias por la generosidad de su intervención. Antonia, ¿por qué no hablas, niña? Mientras el caballero te dice toda clase de amabilidades, permaneces sentada como una estatua, ¡y no pronuncias ni una sílaba de agradecimiento, mala, buena o indiferente...!

-Mi querida tía, me doy cuenta cabal de que...

-¡Calla, sobrina! ¡Cuántas veces te he dicho que no debes interrumpir a una persona que está hablando! ¿Cuándo me viste a mí hacer eso? ¿Éstos son tus modales murcianos? ¡Por compasión! Jamás podré hacer de esta niña nada que se parezca a una persona de buena educación. Pero por favor, señor -continuó, dirigiéndose a don Cristóbal-, dígame por qué hay tanta gente reunida hoy en esta catedral.

-¿Es posible que ignore que Ambrosio, abad de este monasterio, pronuncia un sermón en esta iglesia todos los jueves? Todo Madrid se deshace en elogios de él. Hasta, ahora predicó nada más que tres veces, pero cuantos lo escucharon se muestran tan complacidos con su elocuencia que resulta difícil conseguir un lugar en la iglesia, como en la primera representación de una nueva comedia. ¿Acaso su fama no llegó a oídos de usted?

-¡Ay, señor! Hasta ayer no había tenido la buena suerte de conocer Madrid, y en Córdoba estamos tan poco informados de lo que ocurre en el resto del mundo que el nombre de Ambrosio nunca se mencionó en la ciudad.

-En Madrid lo escuchará en boca de todos. Parece haber fascinado a los habitantes. Y como yo no concurrí a sus sermones, me asombra el entusiasmo que ha suscitado.

La adoración que le profesan jóvenes y viejos, mujeres y hombres, carece de parangón. Los grandes del reino lo abruman de presentes; sus esposas se niegan a tener otro confesor, y en toda la ciudad se lo conoce con el nombre de El Hombre de la Santidad.

-Por cierto, señor, que será de noble prosapia...

-Ese asunto aún no ha sido resuelto. El difunto superior de los capuchinos lo encontró, cuando era muy pequeño, en la puerta de la abadía. Todos los intentos de descubrir quién lo había dejado fueron vanos y el niño mismo no pudo explicar quiénes eran sus padres. Se educó en el monasterio, donde quedó desde entonces. Desde muy temprano mostró una acentuada inclinación por el estudio y la vida recoleta y, en cuanto llegó a la edad oportuna, hizo sus votos. Nadie se presentó nunca a reclamarlo, o a revelar el misterio que oculta su nacimiento. Y los monjes, quienes aprovechan el favor que se muestra a su institución por respeto a él, no titubearon en anunciar que es un don que les hizo la Virgen. Por cierto, la singular austeridad de su vida da ciertos visos de verdad a la afirmación. Ahora tiene treinta años, cada hora de los cuales dedicó al estudio, al alejamiento total del mundo y a la mortificación de la carne. Hasta hace tres semanas, en que fue elegido superior de la orden a la cual pertenece, nunca había transpuesto los muros de la abadía. Aun ahora, sólo sale los jueves, en que pronuncia un sermón en esta catedral, que todo Madrid se reúne para escuchar. Se dice que sus conocimientos son los más profundos, su elocuencia la más persuasiva. Nunca se supo, a lo largo de toda su vida, que violara una sola regla de su orden; no es posible encontrar la menor mancha en su conducta, y se asegura que es un observador tan estricto de su castidad que no sabe en qué consiste la diferencia entre hombre y mujer. Por consiguiente, el vulgo lo considera un santo.

-¿Eso lo hace santo a uno? -inquirió Antonia. ¡Dios me ampare! Entonces yo lo soy.

-¡Santa Bárbara bendita -exclamó Leonela-, qué pregunta! ¡Chitón, niña, calla! Éstos no son temas apropiados para una joven. No deberías dar la impresión de recordar que en el mundo existe algo que se llama hombre, y tendrías que imaginar que todos los cuerpos son análogos al tuyo. Bonito sería que dieras a entender a la gente que sabes que un hombre no tiene pechos, ni caderas, ni...

Por fortuna para la ignorancia de Antonia, que la disertación de su tía habría disipado muy pronto, un murmullo general que recorrió la iglesia anunció la llegada del predicador. Doña Leonela se levantó del asiento para verlo mejor, y Antonia siguió su ejemplo.

Era un hombre de noble porte y presencia dominante. Su estatura era elevada y sus facciones extraordinariamente hermosas. Tenía una nariz aguileña, ojos grandes, negros y chispeantes, y sus negras cejas casi se unían. Su tez era de un bronceado intenso pero claro; el estudio y la vigilia habían privado totalmente a sus mejillas de color. La serenidad reinaba en su lisa frente sin arrugas y el sosiego, expresado en cada rasgo, parecía anunciar al hombre desconocedor por igual de preocupaciones y de villanías. Hizo una humilde inclinación de cabeza dirigida al público. Había, sin embargo, cierta severidad en su aspecto y sus modales que inspiraba el respetuoso temor de todos, y pocos pudieron sostener la mirada de sus ojos, a la vez ardientes y penetrantes. Tal era Ambrosio, abad de los capuchinos, apodado El Hombre de la Santidad.

Mientras lo contemplaba ávidamente, Antonia, sintió que en el pecho le aleteaba un placer hasta entonces desconocido para ella y que en vano trató de explicarse. Esperó con impaciencia que comenzara el sermón, y cuando por fin el fraile habló, el sonido de su voz pareció penetrarle hasta el alma. Aunque ninguno de los demás espectadores

experimentaba tan violentas sensaciones como la joven Antonia, todos escuchaban con interés y emoción. Quienes eran insensibles a los méritos de la religión, se sentían igualmente arrebatados por la oratoria de Ambrosio. Todos experimentaron una irresistible atracción mientras hablaba y el silencio más profundo reinó en las atestadas naves. Ni siquiera Lorenzo pudo resistirse al encanto. Olvidó que Antonia se hallaba sentada junto a él y escuchó al predicador con toda su atención.

En lenguaje enérgico, claro y sencillo, el monje se explayó acerca de las bellezas de la religión. Explicó algunos aspectos abstrusos de las Sagradas Escrituras en un estilo que se imponía a la convicción de todos. Su voz, al mismo tiempo vibrante y profunda, estaba cargada de todos los terrores de la tempestad mientras prorrumpía en invectivas contra los vicios de la humanidad y describía los castigos que le estaban reservados en un estado futuro. Todos los oyentes recordaron las culpas pasadas y temblaron; ¡parecía rugir el trueno cuyo rayo los aplastaría y abriría a sus pies el abismo de la destrucción eterna! Pero cuando Ambrosio cambió de tema y habló de la excelencia de una conciencia sin mancha, de la gloriosa perspectiva que la eternidad ofrecía al alma libre de culpas y de la recompensa que le aguardaba en las regiones de la gloria perpetua, sus oyentes sintieron que el espíritu, que los había abandonado, volvía a ellos. Se entregaron, confiados, a la merced de su juez; se aferraron con deleite a las palabras consoladoras del predicador y mientras esa pletórica voz se henchía hasta convertirse en una melodía, se vieron transportados a las dichosas regiones que pintaba, ante la imaginación de sus oyentes, con colores tan vivos y resplandecientes.

El sermón fue de considerable extensión pero, cuando terminó, el público se dolió de que no durase más. Aunque el monje había dejado de hablar, aún reinaba en la iglesia un silencio entusiasta. A la larga, el hechizo se fue

desvaneciendo gradualmente y la admiración general halló expresión en términos audibles. Cuando Ambrosio descendió del púlpito, sus oyentes se apiñaron a su alrededor, lo agobiaron de bendiciones, se arrojaron a sus pies y le besaron el borde de su hábito. Pasó con lentitud, con las manos devotamente cruzadas sobre el pecho, hacia la puerta que comunicaba con la capilla de la abadía y ante la cual sus monjes esperaban para recibirlo. Subió los escalones y luego se volvió hacia sus fieles, a quienes dirigió unas pocas palabras de gratitud y exhortación. Mientras hablaba, el rosario, compuesto de grandes cuentas de ámbar, se le cayó de la mano, en medio de la multitud que lo rodeaba. Fue levantado con ansiedad y dividido enseguida entre los espectadores. Quien se adueñaba de una cuenta, la conservaba como una reliquia sagrada. Y si hubiese sido el rosario del triplemente bendito San Francisco, no se lo habrían disputado con mayor vivacidad. El abad, sonriendo ante tanta vehemencia, impartió su bendición y salió de la iglesia, con la humildad pintada en su semblante. ¿Moraba también en su corazón?

Los ojos de Antonia lo siguieron, anhelantes. Cuando la puerta se cerró detrás de él, le pareció haber perdido a alguien esencial para su dicha. Una lágrima se deslizó, silenciosa, por su mejilla.

"¡Está separado del mundo! -se dijo. ¡Tal vez no vuelva a verlo jamás!"

Cuando se enjugaba la lágrima, Lorenzo observó su ademán.

-¿Está satisfecha con nuestro orador? -interrogó. ¿O le parece que Madrid exagera sus talentos?

El corazón de Antonia se hallaba tan henchido de admiración por el monje que con ansiedad aprovechó la oportunidad para hablar de él. Por lo demás, puesto que ya no consideraba a Lorenzo un desconocido total, se sentía menos turbada por su excesiva timidez.

-¡Oh, supera con mucho mis esperanzas! -respondió. Hasta hoy, no conocía los poderes de la elocuencia. Pero cuando habló, su voz me inspiró tal interés, tal estima, y casi podría decir tal afecto por él, que estoy asombrada de la intensidad de mis sentimientos.

Lorenzo sonrió ante la energía de tales palabras.

-Usted es joven y acaba de entrar en la vida –dijo. Su corazón, nuevo para el mundo y pleno de calor y sensibilidad, recibe con vehemencia sus primeras impresiones. Como es ingenua, no sospecha duplicidades en los demás. Y como mira el mundo a través de su propia veracidad e inocencia, imagina que todos los que la rodean merecen su confianza y estima. ¡Qué lástima que estas alegres visiones deban desaparecer muy pronto! ¡Qué pena que a corto plazo deba descubrir la bajeza del género humano y que tenga que protegerse contra sus semejantes como si fueran sus enemigos!

-¡Ay, señor! -replicó Antonia. ¡Las desdichas de mis padres ya pusieron ante mí muchos tristes ejemplos de la perfidia del mundo! Pero no me cabe duda alguna de que en este caso no puede haberme engañado la intensidad de la simpatía.

-En este caso, admito que no. La reputación de Ambrosio es irreprochable; y un hombre que se ha pasado la vida entre las paredes de un convento no puede haber hallado ocasión de incurrir en falta, aunque se sintiera inclinado a ello. Pero ahora, cuando, obligado por los deberes de su cargo, debe entrar una vez tras otra en el mundo y recorrer el camino de la tentación, ahora le toca mostrar el brillo de su virtud. La prueba es peligrosa; se encuentra en el período de la vida en que las pasiones son más vigorosas, desenfrenadas y despóticas. Su reconocido prestigio lo presentará a la seducción como una víctima ilustre; la novedad agregará mayores encantos a los atractivos del placer y hasta los talentos de que lo dotó la

naturaleza contribuirán a su ruina, al facilitarle los medios para lograr su objetivo. Pocos podrían volver victoriosos de una batalla tan ardua.

-¡Ah!, sin duda Ambrosio será uno de esos pocos.

-Eso no lo discuto. En todo sentido es una excepción en la humanidad en general y en vano buscaría la envidia un baldón en su carácter.

-¡Señor, me complace su seguridad! Me alienta a dejarme llevar por mi impresión favorable. ¡Y no sabe con cuánto dolor habría reprimido ese sentimiento! ¡Ah, queridísima tía!, ruégale a mi madre que lo elija como nuestro confesor.

-¿Que yo le ruegue? -replicó Leonela. Te aseguro que no haré tal cosa. Este Ambrosio no me gusta para nada; tiene un aspecto de severidad que me hace estremecer de pies a cabeza. Si fuese mi confesor, jamás tendría la valentía de reconocer ni la mitad de mis pecadillos, ¡y entonces me vería en una extraña situación! Nunca conocí a un mortal de aspecto tan austero y espero no volver a ver ningún otro. Su descripción del diablo, ¡Dios nos bendiga!, me aterrorizó casi hasta hacerme perder el juicio, y cuando habló de los pecadores parecía a punto de devorarlos.

-Tiene razón, señora -repuso don Cristóbal. Se dice que una excesiva severidad es el único defecto de Ambrosio. Como está a salvo de las debilidades humanas propias, no es lo bastante indulgente con las ajenas. Y aunque estrictamente justo y desinteresado en sus decisiones, la manera en que gobierna a los monjes ya ha dado pruebas de su inflexibilidad. Pero el gentío ha terminado por disgregarse. ¿Nos permite que las acompañemos a su casa?

-¡Oh, Cristo! ¡Señor mío -exclamó, Leonela, fingiendo ruborizarse-, no permitiría tal cosa por nada del mundo! Si llego a casa acompañada por tan galante caballero, mi hermana es tan escrupulosa que me sermoneará durante una

hora y no lo olvidará jamás. Además, yo preferiría que usted no me hiciera ninguna proposición por el momento...

-¿Una proposición? Señora, le doy mi palabra...

-¡Señor mío, creo que sus demostraciones de impaciencia son muy sinceras! Pero debo pedirle un poco de respiro. No sería muy delicado de mi parte aceptar su mano a primera vista.

-¿Aceptar mi mano? Como que espero seguir viviendo y respirando...

-¡Oh, señor mío, no insista más, si me ama! Consideraré su obediencia como prueba de su afecto. Mañana tendrá noticias mías, y por lo tanto me despido. Pero, por favor caballeros, ¿no es lícito que conozca sus nombres?

-Mi amigo -contestó Lorenzo- es el conde de Osorio, y yo Lorenzo de Medina.

-Basta con eso. Bien, don Lorenzo, haré conocer a mi hermana su servicial ofrecimiento y le comunicaré a usted el resultado con toda prisa. ¿Dónde puedo hacérselo saber?

-Siempre se me encuentra en el palacio de Medina.

-Puede estar seguro de que recibirá noticias mías. Adiós, caballeros. Señor conde, permítame que lo exhorte a moderar el excesivo ardor de su pasión. Pero, para demostrarle que no estoy disgustada con usted e impedir que se abandone a la desesperación, reciba esta señal de mi afecto y dedique a veces un pensamiento a la ausente Leonela.

Al decir esto, extendió una mano delgada y arrugada, que su supuesto admirador besó con escasa gracia y con un esfuerzo tan evidente que a Lorenzo le resultó difícil reprimir su deseo de reír. Leonela se apresuró entonces a salir de la iglesia; la encantadora Antonia la siguió en silencio, pero cuando llegó al pórtico, se volvió involuntariamente y dirigió su mirada a Lorenzo. Éste le hizo una inclinación de

cabeza, como despidiéndose de ella; la joven le devolvió el cumplido y se retiró deprisa.

-¡Bien, Lorenzo -exclamó don Cristóbal en cuanto estuvieron solos-, me procuraste una agradable intriga! ¡Para favorecer tus designios acerca de Antonia, le dirijo a la tía unas pocas frases corteses, que nada significan, y al cabo de una hora me encuentro al borde del matrimonio! ¿Cómo me compensarás por haber sufrido tan lastimosamente por tu bien? ¿Qué puede recompensarme por haber besado la zarpa correosa de esa maldita vieja bruja? ¡Diablos! ¡Me dejó un olor tal en los labios que apestaré a ajo durante un mes! ¡Cuándo pase por el Prado, me confundirán con una tortilla ambulante, o con una gran cebolla madura!

-Confieso, mi pobre amigo -respondió Lorenzo-, que tu servicio ha estado rodeado de peligro, pero estoy muy lejos de suponer que resulte insoportable. Tanto, que tal vez te pida que sobrelleves un poco más tus amores.

-De este ruego deduzco que la pequeña Antonia ha causado alguna impresión en ti.

-No puedo expresarte hasta qué punto me ha hechizado. Desde que murió mi padre, mi tío, el duque de Medina, me ha hecho conocer sus deseos de verme casado. Hasta ahora esquivé sus insinuaciones y me negué a entenderlas. Pero lo que vi esta tarde...

-Y bien, ¿qué viste esta tarde? Pienso, don Lorenzo, que no puedes ser tan loco como para convertir en tu esposa esta nieta "de un zapatero tan honrado y laborioso como cualquiera de los de Córdoba".

-Olvidas que también es la nieta del difunto marqués de las Cisternas. Pero, al margen de cunas y títulos, debo asegurarte que jamás conocí a una mujer tan interesante como Antonia.

-Es posible, ¿pero acaso tienes la intención de casarte con ella?

-¿Por qué no, mi querido amigo? Tendré riqueza bastante para los dos, y ya sabes que mi tío tiene opiniones liberales en ese sentido. Por lo que sé de Raimundo de las Cisternas, tengo la certeza de que no tendrá reparos en reconocer a Antonia como sobrina suya. Por consiguiente, su cuna no constituirá un obstáculo para que le ofrezca mi mano. Sería un canalla si pensara en ella en otros términos que no fuesen los del matrimonio y en verdad parece poseer todas las cualidades necesarias en una esposa para hacerme feliz; es joven, encantadora, amable, sensata...

-¿Sensata?... ¡Pero si no dijo otra cosa que "sí" y "no"!

-No dijo mucho más, debo confesarlo... Pero siempre dijo "sí" y "no" en el momento oportuno.

-¿De veras? ¡Cuánta obediencia! Eso es usar el argumento de un enamorado como se debe y no me atrevo a seguir discutiendo con un casuista tan profundo. ¿Qué te parece si vamos a la comedia?

-No me es posible. Ayer por la noche llegué a Madrid y aún no tuve oportunidad de ver a mi hermana. Sabes que su convento se encuentra ubicado en esta calle y me dirigía hacia allá cuando la muchedumbre que vi agolpándose en esta iglesia estimuló mi curiosidad por saber qué ocurría. Ahora continuaré con mi primera intención y es probable que pase la tarde con mi hermana ante la reja del locutorio.

-¿Tu hermana en un convento, dices? ¡Ah, es cierto!, lo había olvidado. ¿Y cómo le va a doña Inés? Me sorprende, don Lorenzo, ¿cómo pudiste pensar en encerrar a una joven tan fascinadora entre los muros de un convento?

-¿Que yo pensara en ello, don Cristóbal? ¿Cómo puedes sospechar que haya cometido semejante barbaridad? Sabes muy bien que profesó por su propio deseo y que circunstancias especiales le hicieron desear el alejamiento del mundo. Usé todos los medios a mi alcance para inducirla a modificar su resolución, ¡fue un trabajo inútil y perdí una hermana!

-Fue una suerte para ti. Creo, Lorenzo, que ganaste bastante con esa pérdida. Si recuerdo bien, doña Inés era dueña de una parte de diez mil pistolas, la mitad de las cuales volvieron a tu señoría. ¡Por Santiago! Ojalá yo tuviese cincuenta hermanas en la misma situación. Aceptaría la pérdida de cada una de ellas, sin que se me contrajera el corazón.

-¿Cómo es eso, conde? -exclamó Lorenzo con voz airada. ¿Me supones lo bastante ruin como para haber influido en el enclaustramiento de mi hermana? ¿Crees que el despreciable deseo de ser dueño de su fortuna podía...?

-¡Admirable! ¡Valor, don Lorenzo! Ahora sí que te has enardecido. Dios quiera que Antonia pueda suavizar ese ígneo temperamento o, por cierto, nos cortaremos el cuello el uno al otro antes de que termine el mes. Pero para impedir por momento tan trágica catástrofe me retiraré y te dejaré dueño del campo. ¡Que te vaya bien, mi caballero del monte Etna! Modera esa naturaleza ardiente y recuerda que cuando sea preciso hacer el amor a aquella arpía puedes contar con mis servicios.

Así dijo, y se precipitó fuera de la catedral.

"¡Qué alocado! -reflexionó. ¡Con un corazón tan excelente, qué lástima que posea tan poca solidez de juicio!"

La noche avanzaba con rapidez. Los faroles no se habían encendido aún. Los leves rayos de la naciente luna apenas podían penetrar en la oscuridad gótica de la iglesia. Lorenzo se encontró incapacitado para salir del lugar. El vacío dejado en su corazón por la ausencia de Antonia y el sacrificio de su hermana, que don Cristóbal acababa de evocar en su imaginación, crearon esa melancolía de espíritu que coincidía demasiado bien con la lobreguez religiosa que lo rodeaba. Todavía se hallaba recostado contra la séptima columna a partir del púlpito. Un aire suave y refrescante corría por las naves solitarias; los rayos de la luna que atravesaban los vitrales de la iglesia teñían los techos

ornados y las macizas columnas con un millar de distintos matices de luz y color. En torno reinaba el silencio, sólo interrumpido de tanto en tanto por una puerta que se cerraba en la abadía contigua.

La quietud de la hora y la soledad del lugar contribuyeron a estimular la predisposición melancólica de Lorenzo. Se dejó caer en un asiento que tenía cerca y se abandonó a las ilusiones de su fantasía. Pensó en su unión con Antonia, en los obstáculos que podrían oponerse a sus deseos, y mil visiones cambiantes flotaron ante su fantasía, tristes, por cierto, pero no desagradables. El sueño se apoderó de él poco a poco, y la tranquila solemnidad de su espíritu en las horas de vigilia siguió influyendo en sus ensueños durante un rato.

Imaginaba hallarse todavía en la iglesia de los capuchinos, pero ésta ya no estaba oscura y solitaria. Multitud de lámparas de plata lanzaba su esplendor desde los abovedados techos. Acompañada por el canto cautivador de un distante coro, la melodía del órgano crecía en la iglesia. El altar parecía decorado como para una celebración excepcional; se encontraba rodeado por una brillante concurrencia, y cerca del altar se hallaba Antonia, ataviada con las blancas galas nupciales y ruborizada con les encantos de la modestia virginal.

Entre esperanzado y temeroso, Lorenzo contempló la escena que tenía ante sí. De pronto se abrió la puerta que comunicaba con la abadía. Y vio que, seguido por un largo cortejo de monjes, avanzaba el predicador a quien no hacía mucho había escuchado con tanta admiración. Se acercó a Antonia.

-¿Y dónde está el novio? -preguntó el imaginario fraile.

Antonia pareció mirar alrededor con angustia. Involuntariamente, el joven se adelantó varios pasos, para salir de su escondite. Ella lo vio; el sonrojo del placer brilló en sus mejillas. Con un gracioso movimiento de la mano le

indicó que avanzara. Lorenzo obedeció la orden, voló hacia ella y se arrojó a sus pies.

Antonia retrocedió por un instante; luego lo miró con inexpresable júbilo.

-¡Sí -exclamó-, mi novio! ¡El novio que me reservó el destino!

Así dijo y se apresuró a echarse en sus brazos. Pero antes de que él tuviera tiempo de recibirla, un desconocido se interpuso deprisa entre ellos. Su cuerpo era gigantesco; su tez, morena; sus ojos, feroces y terribles; su boca despedía lenguas de fuego y en su frente estaba escrito en caracteres indelebles: "¡Orgullo! ¡Lascivia! ¡Inhumanidad!"

Antonia lanzó un grito. El monstruo la estrechó en sus brazos, saltó con ella al altar y la torturó con sus odiosas caricias. En vano se esforzó ella por escapar de su abrazo. Lorenzo corrió en su ayuda, pero antes de que tuviese tiempo de llegar a su lado se escuchó la estridente explosión de un trueno. En el acto, la catedral pareció derrumbarse en pedazos; los monjes huyeron profiriendo alaridos de temor; las lámparas se extinguieron, el altar se hundió y en su lugar apareció un abismo que vomitaba nubes de llamas. Con un grito horrendo y vibrante, el monstruo se hundió en la sima y en su caída trató de arrastrar a Antonia. Fueron inútiles sus forcejeos. Animada por poderes sobrenaturales, la joven se libró de su abrazo; pero su blanco vestido quedó en poder del atacante. En el mismo momento, un ala de brillante esplendor surgió de cada uno de los brazos de Antonia. Se precipitó hacia las alturas y mientras ascendía, le aseguró a Lorenzo:

-¡Amigo! ¡Nos encontraremos arriba!

En el mismo momento se abrió el techo de la catedral, armoniosas voces resonaron en la bóveda y la gloria en que fue recibida Antonia estaba compuesta por rayos de tan enceguecedora luminosidad que Lorenzo no pudo sostener la mirada. Le falló la vista y cayó al suelo.

Cuando despertó, se encontró extendido en el piso de la iglesia que estaba iluminada; a lo lejos se escuchaba el canto de himnos. Durante un rato, Lorenzo no pudo convencerse de que cuanto había visto sólo era un sueño, tan intensa era la impresión que el cuadro ejerció en su fantasía. Una breve recapitulación lo convenció de su error: las lámparas habían sido encendidas durante su sueño y la música que oía era ejecutada por los monjes, quienes celebraban vísperas en la capilla de la abadía.

Lorenzo se puso de pie y resolvió encaminar sus pasos hacia el convento de su hermana, con los pensamientos completamente ocupados por la singularidad de su sueño. Se hallaba cerca del pórtico cuando le atrajo la atención una sombra que se movía sobre la pared opuesta. Miró con curiosidad en torno y pronto distinguió a un hombre envuelto en una capa, quien parecía observar con cuidado si se advertían sus movimientos. Muy pocas personas están libres del estímulo de la curiosidad. El desconocido parecía ansioso de ocultar por qué motivo se hallaba en la catedral. Y esta misma circunstancia fue la que hizo que Lorenzo quisiera descubrir en qué andaba.

Nuestro protagonista sabía que carecía de derechos para entrometerse en los secretos de ese caballero desconocido.

-Me iré -dijo Lorenzo. Y Lorenzo permaneció dónde estaba.

La sombra de la columna lo ocultaba con eficacia del desconocido, quien continuó avanzando con cautela. Al cabo, extrajo una carta de entre los pliegues de su capa y la depositó deprisa debajo de una colosal estatua de San Francisco. Luego se retiró con precipitación y se escondió en un sector de la iglesia, a considerable distancia de donde se hallaba la imagen.

"¡Vaya! -se dijo Lorenzo. Creo que esto no es más que un tonto asunto de amores. Será mejor que me marche, porque de nada vale que intervenga en ello."

En verdad, hasta ese momento no se le había ocurrido que pudiera intervenir en un asunto como ése, pero consideró necesario hallar una excusa por haberse dejado tentar por la curiosidad. Entonces inició su segundo intento para salir de la iglesia. Esa vez llegó al pórtico sin encontrar impedimentos, pero el destino quería que hiciese otra visita al recinto sagrado esa noche. Cuando descendía por los escalones que llegaban a la calle, un caballero chocó contra él con tanta violencia que ambos estuvieron a punto de caer a consecuencia del encontronazo. Lorenzo llevó la mano a la espada.

-¿Qué es eso, señor? -exclamó. ¿A qué viene esta grosería?

-¡Ah! ¿Eres tú, Medina? -respondió el recién llegado, en quien Lorenzo reconoció entonces, por la voz, a don Cristóbal. Eres el individuo más afortunado del universo por no haberte ido de la iglesia antes de mi regreso. ¡Adentro, adentro, mi querido muchacho! ¡Enseguida estarán aquí!

-¿Quiénes?

La vieja gallina y sus hermosos pollitos. Adentro, te digo y entonces te lo contaré todo.

Lorenzo lo siguió a la catedral y se ocultaron detrás de la estatua de San Francisco.

-Y ahora -dijo nuestro protagonista, ¿puedo tomarme la libertad de preguntar qué significa tanta prisa y arrebato?

-¡Oh, Lorenzo, presenciaremos una visión tan gloriosa! La superiora de Santa Clara y todo su séquito de monjas vienen hacia aquí. Debes saber que el piadoso padre Ambrosio (¡el Señor lo recompense por ello!) no se aleja por motivo alguno de este recinto. Como es absolutamente necesario que cada convento de moda lo tenga por confesor, las monjas se ven obligadas a visitarlo en la abadía, ya que si la montaña no va a Mahoma, Mahoma debe ir a la montaña. Pues bien, la superiora de Santa Clara, para mejor eludir la mirada de ojos tan impuros como los que

poseemos tú y tu humilde servidor, considera adecuado traer su sagrado rebaño para confesarse cuando oscurece. Se la hará entrar en la capilla de la abadía por esa puerta privada. La portera de Santa Clara, que es una digna anciana y una amiga personal mía, acaba de asegurarme que estarán aquí dentro de unos momentos. ¡Hay noticias para ti, pillastre! ¡Veremos algunos de los rostros más hermosos de Madrid!

-Por cierto, Cristóbal, que nada de eso haremos. Las monjas siempre usan velo.

-¡No, no, sé que no es así! Cuando entran en un recinto sagrado, se quitan los velos por respeto al santo a quien está dedicado. ¡Pero atención, que ya vienen! ¡Silencio, silencio! Observa y convéncete.

"¡Bien -se dijo Lorenzo. Es posible que descubra a quién van dirigidos los mensajes de ese misterioso desconocido."

Apenas había dejado de hablar don Cristóbal cuando apareció la superiora de Santa Clara, seguida por una larga procesión de monjas. Al entrar en la iglesia, cada una se sacaba el velo. La superiora cruzó las manos sobre el pecho e hizo una profunda reverencia cuando pasó ante la estatua de San Francisco, patrono de esa catedral. Las monjas siguieron su ejemplo y varias se adelantaron sin haber satisfecho la curiosidad de Lorenzo. Casi desesperaba ya de ver aclarado el misterio cuando, al presentar sus respetos a San Francisco, una de las monjas pareció que dejaba caer su rosario por casualidad. Cuando se inclinó para recogerlo, la luz le dio de lleno en la cara. Al mismo tiempo, hábilmente retiró la carta que estaba debajo de la imagen, se la guardó en el pecho y se apresuró a ocupar de nuevo su puesto en la procesión.

-¡Ja! -exclamó Cristóbal en voz baja. No cabe duda de que aquí tenemos una pequeña intriga.

-¡Cielos, es Inés! -prorrumpió Lorenzo.

-¿Qué, tu hermana? ¡Diablos! Entonces supongo que alguien tendrá que pagar por nuestro fisgoneo.

-Y lo pagará sin demora -replicó el enfurecido hermano.

La piadosa procesión acababa de entrar en la abadía y la puerta ya se había cerrado tras ella. En el acto, el desconocido abandonó su escondrijo y se dio prisa en salir de la iglesia. Pero antes de que pudiese poner en práctica su intención, vio que Medina le cerraba el paso. El desconocido retrocedió con rapidez y se caló el sombrero sobre los ojos.

-¡No intentes huir de mí! -exclamó Lorenzo. Sabré quién eres y cuál es el contenido de esa carta.

-¿De la carta? -repitió el desconocido. ¿Y con qué derecho haces la pregunta?

-Con un derecho del cual ahora me avergüenzo, pero no te corresponde interrogarme. O respondes con precisión a mis preguntas o me contestarás con tu espada.

-Este último método será el más breve -replicó el otro, desenvainando su estoque. ¡Vamos, señor valiente! Estoy presto.

Lorenzo, que ardía de cólera, se apresuró a atacar. Los antagonistas ya habían intercambiado varias fintas antes de que don Cristóbal, quien en ese momento tenía más sensatez que cualquiera de los dos, pudiera interponerse entre sus armas.

-¡Detente, detente, Medina! -exclamó. ¡Acuérdate de las consecuencias de un derramamiento de sangre en sitio consagrado!

En el acto el desconocido bajó la espada.

-¿Medina? -repitió. Gran Dios, ¿es posible? Lorenzo, ¿te olvidaste de Raimundo de las Cisternas?

El asombro de Lorenzo crecía de momento en momento. Raimundo avanzó hacia él pero con una

expresión de suspicacia retiró la mano, que el otro se disponía a tomar.

-¿Tú aquí, marqués? ¿Qué significa todo esto? ¿Tú dedicado a una correspondencia clandestina con mi hermana, cuyo afecto...?

-Ha sido siempre mío y sigue siéndolo. Pero éste no es sitio adecuado para una explicación. Acompáñame a mi residencia y lo sabrás todo. ¿Quién es el que te acompaña?

-Alguien a quien creo que ya viste antes -respondió don Cristóbal-, aunque tal vez no en una iglesia.

-¿El conde de Osorio?

-Exactamente, marqués.

-No me opongo a confiarte mi secreto, pues estoy seguro de tu silencio.

-Entonces tu opinión sobre mí es mejor que la mía propia y por lo tanto debo atreverme a declinar tus confidencias. Sigue tu camino, que yo seguiré el mío. Marqués, ¿dónde se te puede encontrar?

-Como de costumbre, en la residencia de las Cisternas, pero recuerda que estoy de incógnito y que si quieres verme debes preguntar por Alfonso de Alvarado.

-¡Bien, bien! ¡Adiós, caballeros! -dijo don Cristóbal y partió en el acto.

-¿Tú, marqués? -preguntó Lorenzo con acento de sorpresa. ¿Tú, Alfonso de Alvarado?

-Así es Lorenzo. Pero, a menos que te hayas enterado de mi historia a través de tu hermana, tengo mucho que contarte que te asombrará. Sígueme, pues, sin tardanza a mi morada.

En ese momento, el portero de los capuchinos entró en la catedral para cerrar las puertas por esa noche. Los dos nobles se retiraron, y se dirigieron a toda prisa hacia el palacio de las Cisternas.

-Bien, Antonia -dijo la tía en cuanto abandonó la iglesia-, ¿qué piensas de nuestros galanes? En verdad, don Lorenzo me parece un joven muy solícito y bondadoso. Te prestó cierta atención, y nadie sabe qué puede resultar de eso. Pero en cuanto a don Cristóbal, te aseguro que es el fénix de la cortesía. ¡Tan galante, tan bien educado, tan sensato y conmovedor! Bien, si algún hombre puede conseguir que quiebre mi juramento de no casarme jamás, será ese don Cristóbal. Ya ves, sobrina, que todo sale tal como te lo dije: en cuanto me presenté en Madrid supe que me vería rodeada de admiradores. Cuando me saqué el velo, ¿viste, Antonia, la impresión que eso causó al conde? Y cuando le presenté mi mano, ¿notaste el aire apasionado con que la besó? ¡Si alguna vez advertí un amor verdadero, lo vi impreso en el semblante de don Cristóbal!

Ahora bien, Antonia había observado la expresión con que don Cristóbal besó esa mano pero, como extrajo conclusiones muy distintas de las de su tía, tuvo la suficiente prudencia para frenar la lengua. Como éste es el único caso conocido de que una mujer haya hecho tal cosa, se lo considera digno de ser registrado aquí.

La anciana prosiguió su exposición en la misma vena, hasta que llegaron a la calle en la cual se encontraba su alojamiento. Una multitud reunida allí, ante su puerta, no les permitió acercarse. Se ubicaron en el lado opuesto de la calle y trataron de descubrir qué había reunido a toda esa gente. Al cabo de algunos minutos, la muchedumbre formó un círculo y entonces Antonia percibió, en medio de éste, a una mujer de extraordinaria estatura, que giraba repetidamente sobre sí misma y hacía todo tipo de ademanes extravagantes. Su vestimenta estaba compuesta de jirones de sedas y lienzos de distintos colores, de fantástica disposición, aunque no del todo carente de gusto. Llevaba la cabeza cubierta con una especie de turbante adornado con hojas de parra y flores silvestres. Parecía muy atezada y su piel era de

un intenso tinte oliváceo. Sus ojos tenían una mirada encendida y extraña, y en la mano llevaba una larga vara negra, con la cual trazaba de vez en cuando singulares figuras en el suelo; bailaba en torno de ellas exhibiendo todas las excéntricas actitudes de la locura y el delirio. De pronto interrumpió la danza, giró tres veces sobre sí misma con rapidez y, luego de un momento de pausa, entonó la siguiente canción:

Canción de la gitana

¡Vamos, ponme plata en la mano! Mi arte
Supera todo cuanto saben los mortales.
¡Venid, doncellas!
Mis mágicos espejos
Pueden mostraros a vuestro futuro esposo.
Pues que poseo el poder de leer
En el libro abierto del destino
Del cielo la inmutable decisión
Y penetrar el secreto del futuro.
Yo guío de la luna el argentado carro;
Con mágicos lazos dreno los vientos;
Hechizo y duermo al dragón escarlata
Que gusta de guardar el oro enterrado.
Envuelta en sortilegios, indemne, me aventuro,
Y presencio la extraña ronda de las brujas.
Impávida entro en el círculo de su magia
Y libre piso las serpientes dormidas.
¡Poseo encantamientos de gigantesca fuerza!
Éste asegura que el esposo sea fiel,
Y éste, compuesto en las nocturnas horas,
Hará enamorarse al doncel más indiferente.
Si una hermosa ha concedido demasiado,

Este filtro hará recuperar el bien perdido.
Éste enciende la mejilla al rubor ajena,
Y éste hace rubia a la mujer morena.
Escúchame en silencio, mientras miro
Qué hay en el espejo de la suerte.
Y todos, cuando quede atrás el tiempo,
Admitirán por cierto lo que digo.

-¡Tía querida! -dijo Antonia cuando terminó de cantar la desconocida. ¿Esta mujer no está loca?

-¿Loca? No, niña; sólo es malvada. Es una gitana, una especie de vagabunda, cuya única ocupación consiste en recorrer la comarca diciendo embustes y despojando a quienes ganan su dinero con honradez. ¡Fuera con esas sabandijas! Si yo fuera rey de España, cada una de ellas sería quemada viva en el caso de que en las próximas tres semanas se encontrase todavía en mis dominios.

Estas palabras resonaron en forma tan audible que llegaron a oídos de la gitana. Enseguida atravesó el gentío y se dirigió hacia donde se encontraban las damas. Las saludó tres veces, a la manera oriental, y habló a Antonia.

La gitana.

¡Señora, encantadora señora! Sabe
Que puedo enseñarte el futuro.
Entrégame tu mano y no temas.
¡Escucha, señora, dulce señora!

-¡Queridísima tía! -dijo Antonia. ¡Compláceme esta vez! ¡Deja que me lean la buenaventura!

-¡Tonterías, niña! No te dirá otra cosa que falsedades.

-No importa. Por lo menos permíteme escuchar lo que quiera decir. ¡Por favor, querida tía, te lo suplico!

-¡Bueno, bueno, Antonia! Ya que tienes tantos deseos... Toma, buena mujer, nos leerás las manos a las dos. Aquí tienes dinero y ahora hazme conocer mi destino.

Al decir eso, se quitó el guante y le presentó la mano. La gitana la miró un momento y luego le dijo lo siguiente:

La gitana

¿Tu destino? Eres ya tan vieja,
Buena señora, que todo está dicho.
Mas por tu dinero, en un instante
Te compensaré con un consejo.
De tu vanidad pueril asombrados,
Insana te creen tus amigos
Y les duele verte usar tus artes
Para robar el corazón de un enamorado joven.
Créeme, señora, cuando todo termine
Tu edad sigue siendo cincuenta y uno,
Y pocos hombres aceptarán una mirada
De amor de ojos que bizquean.
Escucha mi consejo; a un lado deja
Afeites y remiendos, orgullo y lascivia,
Y entrega a los pobres los dineros
Que ahora gastas en jactancia inútil.
Piensa en tu Hacedor, no en un galán.
En tus pasadas culpas, no en el futuro;
Y en que la hoz del Tiempo segará muy pronto
Los pocos pelos rojos que tu frente cubren.

El público estalló en risas durante la perorata de la gitana, y "cincuenta y uno, ojos que bizquean, pelo rojo, afeites y remiendos", etcétera, circularon de boca en boca. Leonela casi se atragantó de rabia y derramó sobre su maliciosa consejera los más amargos reproches. La atezada profetisa la escuchó durante un rato, con sonrisa despectiva. Al cabo le dio una breve respuesta y después se volvió hacia Antonia

La gitana

¡Calma, señora! Lo que te dije es cierto.
Y ahora, a ti, mi encantadora doncella.
Tu mano dame y permíteme que vea
Tu destino futuro y los decretos celestiales.

A semejanza de Leonela, Antonia se quitó el guante y presentó su blanca mano a la gitana quien, luego de mirarla un rato con una expresión, mezcla de piedad y asombro, pronunció su oráculo con las palabras que siguen:

La gitana

¡Jesús! ¡Qué palma ésta que veo!
Casta y dulce, bella y joven,
Dueña de cabales alma y cuerpo,
Serías bendición de algún buen hombre.
Mas, ¡ay!, esta línea revela
Que la destrucción sobre ti se cierne.
Un hombre sensual y un astuto demonio

Se unirán para tu perdición;
Y de la tierra, por pesares arrebatada,
Muy pronto al cielo volará tu alma.
Mas, para demorar un poco el sufrimiento,
Recuerda bien lo que aquí te digo.
Cuando veas a uno más virtuoso
De lo que a un hombre corresponde ser,
Uno que al hallarse libre de tentaciones
No se apiada por las caídas de su prójimo,
Recuerda lo que dice esta gitana:
Aunque tierno y bueno te parezca,
Un bello exterior esconde a veces
Un corazón henchido de orgullo y de lujuria.
Bella doncella, con lágrimas te dejo.
Que mi predicción no te acongoje.
Antes bien, sumisa y dócil, aguarda
Serena la fatal calamidad
Y la bienaventuranza eterna espera
En un mundo mejor, mucho mejor.

Después de decir esto, la gitana giró tres veces sobre sí misma y cruzó la calle deprisa, con frenéticos ademanes. El gentío la siguió y, como la puerta de Elvira ya estaba libre, Leonela entró en la casa, malhumorada con la gitana, con su sobrina y con la gente. En una palabra, con todos, salvo consigo misma y su adorable caballero. Las predicciones de la gitana también habían afectado en considerable medida a Antonia, pero la impresión desapareció muy pronto, y en pocas horas olvidó la aventura, como si nunca hubiese ocurrido.

CAPÍTULO II

Fórse sé tu gustassi una sól volta
La millésima parte délle gioje,
Ché gusta un cór amato riamándo,
Diresti ripentita sospirando,
Perduto é tutto il tempo
Ché in amar non si spénde.

TORQUATO TASSO

Si hubieras conocido una vez sola
La milésima parte de los goces
De un corazón que ama y es amado,
Dirías suspirando arrepentida:
Todo es tiempo desaprovechado
Cuando al amor no se dedica.

Después que los monjes acompañaron al abad hasta la puerta de su celda, Ambrosio los despidió con una expresión de intencional superioridad, en la cual la apariencia de humildad rivalizaba con la realidad de la soberbia.

Apenas estuvo solo, dio rienda suelta a su vanidad. Al recordar el entusiasmo despertado por su sermón, el corazón se le hinchó de embeleso y la imaginación le presentó espléndidas visiones de promoción personal. Miró

en torno con júbilo y el orgullo le dijo en voz alta que era superior al resto de sus semejantes.

"¿Quién -pensó-, quién sino yo sobrellevó la prueba de la juventud y sin embargo no advierte una sola mancha en su conciencia? ¿Quién otro dominó la violencia de fuertes pasiones y de un temperamento impetuoso y se sometió, casi desde el alba de su vida, al retiro voluntario? En vano busco a un hombre así. A nadie veo que posea comparable denuedo. ¡La religión no puede jactarse de tener otro como Ambrosio! ¡Qué efecto tan poderoso produjo mi sermón sobre los oyentes! ¡Cómo se apiñaron a mi alrededor! ¡Cómo me colmaron de bendiciones y me consideraron el único pilar incorrupto de la Iglesia! ¿Qué me queda, entonces, por hacer? Nada, sino vigilar la conducta de mis hermanos con tanto cuidado como hasta ahora vigilé la mía. ¡Pero atención! ¿No puede apartarme la tentación de esas sendas que hasta ahora seguí sin un momento de extravío? ¿No soy un hombre, cuya naturaleza es frágil y propensa al error? Debo abandonar la soledad de mi retiro; las más bellas y nobles damas de Madrid continuamente se presentan en la abadía y no quieren acudir a otro confesor. Debo acostumbrar mis ojos a los objetos de tentación y exponerme a la seducción del lujo y el deseo. Si en ese mundo en que me veo obligado a ingresar me encontrase con alguna mujer encantadora... ¡tan encantadora como tú... Virgen santísima!"

Y mientras esto decía, clavó la vista en un cuadro de la Virgen que pendía frente a él. Durante dos años había sido el objeto de su creciente respeto y adoración. Hizo una pausa y lo contempló con deleite.

"¡Cuánta belleza en ese semblante! -continuó, luego de pocos minutos de silencio. ¡Cuán graciosa la postura de esa cabeza! ¡Cuánta dulzura y al mismo tiempo qué majestad en esos divinos ojos! ¡Con cuánta suavidad reclina la mejilla en la mano! ¿Puede la rosa competir con el rubor de esa

mejilla? ¿El lirio rivalizar con la blancura de esa mano? ¡Ah, si una criatura semejante existiera y existiera sólo para mí! ¡Si se me permitiese enlazar en mis dedos esos rizos de oro y oprimir con los labios los tesoros de ese níveo pecho! Dios mío, ¿sabría resistir entonces la tentación? ¿No trocaría por un solo abrazo la recompensa de mis sufrimientos de treinta años? ¿No abandonaría...? ¡Qué necio soy! ¿Por qué dejo que mi admiración por ese cuadro me brinde alas? ¡Fuera, ideas impuras! Debo recordar que la mujer está perdida por siempre para mí. Nunca una mortal tuvo formas tan perfectas como en ese cuadro. Pero si existiera, la prueba podría ser excesiva para una virtud ordinaria. Ambrosio, empero, está a salvo de las tentaciones. ¿Tentaciones, dije? Hacerles frente nada sería. Lo que me fascina y como un ideal considerado como ser superior, me disgustaría si se convirtiese en mujer, manchado con todos los defectos de la condición humana. No es la belleza femenina lo que me llena de tal entusiasmo, lo que reverencio es la destreza del pintor, es la divinidad lo que admiro. ¿Acaso no están muertas las pasiones en mi pecho? ¿No me he liberado de la fragilidad de los hombres? ¡No temas, Ambrosio! Confía en la fuerza de tu virtud. Ingresa con audacia en el mundo, sobre cuyas flaquezas te elevas; considera que ahora te hallas libre de los defectos de la humanidad y desafía todas las artes esgrimidas por los espíritus de las tinieblas. ¡Te conocerán por lo que vales!"

Sus ensueños fueron interrumpidos en este punto por tres suaves golpes a la puerta de su celda. El abad despertó de su delirio con suavidad. Los golpes se repitieron.

-¿Quién es? -preguntó Ambrosio al cabo.

-Rosario -respondió una dulce voz.

-¡Entra, entra, hijo mío!

La puerta se abrió enseguida y Rosario apareció con un cestito en la mano.

Rosario era un joven novicio del monasterio y se proponía profesar tres meses después. Una suerte de misterio circundaba al muchacho y lo convertía a la vez en objeto de interés y curiosidad. Su odio a la sociedad, su profunda melancolía, su rígida observancia de los deberes de la orden, su voluntario alejamiento del mundo, tan poco común a su edad, atraían la atención de toda la comunidad. Parecía temeroso de ser reconocido y nadie jamás le había visto el rostro. Llevaba la cabeza continuamente cubierta por la capucha, pero aquellas de sus facciones que por accidente se descubrían parecían ser hermosísimas y nobles. Rosario era el único nombre con que se lo conocía en el monasterio. Nadie sabía de dónde venía, y cuando se lo interrogaba al respecto, mantenía un profundo silencio. Un desconocido, cuyos ricos atavíos y magnífico séquito evidenciaban su precedencia social, comprometió a los monjes a recibir a un novicio y depositó las sumas necesarias. Al día siguiente regresó con Rosario, y desde entonces no se volvió a saber de él.

El joven había eludido con cuidado la compañía de los monjes. Respondía a sus cortesías con dulzura, pero con reserva, y mostraba a las claras que su inclinación lo empujaba a la soledad. El superior era la única excepción a esa regla general. Le tenía un respeto rayano en la idolatría; buscaba su compañía con la más atenta asiduidad y aprovechaba con ansia todos los medios para congraciarse con él. Cuando estaba con el abad, su corazón parecía encontrarse a sus anchas, y un aspecto de alegría impregnaba sus modales y lenguaje. Ambrosio, por su lado, no se sentía menos atraído hacia el novicio; sólo con él dejaba a un lado su habitual severidad. Cuando le hablaba, adoptaba, sin darse cuenta, un tono más suave que el que le era habitual y ninguna voz le sonaba con tanta dulzura como la de Rosario. Devolvía las atenciones del joven instruyéndolo en diversas ciencias; el novicio recibía, sus lecciones con

docilidad. Ambrosio se sentía cada día más cautivado por la vivacidad de su genio, la sencillez de sus modales y la rectitud de su corazón. En una palabra, lo amaba con el afecto de un padre. A veces, no podía dejar de abrigar el secreto deseo de ver el rostro de su alumno. Pero su espíritu de sacrificio se extendía inclusive a la curiosidad y le impedía comunicar sus deseos al discípulo.

-Perdóneme la intromisión, padre -dijo Rosario, mientras depositaba su cesto sobre la mesa. Vengo a usted como suplicante. Me enteré de que un querido amigo está gravemente enfermo y le ruego que ore por su recuperación. Si las súplicas pueden hacer que el cielo lo proteja, es indudable que las de usted resultarán eficaces.

-Ya sabes, hijo mío, que puedes pedirme lo que dependa de mí. ¿Cómo se llama tu amigo?

-Vicente de la Ronda.

-Con eso basta. No lo olvidaré en mis oraciones, ¡y quiera nuestro triplemente bendito San Francisco escuchar mi plegaria!

-¿Qué tienes en la cesta, Rosario?

-Algunas de las flores que según observé, reverendo padre, le resultan más gratas. ¿Me permite que las distribuya en su aposento?

-Tus atenciones me encantan, hijo mío.

Mientras Rosario dispersaba el contenido del cestillo en jarroncitos, ubicados para tal fin en varias partes de la habitación, el abad prosiguió hablando así:

-Esta tarde no te vi en la iglesia, Rosario.

-Y sin embargo estuve presente, padre. Me siento demasiado agradecido por su protección para perder una oportunidad de verlo triunfar.

-¡Ay, Rosario! Tengo muy pocos motivos para considerarme triunfador. El santo habló por mi boca, a él le corresponden los méritos. Parece, pues, que te satisfizo mi sermón...

-¿Que me satisfizo, dice? ¡Oh, se superó! ¡Nunca escuché tal elocuencia... salvo una vez!

Aquí el novicio emitió un suspiro involuntario.

-¿Cuándo? -preguntó el abad.

-Cuando predicó acerca de la repentina indisposición de nuestro difunto superior.

-Lo recuerdo: hace más de dos años: ¿Y tú estabas presente? Entonces no te conocía, Rosario.

-Es cierto, padre, ojalá hubiese muerto antes de llegar a ese día. ¡Qué sufrimientos, qué penas me habría ahorrado!

-¿Sufrimientos a tu edad, Rosario?

-Sí, padre, sufrimientos, ¡que si usted los conociera también excitarían su cólera y su compasión! ¡Sufrimientos que constituyen -a la vez el tormento y el placer de mi existencia! Pero en este retiro mi pecho se sentiría tranquilo si no fuese por las congojas de la aprensión. ¡Oh Dios, oh Dios, cuán cruel es la vida cargada de temor! ¡Padre, lo he dejado todo! ¡Abandoné el mundo y sus delicias para siempre! Nada me queda ahora, nada tiene encantos para mí, salvo su amistad, salvo su afecto. ¡Y si pierdo eso padre, oh, si pierdo eso, tiemble por los efectos de mi desesperación!

-¿Temes la pérdida de mi amistad? ¿Mi conducta ha justificado ese temor? Conóceme mejor, Rosario, y considérame digno de tu confianza. ¿Cuáles son tus sufrimientos? Revélamelos y créeme que si en mi poder está aliviarlos...

-¡Ah, no está en poder de nadie, salvo en el suyo! Pero no debo hacérselos conocer. ¡Me odiaría por mi confesión! Me expulsaría de su presencia, con desprecio e ignominia.

-¡Hijo mío, te exhorto! Te lo ruego.

-Por piedad, ¡no trate de averiguar más! No debo... no me atrevo. ¡Escuche, la campana llama a vísperas! Padre, su bendición, y lo dejo.

Y al decir eso cayó de rodillas y recibió las bendiciones que pedía. Luego se llevó la mano del abad a los labios, se

incorporó y salió aprisa de la celda. Poco después Ambrosio bajó a vísperas (que se celebraron en una capillita de la abadía), henchido de sorpresa por la singular conducta del joven.

Terminadas las vísperas, los monjes se retiraron a sus respectivas celdas. Sólo el abad permaneció en la capilla para recibir a las monjas de Santa Clara. No hacía mucho que se hallaba sentado en el confesionario, cuando hizo su aparición la superiora. Cada una de las monjas fue escuchada por turno, en tanto que las demás esperaban con aquella en la sacristía contigua. Ambrosio escuchó las confesiones con atención, hizo muchas exhortaciones, distribuyó penitencias en proporción a cada transgresión, y durante algún tiempo todo se desarrolló como de costumbre; hasta que una de las monjas, destacada por la nobleza de su aspecto y la elegancia de su figura, permitió, descuidada, que una carta suya cayese de su pecho. Se estaba yendo, sin advertir la pérdida. Ambrosio supuso que había sido escrita por alguno de sus parientes y la recogió, con la intención de devolvérsela.

-Espera, hija -dijo. Dejaste caer...

En ese momento, ya abierto el papel, su mirada leyó involuntariamente las primeras palabras. Se sobresaltó, asombrado. La monja se había vuelto al escuchar su voz. Vio la carta en manos de él y, lanzando un grito de terror, corrió a recuperarla.

-¡Un momento! -dijo el fraile con tono severo. Hija, debo leer esta carta.

-¡Entonces estoy perdida! -exclamó ella, retorciéndose las manos de angustia.

Todo el color desapareció de su rostro, se estremeció con inquietud y se vio obligada a abrazar una columna de la capilla para no caer al suelo. Entretanto, el abad leía los siguientes renglones: "¡Todo está listo para tu huida, mi queridísima Inés! Mañana a las doce de la noche espero encontrarte en la puerta del jardín. Obtuve la llave y pocas

horas bastarán para llevarte a un refugio seguro. Que ningún escrúpulo equivocado te induzca a rechazar los medios ciertos de protegerte a ti y a la inocente criatura que alimentas en tu seno. Recuerda que me prometiste ser mía mucho antes de que te prometieras a la Iglesia, que tu situación resultará muy pronto evidente a las miradas escudriñadoras de tus compañeras y que la huida es el único medio de evitar los efectos de su malévola suspicacia. ¡Adiós, mi Inés! ¡Mi querida esposa prometida por el destino! No dejes de estar a las doce en la puerta del jardín."

En cuanto terminó de leer, Ambrosio lanzó una mirada dura y colérica a la imprudente monja.

-Esta carta debe llegar a la superiora -dijo, y pasó ante ella.

Sus palabras resonaron como el trueno en los oídos de la joven; despertó de su embotamiento nada más que para advertir las amenazas que debía afrontar. Lo siguió deprisa y lo detuvo, tomándolo de la ropa.

-¡Espere, por favor, espere! -exclamó con acento desesperado, mientras se arrojaba a los pies del fraile y los bañaba con sus lágrimas. ¡Padre, compadézcase de mi juventud! ¡Mire con indulgencia la debilidad de una mujer y dígnese ocultar mi flaqueza! ¡El resto de mi vida lo dedicaré a expiar esta única falta, y su lenidad devolverá un alma al cielo!

-¡Sorprendente confidencia! ¡Qué! ¿El convento de Santa Clara debe convertirse en refugio de depravadas? ¿Permitiré que la Iglesia de Cristo albergue en su seno la perversión y la vergüenza? ¡Miserable indigna! Esa lenidad me convertiría en tu cómplice. La piedad seria en este caso criminal. Te abandonaste a la lujuria de un seductor; mancillaste los sagrados hábitos con tu impureza, ¿y aún te atreves a considerarte merecedora de mi compasión? Vamos, no me detengas más. ¿Dónde está la superiora? -agregó, levantando la voz.

-¡Aguarde, padre, aguarde! ¡Escúcheme un momento! No me acuse de impureza ni piense que pequé por exceso de vehemencia. Mucho antes de profesar, ya Raimundo era el amo de mi corazón; me inspiraba la más pura, la más irreprochable de las pasiones y estaba a punto de convertirse en mi legítimo esposo. Una horrible aventura y la traición de un pariente consiguieron separarnos. Lo creí perdido para siempre, y entré en el convento impulsada por la desesperación. Circunstancias ulteriores volvieron a unirnos; no podía negarme al melancólico placer de mezclar mis lágrimas a las suyas. Nos encontramos todas las noches en los jardines de Santa Clara, y en un momento de imprudencia violé mis votos de castidad. Pronto seré madre. Padre Ambrosio, tenga compasión de mí; tenga compasión del ser inocente cuya existencia se encuentra unida a la mía. Si revela mi imprudencia a la superiora, los dos estamos perdidos. El castigo que la regla de Santa Clara asigna a las desdichadas como yo, es severísimo y cruel. ¡Digno, muy digno padre! ¡Que su tan pura conciencia no lo vuelva insensible hacia los menos capaces de resistir la tentación! ¡Que la piedad no sea la única virtud a la cual su corazón no es susceptible! ¡Apiádese de mí, reverendísimo! ¡Devuélvame mi carta y no me condene a la destrucción inevitable!

-Tu audacia me confunde. ¿Yo debo ocultar tu delito... yo, el engañado por tu confesión fingida? No, hija mía, no. Te prestaré un servicio más esencial. Te salvaré de la perdición, en contra de tu voluntad. La penitencia y la mortificación expiarán tu culpa y la severidad te volverá por la fuerza a los caminos de la virtud. ¡Por favor, venga, madre Ágata!

-¡Padre, por todo lo que es sagrado, por lo que es más caro para usted, le ruego, le imploro...!

-Suéltame. No te escucharé. ¿Dónde está la superiora Madre Ágata, ¿dónde está?

Se abrió la puerta de la sacristía y la superiora entró en la capilla, seguida por sus monjas.

-¡Cruel, cruel! -exclamó Inés, soltándolo.

Enloquecida y desesperada, se arrojó al suelo, golpeándose el pecho y desgarrándose el velo en el delirio de su arrebato. Las monjas contemplaron con asombro la escena que se desarrollaba ante ellas. El fraile presentó entonces la esquela fatal a la superiora, le informó acerca de la manera en que la había encontrado y agregó que el deber de ella era decidir qué penitencia merecía la transgresora.

Mientras examinaba el contenido de la carta, el semblante de la superiora se inflamó de pasión. ¡Cómo, semejante delito cometido en su convento y descubierto por Ambrosio, el ídolo de Madrid, el hombre a quien tan ansiosa estaba de conmover con la impresión del rigor y la severidad de su convento! Las palabras le resultaban inadecuadas para expresar su furia. Guardó silencio, y dirigió a la postrada monja miradas de amenaza y malevolencia.

-¡Llévenla al convento! -dijo al cabo a algunas de sus ayudantes.

Dos de las monjas de más edad se acercaron entonces a Inés, la levantaron del suelo por la fuerza y se dispusieron a sacarla de la capilla.

-¡Cómo! -exclamó la joven de repente, liberándose con movimientos demenciales-, ¿entonces ya no quedan esperanzas? ¿Ya me arrastran hacia mi castigo? ¿Dónde estás, Raimundo? ¡Oh, sálvame, sálvame! -Y continuó, lanzando al abad una mirada desesperada. ¡Escúcheme, hombre de corazón duro! ¡Escúcheme, orgulloso, severo y cruel! ¡Habría podido salvarme y devolverme la dicha y la virtud, pero no quiso! Usted es el destructor de mi alma, mi asesino, ¡que caiga sobre usted la maldición de mi muerte y la de mi hijo aún no nacido! Insolente en su virtud imperturbada, ha desdeñado las súplicas de una penitente, pero Dios tendrá clemencia aunque no la tenga usted. ¿Y

dónde está el mérito de su pregonada virtud? ¿Qué tentaciones venció? ¡Cobarde! ¡Huyó de la seducción, sin oponérsele! Pero el día del juicio llegará. ¡Ah!, entonces, cuando ceda a las pasiones impetuosas, cuando sienta que el hombre es débil y nacido para extraviarse, cuando estremecido, mire hacia atrás y vea sus culpas y solicite, amedrentado, la clemencia divina, ¡oh!, en ese momento temible piense en mí, ¡piense en su crueldad, piense en Inés y no se ilusione con el perdón!

Cuando pronunció estas últimas palabras se le agotaron las fuerzas y se desplomó, inanimada, sobre el pecho de una monja que estaba cerca de ella. Enseguida la sacaron de la capilla y sus compañeras la siguieron.

Ambrosio no había escuchado sus reproches sin emoción. Un secreto dolor del corazón le hizo sentir que había tratado a la desdichada con severidad excesiva. Por lo tanto, retuvo a la superiora y se aventuró a pronunciar algunas palabras en favor de la pecadora.

-La violencia de su desesperación -dijo- demuestra que por lo menos el vicio no se ha vuelto familiar para ella. Quizá, si se la trata con un poco menos de rigor que el acostumbrado y si se mitiga en cierta medida la penitencia habitual...

-¿Mitigarla, padre? -interrumpió la superiora. No lo haré yo, créame. Las reglas de nuestra orden son estrictas y severas; últimamente han caído en desuso, pero la culpa de Inés me demuestra la necesidad de restablecerlas. Voy a hacer conocer mi intención al convento, e Inés será la primera en sentir el rigor de esas reglas, que se cumplirán hasta la última letra. ¡Me despido, reverendo padre!

Y así diciendo, salió apresurada de la capilla.

-Cumplí con mi deber -se dijo Ambrosio.

Aun así, no se sentía del todo satisfecho con esa reflexión. Para disipar las desagradables ideas que esa escena había provocado en él se trasladó al jardín de la abadía. En

todo Madrid no existía un lugar más bello o mejor ordenado. Estaba distribuido con el gusto más exquisito, las flores más escogidas lo adornaban en el apogeo de su lozanía y, aunque cultivadas con destreza, parecían haber sido repartidas por la mano de la naturaleza. Varias fuentes, que brotaban de recipientes de mármol blanco, refrescaban el aire con una continua llovizna y las paredes se hallaban enteramente cubiertas con jazmines, enredaderas y madreselvas. La hora acentuaba la belleza del paisaje. La luna llena, que recorría un cielo azul y sin nubes, arrojaba sobre los árboles un resplandor tembloroso, y el agua de las fuentes chisporroteaba en el rayo argentado. Una suave brisa difundía la fragancia de los capullos de azahar por los senderos y el ruiseñor entonaba su melodioso murmullo desde el refugio de una selva artificial. Hacia allí dirigió sus pasos el abad.

En el seno de este pequeño bosquecillo había una rústica gruta, imitación de una ermita. El seto estaba formado por raíces de árboles y los intersticios recubiertos con hiedra y musgo. A cada lado se veían taludes de césped y desde elevadas rocas descendía una cascada natural. Ensimismado, el monje se acercó al lugar. La calma general se contagió a su pecho y una voluptuosa tranquilidad le llenó el alma de languidez.

Llegó a la ermita y estaba por entrar para reposar en ella, cuando se detuvo al ver que ya se hallaba ocupada. Un hombre yacía extendido en uno de los bancos, en melancólica postura. Apoyaba la cabeza en un brazo y parecía sumido en la meditación. El monje se aproximó y reconoció a Rosario. Lo miró en silencio y no entró en la ermita. Al cabo de unos minutos el joven levantó la vista y clavó los ojos, triste, en el muro de enfrente.

-Sí -dijo con un suspiro profundo y quejumbroso-, siento toda la dicha de tu situación y toda la desgracia de la mía. ¡Feliz sería si pudiese pensar como tú! ¡Si como tú

pudiera mirar a la humanidad con desagrado, si pudiera enterrarme para siempre en alguna impenetrable soledad y olvidar que el mundo contiene a seres dignos de ser amados...! ¡Ah, Dios, qué bendición sería la misantropía para mí!

-Ése es un pensamiento insólito, Rosario -dijo el abad al entrar en la gruta.

-¿Usted aquí, reverendo padre? -exclamó el novicio.

Al mismo tiempo se levantó de su sitio, desconcertado, y a toda prisa se cubrió el rostro con la capucha. Ambrosio se sentó en el banco y obligó al joven a colocarse a su lado.

-No debes caer en esta disposición a la melancolía -dijo. ¿Qué puede haberte hecho ver bajo una luz tan deseable la misantropía, de todos los sentimientos el más reprobable?

-La lectura de estos versos, padre, que hasta ahora habían escapado a mi observación. La claridad de la luna me permitió leerlos y, ¡ay!, cuánto envidio el sentimiento del escritor.

Al decirlo, señaló una placa de mármol empotrada en la pared opuesta. En ella se encontraban grabados los siguientes versos:

Inscripción en una ermita

Tú, que lees ahora estos versos,
No creas, aunque del mundo huyo,
Que aspiro a terminar mis días
En este erial horrendo
Al que me trajo el remordimiento
De mi conciencia.
Ni sombra de culpa cruza por mi pecho;
Libre huí de galas cortesanas,
Pues bien he visto en torres y palacios

Que Lascivia y Orgullo,
Los más negros poderes del Archienemigo,
Reinan majestuosos
En el rostro de la humanidad.
Vi la costra del vicio,
Vi la espada de Honor enmohecida;
Que todos por demencia caían en pecado,
Que se engañaba, y mucho, quien confiaba
En amor o amigo.
Y así llegó, disgustada con los hombres,
Mi vida a su final.
En esta triste cueva, vestido de harapos,
Como enemigo del bullicio loco,
La cabeza gacha, triste, triste,
Aquí disipo
Mi vida, y en mi sagrado oficio
Consumo el día.
El contento y alivio más me placen
En esta gruta de lo que nunca me pluguieron
En palacio; y en plegarias que aún elevo
A Dios que está en lo alto
Noche y Día musito implorante
Esta plegaria:
"Déjame, ¡oh Señor!, retirarme de la vida
Sin conocer culpables fuegos terrenales,
Remordimiento cruel o ávidos deseos;
Y cuando muera,
Morirme quiero en la creencia de que vuelo,
Mi Dios, hacia ti."
Si pleno, forastero, de brío y juventud,
No turbada tu paz por pena alguna,
Por azar contemplas con desprecio
El rezo del ermitaño,
Mas si tienes causas para lamentar
Tus faltas o cuidados,

Si una vez te clavó su aguijón el amor falso
O de tu patria fuiste desterrado
O la culpa te desgarra el alma
Y te hace padecer,
¡Oh, cuánto lamentarás tu situación
Y envidiarás la mía!

-Si fuera posible -dijo el fraile que un hombre estuviese tan por completo sumido en sí mismo como para vivir absolutamente alejado de la naturaleza humana y al mismo tiempo pudiera sentir la satisfecha tranquilidad que estos versos encierran, admito que la situación resultaría más deseable que vivir en un mundo tan impregnado de vicios y locuras. Pero jamás puede ser así. Esta inscripción se puso aquí nada más que para adorno de la gruta, y los sentimientos y el ermitaño son por igual imaginarios. El hombre nació para la sociedad. Por poco apego que le tenga al mundo, nunca puede olvidarlo del todo o ser del todo olvidado por él. Disgustado por la culpa o lo absurdo de la humanidad, el misántropo huye de ella; resuelve convertirse en ermitaño y se entierra en la caverna de algún lúgubre peñasco. Mientras el odio le inflama el pecho, es posible que se sienta satisfecho con su situación. Pero cuando sus pasiones comienzan a enfriarse, cuando el Tiempo mitigó sus penas y curó las heridas que lo llevaron a su soledad, ¿crees que la placidez se convierte en su compañera? ¡Por cierto que no, Rosario! Como ya no lo incita la violencia de su pasión, siente toda la monotonía de su modo de vida y su corazón se torna fácil presa del tedio y la fatiga. Mira alrededor, y se encuentra solo en el universo. El amor a la sociedad revive en su pecho y ansía volver al mundo que abandonó. La naturaleza pierde todos sus encantos para él. A nadie tiene cerca para señalarle sus bellezas o compartir su admiración por su excelencia y variedad. Apoyado en una

roca aislada, contempla el salto de agua con mirada distraída, mira sin emoción la gloria del sol poniente. Lentamente regresa a su celda por la noche, pues nadie espera ansioso su llegada; no encuentra alivio en su comida solitaria e insípida. Se arroja en su jergón de hierbas, abatido e insatisfecho, y sólo despierta para pasar un día tan carente de alborozo, tan monótono como el anterior.

-¡Me asombra padre! Supongamos que las circunstancias lo condenasen a la soledad. Los deberes de la religión y la conciencia de una vida bien vivida, ¿no comunicarían a su corazón la calma que...?

-Me engañaría, si creyese que tales circunstancias lo permitieran. Estoy convencido de lo contrario y de que toda mi fortaleza no me impediría ceder a la melancolía y al disgusto. Después de consumir mi día en el estudio, ¡si supieras cuánto placer me da encontrarme con mis hermanos en el atardecer! Luego de pasar una hora en soledad, ¡si pudiese expresarte la alegría que experimento al ver de nuevo a un semejante! A mi juicio éste es el mérito principal de una institución monástica. Aparta al hombre de las tentaciones del vicio, le procura el tiempo necesario para el adecuado servicio al Supremo Hacedor, le ahorra la mortificación de presenciar los pecados del mundo y, sin embargo, le permite gozar de las bendiciones de la sociedad. ¿Y tú, Rosario, tú envidias la vida de un ermitaño? ¿Puedes estar tan ciego a la felicidad de tu situación? Reflexiona un momento. Esta abadía se ha convertido en tu refugio. Tu disciplina, tu dulzura, tu talento, te han convertido en objeto de la estima general. Estás alejado del mundo que afirmas odiar y, sin embargo, continúas disfrutando de los beneficios de la sociedad, de una sociedad compuesta por lo más estimable del género humano.

-¡Padre, padre!, eso es lo que causa mi tormento. Dichoso habría sido si mi vida hubiera transcurrido entre pecadores y abandonados, si jamás hubiese pronunciado el

nombre de la virtud. Mi ilimitada reverencia por la fe, la exquisita sensibilidad de mi alma hacia la belleza de lo justo y lo bueno me abruman de vergüenza... eso es lo que me empuja a la perdición. ¡Ah, si nunca hubiese conocido los muros de esta abadía!

-¿Cómo, Rosario? La última vez que conversamos hablaste en un tono diferente. ¿Acaso mi amistad ha llegado, entonces, a tener tan poca importancia? Si nunca hubieses conocido los muros de esta abadía, no me habrías conocido a mí. ¿Puede ser ése, en verdad, tu deseo?

-¿Nunca lo habría conocido a usted? -repitió el novicio, levantándose del banco de un salto y tomando la mano del fraile con expresión de frenesí. ¡Usted, usted! ¡Si Dios hubiera herido mis ojos con un rayo antes de que pudieran verlo a usted! ¡Si Dios quisiera que no lo viese nunca más y me hiciese olvidar que alguna vez lo vi!

Al terminar estas palabras, huyó de la gruta. Ambrosio permaneció en su actitud anterior, reflexionando acerca de la inexplicable conducta del joven. Se inclinaba a sospechar una perturbación del juicio, pero la disposición general de su conducta, la coherencia de sus ideas y el sosiego de su comportamiento hasta el instante de abandonar la gruta parecían refutar esa conjetura. Al cabo de unos minutos Rosario regresó. Volvió a sentarse en el banco; apoyó la mejilla en una mano y con la otra se enjugó las lágrimas que fluían de sus ojos a intervalos.

El monje lo miró con compasión y se abstuvo de interrumpir sus meditaciones. Ambos continuaron durante algún tiempo sumidos en profundo silencio. El ruiseñor se había posado en un naranjo que se erguía frente a la ermita y lanzaba melancólicos y melodiosos trinos. Rosario levantó la cabeza y lo escuchó con atención.

-Así -dijo, con un hondo suspiro-, así, en el último mes de su desdichada vida, mi hermana solía sentarse a escuchar

el ruiseñor. ¡Pobre Matilde! Reposa en la tumba y su corazón destrozado ya no palpita de pasión.

-¿Tenías una hermana?

-Dice usted bien, tenía. ¡Ay! Ya no la tengo. Se hundió bajo el peso de sus penas, en la primavera misma de la vida.

-¿Qué penas eran esas?

-No excitarán su piedad. Usted no conoce el poder de esos sentimientos irresistibles, fatales, de los cuales era víctima el corazón de Matilde. Padre, tenía un amor desdichado. Una pasión por un hombre dotado de todas las virtudes, un hombre -¡oh, permítame decir mejor una divinidad!- que resultó ser el veneno de su existencia. Su noble figura, su carácter intachable, sus diversos talentos, su sólida sabiduría, maravillosa y gloriosa, habrían enardecido el pecho del más insensible. Mi hermana lo vio y se atrevió a amar, aunque jamás se atrevió a abrigar esperanzas.

-Si su amor estaba tan bien orientado, ¿qué le prohibía abrigar la esperanza de lograr su objetivo?

-Padre, antes de conocerla, Julián ya estaba desposado con la novia más bella, más celestial. Pero mi hermana seguía amando y por el bien del esposo adoraba a la esposa. Una mañana encontró los medios de huir de la casa de nuestro padre. Ataviada con humildes vestiduras, se ofreció como criada a la consorte de su amado y fue aceptada. Ahora se encontraba a cada rato en su presencia; se esforzó por congraciarse con él, y lo logró. Sus atenciones atrajeron el interés de Julián. Los virtuosos siempre son agradecidos, y distinguió a Matilde por encima de sus compañeros.

-¿Y tus padres no la buscaron? ¿Se sometieron con mansedumbre a su pérdida, no trataron de recuperar a la hija desaparecida?

-Antes de que pudiesen encontrarla, se descubrió ella misma. Su amor se volvió demasiado violento para ser ocultado. Pero no deseaba la persona de Julián; sólo ambicionaba una parte de su corazón. En un momento en

que no se dio cuenta de qué hacía le confesó su afecto. ¿Cuál fue la recompensa? Enamoradísimo de su esposa y convencido de que una mirada de lástima dedicada a otra era un robo de lo que le debía a aquella, expulsó a Matilde de su presencia, le prohibió que volviese a aparecer ante él. Su severidad le destrozó el corazón a mi hermana, que retornó a la casa de su padre y pocos meses después fue llevada a la tumba.

-¡Desdichada joven! Es indudable que su destino fue demasiado severo y Julián en exceso cruel.

-¿Le parece padre? -exclamó el novicio con vivacidad. ¿Le parece que fue cruel?

-En efecto, y me apiado sinceramente de ella.

-¿Se apiada de ella? ¿De ella? ¡Oh padre, padre! Entonces, apiádese de mí...

El fraile se sobresaltó cuando, después de una pausa momentánea, Rosario agregó con voz vacilante:

-Porque mis sufrimientos son mayores. Mi hermana tenía una amiga, una amiga de verdad, que se compadecía de la intensidad de sus sentimientos y no le reprochaba su incapacidad para reprimirlos. Yo... ¡Yo no tengo amigos! El mundo entero no puede darme un corazón dispuesto a participar en mis dolores.

Y cuando pronunció estas palabras, lanzó unos sollozos audibles. El fraile se sintió conmovido. Tomó la mano de Rosario y la oprimió con ternura.

-¿No tienes amigos, dices? ¿Y qué soy yo, entonces? ¿Por qué no confías en mí, y qué puedes temer? ¿Mi severidad? ¿Alguna vez la usé contigo? ¿La dignidad de mis hábitos? Rosario, deja a un lado al monje y te pido que me consideres tu amigo, tu padre. Y bien puedo adoptar el título, pues nunca un padre cuidó a un hijo con más cariño que el que yo te dediqué. Desde el momento en que te vi por primera vez, advertí en mi pecho sensaciones hasta entonces desconocidas para mí. En tu compañía hallé

deleites que ningún otro podía darme, y cuando conocí la amplitud de tu talento e información, me regocijé como un padre con las perfecciones de su hijo. Deja, pues, a un lado tus temores; háblame con franqueza. Háblame, Rosario, y dime que quieres confiar en mí. Si mi ayuda o mi piedad pueden aliviar tu congoja...

-Pueden. Sólo ellas pueden. ¡Ah, padre!, de buena gana le descubriría mi corazón. De buena gana le revelaría el secreto que me abruma con su peso. ¡Mas, ay!, temo, temo...

-¿Qué, hijo mío?

-Que me aborrezca por mi debilidad; que el pago de mi confidencia sea la pérdida de su estima.

-¿Cómo puedo tranquilizarte? Piensa en toda mi conducta pasada, en la ternura paternal que siempre te mostré. ¿Aborrecerte, Rosario? Ya no está en mi dominio hacerlo. Abandonar tu compañía sería privarme del mayor placer de mi vida. Revélame, pues, lo que te aflige, y créeme si te juro con toda solemnidad...

-¡Aguarde! -interrumpió el novicio. Júreme que sea cual fuere mi secreto no me obligará a dejar el monasterio hasta que termine mi noviciado.

-Lo prometo solemnemente, ¡y como cumplo mis votos hacia ti, cumpla Cristo los suyos hacia la humanidad! Y ahora explícame ese misterio y confía en mi indulgencia.

-Le obedezco. Sepa, entonces... ¡Ah, cómo tiemblo al pronunciar la palabra! ¡Escúcheme con piedad, reverendo Ambrosio! ¡Convoque hasta la última chispa de debilidad humana que pueda enseñarle a compadecerse de la mía! ¡Padre! -continuó, arrojándose a los pies del fraile y llevándose su mano a los labios, con ansiedad, en tanto que la agitación le ahogaba un momento la voz. ¡Padre -prosiguió con acento entrecortado-, soy una mujer! El abad se sobresaltó ante esta inesperada confesión. El falso Rosario yacía postrado en el suelo, como si esperase en silencio la decisión de su juez. Asombro por una parte,

aprensión por la otra, los encadenaron durante unos momentos en las mismas actitudes, como si hubieran sido tocados por la varita de algún mago. Al cabo, el monje se recobró de su confusión salió de la gruta y se encaminó con precipitación hacia la abadía. La suplicante no dejó de advertir su acción. Se puso de pie de un salto, se apresuró a seguirlo, lo alcanzó, se interpuso en su camino y le abrazó las rodillas. En vano se esforzó Ambrosio por soltarse.

-¡No huya de mí! -exclamó. ¡No me deje abandonada al impulso de mi desesperación! Escúcheme, mientras justifico mi imprudencia, mientras admito que la historia de mi hermana es la mía. Yo soy Matilde, usted mi amado.

Si bien la sorpresa de Ambrosio fue grande ante la primera declaración, al escuchar la segunda superó todos los límites. Asombrado, turbado e indeciso, se sintió incapaz de pronunciar una sílaba y contempló en silencio a Matilde. Ello le dio a ésta la oportunidad de continuar su explicación como sigue:

-No piense, Ambrosio, que vengo a despojarlo de la esposa de sus afectos. No, créame: sólo la religión lo merece, y muy lejos está de Matilde el deseo de apartarlo de las sendas de la virtud. Lo que siento por usted es amor, no lascivia. Suspiro por ser la dueña de su corazón, no codicio el goce de su persona. Dígnese escuchar mi defensa. Unos momentos lo convencerán de que este santo retiro no ha sido mancillado por mi presencia y de que puede concederme su compasión sin violar sus votos. Se sentó. Ambrosio, apenas consciente de lo que hacía, siguió su ejemplo y ella continuó con su relato. Provengo de una familia distinguida. Mi padre era el jefe de la noble casa de Villanegas. Murió cuando yo era muy pequeña y me dejó como única heredera de sus inmensas posesiones. Joven y adinerada, fui solicitada en matrimonio por los jóvenes más nobles de Madrid. Pero ninguno logró conquistar mis afectos. Me había criado al cuidado de un tío poseedor de

sólido juicio y de amplia erudición. Se complacía en comunicarme alguna porción de sus conocimientos. Con su guía, mi comprensión adquirió más fuerza y exactitud de lo que en general le toca en suerte a mi sexo, ya que la capacidad de mi preceptor recibía la ayuda de mi curiosidad natural. No sólo hice considerables progresos en las ciencias estudiadas habitualmente sino también en otras reveladas a unos pocos, las cuales se hallaban interdictas por la ceguera de la superstición. Pero al mismo tiempo que mi tutor se esforzaba por ampliar la esfera de mi conocimiento, me inculcó cuidadosamente todos los preceptos morales; me liberó de los grilletes de los prejuicios vulgares; me señaló la belleza de la religión; me enseñó a mirar con adoración a los puros y virtuosos, y, ¡ay de mí!, yo le obedecí demasiado bien.

"Con tales disposiciones, juzgue si podía observar con otro sentimiento que no fuese repugnancia el vicio, la disipación y la ignorancia que deshonran a nuestra juventud. Rechacé todos los ofrecimientos con desdén. Mi corazón permaneció sin dueño, hasta que la casualidad me condujo a la catedral de los capuchinos. ¡Oh, es indudable que ese día mi ángel guardián dormitaba, olvidado de la que tenía a su custodia! Ésa fue la primera vez que lo vi a usted; reemplazaba al abad que se hallaba enfermo. Sin duda usted recuerda el vivaz entusiasmo que suscitó su sermón. ¡Oh, cómo bebí sus palabras, hasta qué punto su elocuencia pareció arrebatarme el ser! Casi no me atrevía a respirar, por miedo a perderme una sílaba. Y mientras usted hablaba, pensé que una radiante aureola le rodeaba la cabeza, y su semblante resplandecía con la majestad de un dios. Me retiré de la iglesia, enardecida de admiración. Desde ese momento usted se convirtió en el ídolo de mi corazón, en el objeto continuo de mis meditaciones. Hice averiguaciones acerca de usted. Los informes que me llegaron sobre su modo de vida, sus conocimientos, piedad y abnegación remacharon

las cadenas que me había impuesto su elocuencia. Tuve conciencia de que ya no existía un vacío en mi corazón, de que había encontrado al hombre hasta entonces buscado en vano. En la esperanza de volver a escucharlo, visitaba todos los días su catedral. Usted seguía recluido entre los muros de la abadía, y yo siempre me alejaba desdichada y desalentada. La noche me era más propicia, porque entonces usted se me presentaba en sueños; me juraba eterna amistad; me conducía por los senderos de la virtud y me ayudaba a soportar las desazones de la vida. La mañana disipaba esas agradables visiones. Despertaba y me encontraba separada de usted por barreras que parecían insuperables. El tiempo daba la impresión de aumentar la intensidad de mi pasión. Me volví melancólica y abatida; rehuí la sociedad y mi salud declinó día a día. Al cabo, como ya no podía existir en ese estado de tortura, resolví adoptar el disfraz en que me ve. Mi artificio fue afortunado; me recibieron en el monasterio y logré ganar su estima.

"Habría debido considerarme completamente dichosa, si mi quietud no hubiese sido perturbada por el temor a ser descubierta. El placer que recibía de su compañía era anulado por la idea de que tal vez me vería privada muy pronto de él. Y mi corazón palpitaba con tanto embeleso al obtener las muestras de su amistad, que me convencía de que jamás podría sobrevivir a su pérdida. Decidí, entonces, no dejar librado al azar el descubrimiento de mi sexo, confesárselo todo y entregarme por entero a su perdón e indulgencia. ¡Ah, Ambrosio!, ¿puedo haberme engañado? ¿Será menos generoso de lo que creí? Ni siquiera lo sospecharía. Usted no empujará a una desdichada a la desesperación; seguirá permitiendo que lo vea, que converse con usted, ¡que lo adore! Sus virtudes serán mi ejemplo en la vida, y cuando expire nuestros cuerpos descansarán en la misma tumba."

Calló. Mientras hablaba, mil sentimientos contradictorias luchaban en el pecho de Ambrosio. Sorpresa ante la singularidad de esa aventura, confusión ante la brusca declaración de ella, resentimiento por la audacia de su ingreso al monasterio y conciencia de la autoridad con que le correspondía contestar. Tales eran los sentimientos de los cuales tenía conciencia. Pero además había otros a los que no prestaba atención. No se dio cuenta de que su vanidad era halagada por los elogios dirigidos a su elocuencia y virtud, de que experimentaba un secreto placer al pensar que una mujer joven, y en apariencia encantadora, había abandonado el mundo por él y sacrificado todas las demás pasiones a aquella que él inspiraba. Menos aún advertía que su corazón palpitaba de deseo mientras los marfileños dedos de Matilde oprimían con suavidad sus manos.

Poco a poco se recuperó de su confusión. Sus ideas se aclararon. En el acto comprendió la transgresión que suponía permitir que Matilde continuara en la abadía después de la revelación de su sexo. Adoptó un aire de severidad y retiró la mano.

-¡Cómo, señora! -dijo. ¿De veras abriga la esperanza de que le permita permanecer entre nosotros? Aunque le concediera ese pedido, ¿qué puede conseguirse de bueno con ello? ¿Le parece que puedo responder alguna vez a un afecto que...?

-¡No, padre, no! No espero inspirarle un amor como el mío. Sólo aspiro a la libertad de estar cerca de usted, de pasar algunas horas del día en su compañía, de obtener su compasión, su amistad y estima. Pienso que mi pedido no es irrazonable.

-¡Pero reflexione, señora! Piense por un momento en lo impropio que sería que retuviese a una mujer en la abadía y, por añadidura, a una mujer que confiesa amarme. No puede ser. El riesgo de que la descubran es demasiado grande y no me expondré a una tentación tan peligrosa.

-¿Tentación, dice? Con sólo olvidarse de que soy mujer ya no existe. Considéreme sólo una amiga, una infortunada cuya felicidad, cuya vida, dependen de su protección. No tema que alguna vez llegue a recordarle que el amor más impetuoso, el más ilimitado, me indujo a disfrazar mi sexo o que instigada por deseos ofensivos para sus votos y mi propio honor trate de desviarlo de su sendero de rectitud. ¡No, Ambrosio! Aprenda a conocerme mejor. Lo amo como un santo. Demuéstreme que no es más que un hombre y lo abandonaré con disgusto. Entonces, ¿teme la tentación de mi parte? ¿De mí, en quien los deslumbrantes placeres del mundo no crearon otro sentimiento que desprecio? ¿De mí, cuyo afecto se basa en el hecho de que usted está exento de la fragilidad humana? ¡Oh, deseche tan injuriosos temores! Piense en mí con más nobleza y con más nobleza en usted mismo. Soy incapaz de conducirlo al error; y no cabe duda de que su virtud se encuentra asentada sobre una base demasiado firme como para ser conmovida por deseos injustificados. ¡Ambrosio, queridísimo Ambrosio! No me expulse de su presencia, recuerde su promesa y permítame que me quede.

-¡No es posible, Matilde! Su interés me exige que rechace tal ruego, pues tiemblo por usted, no por mí. Después de vencer los impetuosos ardores de la juventud, después de pasar treinta años en mortificación y penitencia, podría permitirle quedarse sin riesgos y no temer que me inspirase sentimientos más cálidos que la piedad. Pero usted misma, si se queda en la abadía, provocará consecuencias fatales. Entenderá equivocadamente cada una de mis palabras y acciones, aprovechará con avidez cada circunstancia que la incite a esperar la compensación de sus afectos. Sin advertirlo, las pasiones dominarán a su razón, y lejos de resultar reprimidas por mi presencia, cada momento que pasemos juntos sólo servirá para estimularlas y excitarlas. ¡Créame, desdichada mujer! Cuenta con mi

sincera compasión. Estoy convencido de que hasta este momento actuó basada en los motivos más puros. Pero aunque esté ciega a la imprudencia de su conducta, yo sería culpable si no le abriese los ojos. Siento que el deber me obliga a tratarla con dureza. Debo rechazar su súplica y eliminar toda sombra de esperanza que pueda contribuir a alimentar sentimientos tan perniciosas para su sosiego. Matilde, mañana debe irse de aquí.

-¿Mañana, Ambrosio, mañana? ¡Oh, por favor, ésa no puede ser su intención! ¡No puede decidirse a empujarme a la desesperación! No puede tener la crueldad de...

-Ya escuchó mi sentencia y debe obedecerla. Las reglas de nuestra orden prohiben su permanencia. Ocultar a una mujer entre estos muros sería perjurio, y mis votos me obligan a revelar su confesión a la comunidad. Debe irse. Me apiado de usted, pero no puedo hacer más.

Pronunció estas palabras con voz tenue y temblorosa. Luego se levantó de su asiento, y habría corrido hacia el monasterio, pero con un agudo alarido, Matilde lo siguió y lo detuvo.

-¡Quédese un momento, Ambrosio! ¡Escúcheme una palabra!

-No me atrevo a escuchar. Suélteme; ya conoce mi veredicto.

-¡Pero una sola palabra, una última palabra y termino!

-Déjeme. Sus súplicas son inútiles. Tiene que irse mañana.

-¡Váyase, pues, bárbaro! Pero aún me queda este recurso.

Y al decir esto extrajo de pronto un puñal. Se desgarró la ropa y apoyó la punta del arma sobre su pecho.

-Padre, nunca saldré viva de aquí.

-¡Espere, espere, Matilde! ¿Qué va a hacer?

-Usted está decidido; también yo. En cuanto me abandone, me clavaré este acero en el corazón.

-¡Bendito San Francisco! Matilde, ¿ha perdido el juicio? ¿Conoce las consecuencias de su acción? ¿Sabe que el suicidio es el mayor de los pecados? ¿Que destruye su alma, que pierde su derecho a la salvación, que de ese modo se introduce en los tormentos eternos?

-Nada me importa, nada -replicó enardecida. O sus manos me guían al paraíso o las mías me conducirán a la perdición. ¡Hábleme, Ambrosio! Dígame que ocultará mi confesión, que seguiré siendo su amiga y compañera, o este puñal se beberá mi sangre.

Al pronunciar estas últimas palabras, levantó el brazo e hizo el gesto de clavarse el puñal. Los ojos del fraile siguieron con temor la trayectoria de la daga. Ella se había desgarrado los hábitos y su pecho estaba a medias descubierto. La punta del arma se apoyaba en el seno izquierdo y, ¡oh, qué maravillosa revelación! Los rayos de la luna cayeron de lleno sobre el pecho y permitieron al monje observar su deslumbrante blancura. Su mirada se demoró con insaciable avidez en el bello orbe. Una sensación hasta entonces desconocida le colmó el corazón con una mezcla de ansiedad y deleite. Un fuego ardiente le recorrió todos los miembros, la sangre le hirvió en las venas y mil deseos salvajes acosaron su imaginación.

-¡Espera! -exclamó con voz apresurada, vacilante. ¡No puedo resistirlo más! ¡Quédate, pues, hechicera, quédate para mi perdición!

Así dijo y se alejó dirigiéndose deprisa hacia el monasterio. Retornó a su celda y se arrojó en el lecho, aturdido, irresoluto y confundido.

Durante un tiempo le resultó imposible ordenar sus ideas. La escena en la cual había participado suscitaba tal variedad de sentimientos en su pecho que era incapaz de decidir cuál predominaba. No sabía qué conducta debía adoptar con la perturbadora de su paz; se daba cuenta de que la prudencia, la religión y la oportunidad exigían que la

obligase a abandonar la abadía. Pero, por otro lado, había razones muy poderosas que recomendaban esa permanencia que se sentía de sobra inclinado a autorizar. No podía dejar de sentirse halagado por la declaración de Matilde y por el hecho de haber doblegado de manera inconsciente un corazón que había resistido el asedio de los más nobles caballeros de España. La forma en que conquistó sus afectos también resultaba muy satisfactoria para su vanidad. Recordaba las muchas horas felices que había pasado en compañía de Rosario, y temía el vacío que en su corazón ocasionaría el distanciamiento. Además consideraba que, puesto que Matilde era rica, sus favores podían resultar en esencia beneficiosos para la abadía.

"¿Y qué arriesgo -se dijo- si la autorizo a quedarse? ¿Acaso no puedo aceptar sin peligro sus afirmaciones? ¿Acaso no me será fácil olvidar su sexo y seguir considerándola mi amiga y discípula? Por cierto que su amor es tan puro como lo describe. Si hubiera nacido de la lascivia, ¿lo habría ocultado durante tanto tiempo en su pecho? ¿No habría empleado algún medio para procurarle satisfacción? Hizo todo lo contrario. Se esforzó por mantenerme ignorante de su sexo. Y nada que no fuese el temor de ser descubierta y mi insistencia la habrían obligado a descubrir su secreto. Observó las obligaciones de la religión de modo no menos estricto que yo mismo. No hizo intento alguno por despertar mis pasiones adormecidas y hasta esta noche no habló conmigo sobre el tema del amor. Si hubiese querido suscitar mi afecto en lugar de mi estima, no me habría ocultado sus encantos con tanto cuidado. Hasta hoy, no he visto su cara, y sin embargo debe ser encantadora, y su cuerpo hermoso, a juzgar por su... por lo que vi." Cuando esta última idea le cruzó por la imaginación, un sonrojo se le difundió por las mejillas. Alarmado por los sentimientos a los que se entregaba, se dispuso a orar. Se levantó de la cama, se hincó de hinojos ante la hermosa

Virgen y suplicó su ayuda para ahogar tan culpables emociones. Luego volvió a su lecho y se resignó a dormitar.

Despertó febril y sin haber descansado. Durante el sueño, su ardiente imaginación sólo le había presentado los objetos más voluptuosos. En sus sueños, Matilde estuvo de nuevo ante él y su mirada volvió a posarse en el pecho descubierto. Ella repitió sus protestas de amor eterno, le echó los brazos al cuello y lo cubrió de besos. Él se los devolvió, la oprimió con apasionamiento contra el pecho y... la visión se desvaneció. A veces, en sus ensueños se presentaba la imagen de su Virgen favorita y se imaginaba arrodillado ante ella. Cuando le ofrecía su veneración, los ojos de la figura parecían mirarlo con inexpresable dulzura. Posaba sus labios en los de ella y los encontraba cálidos. La forma animada se separaba del lienzo, lo abrazaba con afecto y los sentidos de Ambrosio eran incapaces de soportar un deleite tan exquisito. Tales fueron las escenas que ocuparon sus sentidos mientras dormía. Sus deseos insatisfechos ponían ante él las imágenes más inquietantes y provocadoras, y él se deleitaba en goces hasta entonces desconocidos.

Saltó del lecho, henchido de confusión ante el recuerdo de sus sueños. No se sintió menos avergonzado cuando pensó en las razones que la noche anterior lo indujeron a autorizar la permanencia de Matilde. Ya se había disipado la nube que le oscurecía el juicio. Se estremeció al examinar sus argumentos teñidos con sus verdaderos colores y al descubrir que se había convertido en esclavo de la adulación la avaricia y el egoísmo.

Si en una hora de conversación Matilde pudo provocar un cambio tan notable en sus sentimientos, ¿qué no debía temer de su permanencia en la abadía? Lúcido ante el peligro, recuperado de su confiada ilusión, resolvió insistir en que la joven se fuese sin demora. Comenzó a sentir que no estaba hecho a prueba detentaciones y que, por más que

Matilde permaneciese dentro de los límites de la modestia, él era incapaz de luchar contra las pasiones de las cuales, falsamente, se creía exento.

-¡Inés! ¡Inés! -exclamó, mientras pensaba en sus turbaciones. ¡Ya siento tu maldición!

Salió de su celda, decidido a expulsar al fingido Rosario. Asistió a maitines, pero sus pensamientos estaban lejos y prestó muy poca atención. Tenía el corazón y el cerebro repletos de objetos mundanos y oró sin devoción. Terminado el oficio, bajó al jardín. Encaminó sus pasos hacia el mismo lugar en que la noche anterior hizo su turbador descubrimiento. No dudaba de que Matilde lo buscaría allí. No se engañó; ella se presentó muy pronto en la ermita y se acercó al monje con expresión tímida. Al cabo de unos minutos, durante los cuales ambos guardaron silencio, ella pareció a punto de hablar, pero el abad, quien durante ese intervalo reunió toda su decisión, la interrumpió. Aunque inconsciente todavía de la amplitud de su influencia, temía la melodiosa seducción de la voz femenina.

-Siéntate a mi lado, Matilde -dijo, adoptando un tono de firmeza, si bien evitó con cuidado la menor sombra de severidad. Escúchame con paciencia, y créeme que en lo que digo no influye tanto mi interés como el tuyo. Créeme que experimento por ti la más cálida amistad, una verdadera compasión. Y que no puedo sentirme más apenado de lo que estoy cuando declaro que no debemos volver a vernos.

-¡Ambrosio! -exclamó ella, con voz que expresaba a la vez sorpresa y pena.

-¡Ten calma, amiga mía, mi Rosario! Déjame seguir llamándote por ese nombre tan caro para mí. Nuestra separación es inevitable. Me ruborizo al confesar cuánto me afecta. Pero así tiene que ser. Me siento incapaz de tratarte con indiferencia y esa convicción me obliga a insistir en tu partida. Matilde, no debes seguir quedándote aquí.

-¡Oh! ¿Y dónde buscaré ahora integridad? La verdad, disgustada con un mundo pérfido, ¿en qué feliz región se oculta ahora? Padre, yo confiaba en hallarla aquí. Creía que tu pecho había sido su altar predilecto. ¿Y tú también te muestras falso? ¡Oh, Dios! ¿Tú también puedes traicionarme?

-¡Matilde!

-Sí, padre, sí. Te reprocho con justicia. ¡Ay!, ¿dónde están tus promesas? Mi noviciado todavía no terminó y sin embargo, te dispones a expulsarme del monasterio. ¿Tienes coraje para apartarme de ti? ¿Y no recibí tu solemne juramento de lo contrario?

-No te obligaré a irte del monasterio; recibiste mi solemne juramento. Pero cuando me encomiendo a tu generosidad, cuando te confieso la turbación que me embarga en tu presencia, ¿no quieres liberarme de ese juramento? Reflexiona sobre el peligro de que seas descubierta; piensa en el oprobio en que me hundiría ese hecho. Recuerda que están en juego mi honor y mi reputación y que la paz de mi espíritu depende de tu obediencia. Hasta ahora, mi corazón es libre; me separaré de ti con congoja, pero no con desesperación. Si te quedas, en pocas semanas sacrificaré mi dicha en el altar de tus encantos. ¡Eres demasiado atractiva, demasiado cautivadora! Si te amara, enloquecería por ti. Mi pecho sería presa de deseos que el honor y mis votos me prohiben satisfacer. Si los resistiese, la impetuosidad de mis deseos insatisfechos me empujaría a la demencia. Si cediese a la tentación, sacrificaría a un momento de placer culpable mi reputación en este mundo, mi salvación en el próximo. A ti, pues, acudo en defensa de mí mismo. ¡Impídeme perder la recompensa de treinta años de sufrimiento! ¡Impídeme ser víctima del remordimiento! Tu corazón ya conoció la angustia del amor desesperanzado. ¡Ah!, si realmente valoras el mío, ahórrame esa angustia. Devuélveme mi promesa,

vete de aquí. Ve, y llévate contigo mis más cálidas oraciones por tu felicidad, mi amistad, mi estima y admiración. Quédate, y te conviertes en fuente de peligros para mí, de sufrimientos y desesperación. Respóndeme, Matilde, ¿cuál es tu decisión? -Ella guardó silencio. ¿No quieres hablar, Matilde? ¿No me dirás qué eliges?

-¡Cruel, cruel! -exclamó ella, retorciéndose las manos, torturada. Sabes muy bien que no me ofreces elección. ¡Sabes demasiado bien que no tengo más voluntad que la tuya!

-Entonces no me engañé. La generosidad de Matilde está a la altura de mis ilusiones.

-Sí, te demostraré la verdad de mi afecto sometiéndome a un veredicto que me hiere hasta el corazón. Te devuelvo tu promesa. Hoy mismo me iré del monasterio. Tengo una parienta abadesa en un convento de Extremadura. Hacia allí dirigiré mis pasos y me apartaré del mundo para siempre. Pero dime, padre, ¿en mi soledad contaré con tus buenos deseos? ¿Distraerás alguna vez tu atención de las reflexiones celestiales para consagrarme un pensamiento?

-¡Ay, Matilde, temo que pensaré en ti demasiado a menudo para mi tranquilidad!

-Entonces no deseo nada más, salvo que podamos encontrarnos en el cielo. ¡Adiós, mi amigo, mi Ambrosio! Y sin embargo, creo que preferiría llevarme alguna muestra de tu aprecio.

-¿Qué te daré?

-Algo... cualquier cosa... una de esas flores será suficiente. Señaló una mata de rosas plantadas a la puerta de la gruta. La esconderé en mi pecho y cuando haya muerto las monjas la encontrarán marchita sobre mi corazón.

El fraile no pudo contestar. Con pasos lentos y el alma colmada de aflicción, salió de la ermita. Se aproximó al rosal y se inclinó para cortar una de las flores. De pronto lanzó un grito penetrante, retrocedió con rapidez y soltó la flor

que ya tenía y que cayó de sus manos. Matilde escuchó el grito y se precipitó, ansiosa, hacia él.

-¿Qué ocurre? -exclamó. ¡Contéstame, por amor de Dios! ¿Qué sucedió?

-He recibido mi muerte -respondió con voz débil. Oculta entre las rosas... una serpiente...

En ese instante, el dolor de la herida se hizo tan intenso que fue incapaz de soportarlo. Los sentidos lo abandonaron y cayó inanimado en brazos de Matilde.

La congoja de la muchacha fue indescriptible. Se mesó el cabello, se golpeó el pecho y, como no se atrevía a dejar a Ambrosio, con estridentes gritos se esforzó por llamar a los monjes en su ayuda. Al cabo lo logró. Alarmados por su clamor, varios frailes acudieron al lugar y el superior fue trasladado a la abadía. Se lo acostó enseguida, y el monje que oficiaba de médico de la congregación se dispuso a examinar la herida. En ese momento, la mano de Ambrosio se había hinchado hasta adquirir un tamaño extraordinario. Si bien los remedios que se le administraron le devolvieron la vida, no le restauraron la lucidez. Desvarió en todos los horrores del delirio, lanzó espumarajos y cuatro de los monjes más fuertes casi no pudieron retenerlo en el lecho.

El padre Pablo (tal era el nombre del médico) se apresuró a examinar la mano herida. Los monjes rodearon la cama y aguardaron ansiosos el veredicto. Entre ellos el supuesto Rosario no parecía el menos insensible ante la calamidad acaecida al fraile. Contempló al sufriente con inexpresable angustia; y los gemidos de él, que a cada instante se le escapaban del pecho, traicionaban en suficiente medida la intensidad de su tormento.

El padre Pablo examinó la herida. Cuando extrajo la lanceta, la punta estaba teñida de un matiz verdoso. Meneó la cabeza, afligido, y se apartó del lecho.

-Es lo que temía -dijo. No hay esperanzas.

-¡No hay esperanzas! -exclamaron los monjes al unísono. ¿Dices que no hay esperanzas?

-Por los efectos súbitos, sospechaba que el abad había sido mordido por un ciempiés*. El veneno que ven en mi lanceta confirma mi suposición. No podrá vivir tres días.

-¿Y no es posible encontrar algún remedio? -inquirió Rosario.

-Sin extraer el veneno, no puede recuperarse. Y la forma de extraerlo es todavía un secreto para mí. Lo único que puedo hacer es aplicar a la herida hierbas que alivien el dolor. El paciente recobrará los sentidos, pero el veneno le corromperá toda la masa de la sangre y en tres días dejará de existir.

Enorme fue la congoja general al escuchar este dictamen. Pablo, tal como había prometido, curó la herida y se retiró, seguido por sus compañeros. Sólo Rosario permaneció en la celda porque ante sus ruegos apremiantes el abad fue confiado a su cuidado. Gastadas las fuerzas de Ambrosio por la violencia de sus padecimientos, había caído, en ese momento, en un profundo sopor. Hasta tal punto lo abrumaba la fatiga que casi no daba señales de vida. Aún se hallaba en ese estado cuando los monjes regresaron para averiguar si se había producido algún cambio. Pablo aflojó el vendaje que ocultaba la herida, más por un principio de curiosidad que por abrigar la esperanza de descubrir síntomas favorables. ¡Cuál no sería su asombro al descubrir que la inflamación había desaparecido por completo! Examinó la mano; su lanceta salió pura e inmaculada. No se veían rastros de veneno y, si el orificio no fuera todavía visible, Pablo habría dudado de que alguna vez hubiese existido una herida.

---

* Se supone que el ciempiés es nativo de Cuba y que fue llevado a España, desde esa isla, en una nave de Colón. (Nota del autor.)

Comunicó la noticia a la congregación; la satisfacción sólo fue igualada por la sorpresa. Pero muy pronto se vieron libres de esta última impresión al explicarse la circunstancia según sus propias ideas. Estaban convencidísimos de que su superior era un santo y consideraban que nada podía ser más natural que el hecho de que San Francisco hubiese producido ese milagro. Esta opinión se aprobó por unanimidad. La declararon en voz tan alta y con tanto fervor vociferaron "¡Milagro, milagro!", que pronto interrumpieron el sueño de Ambrosio.

Los monjes rodearon inmediatamente su lecho dando muestras de alegría por tan maravillosa recuperación. Él estaba muy en sus cabales y libre de toda dolencia, pero se sentía débil y lánguido. Pablo le dio una medicina tonificante y aconsejó que guardase cama durante los dos días siguientes. Luego se retiró, pues deseaba que su paciente no se agotara en conversaciones y que más bien se esforzase en reposar un poco. Los otros monjes siguieron su ejemplo, y el abad y Rosario quedaron a solas sin testigos.

Durante unos minutos, Ambrosio miró a la joven con una mezcla de placer y aprensión. Matilde estaba sentada al costado de la cama, con la cabeza gacha y, como de costumbre, envuelta en la capucha de su hábito.

-¿Todavía estás aquí, Matilde? -preguntó finalmente el fraile. ¿No te conformas con haber estado a punto de conseguir mi destrucción, que nada, salvo un milagro, pudo salvarme de la tumba? ¡Ah!, no me cabe duda de que el cielo envió esa serpiente para castigar...

Matilde lo interrumpió poniéndole la mano sobre los labios con expresión de alegría.

-¡Calla, padre, calla! No debes hablar.

-El que impuso esa orden no sabía cuán importantes son los temas de los cuales deseo conversar.

-Pero yo los conozco y, sin embargo, comparto lo aconsejado. Se me ha encomendado cuidarte y no debes desobedecerme.

-¡Se te ve animada, Matilde!

-Y con motivos; acabo de experimentar un placer que no tuvo parangón en mi vida.

-¿En qué consiste?

-Uno que debo ocultar a todos, pero más que nadie a ti.

-¿A mí? Vamos, te lo ruego, Matilde...

-¡Calla, padre, calla! No debes hablar. Pero como no pareces tener deseos de dormir, ¿debo tratar de entretenerte con mi arpa?

-¡Cómo! Ignoraba que supieses música.

-¡Oh, soy una mala ejecutante! Pero como se te ha prescripto silencio por cuarenta y ocho horas es posible que te distraiga cuando te canses de tus reflexiones. Iré a buscar mi arpa.

-Y bien, padre, ¿qué debo cantar? ¿Quieres escuchar la balada que habla del valiente Durandarte, que murió en la célebre batalla de Roncesvalles?

-Lo que quieras, Matilde.

-¡Por favor, no me llames Matilde! Llámame Rosario, llámame tu amigo. Ésos son los nombres que me encanta oír en tus labios. Y ahora escucha.

Afinó el arpa y luego preludió por algunos momentos con tan exquisito gusto que demostró dominar el instrumento a la perfección. La melodía que ejecutó era suave y quejumbrosa. Mientras escuchaba, Ambrosio sintió que su inquietud se aplacaba, y una placentera melancolía se difundió por su pecho. De pronto Matilde cambió de ritmo. Con mano audaz y rápida, pulsó varios estridentes acordes marciales y luego entonó la siguiente balada, con un acompañamiento a la vez sencillo y melodioso:

Romance de Oh Belerma

¡Oh Belerma, oh Belerma!,- por mi mal fuiste engendrada
que siete años te serví - sin de ti alcanzar nada;
agora que me querías - muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte - aunque temprano me llama;
mas pésame que de verte - y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos! - lo que agora yo os rogaba,
que cuando yo fuere muerto - y mi ánima arrancada,
vos llevéis mi corazón - adonde Belerma estaba,
y servilda de mi parte - como de vos yo esperaba,
y traelde a la memoria - dos veces cada semana;
y diréisle que se acuerde - cuán cara que me costaba;
y dalde todas mis tierras - las que yo señoreaba;
pues que yo a ella pierdo, - todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos! - ¡mal me aqueja esta lanzada!
el brazo traigo cansado, - y la mano del espada:
traigo grandes las heridas, - mucha sangre derramada,
los extremos tengo fríos, - y el corazón me desmaya,
los ojos que nos vieron ir - nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos, - que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo, - la lengua tengo turbada;
yo vos doy todos mis cargos, - en vos yo los traspasaba.
-El Señor en quien creéis - él oiga vuestra palabra.
Muerto yace Durandarte - al pie de una alta montaña,
llorábalo Montesinos, - que a su muerte se hallara:
quitándole está el almete, - desciñéndole el espada;
hácele la sepultura, - con una pequeña daga;
sacábale el corazón, - como él se lo jurara,
para llevarlo a Belerma, - como él se lo mandara.

Las palabras que le dice - de allá le salen del alma:
-¡Oh mi primo Durandarte! - ¡primo mío de mi alma!
¡espada nunca vencida! - ¡esfuerzo de esfuerzo estaba!
¡quien a vos mató, mi primo, - no sé por qué me dejara![**]

Mientras Matilde cantaba, Ambrosio escuchaba con deleite. Nunca había oído una voz tan armoniosa: Y se preguntó cómo alguien que no fuera un ángel podía emitir sonidos tan celestiales. Pero aunque le complacía el sentido del oído, una sola mirada lo convenció de que no debía confiar en el de la vista. La cantante se hallaba sentada a corta distancia de su cama. La actitud con que se inclinaba sobre el arpa era desenvuelta y graciosa, la capucha se le había deslizado más atrás que de costumbre. Se veían dos labios de coral, maduros, frescos y atractivos, y una barbilla en cuyos hoyuelos parecían anidar mil Cupidos. La larga manga de su hábito podría haber rozado las cuerdas del instrumento; para evitarlo, la había recogido hasta el codo, y de tal modo un brazo quedaba al descubierto, configurado con la más perfecta simetría; la delicadeza de su piel habría podido competir en blancura con la nieve. Ambrosio se atrevió a mirarla una sola vez. Esa mirada bastó para convencerlo de lo peligrosa que era la presencia de esa seductora compañía. Cerró los ojos, pero en vano se esforzó por desterrarla de sus pensamientos. Seguía moviéndose ante él, adornada con todos los encantos que su acalorada imaginación era capaz de proporcionarle. Todas las bellezas que había visto se manifestaban acentuadas y las que aún quedaban ocultas, la fantasía se las presentaba con colores

[**] Incluimos el original del romance español que Matthew Gregory Lewis reproduce en traducción inglesa. Seguimos el texto de Marcelino Menéndez Pelayo, Antología da poetas líricos castellanos; Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1945; volumen VIII, págs. 411-412. (Nota del editor.)

deslumbradores. Pero aun así sus votos y la necesidad de respetarlas continuaban presentes en su mente. Luchó contra el deseo y se estremeció cuando advirtió cuán profundo era el precipicio que se abría ante él.

Matilde dejó de cantar. Temeroso del influjo de sus encantos, Ambrosio mantuvo los ojos cerrados y ofreció sus plegarias a San Francisco para que lo ayudase en esa peligrosa prueba. Matilde creyó que dormía, se levantó de su asiento, se aproximó con suavidad al lecho y durante unos minutos lo miró con atención.

-¡Duerme! -dijo luego en voz baja, pero suficientemente perceptible para él. Ahora puedo mirarlo sin perturbarlo. Me es posible mezclar mi aliento al suyo, embriagarme en la contemplación de sus facciones sin que me considere sospechosa de impureza y engaño. Teme que mi seducción le haga violar sus votos. ¡Qué injusto es! Si quisiera excitar su deseo, ¿le ocultaría con tanto cuidado mis facciones? Esas facciones de las cuales a diario le oigo decir...

Se interrumpió y se sumió en sus reflexiones.

-Fue apenas ayer -continuó-, pero muy pocas horas pasaron desde que le resulté tan querida. Me estimaba y mi corazón se sentía satisfecho. Y ahora, ¡oh, qué cruelmente cambió mi situación! Me mira con suspicacia, me pide que lo deje, que lo abandone para siempre. ¡Oh tú, mi santo, mi ídolo! Tú, que tienes el lugar más próximo a Dios en mi pecho... Dos días más y mi corazón se te revelará. ¡Si hubieras podido conocer mis sentimientos cuando contemplaba tu agonía! ¡Si supieses cuán amado te hicieron tus sufrimientos! Pero llegará el momento en que te convenzas de que mi pasión es pura y desinteresada. Entonces te apiadarás de mí y sentirás todo el peso de esta congoja.

Y cuando terminó de decir eso se le ahogó la voz con el llanto. Mientras se inclinaba sobre Ambrosio, una lágrima cayó sobre la mejilla del abad.

-¡Ay, he perturbado su sueño! -se lamentó Matilde y retrocedió con prisa.

Su alarma era infundada. Nadie duerme tan profundamente como los que están decididos a no despertar. El fraile se encontraba en esa situación; todavía parecía sumido en el reposo que minuto a minuto se le hacía más difícil disfrutar. La ardiente lágrima había comunicado su calor al corazón de Ambrosio.

"¡Qué afecto, qué pureza! -reflexionó. Ya que mi corazón es tan sensible a la piedad, ¿cómo sería si lo agitase el amor?"

Matilde abandonó el lugar en que se hallaba y se retiró a cierta distancia de la cama. Ambrosio se aventuró a abrir los ojos y a mirarla con temor. Ella tenía el rostro vuelto hacia el otro lado. Apoyaba la cabeza, en melancólica postura, sobre su arpa, y contemplaba la imagen que colgaba de la pared frente a la cama.

-¡Feliz, feliz imagen! -así habló a la bella Virgen. A ti ofrece sus oraciones, a ti te contempla con admiración. Confié en que aligerarías mis penas, y sólo las has hecho más gravosas. Me hiciste sentir que, si lo hubiese conocido antes de pronunciar sus votos, Ambrosio y la dicha habrían podido ser míos. ¡Con qué placer contempla ese cuadro! ¡Con qué fervor dirige sus oraciones a la imagen insensible! ¡Ay, ojalá sus sentimientos fueran inspirados por algún genio bondadoso e íntimo, amigo de mis afectos! ¡Ojalá el instinto natural del hombre le inspirara...! ¡Silencio, ociosas esperanzas! No alienten en mí una idea que disminuye el brillo de las virtudes de Ambrosio. Lo que atrae su admiración es la religión, no la belleza. No se arrodilla ante la mujer, sino ante la divinidad. ¡Si acaso me dedicara la menos tierna de las expresiones que dedica a la Virgen! ¡Si quisiera decirme que si no estuviese ya desposado con la Iglesia no habría despreciado a Matilde! ¡Ah, déjame alimentar esa dulce ilusión! Quizá pueda llegar a reconocer

que siente por mí algo más que piedad y que un afecto como el mío bien merecería su recompensa. Tal vez así lo reconozca cuando ya me encuentre en mi lecho de muerte. Entonces no deberá temer la violación de sus votos y la confesión de su cariño atenuará los dolores de la muerte. ¡Si estuviese segura de ello! ¡En tal caso, con cuánta sinceridad anhelaría el momento de la disgregación!

De este monólogo, el abad no se perdió ni una sílaba, y el tono en que fueron pronunciadas estas últimas palabras le laceró el corazón. Se incorporó involuntariamente sobre la almohada.

-¡Matilde! -exclamó con voz turbada. ¡Oh, mi Matilde!

Ella se sobresaltó y se volvió súbitamente hacia él. La brusquedad de su movimiento hizo que la capucha se le deslizara de la cabeza; sus facciones quedaron a la vista, ante la mirada inquisidora del monje. ¡Cuál fue su asombro al contemplar la exacta réplica de su admirada Virgen! ¡La misma exquisita proporción de los rasgos, la misma profusión de cabellos dorados, los mismos labios de rosa, los ojos celestiales y la majestad del semblante adornaban a Matilde! Con una exclamación de sorpresa, Ambrosio se dejó caer de nuevo sobre la almohada y se preguntó si la persona que tenía ante sí era mortal o divina.

Matilde parecía embargada por la confusión. Permaneció inmóvil en su lugar y se apoyó en su instrumento. Su mirada bajó al suelo y sus blancas mejillas se cubrieron de rubor. Al recobrarse, su primera reacción fue ocultar sus facciones. Después, con voz insegura y turbada, se aventuró a dirigir estas palabras al fraile:

-Un accidente fortuito te hizo dueño de un secreto, que jamás habría revelado a no ser en el lecho de muerte. Sí, Ambrosio. En Matilde de Villanegas ves el original de tu amada Virgen. Poco después de concebir mi infortunada pasión, forjé el proyecto de hacerte llegar mi retrato. Multitudes de admiradores me convencieron de que poseía

alguna belleza y estaba ansiosa por saber qué efecto produciría en ti. Hice pintar mi retrato por Martín Galuppi, un célebre veneciano que entonces residía en Madrid. El parecido era notable. Lo envié a la abadía de los capuchinos como si estuviese en venta y el judío a quien se lo compraste era uno de mis emisarios. Lo adquiriste. Juzga cuál sería mi embeleso cuando me enteré de que lo contemplabas con deleite, o más bien con adoración, que lo habías colgado en tu celda, y que no le dirigías tus súplicas a ninguna otra imagen! ¿Esta revelación hará que me consideres aún en mayor grado un motivo de desconfianza? Más bien debe convencerte de lo puro que es mi afecto y comprometerte a tolerarme en tu compañía y estima. Todos los días te escuché entonar las alabanzas de mi retrato. Fui testigo de los entusiasmos que su belleza suscitaba en ti y, sin embargo, me abstuve de usar contra tu virtud esas armas que tú mismo me proporcionabas. Oculté a tu vista estas facciones que amabas sin saberlo. Me esforcé por no provocar el deseo mediante la exhibición de mis encantos y por no adueñarme de tu corazón a través de tus sentidos. Atraer tu atención con el asiduo cumplimiento de mis obligaciones religiosas, congraciarme contigo convenciéndole de que mi mente era virtuosa y sincero mi apego: tales fueron mis únicos objetivos. Y lo logré. Me convertí en tu compañera y tu amiga. Oculté mi sexo a tu conocimiento; y si no me hubieras instado a revelar mi secreto, si no me hubiese atormentado el temor de un descubrimiento, nunca me habrías conocido por otro nombre que el de Rosario. ¿Y aún estás decidido a expulsarme de tu lado? Las pocas horas de vida que me quedan, ¿no puedo pasarlas en tu presencia? Por favor habla, Ambrosio, y dime que puedo quedarme.

Este monólogo le dio al abad la oportunidad de recobrarse. Tenía conciencia de que, en su estado de ánimo de ese momento, eludir la compañía de ella era su único refugio contra los poderes de esa mujer cautivadora.

-Tu declaración me asombra tanto -dijo-, que en este momento no puedo responderte. No insistas en pedirme una réplica, Matilde. Déjame, necesito estar solo.

-Te obedezco. Pero antes de irme prométeme que no insistirás en que me vaya de la abadía enseguida.

-Matilde, piensa en tu situación; piensa en las consecuencias de tu permanencia. Nuestra separación es indispensable y debemos alejarnos.

-¡Pero hoy no, padre! ¡Por piedad, hoy no!

-Me apremias demasiado, pero no puedo resistir ese tono de súplica. Puesto que insistes, cedo a tu ruego; acepto que permanezcas el tiempo necesario para preparar a la congregación, en alguna medida, para tu partida. Quédate dos días más. Pero al tercero -suspiró involuntariamente-, ¡recuérdalo, al tercero debemos separarnos para siempre!

Ella le tomó la mano con ansiedad y se la llevó a los labios.

-¡Al tercero! -exclamó con expresión de indómita gravedad. ¡Tienes razón, padre, tienes razón! ¡Al tercero debemos separarnos para siempre!

Tan temible era la expresión que había en su mirada cuando pronunció estas palabras que el alma del fraile se llenó de horror. Le besó una vez más la mano y después huyó con rapidez del aposento.

Ansioso de autorizar la presencia de su peligrosa huésped, pero consciente de que su permanencia infringía las reglas de su orden, el pecho de Ambrosio se convirtió en teatro de mil pasiones contradictorias. Al cabo, su apego a la fingida Rosario, con ayuda de la calidez natural del temperamento de Ambrosio, parecían capaces de obtener la victoria; el éxito estuvo asegurado cuando la vanidad que constituía la base de su carácter acudió en ayuda de Matilde. El monje pensó que vencer la tentación era un mérito infinitamente mayor que eludirla, que más bien debía regocijarse ante la oportunidad que se le ofrecía de probar la

firmeza de su virtud. San Antonio había resistido todas las seducciones de los sentidos, ¿por qué no él? Además, San Antonio había sido tentado por el demonio, quien puso en práctica todos los artificios para excitar sus pasiones, en tanto que para Ambrosio el peligro procedía de una simple mujer mortal, recatada y modesta, cuyos temores de que él sucumbiera eran tan intensos como los suyos propios.

-Sí -dijo-, la desdichada se quedará. Nada debo temer de su presencia. Y aunque la mía resulte demasiado débil para resistir a la tentación, la inocencia de Matilde me protege del peligro.

Ambrosio tenía que aprender todavía que para un corazón no familiarizado con el vicio éste es mucho más peligroso cuando se agazapa detrás de una máscara de virtud.

Se sintió tan perfectamente recuperado que, cuando el padre Pablo volvió a visitarlo por la noche, le rogó que le permitiera dejar su habitación al día siguiente. Su pedido fue complacido. Matilde no volvió a aparecer esa noche, salvo en compañía de los monjes, cuando se presentaron juntos para preguntar por la salud del abad. Parecía temerosa de reunirse con él en privado, y apenas se quedó unos minutos en su aposento. El fraile durmió bien, pero los sueños de la noche anterior se repitieron, y sus sensaciones de deleite fueron aún más agudas y penetrantes. Las mismas visiones tentadoras flotaron ante sus ojos. Matilde, con toda la pompa de la belleza, cálida, tierna y deslumbrante, lo apretaba contra su pecho y le prodigaba las más ardientes demostraciones. Ambrosio las devolvía con avidez, y ya se encontraba a punto de satisfacer sus deseos, cuando la forma infiel desaparecía dejándolo abandonado a los horrores de la vergüenza y la desilusión.

Llegó al alba. Fatigado, acosado y extenuado por sus perturbadores sueños no se sintió dispuesto a dejar el lecho. Se excusó de asistir al oficio; era la primera mañana de su

vida que no asistía. Se levantó tarde; durante todo el día no tuvo ocasión de hablar con Matilde sin testigos. Su celda estaba repleta de monjes, ansiosos de expresar su preocupación por la enfermedad del abad; y Ambrosio seguía ocupado recibiendo los cumplidos por su recuperación, cuando la campana los llamó al refectorio.

Después del almuerzo, los monjes se separaron y se dispersaron por distintos lugares del jardín, donde la sombra de los árboles o el retiro de alguna gruta les ofrecían los medios más agradables de gozar de la siesta. El abad encaminó sus pasos hacia la ermita; una mirada invitó a Matilde a acompañarlo. Ella obedeció y lo siguió en silencio. Penetraron en la gruta y se sentaron. Ambos parecían poco dispuestos a iniciar la conversación y, en apariencia, en ellos operaba el influjo de la turbación mutua. Al cabo, el abad habló. Se refirió sólo a temas intrascendentes y Matilde le respondió en el mismo tono. Parecía ansiosa por hacerle olvidar que la persona que se sentaba junto a él pudiese ser otra que Rosario. Ninguno de los dos se atrevió -ni siquiera quiso- a mencionar el asunto que más les ocupaba el corazón.

Resultaba evidente que los esfuerzos de Matilde por parecer alegre eran forzados. Su espíritu se encontraba oprimido por el peso de la ansiedad. Y cuando hablaba, su voz era mortecina y débil. Parecía deseosa de terminar una conversación que molestaba y, arguyendo que no se sentía bien, pidió autorización a Ambrosio para regresar a la abadía. Él la acompañó hasta la puerta de la celda en que se alojaba Matilde y, cuando llegó allí, la retuvo para comunicarle su autorización de que siguiera compartiendo su soledad mientras eso le resultara grato.

Ella no dio muestras de placer al recibir la noticia, aunque el día anterior se había manifestado tan ansiosa de obtener tal autorización.

-Ay, padre -dijo, meneando la cabeza con tristeza, tu bondad llega demasiado tarde. Mi destino está decidido. Debemos separarnos para siempre. Pero créeme que te quedo agradecida por tu generosidad, por tu compasión hacia una infortunada que es muy poco merecedora de ella.

Se llevó el pañuelo a los ojos, su capucha le cubría el rostro a medias. Ambrosio observó que estaba pálida y que tenía los ojos hundidos y sombríos.

-¡Buen Dios! -exclamó-, estás muy enferma, Matilde. Enseguida haré venir al padre Pablo.

-No, no. Estoy enferma, es cierto, pero él no puede curar mi enfermedad. ¡Adiós, padre! Recuérdame mañana en tus oraciones, en tanto que yo te recordaré en el cielo.

Entró en su celda y cerró la puerta.

EL abad le envió el médico sin perder un momento y esperó con impaciencia su informe. Pero el padre Pablo volvió muy pronto y declaró que su diligencia había sido infructuosa. Rosario se negó a dejarlo entrar y rechazó con energía sus ofrecimientos de ayuda. La inquietud que esta noticia le provocó no fue de poca monta, pero decidió que Matilde hiciera su voluntad por esa noche. Si su situación no mejoraba a la mañana, insistiría en que aceptase la ayuda de Pablo.

No se sentía con inclinación al sueño; abrió la ventana y contempló los rayos de la luna, que jugueteaban en el arroyuelo cuyas aguas bañaban los muros del monasterio. La frescura de la brisa nocturna y la tranquilidad de la hora colmaron de tristeza el espíritu del fraile. Pensó en la belleza y el afecto de Matilde, en los placeres que habría podido compartir con ella, si no lo hubieran frenado las obligaciones monásticas. Pensó que, desprovisto de esperanza, el amor que ella sentía no podía continuar existiendo, que, sin duda alguna, conseguiría extinguir su pasión y buscar la felicidad en brazos de alguien más afortunado. Se estremeció al pensar en el vacío que su

ausencia le dejaría en el pecho. Contempló con disgusto la monotonía del convento y suspiró por ese mundo del cual se hallaba separado para siempre. Ésas eran las reflexiones que interrumpió un estridente golpe en su puerta. La campana de la iglesia ya había dado las dos. El abad se apresuró a investigar la causa de esa perturbación. Abrió la puerta de su celda y entró un hermano lego, cuya expresión exhibía prisa y confusión.

-¡Dese prisa, reverendo padre! -dijo. ¡Corra a ver al joven Rosario! Pide verlo con insistencia; está al borde de la muerte.

-¡Buen Dios! ¿Dónde está el padre Pablo? ¿Por qué no lo acompaña? ¡Me temo, me temo...!

El padre Pablo lo vio, pero su arte nada puede hacer. Dice que sospecha que el joven ha sido envenenado.

-¿Envenenado? ¡Oh, desdichado! ¡Entonces es lo que sospechaba! Pero no perdamos un momento, quizá todavía haya tiempo de salvarlo.

Después de decir esto corrió hacia la celda del novicio. Varios monjes estaban ya allí. El padre Pablo era uno de ellos y tenía una medicina en la mano, que se esforzaba por convencer a Rosario de que ingiriera. Los otros se dedicaban a admirar el divino semblante, que ahora veían por primera vez. Parecía más encantadora que nunca; ya no estaba pálida, ni lánguida; un intenso resplandor se le había difundido por las mejillas; los ojos le chispeaban con sereno deleite y sus rasgos expresaban confianza y resignación.

-¡No sigas atormentándome! -le decía a Pablo cuando el aterrorizado abad entró precipitadamente en la celda. Mi enfermedad está muy lejos del alcance de tu habilidad y no quiero curarme. Y al ver a Ambrosio exclamó: -¡Ah, es él! ¡Vuelvo a verlo antes de que nos separemos para siempre! Déjenme, hermanos; mucho debo decir a este santo hombre en privado.

Los monjes se retiraron en el acto, y Matilde y el abad quedaron solos.

-¿Qué hiciste, mujer imprudente? -exclamó Ambrosio. Dime, ¿me equivoco en mis sospechas? ¿Es cierto que debo perderte? ¿Tu propia mano fue el instrumento de tu destrucción?

Ella sonrió y le tomó la mano.

-¿En qué fui imprudente, padre? Sacrifiqué un guijarro y salvé un diamante. Mi muerte conserva una vida valiosa para el mundo, y más querida para mí que la mía propia. Sí, padre, me he envenenado. Pero sabe que el veneno circulaba antes por tus venas.

-¡Matilde!

-Lo que te digo decidí revelártelo sólo en el lecho de muerte; ese momento ya llegó. No puedes haber olvidado el día en que tu vida corrió peligro por la mordedura de un ciempiés. El médico te dio por perdido, pues declaró que ignoraba cómo extraer el veneno. Yo conocía un solo medio y no vacilé ni un instante en emplearlo. Me quedé a solas contigo; te aflojé el vendaje de la mano; dormías. Besé la herida y le extraje el veneno con los labios. El efecto fue más rápido de lo que esperaba. Siento la muerte en el corazón; una hora más y estaré en un mundo mejor.

-¡Dios todopoderoso! -exclamó el abad-, y se desplomó casi inerte, sobre la cama.

Al cabo de unos minutos volvió a erguirse de repente y miró a Matilde con la locura de la desesperación.

-¿Y te sacrificaste por mí? ¡Mueres, y mueres para proteger a Ambrosio! ¿Y es cierto que no existe remedio, Matilde? ¿No hay esperanzas? ¡Háblame, oh, háblame! ¡Dime que aún hay medios para seguir viviendo!

-¡Consuélate, mi único amigo! Sí, todavía tengo en mi poder el medio de continuar viviendo; pero es un medio que no me atrevo a emplear. ¡Es peligroso, temible! La vida se

compraría a un precio demasiado caro... salvo que se me permitiera vivir para ti.

-Pues vive para mí, Matilde. ¡Para mí y mi gratitud! Le tomó la mano y la oprimió, embelesado, en sus labios. Recuerda nuestras últimas conversaciones; ahora lo acepto todo. Recuerda con qué vivos colores describiste la unión de las almas; quiero que pongamos en práctica esas ideas. Olvidemos las distinciones de sexo, despreciemos los prejuicios del mundo y considerémonos el uno al otro como hermano y amiga. ¡Vive, pues, Matilde! ¡Vive para mí!

-Ambrosio, no debe ser. Cuando así pensaba, te engañaba a ti y a mí misma. O muero ahora o expiraré por los prolongados tormentos del deseo insatisfecho. Desde la última vez que conversamos, se desgarró ante mis ojos un espantoso velo. Ya no te aprecio por las virtudes de tu alma, ansío el goce de tu persona. La mujer reina en mi pecho y soy presa de la más salvaje de las pasiones. ¡Basta de amistad! Es una palabra fría e insensible. Mi pecho arde de amor, de inexpresable amor y el amor tiene que ser su recompensa. Tiembla, pues, Ambrosio; teme el triunfo de tus oraciones. Si vivo, tu fidelidad a los votos, tu reputación, tu recompensa por todos los sufrimientos de una vida, todo lo que valoras, estará irremediablemente perdido. Ya no podré combatir mis pasiones, aprovecharé todas las oportunidades para excitar tus deseos y me esforzaré en conseguir tu deshonra y la mía. No, no, Ambrosio, no debo vivir. Cada momento que pasa me convenzo más de que sólo me queda una alternativa: que debo ser tu compañera o morir.

-¡Me dejas atónito! ¡Matilde! ¿Es posible que seas tú quien habla así?

Hizo un movimiento como para abandonar su lugar. Ella lanzó un grito agudo e incorporándose a medias en la cama abrazó al fraile para detenerlo.

-¡Oh, no me dejes! Escucha mis errores con compasión. Dentro de pocas horas ya no existiré. Un poco más y quedo libre de esta desdichada pasión.

-Infeliz mujer, ¿qué puedo decirte? No puedo... no debo... ¡Pero vive, Matilde, por piedad, vive!

-¿Te das cuenta de lo que pides? ¿Cómo? ¿Vivir para hundirme en la infamia? ¿Para convertirme en un instrumento del infierno? ¿Para provocar tu destrucción y la mía? Siente este corazón padre.

Le tomó la mano. Confuso, turbado y fascinado, él no la retiró, y debajo de ella sintió que palpitaba el corazón de Matilde.

-¡Siente este corazón, padre! Todavía sigue siendo la sede del honor, la verdad y la castidad. Si palpita mañana, será víctima de los más negros pecados. ¡Déjame, entonces, morir hoy! Déjame morir cuando todavía merezco las lágrimas de los virtuosos. ¡Así quiero expirar! -Reclinó la cabeza sobre el hombro de él; el dorado cabello se derramó sobre el pecho de Ambrosio. Acurrucada en tus brazos, me hundiré en el sueño. Tu mano me cerrará los ojos para siempre y tus labios recibirán mi último aliento. ¿Y pensarás alguna vez en mí? ¿Derramarás a veces una lágrima sobre mi tumba? ¡Sí, sí, sí! Ese beso me lo asegura.

La hora era nocturna. Todo era silencio alrededor. Los débiles rayos de una lámpara solitaria caían sobre el cuerpo de Matilde y difundían por la habitación una luz vaga, misteriosa. No había cerca de ambos un ojo que atisbara o un oído lleno de curiosidad; nada se escuchaba, aparte de los melodiosos acentos de Matilde. Ambrosio se encontraba en la plenitud de la madurez viril. Veía ante sí a una mujer joven y hermosa, la salvadora de su vida, la adoradora de su persona, cuyo afecto por él la llevaba al borde de la tumba. Se sentó en la cama; su mano se apoyó en el seno de ella; la cabeza de la joven se reclinó voluptuosamente en el pecho del abad. ¿Quién puede extrañarse, entonces, de que

Ambrosio sucumbiera a la tentación? Ebrio de deseo, apretó con sus labios aquellos que los buscaban; sus besos compitieron con los de Matilde en calor y pasión. La oprimió, embelesado, entre sus brazos. Olvidó sus votos, su santidad y su fama. No recordó más que el júbilo y la oportunidad.

-¡Ambrosio! ¡Oh, mi Ambrosio! -suspiró Matilde.

-Tuyo, para siempre -murmuró el fraile y se hundió sobre el pecho de ella.

CAPÍTULO III

Estos son los bandidos
A quienes tanto temen los viajeros.
Algunos son caballeros
Que la furia de una juventud desenfrenada
Separó de la compañía de hombres respetuosos.

SHAKESPEARE, *Los dos caballeros de Verona*

El marqués y Lorenzo se dirigieron a la mansión en silencio. El primero se dedicó a recordar todas las circunstancias cuyo relato pudiese dar a Lorenzo la idea más favorable de su relación con Inés. El segundo, con justicia alarmado por el honor de su familia, se sentía turbado por la presencia del marqués. La aventura que acababa de presenciar le impedía tratarlo como a un amigo y, como los intereses de Antonia habían sido confiados a su mediación, simultáneamente advertía la imprudencia de tratarlo como a un enemigo. De estas reflexiones extrajo la conclusión de que el silencio más profundo sería la más prudente de las tácticas y esperó con impaciencia la explicación de don Raimundo.

Llegaron al palacio de las Cisternas. El marqués lo condujo enseguida a sus aposentos y comenzó por

expresarle la satisfacción que experimentaba de encontrarlo en Madrid. Lorenzo lo interrumpió.

-Perdóname, mi señor -dijo con expresión reservada-, si respondo con cierta frialdad a tus manifestaciones de aprecio. En este asunto está comprometido el honor de mi hermana. Hasta que eso se resuelva y quede aclarado el significado de tu intercambio de correspondencia con Inés no puedo considerarte mi amigo. Ansío conocer la justificación de tu conducta y espero que no demores la explicación prometida.

-Primero dame tu palabra de que me escucharás con paciencia e indulgencia.

-Quiero demasiado a mi hermana para juzgarla con aspereza y hasta este momento no contaba con un amigo tan querido como tú. Además confieso que el hecho de que esté en tus manos ayudarme en algo que tengo muy en el fondo del corazón me lleva a esperar que aún merezcas mi estima.

-¡Lorenzo, me entusiasmas! No puede ofrecérseme mayor placer que el de servir al hermano de Inés.

-Convénceme de que puedo aceptar tus favores sin deshonor y no habrá hombre en el mundo de quien esté más dispuesto a ser deudor.

-Es probable que ya hayas oído mencionar a tu hermana el nombre de Alfonso de Alvarado.

-Nunca. Aunque tengo por Inés un afecto en verdad fraternal, las circunstancias nos han impedido pasar mucho tiempo juntos. Cuando aún era niña, se la entregó al cuidado de su tía, quien se había casado con un noble alemán. En el castillo de estos parientes permaneció hasta hace dos años, momento en que regresó a España y decidió apartarse del mundo.

-¡Por Dios, Lorenzo!, ¿conocías su intención y sin embargo nada hiciste por modificarla?

-Marqués, me ofendes. La noticia que recibí en Nápoles me perturbó en extremo, y apresuré mi regreso a Madrid con la expresa mención de impedir el sacrificio. En cuanto llegué, corrí al convento de Santa Clara, que Inés había elegido para hacer su noviciado. Pedí ver a mi hermana. Imagínate mi sorpresa cuando ella se negó a recibirme. Declaró en forma terminante que, temerosa de mi influencia en su espíritu, no deseaba verme hasta la víspera del día en que tomara el velo. Supliqué a las monjas, insistí en ver a Inés y no vacilé en confesar mis sospechas de que el hecho de que no se presentara era ajeno a su voluntad. Para protegerse de la acusación de violencia, la superiora me trajo unas pocas líneas, escritas con la muy conocida letra de mi hermana que reiteraban el mensaje ya transmitido. Todos los intentos ulteriores de cambiar unas breves palabras con ella fueron tan infructuosos como el primero. Se mostró inflexible y no se me permitió verla hasta el día anterior a aquel en que ingresó en el claustro, para no dejarlo nunca más. Esa entrevista se llevó a cabo en presencia de nuestros parientes más cercanos. Era la primera vez que la veía desde la infancia y la escena fue muy conmovedora. Se arrojó contra mi pecho, me besó y lloró amargamente. Con el auxilio de todos los argumentos posibles, con lágrimas y ruegos, hincándome de hinojos, quise obligarla a abandonar su intención. Le pinté todas las penurias de una vida religiosa; esbocé ante su imaginación los placeres que abandonaba y traté de hacer que me revelase qué había ocasionado su rechazo del mundo. Ante este último requerimiento palideció y las lágrimas fluyeron con más abundancia aún. Me imploró que no la interrogara sobre este asunto, me aseguró que me bastaba con saber que su decisión estaba tomada y que un convento era el único lugar en el cual pedía abrigar la esperanza de hallar tranquilidad. Perseveró en su decisión y profesó. La visité con frecuencia junto a la reja, y cada momento que pasé en su compañía me

hizo sentir más su pérdida. Poco después tuve que salir de Madrid; volví ayer por la noche y desde entonces no tuve tiempo de visitar el convento de Santa Clara.

-¿Entonces, hasta que te lo mencioné, no habías escuchado el nombre de Alfonso de Alvarado?

-Perdóname. Mi tía me escribió unas palabras para informarme que un aventurero así llamado había hallado medios para ser presentado en el castillo de Lindenberg, que se insinuó en los favores de mi hermana, y que ella consintió inclusive en fugarse con él. Pero antes de que pudiese ejecutar el plan, el caballero descubrió que las fincas que, según creía, Inés poseía en Santo Domingo, en realidad me pertenecían a mí. Esta noticia le hizo cambiar de intenciones. Desapareció el mismo día establecido para la fuga. E Inés, desesperada ante su perfidia y bajeza, resolvió recluirse en un convento. Agregó que como ese aventurero había afirmado ser amigo mío, deseaba saber si yo lo conocía. Le respondí negativamente. Por aquel entonces no tenía ni idea de que Alfonso de Alvarado y el marqués de las Cisternas eran una y la misma persona. La descripción que se me hizo del primero en modo alguno coincidía con lo que sabía del segundo.

-En ello reconozco con facilidad la disposición pérfida de doña Rodolfa. Cada una de las palabras de ese relato lleva impresas las señales de su malicia, su falsía, su talento para calumniar a aquellos a quienes desea herir. Perdóname, Medina, por hablar con tanta libertad de tu parienta. El daño que provocó autoriza mi resentimiento. Y cuando hayas escuchado mi narración, te convencerás de que mis expresiones no han sido demasiado severas.

Y comenzó su relato de la siguiente manera:

HISTORIA DE DON RAIMUNDO

Marqués de las Cisternas

Una larga experiencia, mi querido Lorenzo, me ha convencido de la generosidad propia de la naturaleza. No fue necesario que me dijeras que ignorabas las desventuras de tu hermana para que yo supusiera que te habían sido ocultadas adrede. Si hubieses tenido conocimiento de ello, ¡de cuántos infortunios nos hubiésemos librado Inés y yo! El destino dispuso que fuese de otro modo. Tú estabas de viaje cuando conocí a tu hermana. Y como nuestros enemigos se ocuparon de ocultarle tu paradero, le resultó imposible implorarte por carta tu protección y consejo.

Al salir de Salamanca -en cuya universidad, según supe más tarde, estuviste un año después que yo salí de ella-, me dediqué a viajar a mi vez. Mi padre me proveyó de dinero con liberalidad, pero insistió en que ocultara mi rango y que sólo me presentara como un caballero sin blasones. Esta orden me fue impuesta por consejo de su amigo el duque de Villahermosa, un noble por cuyas aptitudes y conocimiento del mundo siempre tuve el más profundo respeto.

-Créeme -me dijo-, mi querido Raimundo, que después conocerás los beneficios de esta degradación temporaria. Es cierto que como conde de las Cisternas habrías sido recibido con los brazos abiertos y tu juvenil vanidad se complacería con las atenciones que te hubiesen llovido de todas partes. De este otro modo, mucho dependerá de ti mismo. Tienes excelentes recomendaciones, pero tú serás quien les dé utilidad. Debes esforzarte por agradar, consagrarte a conquistar la aprobación de aquellos a quienes seas presentado. Los que habrían cortejado la amistad del conde

de las Cisternas no tendrán interés en descubrir los méritos de Alfonso de Alvarado o en soportar con paciencia sus defectos. Por lo tanto, cuando veas que te quieren de veras, podrás tener la certeza de que se te aprecia por tus cualidades, no por tu rango, y la distinción que se te tribute será mucho más halagüeña. Además, tu elevada cuna no te permitiría mezclarte con las clases bajas de la sociedad, cosa que ahora estará a tu alcance y de lo cual, en mi opinión, obtendrás considerables beneficios. No te limites a los notables de los países por los cuales pases. Examina los modales y las costumbres de la multitud; entra en las chozas y, al observar cómo se trata a los vasallos de los extraños, aprende a disminuir las cargas y a aumentar las comodidades de los tuyos propios. Según mis ideas, entre las ventajas que un joven destinado a la posesión de poder y riquezas puede obtener de sus viajes, no debe considerar como la menos esencial la oportunidad de mezclarse con las clases inferiores a la suya y convertirse en testigo de los sufrimientos del pueblo.

Perdóname, Lorenzo, si te parezco minucioso en mi narración. La estrecha relación que ahora existe entre ambos me hace ansiar que conozcas todos los detalles vinculados conmigo. Y en mi temor de omitir la menor circunstancia que pueda inducirte a pensar favorablemente de tu hermana y de mí, es posible que relate muchos detalles que te parezcan carentes de interés.

Seguí el consejo del duque. Pronto me convencí de su sabiduría. Salí de España con el nombre supuesto de don Alfonso de Alvarado y con la compañía de un solo doméstico de probada fidelidad. París fue mi primera escala. Durante un tiempo me encantó, como en verdad tiene que ocurrir con cualquier hombre que sea joven, rico y amante de los placeres. Pero en medio de todas sus alegrías, sentí que algo le faltaba a mi corazón. Me aburrí de la disipación. Descubrí que las personas entre las cuales vivía y cuyo

exterior era tan refinado y seductor, eran en el fondo frívolas, insensibles e insinceras. Me aparté con disgusto de los habitantes de París y abandoné el teatro del lujo sin lanzar un solo suspiro de pesar.

Me dirigí entonces hacia Alemania, con la intención de visitar la mayoría de las principales Cortes. Antes de esa expedición, abrigaba la intención de hacer una breve estada en Estrasburgo. Al abandonar mi silla de posta en Luneville, para tomar un refrigerio, observé un espléndido séquito, acompañado por cuatro criados con ricas libreas, que esperaba a la puerta del León de Plata. Poco después, cuando miré por la ventana, vi a una dama de noble presencia, seguida por dos criadas, que se introducía en el carruaje, el cual partió enseguida.

Pregunté al posadero quién era la dama que acababa de marcharse.

-Una baronesa alemana, *monsieur*, de gran rango y fortuna. Estuvo de visita en casa de la duquesa de Longueville, como me informaron sus servidores. Va a Estrasburgo, donde se encontrará con su marido, y luego ambos regresarán a su castillo en Alemania.

Reanudé mi viaje, con la intención de llegar a Estrasburgo esa noche. Pero mis esperanzas se vieron frustradas porque mi coche sufrió un percance. El accidente ocurrió en medio de un denso bosque y me sentí no poco inquieto en cuanto a los medios de continuar la marcha. Era pleno invierno; la noche ya cerraba en nuestro derredor y Estrasburgo, la ciudad más cercana, aún se hallaba a varias leguas de distancia. Me pareció que la única alternativa que me quedaba, además de pasar la noche en el bosque, era tomar el caballo de mi criado y cabalgar hasta Estrasburgo, empresa que en esa época del año estaba muy lejos de ser agradable. Pero como no veía otro recurso, me vi obligado a tomar esa decisión. Por consiguiente, comuniqué mi intención al postillón, diciéndole que enviaría gente a

ayudarlo en cuanto llegase a Estrasburgo. No tenía mucha confianza en su honradez, pero como Esteban se encontraba bien armado y el conductor, según todas las apariencias, era un hombre de muy avanzada edad, me pareció que no corría el riesgo de perder mi equipaje.

Por fortuna, según me pareció entonces, se me presentó una oportunidad de pasar la noche de manera más agradable de lo que esperaba. Al mencionar mi intención de ir a Estrasburgo, el postillón meneó la cabeza con desaprobación.

-Es un largo viaje -dijo. Le resultará difícil llegar sin guía. Además, monsieur no parece acostumbrado a los rigores de esta época y es posible que, incapaz de soportar el excesivo frío...

-¿De qué sirve hacerme esas objeciones? -le dije con impaciencia, interrumpiéndolo. No tengo otra alternativa. Corro más peligro de morir de frío si paso la noche en el bosque.

-¿Pasar la noche en el bosque? -replicó. ¡Oh, por San Dionisio! No estamos aún en una situación tan mala. Si no me equivoco, nos encontramos a menos de cinco minutos, a pie, de la casa de mi viejo amigo Baptiste. Es un leñador y un individuo muy honrado. No dudo de que sentirá gran placer en darle albergue por la noche. Entretanto, yo tomaré el caballo de silla, iré a Estrasburgo y volveré con quienes haga falta para tener arreglado su carruaje al alba.

-Y en nombre de Dios -dije-, ¿cómo pudiste dejarme tanto tiempo sin decírmelo? ¿Por qué no me hablaste antes de esa casa? ¡Cuánta estupidez!

-Pensé que tal vez monsieur no se dignaría aceptar...

-¡Absurdo! Vamos, vamos, no digas más y llévanos sin demora a la casa de ese leñador.

Obedeció y avanzamos. Los caballos consiguieron, con ciertas dificultades, arrastrar detrás de nosotros el desvencijado vehículo. Mi sirviente estaba casi sin habla y yo

mismo comencé a sentir los efectos del frío antes de llegar a la ansiada casa. Era una construcción pequeña pero sólida. Al acercarnos, me alborocé al ver por la ventana las llamas de un fuego acogedor. Nuestro conductor golpeó a la puerta; pasó un rato antes que alguien contestara. La gente de adentro parecía dudar de si debían permitirnos la entrada.

-¡Vamos, vamos, amigo Baptiste! -exclamó el conductor con impaciencia. ¿Qué haces? ¿Duermes? ¿O quieres negarle una noche de alojamiento a un caballero cuyo coche acaba de averiarse en el bosque?

-Ah, ¿eres tú, honrado Claude? -contestó una voz de hombre, desde adentro. Espera un momento y se te abrirá la puerta.

Poco después se descorrieron los cerrojos, la puerta se abrió y un hombre se presentó ante nosotros con una lámpara en la mano. Brindó al guía una calurosa recepción y después se dirigió a mí:

-Adelante, *monsieur*, adelante, sea bienvenido. Perdóneme por no haberlo dejado entrar al comienzo, pero hay tantos granujas por aquí que, con su perdón, sospeché que usted fuese uno de ellos.

Mientras lo decía, me introdujo en la habitación en que había observado el fuego. Enseguida me ubicó en una butaca, cerca del hogar. Una mujer, quien supuse que era la esposa del dueño, se levantó de su asiento al entrar yo y me recibió con una leve y distante reverencia. No respondió a mis cumplidos, sino que se sentó nuevamente y continuó con la tarea en que se encontraba ocupada. Los modales de su marido eran tan amistosos como los de ella bruscos y desagradables.

-Me agradaría ofrecerle un alojamiento más conveniente, *monsieur* -dijo él-, pero en esta casa no puedo jactarme de tener demasiado espacio libre. No obstante, creo que puedo arreglármelas para darle una habitación, y otra a su criado. Tendrá que conformarse con una comida

frugal, pero créame que compartiremos cordialmente con usted la que tenernos -y luego, volviéndose hacia su esposa:

-¡Pero, cómo estás sentada ahí, Marguerite, con tanta tranquilidad, como si no tuvieras nada mejor que hacer! ¡No te hagas la gran dama, muévete! Prepara algo de cenar; busca algunas sábanas. ¡Vamos, vamos, pon unos leños en el fuego, pues el caballero parece muerto de frío!

La mujer dejó a toda prisa su labor sobre la mesa y procedió a ejecutar las órdenes dando muestras de mala voluntad. Su semblante me provocó rechazo desde la primera vez que lo examiné; pero, en conjunto, no cabía duda de que sus facciones eran agradables. Sin embargo, su piel era cetrina y toda su persona delgada y magra. Una expresión lúgubre le cubría el rostro, el cual ostentaba señales tan visibles de rencor y disgusto que ni el observador más desatento podía dejar de advertirlas. Su aspecto y sus acciones expresaban descontento e impaciencia y las respuestas que le daba a Baptiste, cuando él le hacía bonachones reproches por su aspecto insatisfecho, eran descaradas, secas y cortantes. En una palabra, a primera vista experimenté, por igual, desagrado por ella y simpatía por su marido, cuya apariencia estaba calculada para inspirar estima y confianza. Sus rasgos eran francos, sinceros y amistosos; sus modales tenían la honradez del campesino pero sin su rudeza. Sus mejillas eran anchas, plenas y rubicundas; y en la solidez de su persona parecía ofrecer amplias disculpas por la flacura de su esposa. Por las arrugas de su frente juzgué que andaba por los sesenta, pero llevaba bien su edad y todavía parecía saludable y fuerte. La esposa no podía tener más de treinta, pero en espíritu y vivacidad era infinitamente más vieja que el marido.

Sin embargo, a despecho de su renuencia, Marguerite empezó a preparar la cena, en tanto que el leñador conversaba con animación sobre distintos temas. El postillón, a quien se le proporcionó una botella de

aguardiente, estaba ya dispuesto a partir hacia Estrasburgo y preguntó si yo tenía alguna otra orden que darle.

-¿A Estrasburgo? -interrumpió Baptiste. No pensarás ir esta noche...

-Perdón, si no consigo trabajadores para arreglar el coche, ¿cómo proseguirá el viaje *monsieur* mañana?

-Es cierto, como dices; me había olvidado del coche. Bueno, Claude, ¿pero por lo menos cenarás aquí? Eso te hará perder muy poco tiempo y *monsieur* parece demasiado bondadoso para hacerte salir, con el estómago vacío, en una noche de frío tan intenso.

Asentí de buena gana y le dije al postillón que tenía muy poca importancia que llegara a Estrasburgo al día siguiente, una o dos horas más tarde. Me agradeció. Salió de la choza con Esteban y llevó los caballos al establo del leñador. Baptiste los siguió hasta la puerta y cerró con ansiedad.

-Es un viento cortante, helado -dijo. ¡Me pregunto qué demorará tanto a mis hijos! *Monsieur*, le presentaré a dos de los mejores muchachos que jamás usaron calzado de cuero. El mayor tiene veintitrés; el menor, un año menos. A ochenta kilómetros de Estrasburgo no es posible encontrar sus iguales en sensatez, valentía y actividad. ¡Ojalá ya estuvieran de vuelta! Empiezo a inquietarme por ellos.

En ese momento Marguerite tendía la mesa.

-¿Usted también se siente ansiosa por el regreso de sus hijos? -le pregunté.

No -replicó con irritación, no son mis hijos.

-¡Vamos, vamos, Marguerite! -dijo el marido. No te enojes porque el caballero te haga una simple pregunta. Si no estuvieras tan colérica, jamás te habría considerado lo bastante mayor como para tener un hijo de veintitrés años. ¡Pero ya ves cuántos te agrega el malhumor! Perdone la descortesía de mi mujer, *monsieur*. Cualquier cosa la saca de las casillas y está un poco disgustada porque usted no la considere menor de treinta años. Ésa es la verdad, ¿no,

Marguerite? Usted sabe, *monsieur*, la edad es siempre un tema espinoso para la mujer. ¡Vamos, vamos, Marguerite, anímate un poco! Si no tienes hijos tan grandes, los tendrás de aquí a veinte años, y espero que vivamos para verlos tan buenos colmo Jacques y Robert.

Marguerite entrelazó las manos con apasionamiento.

-¡Dios no lo quiera -exclamó-, Dios no lo quiera! Si creyera que sucedería eso, los estrangularía con mis propias manos.

Salió del cuarto deprisa y subió al piso de arriba.

Yo no pude dejar de expresarle al leñador cuánta lástima le tenía por verlo encadenado de por vida a una mujer de tan pésimo humor.

-¡Ah, Dios, *monsieur*, todos tienen su porción de penas, y Marguerite es la que me tocó a mí! Además, al fin de cuentas, sólo tiene mal genio pero no maldad. Lo peor es que su afecto por dos niños de un matrimonio anterior le hace cumplir el papel de madrastra de mis dos hijos. No los soporta y, si se cumplieran sus deseos, jamás pisarían mi umbral. Pero en ese aspecto siempre me mantengo firme, y nunca aceptaré abandonar a los pobres chicos a merced del mundo. En todo lo demás, la dejo que se salga con la suya, y en verdad maneja muy bien el hogar, debo reconocérselo.

Conversábamos de esa manera cuando nos vimos interrumpidos por un estrepitoso grito que repercutió a través del bosque.

-¡Mis hijos, espero! -exclamó el leñador y corrió a abrir la puerta.

El grito se repitió. Entonces percibimos pisadas de caballos y poco después se detuvo ante la puerta de la choza un carruaje acompañado por varios jinetes. Uno de ellos preguntó a qué distancia se hallaban de Estrasburgo. Como se dirigió a mí, yo le contesté con el número de kilómetros que me había dado Claude, ante lo cual resonó una salva de maldiciones contra los conductores, por haber equivocado

el camino. Se informó a las personas del coche la distancia que había hasta Estrasburgo y, también, que los caballos estaban tan fatigados que no podían seguir adelante. Una dama, que parecía ser la principal, expresó gran pena ante la noticia, pero, como no parecía haber remedio, uno de los acompañantes preguntó al leñador si podía proporcionarles albergue por esa noche.

El hombre pareció muy turbado y contestó que no; agregó que un caballero español y su criado ya ocupaban los únicos aposentos libres de su casa. Al escuchar eso, la galantería de mi patria no me permitió retener esas habitaciones que tanto necesitaba una mujer. En el acto le hice saber al leñador que cedía mis derechos a la dama. Él interpuso algunas objeciones, pero las rechacé. Corrí hacia el carruaje, abrí la portezuela y ayudé a la dama a descender. Enseguida la reconocí como la misma persona a quien había viso en la posada de Luneville. Aproveché la oportunidad para preguntar a uno de los integrantes de su séquito cómo se llamaba.

-Baronesa Lindenberg -fue la respuesta.

No pude dejar de advertir cuán distinta era la recepción que nuestro anfitrión había tributado a esos recién llegados y a mí. Su resistencia a admitirlos se le manifestaba de manera visible en la cara y le resultó muy difícil decirle a la dama que era bienvenida. Yo la acompañé a la casa y la dejé en la butaca que acababa de abandonar. Ella me agradeció graciosamente y me presentó mil disculpas por causarme tantos inconvenientes. De pronto se iluminó el rostro del leñador.

-¡Por fin encuentro la solución! -dijo, interrumpiendo a la dama. Puedo alojar a usted y a su séquito, señora, y no se verá obligada a hacer que este caballero sufra por su cortesía. Tenemos dos cuartos desocupados: uno para la dama y el otro, *monsieur*, para usted. Mi esposa dejará el suyo a las dos doncellas. En cuanto a los criados, deberán conformarse

con pasar la noche en un granero que se encuentra a pocos metros de la casa. Allá tendrán un gran fuego y una cena tan buena como podamos disponer.

Después de varias expresiones de gratitud por parte de la dama y de oposición, por la mía, a que Marguerite desocupase su lecho, se aceptó ese arreglo. Como la habitación era de reducidas dimensiones, la baronesa despidió enseguida a sus servidores masculinos. Baptiste se encontraba a punto de conducirlos al granero que había mencionado cuando dos jóvenes aparecieron en la puerta de la choza.

-¡Infierno y furias! -exclamó el primero, retrocediendo.

-¡Robert la casa está llena de desconocidos!

-¡Ah, aquí están mis hijos! -gritó nuestro anfitrión. ¡Vaya, Jacques, Robert! ¿Adónde corren, muchachos? Todavía queda espacio suficiente para ustedes.

Ante esta afirmación, los jóvenes regresaron. El padre los presentó a la baronesa y a mí, después de lo cual se retiró con nuestros servidores, en tanto que, a pedido de las dos doncellas, Marguerite las condujo a la habitación destinada a su ama.

Los dos recién llegados eran jóvenes altos, robustos, de buena contextura, facciones rudas y muy atezadas. Nos presentaron sus saludos en pocas palabras, y recibieron a Claude, quien entraba en ese momento, como a un antiguo conocido. Luego se despojaron de las capas en que venían envueltos, se quitaron los cinturones de cuero de los cuales pendían grandes machetes y cada uno sacó un par de pistolas de la cintura y las dejó sobre un estante.

-Viajan bien armados -dije yo.

-Cierto, *monsieur* -respondió Robert. Esta noche salimos tarde de Estrasburgo y es necesario adoptar precauciones cuando se atraviesa este bosque después del oscurecer. No tiene buena reputación, se lo aseguro.

-¿Cómo? -exclamó la baronesa. ¿Hay salteadores por aquí?

-Así se dice, *madame*. Por mi parte atravesé el bosque a toda hora y nunca encontré a uno solo de ellos.

En ese instante volvió Marguerite. Sus hijastros la llevaron al otro extremo de la habitación y cuchichearon con ella durante unos minutos. Por las miradas que nos dirigían a intervalos, supuse que averiguaban qué hacíamos en la casa.

Entretanto, la baronesa expresó el temor de que su marido estuviera sufriendo gran ansiedad por su suerte. Había intentado enviar a uno de sus servidores para que informase al barón de la demora; pero la descripción que los jóvenes le habían hecho del bosque hacía impracticable el propósito. Claude mitigó su inquietud. Le informó que debía llegar a Estrasburgo esa noche y que si ella le confiaba una carta, podía tener la seguridad de que la entregaría sin tropiezos.

-¿Y cómo es -pregunté yo- que no temes encontrarte con esos bandidos?

-¡Ay, señor!, un hombre pobre, con familia numerosa, no debe perderse cierta ganancia porque vaya acompañada de algún peligro. Y tal vez mi señor el barón me dé algo por mis esfuerzos. Además, nada tengo que perder, aparte de mi vida, y ésta de nada les servirá a los salteadores.

Pensé que sus argumentos eran débiles y le aconsejé que esperase hasta la mañana. Pero como la baronesa no me apoyó, me vi obligado a ceder. Como lo descubrí más tarde, la baronesa Lindenberg estaba acostumbrada desde hacía largo tiempo a sacrificar los intereses de los demás a los suyos propios, y su deseo de enviar a Claude a Estrasburgo le hacía ignorar los peligros de la empresa. En consecuencia, se decidió que partiría sin demora. La baronesa escribió la carta a su marido y yo envié unas líneas a mi banquero,

informándole que no llegaría a Estrasburgo hasta el día siguiente. Claude recogió nuestras cartas y salió de la casa.

La dama declaró que estaba muy fatigada por el viaje. Además de recorrer cierta distancia, los cocheros se las habían arreglado para perderse en el bosque. Se dirigió a Marguerite para pedirle que le mostrase su habitación y se le permitiera reposar una media hora. Enseguida se llamó a una de las doncellas; apareció con una luz y la baronesa la siguió al piso de arriba. En el cuarto en que me encontraba tendían la mesa y Marguerite pronto me dio a entender que le obstaculizaba el paso. Sus insinuaciones eran demasiado claras para no entenderlas con facilidad, por lo cual pedí a uno de los jóvenes que me condujese al aposento en que debía dormir y donde podía quedarme hasta que la cena estuviera lista.

-¿Qué habitación es, madre -preguntó Robert.

-La que tiene colgaduras verdes -respondió ella. Acabo de tomarme el trabajo de prepararla y puse sábanas limpias en la cama. Si el caballero decide recostarse y reposar en ella tendrá que volver a hacerla él mismo.

-Estás malhumorada, madre; pero eso no es una novedad. Tenga la bondad de seguirme, *monsieur*.

Abrió la puerta y avanzó hacia una estrecha escalera.

-No llevas luz -dijo Marguerite. ¿Tienes la intención de quebrar tu propio cuello o el del caballero?

Pasó junto a mí y entregó una vela a Robert, quien de inmediato comenzó a subir. Jacques se hallaba ocupado en tender la mesa y me volvía la espalda. Marguerite aprovechó el momento en que no nos observaban. Me tomó la mano y me la oprimió con fuerza.

-¡Mire las sábanas! -dijo al pasar a mi lado, y en el acto continuó con su ocupación anterior.

Sobresaltado por lo brusco de su acción, me quedé como petrificado. La voz de Robert, quien me pedía que lo siguiera, me hizo reaccionar. Subí por la escalera. Mi guía me

hizo pasar a una habitación donde un excelente fuego resplandecía en el hogar. Dejó el candil en la mesa, me preguntó si deseaba algo más y, cuando le respondí negativamente, me dejó solo. Puedes estar seguro de que en el instante en que quedé a solas cumplí con el pedido de Marguerite. Tomé la vela a toda prisa, me acerqué a la cama y quité el cobertor. ¡Cuál no sería mi asombro y mi horror al encontrar las sábanas teñidas de sangre!

En ese momento me pasaron por la imaginación mil ideas confusas. Los asaltantes que infestaban el bosque, la exclamación de Marguerite acerca de sus niños, las armas y el aspecto de los dos jóvenes y las distintas anécdotas que había oído relatar sobre la secreta conexión que a menudo existe entre bandidos y postillones: todas estas circunstancias me cruzaron por la mente y me inspiraron dudas y aprensión. Cavilé acerca de los medios más probables de confirmar, la veracidad de mis conjeturas. De pronto tuve conciencia de que alguien se paseaba abajo, a toda prisa, de un lado a otro. Ahora todo me parecía motivo de sospechas. Me acerqué con precaución a la ventana, que, como la habitación no se usaba desde hacía tiempo, había quedado abierta a pesar del frío. Los rayas de la luna me permitieron distinguir a un hombre en quien no me fue difícil reconocer a mi anfitrión. Vigilé sus movimientos. Caminaba con rapidez; luego se detenía y parecía escuchar. Pisoteaba el suelo y se golpeaba el vientre con las manos, como para protegerse de la inclemencia del tiempo. Si se escuchaba una voz en la parte baja de la casa, si un murciélago pasaba volando junto a él o si el viento repiqueteaba entre las ramas deshojadas, al menor ruido se sobresaltaba y miraba en torno con ansiedad.

-¡Que la peste se lo lleve! -dijo al cabo, con extrema impaciencia. ¿Qué puede estar haciendo?

Habló en voz baja, pero como estaba justo debajo de mi ventana no tuve dificultades en entender sus palabras.

Entonces escuché los pasos de alguien que se acercaba. Baptiste se dirigió hacia allí, se unió a un hombre cuya baja estatura y el cuerno que llevaba colgado del cuello proclamaban que se trataba de mi fiel Claude, a quien suponía ya camino de Estrasburgo. Como esperaba que su conversación arrojara alguna luz sobre mi situación, me apresuré a ponerme en condiciones de escuchar con seguridad. Para tal fin apagué la vela, que se encontraba sobre una mesa, cerca de la cama. La llama del fuego no bastaba para traicionarme y pronto volví a mi lugar en la ventana.

Los individuos que motivaban mi curiosidad se habían detenido directamente debajo de ella. Supongo que durante mi momentánea ausencia el leñador censuró a Claude su demora, pues cuando retorné a la ventana el postillón hacía lo posible por disculparse.

-Sin embargo -agregó-, mi diligencia de ahora compensará mi tardanza anterior.

-Con esa condición -respondió Baptiste, te perdonaré con presteza. Pero en verdad, ya que participas de nuestros beneficios en partes iguales, tu propio interés te impulsará a la mayor diligencia posible. Sería una pena dejar que tan noble botín se nos escape. ¿Dices que el español es rico?

Su criado se jactó, en la posada, de que los efectos que lleva en el coche valen más de dos mil pistolas.

¡Oh, cómo maldije la imprudente vanidad de Esteban!

-Y se me dijo -continuó el postillón que la baronesa lleva consigo un cofrecillo de joyas de inmenso valor.

-Es posible, pero habría preferido tenerla lejos. El español era un objetivo seguro; los muchachos y yo habríamos podido dominar con facilidad a él y a su criado, y entonces nos habríamos dividido las dos mil pistolas entre los cuatro. Ahora debemos dar participación a la banda y es posible que se nos escape la presa. Si nuestros amigos se han ido a sus distintos puestos antes de que llegues a la caverna,

todo se habrá perdido. Los acompañantes de la dama son demasiado numerosos para que los dominemos. Si nuestros socios no llegan a tiempo, tendremos que dejar que estos viajeros partan mañana sin daños ni perjuicios.

-Es enojoso e infortunado que mis camaradas que conducían el coche no conocieran nuestra organización. Pero no temas, amigo Baptiste. En una hora llegaré a la caverna. Ahora son las diez de la noche y puedes esperar la llegada de la banda a eso de las doce. De paso, ten cuidado con tu esposa. Ya sabes cuánto le repugna nuestro modo de vida y puede encontrar medios de informar de nuestros designios a los criados de la dama.

-¡Bah!, estoy seguro de su silencio; me tiene demasiado miedo y quiere demasiado a sus hijos para atreverse a revelar mi secreto. Además, Jacques y Robert no le quitan la vista de encima, y no se le permite salir de nuestra casa. Los servidores están alojados en el granero. Me esforzaré para que todo siga tranquilo hasta la llegada de nuestros amigos. Si estuviese seguro de que los encontrarás, los forasteros serían despachados ahora mismo; pero como es posible que no encuentres a los bandidos, temo que por la mañana los servidores nos pregunten dónde están.

-¿Y si alguno de los viajeros descubriese tus planes?

-Entonces apuñalaremos a los que estén en nuestro poder y correremos el riesgo de dominar a los otros. Pero, para no afrontar ese peligro, ve deprisa a la caverna. Los bandidos nunca salen de ella antes de las once y si te apresuras puedes llegar a tiempo para detenerlos.

-Dile a Robert que me llevo su caballo; el mío tiene una brida rota y escapó hacia el bosque. ¿Cuál es la contraseña?

-La recompensa del valor.

-Suficiente. Vuelo a la caverna.

-Y yo a reunirme con mis huéspedes, no sea que mi ausencia provoque sospechas. Adiós, y date prisa.

Los dignos compinches se separaron, uno en dirección al establo, en tanto que el otro entraba en la casa.

Puedes juzgar cuáles habrán sido mis sentimientos durante esta conversación, de la cual no me perdí ni una sílaba. No me atrevía a confiarme a mis reflexiones, ni se me ocurría medio alguno de escapar a los peligros que me amenazaban. Sabía que la resistencia era inútil; estaba inerme y era un solo hombre contra tres. Pero decidí, por lo menos, vender mi vida tan cara como me fuese posible. Como temía que Baptiste se diese cuenta de mi ausencia y sospechara que yo hubiese llegado a enterarme del mensaje con que despidió a Claude, rápidamente volví a encender mi vela y salí del aposento. Al bajar, encontré la mesa tendida para seis personas. La baronesa se hallaba sentada junto al fuego; Marguerite preparaba una ensalada y sus hijastros cuchicheaban en el otro rincón de la habitación. Baptiste, quien debía dar la vuelta al huerto antes de llegar a la puerta de la casa, no había llegado aún. Me senté en silencio frente a la baronesa.

Una mirada a Marguerite le dijo que su insinuación no había caído en el vacío. ¡Qué distinta la encontré! Lo que antes parecía hosquedad y temperamento lúgubre, ahora, según veía, era disgusto con su familia y compasión por mi peligro. La vi como mi único recurso; mas, como sabía que su marido la vigilaba con suspicacia, podía depositar muy poca confianza en el ejercicio de su buena voluntad.

A pesar de todos mis esfuerzos para ocultarla, mi agitación se leía con caracteres demasiado visibles en mi semblante. Estaba pálido y mis palabras y acciones eran desordenadas e inquietas. Los jóvenes lo observaron y quisieron conocer la causa. Lo atribuí a un exceso de fatiga y al violento efecto que me producía el riguroso clima de la época. No te puedo asegurar que me creyeran, pero por lo menos dejaron de molestarme con sus preguntas. Hice lo posible por apartar mi atención de los peligros que me

rodeaban para lo cual conversé con la baronesa sobre distintos temas. Hablé de Alemania y declaré mi intención de visitarla muy pronto. ¡Dios sabe cuán poco seguro me hallaba en ese momento de llegar a verla jamás! Me contestó con gran aplomo y cortesía, afirmó que el placer de conocerme compensaba con amplitud la demora de su viaje y me formuló una insistente invitación a visitarla en el castillo de Lindenberg. Mientras hablaba, los jóvenes intercambiaron una sonrisa maliciosa, que declaraba que tendría mucha suerte si acaso conseguía llegar al castillo. No se me pasó por alto la sonrisa, pero oculté la emoción que provocó en mi pecho. Continué conversando con la dama, pero mis palabras eran tan a menudo incoherentes que, como me lo informó después, empezó a dudar de que estuviese en mi sano juicio. El hecho es que mientras nuestro diálogo giraba en torno de un asunto, mis pensamientos estaban ocupados por completo en otro. Meditaba sobre la forma de abandonar la casa, llegar al granero e informar a los criados acerca de los designios de nuestro huésped. Pronto me convencí de lo impracticable del intento. Jacques y Robert vigilaban cada uno de mis movimientos con el ojo atento, y me vi obligado a abandonar la idea. Todas mis esperanzas se concentraban ahora en la posibilidad de que Claude no encontrase a los bandidos. En ese caso, según había escuchado, se nos permitiría partir a salvo.

Me estremecí involuntariamente cuando entró Baptiste. Ofreció muchas excusas por su larga ausencia, pero "se había visto detenido por asuntos de imposible postergación". Luego pidió permiso para que su familia cenase en la misma mesa que nosotros, sin lo cual el respeto no lo autorizaría a tomarse semejante libertad. ¡Oh, cómo maldije al hipócrita desde el fondo del corazón! ¡Cómo me repugnaba su presencia, que estaba a punto de privarme de una existencia en ese momento infinitamente valiosa! Tenía

todos los motivos pare estar satisfecho de la vida. Poseía juventud, fortuna, rango y educación, Y advertía que estas perspectivas se encontraban a punto de esfumarse de la manera más horrible. Pero debía disimular y recibir con simulación de gratitud las falsas cortesías de quien apuntaba su daga contra mi pecho.

El permiso que solicitaba nuestro anfitrión se obtuvo con facilidad. Nos sentamos a la mesa. La baronesa y yo ocupábamos un lado; los hijos, frente a nosotros, estaban de espaldas a la puerta. Baptiste se sentó junto a la baronesa, en la cabecera, y a su lado quedó un lugar para su esposa. Muy pronto apareció Marguerite y puso ante nosotros una cena campesina, sencilla pero agradable. A nuestro huésped le pareció necesario disculparse por la pobreza de los alimentos; "no tenía noticia de nuestra llegada; sólo podía ofrecernos la comida destinada a su propia familia".

-Pero -agregó-, si algún accidente detuviese a mis nobles invitados más tiempo del que prevén, espero ofrecerles mejor trato.

-¡Canalla! Bien sabía a qué accidentes se refería. Me estremecí al pensar en el trato que nos destinaba.

Mi compañera de peligro parecía haber olvidado su molestia ante la demora. Intenté, aunque en vano, seguir su ejemplo. Resultaba evidente que mi animación era forzada y la tensión que me imponía no escapó a la observación de Baptiste.

-¡Vamos, vamos, *monsieur*, animoso! -dijo. No parece haberse recuperado de su fatiga. Para levantar su ánimo, ¿qué le parecería una copa de excelente vino añejo que me dejó mi padre? ¡Que Dios conceda reposo a su alma, ¡está en un mundo mejor! Pocas veces ofrezco ese vino, pero como no todos los días tengo el honor de contar con tales invitados, ésta es una ocasión que merece una botella.

Entregó a su mujer una llave y le informó dónde podía encontrar el vino de que hablaba. Ella no pareció en modo

alguno complacida con el encargo. Recogió la llave con expresión turbada y vaciló en abandonar la mesa.

-¿No me oíste? -exclamó Baptiste con tono colérico.

Marguerite le lanzó una mirada, mezcla de ira y temor, y salió de la habitación. La mirada del marido la siguió con suspicacia hasta que se hubo cerrado la puerta.

Pronto regresó con una botella sellada con cera amarilla. La dejó en la mesa y devolvió la llave a su esposo. Sospeché que esta bebida se nos ofrecía con algún propósito deliberado y observé con inquietud los movimientos de Marguerite. Se hallaba dedicada a limpiar unos cubiletes de cuerno. Cuando los depositó ante Baptiste, vio que yo la miraba y en el momento en que se consideró inadvertida por los bandidos me hizo señas, con la cabeza, de que no probase el vino. Luego volvió a su lugar.

Entretanto, nuestro anfitrión había extraído el tapón y, llenando dos de los cubiletes, nos los ofreció a la dama y a mí. Al principio ella presentó algunas objeciones, pero la insistencia de Baptiste fue tal que se sintió obligada a satisfacerla. Para no provocar sospechas, no vacilé en tomar el cubilete que se me tendía. Por su aroma y color, supuse que era champaña, pero algunos granos de polvo que flotaban en la superficie me convencieron de su adulteración. No obstante, no me atrevía a expresar mi oposición a beberlo. Me lo llevé a los labios y fingí tragarlo. De pronto me levanté de la silla y llegué como mejor pude hasta una jarra de agua, que se encontraba a cierta distancia, y en la cual Marguerite había enjuagado los cubiletes. Hice el gesto de escupir el vino con desagrado, y aproveché la oportunidad de vaciar, sin que me vieran, la bebida en la jarra.

Los bandidos parecieron alarmarse ante mi acción. Jacques se levantó a medias de la silla, se llevó la mano al pecho y yo entreví el mango de una daga. Regresé a mi

asiento con tranquilidad y fingí no haber observado la confusión de los hombres.

-No has satisfecho mi gusto, honrado amigo -dije, dirigiéndome a Baptiste. Jamás puedo beber champaña sin que me produzca un violento malestar. Tragué unos sorbos antes de darme cuenta de su calidad y me temo que tendré que pagar las consecuencias de mi desaprensión.

Baptiste y Jacques intercambiaron miradas de desconfianza.

-¿Tal vez -dijo Robert le resulta desagradable el olor?

Abandonó su silla y tomó el cubilete. Observé que examinaba si estaba casi vacío.

-Debe de haber bebido lo suficiente -le dijo a su hermano en voz baja, mientras se sentaba de nuevo.

Marguerite pareció inquietarse por el hecho de que yo hubiese probado el licor. Una mirada mía la tranquilizó.

Aguardé con ansiedad los efectos que el brebaje produciría en la dama. No dudaba de que los granos que había observado eran ponzoñosos y lamentaba que me hubiera resultado imposible prevenirla del peligro. Pero pasaron unos pocos minutos antes de que viese que los ojos se le ponían pesados. La cabeza se le cayó sobre el hombro y se hundió en un profundo sueño. Aparenté no darme cuenta de esa circunstancia y proseguí mi conversación con Baptiste, con todo el entusiasmo superficial que estaba en mi poder adoptar. Pero ya no me respondía sin esfuerzo. Me contemplaba con desconfianza y asombro, y vi que los bandidos con frecuencia cuchicheaban entre sí. Mi situación se volvía más penosa por momentos. Mantuve la apariencia de confianza con peor gracia que nunca. Temeroso por igual de la llegada de los cómplices y de que sospechasen mi conocimiento de sus designios, no sabía cómo disipar la desconfianza que indudablemente sentían los bandidos. La amistosa Marguerite volvió a ayudarme en ese dilema. Pasó por detrás de las sillas de sus hijastros, se detuvo un

momento frente a mí, cerró los ojos y reclinó la cabeza sobre su hombro. Esta insinuación disipó en el acto mi incertidumbre. Me decía que debía imitar a la baronesa y fingir que la bebida había ejercido su efecto en mí. Así lo hice, y en pocos minutos parecí abrumado por el sueño.

-¡Bien! -exclamó Baptiste cuando me desplomé contra el respaldo de la silla. ¡Por fin duerme! Estaba empezando a pensar que había olfateado nuestros propósitos y que nos veríamos obligados a liquidarlo de cualquier manera.

-¿Y por qué no despacharlo, sea como fuere? -preguntó el feroz Jacques. ¿Por qué dejarle la posibilidad de traicionar nuestro secreto? Marguerite, dame una de mis pistolas. Un leve roce en el gatillo terminará con él.

-Y suponiendo -replicó el padre, suponiendo que nuestros amigos no lleguen esta noche, linda figura haríamos cuando los criados pregunten mañana por él. No, no Jacques, debemos esperar a nuestros socios. Si llegan, somos lo bastante fuertes para despachar a los servidores tanto como a sus amos y el botín será nuestro. Si Claude no encuentra a la banda, debemos tener paciencia y permitir que la presa se nos deslice de entre los dedos. ¡Ah, muchachos, muchachos!, si hubieran llegado cinco minutos antes, el español ya estaría liquidado y dos mil pistolas serían nuestras. Pero siempre están ausentes cuando más se los necesita. Son los pillastres más necios...

-¡Bueno, bueno, padre! -respondió Jacques. Si me hubieras hecho caso, ahora ya estaría todo terminado. Bastaba con Robert, Claude, tú y yo... pues los forasteros apenas nos doblaban en número, y te aseguro que habríamos podido dominarlos. Pero Claude se fue; ahora ya es demasiado tarde para pensar en ello. Debemos esperar con paciencia la llegada de la banda; y si los viajeros se nos escapan esta noche, tenemos que ocuparnos de prepararles una emboscada mañana.

-¡Cierto, cierto! -dijo Baptiste. Marguerite, ¿les diste el narcótico a las doncellas?

Ella contestó afirmativamente.

-Entonces todo va bien. Vamos, vamos, muchachos. Sea lo que fuere, no tenemos motivos para quejarnos de esta aventura. No corremos peligro, podemos ganar mucho y nada perdemos.

En ese momento oí el ruido de cascos de caballos. ¡Oh, cuán espantoso resultó el sonido en mis oídos! Un sudor frío me corrió por la frente y sentí todos los terrores de la muerte inminente. En manera alguna me tranquilizó escuchar que la compasiva Marguerite exclamaba, con acento desesperado:

-¡Dios todopoderoso, están perdidos!

Por fortuna, el leñador y sus hijos se hallaban demasiado ocupados con la llegada de sus socios para prestarme atención o la violencia de mi agitación los habría convencido de que mi sueño era fingido.

-¡Abran, abran! -exclamaron varias voces afuera de la casa.

-¡Sí, sí! -gritó Baptiste con alegría, son nuestros amigos, en efecto. Ahora nuestro botín está asegurado. ¡En marcha, muchachos, en marcha! Llévenlos al granero; ya saben qué hay que hacer allí.

Robert se apresuró a abrir la puerta de la vivienda.

-Pero primero -dijo Jacques tomando las armas-, primero déjame despachar a estos durmientes.

-¡No, no, no! -replicó su padre. Ve al granero, donde hace falta tu presencia. Déjame que yo me ocupe de estos y de las mujeres de arriba.

Jacques obedeció y siguió a su hermano. Según parece, conversaron durante unos minutos con los recién llegados, después de lo cual oí que los salteadores desmontaban y, como conjeturé, encaminaban sus pasos hacia el granero.

-¡Ah, eso es prudencia! -murmuró Baptiste. Dejaron sus caballos para poder caer por sorpresa sobre los forasteros. ¡Bien, bien! Y ahora, a nuestro negocio.

Lo oí acercarse a una alacena ubicada en una parte distante de la habitación y abrirla. En ese momento sentí que me sacudían con suavidad.

-¡Ahora, ahora! -susurró Marguerite.

Abrí los ojos. Baptiste se encontraba de espaldas a mí. No había nadie más en la habitación, aparte de Marguerite y la dama dormida. El malhechor había tomado una daga de la alacena y parecía verificar si tenía suficiente filo. No había tomado la precaución de proveerme de armas, pero me di cuenta de que ésa era mi única oportunidad de escapar y resolví no desaprovecharla. Salté de mi asiento, me precipité de pronto sobre Baptiste y rodeándole la garganta con las manos apreté con la fuerza necesaria para impedirle emitir un solo grito. Recordarás que en Salamanca me destacaba por la fuerza de mi brazo. En ese momento me prestó un servicio esencial. Sorprendido, aterrorizado y sin aliento, el bandido no resultó un rival que pudiera medirse conmigo. Lo arrojé al suelo, lo aferré con más fuerza aún y mientras lo mantenía inmóvil en el piso, Marguerite le arrancó la daga de la mano y se la hundió repetidas veces en el corazón hasta que expiró.

Apenas perpetró este acto horrible pero necesario, Marguerite me urgió que la siguiera.

La huida es nuestra única salvación -dijo. ¡Pronto, pronto, vamos!

No vacilé en obedecerla, pero, como no quería permitir que la baronesa fuese víctima de la venganza de los salteadores, la tomé en mis brazos, aún dormida, y corrí tras Marguerite. Los caballos de los bandidos estaban atados cerca de la puerta. Mi guía saltó a uno de ellos. Imité su ejemplo, puse a la baronesa delante de mí y espoleé mi cabalgadura. Nuestra única esperanza era llegar a

Estrasburgo, que se encontraba mucho más cerca de lo que me había asegurado el pérfido Claude. Marguerite conocía muy bien el camino y galopaba delante de nosotros. Nos vimos obligados a pasar ante el granero, donde los bandidos asesinaban a nuestros criados. La puerta estaba abierta oímos los alaridos de los moribundos y las imprecaciones de los asesinos. Las palabras no pueden describir lo que sentí en ese momento.

Jacques oyó las pisadas de nuestras cabalgaduras cuando pasábamos al galope delante del granero. Corrió a la puerta con una antorcha encendida en la mano y reconoció con facilidad a los fugitivos.

-¡Traición, traición! -gritó a sus compañeros.

En el acto abandonaron su sangrienta tarea y corrieron a sus caballos. No oímos nada más. Hundí las espuelas en los flancos de mi corcel y Marguerite acicateó al suyo con el puñal que tan buenos servicios nos había prestado ya. Volamos como el rayo y llegamos a la llanura abierta. Ya se veía el campanario de Estrasburgo cuando oímos que los delincuentes nos perseguían. Marguerite miró hacia atrás y distinguió a nuestros perseguidores que descendían por una loma, a no gran distancia. En vano espoleamos nuestros caballos; el ruido se acercaba cada vez más.

-¡Estamos perdidos! -exclamó. ¡Los asesinos nos alcanzan!

-¡Adelante -grité-, adelante! ¡Escucho cascos de caballos que vienen de la población!

Redoblamos nuestros esfuerzos y pronto vimos a un nutrido grupo de jinetes que se acercaba a nosotros a toda velocidad. Estaban a punto de seguir de largo cuando Marguerite exclamó:

-¡Deténganse, deténganse! ¡Sálvennos! ¡Por amor de Dios, sálvennos!

El de adelante, que parecía actuar como guía, frenó inmediatamente su bridón.

-¡Es ella! -exclamó, saltando al suelo. ¡Deténgase, mi señor, deténgase! ¡Están a salvo! ¡Es mi madre!

En el mismo momento Marguerite se arrojó del caballo, lo abrazó y lo cubrió de besos. Los otros caballeros se detuvieron al escuchar la exclamación.

-¡La baronesa Lindenberg! -gritó con ansiedad otro de los desconocidos. ¿Dónde está? ¿No va con ustedes?

Se interrumpió al verla inanimada en mis brazos. Me la quitó de entre ellos. El profundo sueño en que se hallaba sumida la baronesa le hizo temer al principio por su vida, pero las palpitaciones del corazón pronto lo tranquilizaron.

-¡Dios sea loado! -dijo. Escapó indemne.

Interrumpí su alegría señalando a los bandoleros, quienes seguían acercándose. En cuanto los mencioné, la mayor parte del grupo que parecía compuesta principalmente por soldados, avanzó a toda velocidad a su encuentro. Los bandidos no aguardaron el ataque. Al darse cuenta del peligro que corrían hicieron que sus caballos volvieran grupas y huyeron hacia el bosque, adonde los siguieron nuestros salvadores. Entretanto el desconocido, que según supuse era el barón Lindenberg, después de agradecerme por haber protegido a la dama, propuso que siguiéramos sin pérdida de tiempo a la ciudad. Colocaron delante de él a la baronesa, en quien no había cesado todavía el efecto del soporífero. Marguerite y su hijo volvieron a montar; nos siguieron los criados del barón y pronto llegamos a la posada en la cual él se hospedaba.

Era la taberna del Águila Austríaca, donde mi banquero, a quien antes de salir de París había hecho conocer mi intención de visitar Estrasburgo, me había reservado habitaciones. Esta circunstancia me alegró. Me ofrecía una oportunidad de cultivar relaciones con el barón, quien según preveía me resultaría útil en Alemania. En cuanto llegamos, trasladaron a la dama a su aposento. Se mandó llamar a un médico, quien recetó una medicina capaz de contrarrestar

los efectos del narcótico. Y después que se lo hicieron ingerir, quedó al cuidado, de la posadera. Entonces el barón se dirigió a mí y me rogó que le relatase los detalles de la aventura. Satisfice su pedido sin tardanza, pues, dolorido por el destino de Esteban, a quien me había visto obligado a abandonar a la crueldad de los bandidos, me resultaba imposible dedicarme al reposo hasta que tuviese alguna noticia de él. Demasiado pronto recibí la información de que mi fiel servidor había perecido. Los soldados que perseguían a los bandoleros regresaron mientras yo narraba mi aventura al barón. Por lo que dijeron, me enteré de que habían alcanzado a los salteadores. La delincuencia y la verdadera valentía son incompatibles; se arrojaron a los pies de sus perseguidores, se rindieron sin ofrecer resistencia, revelaron su escondrijo secreto, hicieron conocer las contraseñas por medio de las cuales se podía atrapar al resto de la banda. En una palabra, dieron muestras cabales de cobardía y bajeza. Por esos medios la banda íntegra, consistente en casi sesenta personas, fue hecha prisionera, maniatada y llevada a Estrasburgo. Algunos de los soldados corrieron a la casa, con uno de los bandidos como guía. En primer lugar fueron al granero fatal, donde tuvieron la suerte de encontrar aún vivos a dos de los servidores del barón, gravemente heridos. El resto había expirado por obra de las espadas de los salteadores, y uno de ellos era mi desdichado Esteban.

Alarmados por nuestra huida, los bandoleros, en su prisa por alcanzarnos, omitieron llegarse hasta la casa. Por consiguiente, los soldados hallaron ilesas a las dos doncellas, hundidas en el mismo sueño, como de muerte, en que había caído su ama. No había nadie más en la vivienda, aparte de un niño de no más de cuatro años, que los soldados llevaron consigo. Nos hacíamos conjeturas acerca de la procedencia del pequeño infortunado, cuando Marguerite se precipitó en la habitación con él en brazos. Cayó a los pies del oficial que

nos presentaba ese informe y lo bendijo mil veces por la salvación de su hijo.

Cuando terminó el primer estallido de ternura maternal, le supliqué que aclarase en qué circunstancias se había unido a un hombre cuyos principios parecían tan por completo discordantes con los suyos. Bajó la vista y se secó unas lágrimas de las mejillas.

-Caballeros -dijo luego de un silencio de unos instantes-, deseo pedirles un favor. Tienen derecho a saber quién quedará en deuda con ustedes. Por lo tanto, no me guardaré una confesión que me cubre de vergüenza, pero permítanme que la haga en tan pocas palabras como sea posible.

"Nací en Estrasburgo, de padres respetables. Por el momento debo ocultar sus nombres. Mi padre todavía vive y no merece verse envuelto en mi infamia. Si me conceden lo que solicito, les informaré acerca de mi apellido. Un malhechor se hizo dueño de mi afecto y por seguirlo abandoné el hogar paterno. Pero aunque mis pasiones triunfaron sobre mi virtud, no me hundí en la degeneración del vicio que es el destino tan común de las mujeres que dieron su primer paso en falso. ¡Amaba a mi seductor, lo amaba muchísimo! ¡Le fui fiel!, este niño y el joven que le dio aviso, mi señor barón, sobre el peligro que corría la noble dama, son las pruebas de nuestro afecto. Aún en este momento lamento su pérdida, aunque a él le debo todas las desdichas de mi existencia.

"Era de noble cuna, pero había derrochado la herencia paterna. Sus parientes lo consideraban una deshonra para su apellido y lo repudiaron. Sus excesos atrajeron sobre él la indignación de los guardias. Se vio obligado a huir de Estrasburgo y, aparte de la mendicidad, no encontró más alternativa que unirse a los bandidos que infestaban el bosque vecino y cuyas filas estaban compuestas principalmente por jóvenes de buena familia en los mismos aprietos que él. Yo estaba decidida a no abandonarlo. Lo

seguí a la caverna de los bandoleros y compartí con él la miseria inseparable de una vida de pillaje. Pero si bien me daba cuenta de que nuestra existencia se basaba en el saqueo, no conocía todas las horribles circunstancias que acompañaban a la actividad de mi amante. Me las ocultaba con el máximo cuidado. Sabía que mis sentimientos no eran lo bastante depravados como para contemplar los asesinatos sin horror. Suponía, y con razón, que rechazaría con repugnancia los abrazos de un asesino. Ocho años de convivencia no habían atenuado su amor por mí, y eliminaba con cautela, de mi conocimiento, toda circunstancia que pudiese inducirme a sospechar los delitos en que con demasiada frecuencia participaba. Lo logró a la perfección. Sólo después de la muerte de mi seductor descubrí que sus manos estaban manchadas con la sangre de la inocencia.

"Una noche fatal fue llevado a la caverna cubierto de heridas; las había recibido al atacar a un viajero inglés, a quien sus compañeros inmediatamente sacrificaron en venganza. Sólo tuvo tiempo de suplicar mi perdón por todas las penas que me había causado; se llevó mi mano a los labios y expiró. Mi pena era inexpresable. En cuanto disminuyó su intensidad, resolví regresar a Estrasburgo, arrojarme, con mis dos hijos, a los pies de mi padre e implorar su perdón, aunque abrigaba muy pocas esperanzas de obtenerlo. ¡Cuál no sería mi consternación cuando se me advirtió que a nadie que conociera el secreto de la guarida se le permitía desligarse de la banda, que debía olvidar toda esperanza de reincorporarme alguna vez a la sociedad y que debía aceptar por esposo a uno de los asesinos! Mis súplicas y reproches fueron inútiles. Echaron suertes para decidir quién viviría conmigo. Me convertí en propiedad del infame Baptiste. Un salteador que otrora había sido monje llevó a cabo una ceremonia más burlesca que religiosa. Mis hijos y

yo fuimos puestos en manos de mi nuevo esposo, y éste nos llevó enseguida a su hogar.

“Me aseguró que hacía tiempo experimentaba por mí el más ardiente afecto, pero que su amistad con mi difunto amante lo había obligado a ahogar sus deseos. Intentó hacerme aceptar mi suerte, y durante algún tiempo me trató con respeto y dulzura. Por último, al descubrir que mi aversión aumentaba en vez de disminuir, obtuvo por la violencia los favores que insistía en negarle. No me quedaba más recurso que soportar mis penas con paciencia. Tenía conciencia de merecerlas, y mucho. La huida estaba prohibida. Mis hijos se hallaban en poder de Baptiste, quien había jurado que, si intentaba escapar, lo pagarían con sus vidas. Yo había tenido bastantes oportunidades de comprobar la barbarie de su naturaleza de modo que no tenía dudas de que cumpliría su juramento al pie de la letra. La triste experiencia me había convencido de lo espantoso de mi situación. Mi primer amante me lo había ocultado con cuidado. Baptiste encontraba más bien regocijarte abrirme los ojos a las crueldades de su actividad y se esforzó en familiarizarme con la sangre y el asesinato.

“Mi naturaleza era licenciosa y ardiente, pero no cruel. Mi conducta había sido imprudente, pero mi corazón no carecía de principios. Júzguese, pues, lo que debo de haber sentido al ser testigo permanente de los delitos más horribles y repugnantes. Júzguese cómo debe de haberme dolido el estar unida a un hombre que recibía a los huéspedes incautos con una expresión de franqueza y hospitalidad, en el momento mismo en que planeaba su destrucción. La angustia y el descontento hicieron presa de mi cuerpo; los pocos encantos de que me había dotado la naturaleza se marchitaron, y el agobio de mi semblante denotaba los sufrimientos de mi corazón. Mil veces experimenté la tentación de poner fin a mi existencia, pero el recuerdo de mis hijos detenía mi mano. Me estremecía de

sólo pensar en dejarlos en poder de mi tirano, y temblaba más por su virtud que por su vida. El segundo era todavía demasiado pequeño para beneficiarse con mis consejos, pero trabajé sin tregua en el corazón del mayor para estimular los principios que le permitieran mantenerse a salvo de los delitos de sus padres. Me escuchaba con docilidad, o más bien con ardor. Aun a tan temprana edad, mostraba que no estaba hecho para vivir en compañía de delincuentes; y el único consuelo de que gozaba en medio de mis congojas era presenciar el nacimiento de las virtudes de mi Theodore.

"Tal era mi situación cuando la perfidia del postillón de don Alfonso llevó a éste a mi casa. Su juventud, su talante y sus modales me indujeron a preocuparme por su salvación. La ausencia de los hijos de mi marido me ofreció una oportunidad que hacía mucho deseaba tener, y decidí arriesgarlo todo para salvar al desconocido. La vigilancia de Baptiste me impidió prevenir a don Alfonso del peligro. Sabía que si traicionaba el secreto sería castigada con la muerte sin demora y, por amargada que estuviese mi vida por las calamidades, necesitaba valor para sacrificarla a fin de preservar la de otra persona. Mi única esperanza residía en obtener ayuda en Estrasburgo. Resolví intentarlo y, si se presentaba una ocasión de advertir a don Alfonso del peligro, sin ser observada, estaba dispuesta a aprovecharla con avidez. Por orden de Baptiste, subí a preparar la cama del forastero. La tendí con sábanas en que un viajero había sido asesinado unas noches antes, y que aún se encontraban manchadas de sangre. Abrigaba la esperanza de que esas huellas no escapasen a la vigilancia de nuestro huésped y que percibiera en ellas los designios de mi pérfido esposo. No fue esa la única medida que tomé para salvar al desconocido. Theodore estaba enfermo en cama. Me deslicé en su habitación, sin ser vista por mi tirano, le comuniqué mi proyecto y se plegó a él con entusiasmo. Se levantó a pesar

de su dolencia y se vistió a toda prisa. Le até una sábana alrededor de los brazos y lo bajé por la ventana. Corrió al establo, tomó el caballo de Claude y fue a Estrasburgo. Si lo hubieran detenido los bandidos, habría declarado que Baptiste lo enviaba con un mensaje, pero por fortuna llegó a la ciudad sin encontrar obstáculos. Enseguida pidió ayuda a la justicia; su relato pasó de boca en boca y al cabo llegó al conocimiento de mi señor el barón. Ansioso por la seguridad de su esposa que, según sabía, debía viajar esa noche, se le ocurrió que habría podido caer en poder de los asaltantes. Acompañó a Theodore, quien guió a los soldados hacia la casa y llegó a tiempo para salvarnos de caer una vez más en manos de nuestros enemigos."

Aquí interrumpí a Marguerite para preguntar por qué se me había dado el narcótico. Contestó que Baptiste suponía que yo llevaba armas encima y quería impedir que ofreciese resistencia. Era una precaución que siempre adoptaba, puesto que como los viajeros no tenían esperanzas de escapar, la desesperación podía incitarlos a vender muy cara su vida.

El barón quiso entonces que Marguerite le informase cuáles eran sus planes a partir de ese momento. Me uní a él para declarar mi disposición a mostrarle mi gratitud por haberme salvado la vida.

-Disgustada con un mundo -respondió- en el cual sólo hallé desdichas, mi único deseo es retirarme a un convento. Pero primero debo ocuparme de mis hijos... Me entero de que mi madre ya no existe, quizá empujada prematuramente a la tumba por mi abandono. Mi padre todavía vive. No es un hombre duro. Quizá, caballeros, a despecho de mi ingratitud e imprudencia, la intercesión de ustedes lo induzca a perdonarme y hacerse cargo de sus desdichados nietos. Si lo consiguen, recompensarán mil veces mis servicios.

El barón y yo aseguramos a Marguerite que no ahorraríamos esfuerzos para lograr su perdón, y que, aunque

su padre se mostrase inflexible, no debía abrigar temores respecto de la suerte de sus hijos. Me comprometí a ocuparme de Theodore y el barón prometió tomar bajo su protección al menor. La conmovida madre nos agradeció con lágrimas por lo que llamó nuestra generosidad, aunque en realidad no era otra cosa que un correcto sentido de nuestras obligaciones con ella. Salió entonces de la habitación para acostar a su hijito, a quien la fatiga y el sueño habían abrumado por completo. Al recuperarse la baronesa e informársele de los peligros de los cuales yo la había rescatado, no hubo límites en las expresiones de su gratitud. Su marido la apoyó con tanto calor en su insistencia a que los acompañara a su castillo de Baviera, que me resultó imposible resistir tales súplicas. Durante la semana que pasamos en Estrasburgo, no olvidamos los intereses de Marguerite. En nuestra entrevista con su padre logramos tanto éxito como podíamos desear. El buen viejo había perdido a su esposa. No tenía más descendientes que su infortunada hijo, de quien hacía catorce años que no recibía noticias. Vivía rodeado por parientes lejanos, quienes aguardaban su muerte con impaciencia para entrar en posesión de su dinero. Por lo tanto, cuando Marguerite reapareció en forma tan inesperada, la consideró como un regalo del cielo. La recibió, junto con sus hijos, con los brazos abiertos, e insistió en que se instalaran en su casa sin más trámites. Los desilusionados primos se vieron obligados a hacerles lugar. El anciano no quiso ni oír hablar de que su hija se retirase a un convento Dijo que le era demasiado necesaria para su dicha, y ella se dejó convencer con facilidad y abandonó sus proyectos. Pero ninguna persuasión pudo hacer que Theodore abandonase el plan que yo le había señalado en un primer momento. Me demostró muy sincero apego durante mi permanencia en Estrasburgo y, cuando estaba a punto de irme, me rogó con lágrimas que lo tomase a mi servicio. Exhibió sus menudos

talentos con vivos colores, los más favorables, y trató de convencerme de que me resultaría de infinita utilidad durante el viaje. No estaba dispuesto a cargar con ese niño de apenas trece años cumplidos, pues sabía que sólo sería un estorbo para mí. Pero no pude resistir a los ruegos del afectuoso muchacho, quien en verdad poseía una gran cantidad de cualidades estimables. Con algunas dificultades, convenció a sus parientes que le permitieran seguirme, y una vez obtenido el permiso fue honrado con el título de paje mío. Después de pasar una semana en Estrasburgo, Theodore y yo partimos hacia Baviera, en compañía del barón y su esposa. Esta última, lo mismo que yo, había obligado a Marguerite a aceptar varios regalos de valor, tanto para ella como para su hijo más pequeño. Al separarnos, le prometí que en el término de ese año le devolvería a Theodore.

He relatado esta aventura en detalle, Lorenzo, para que entiendas los medios por los cuales "el aventurero Alfonso de Alvarado se introdujo en el castillo de Lindenberg". Por este ejemplo, juzga la fe que puede tenerse en las afirmaciones de tu tía.

CAPÍTULO IV

¡Atrás, lejos de mi vista! ¡Que la tierra te sepulte!
Tus huesos son huecos, helada es tu sangre.
No tienes mirada en esos ojos
Con los que deslumbras. ¡Fuera, sombra horrible!
¡Aparición irreal, fuera!

SHAKESPEARE, *Macbeth*

Continuación de la historia de don Raimundo

Mi viaje fue extraordinariamente agradable. Descubrí que el barón era hombre de cierta sensatez, pero con poco conocimiento del mundo. Había pasado gran parte de su vida sin salir del recinto de sus dominios, y por lo tanto sus modales estaban muy lejos de ser los más refinados, pero era cordial, amistoso y afable. Sus atenciones hacia mí fueron todo lo que podía desear y tuve motivos de sobra para sentirme satisfecho con su conducta. Su pasión dominante era la caza, a la que había llegado a considerar una ocupación seria y, cuando hablaba de alguna cacería notable, trataba el tema con tanta gravedad como si hubiese sido una batalla de la cual dependiera el destino de dos reinos. Yo era un

deportista tolerable; poco después de mi llegada a Lindenberg di algunas pruebas de mi destreza. El barón me consideró enseguida un hombre de notables cualidades y me juró amistad eterna.

Esa amistad no resultaría en manera alguna intrascendente. En el castillo de Lindenberg conocí a tu hermana, la encantadora Inés. Para mí, que no tenía comprometido mi corazón y que me apenaba por su vacío, verla y amarla fueron la misma cosa. Encontré en Inés todo lo necesario para consolidar mi afecto. Apenas tenía dieciséis años, entonces; su persona, grácil y elegante, ya estaba formada. Poseía a la perfección varios talentos, en especial los de la música y el dibujo. Su carácter era alegre, franco y amable, y la armónica sencillez de su vestimenta y modales ofrecía un ventajoso contraste con el artificio y la estudiada coquetería de las damas de París, que acababa de dejar atrás. Desde el momento en que la vi sentí el más vivo interés por su destino. Le hice a la baronesa muchas preguntas acerca de ella.

-Es mi sobrina -replicó la dama. Usted aún no sabe, don Alfonso, que soy su compatriota. Soy hermana del duque de Medinaceli. Inés es la hija de mi segundo hermano, don Gastón. Está destinada al convento desde la cuna y muy pronto profesará en Madrid.

Aquí, Lorenzo interrumpió al marqués con una exclamación de sorpresa:

-¡Destinada al convento desde la cuna! -dijo. ¡Cielos, es la primera noticia que tengo de tal propósito!

-Lo creo, mi querido Lorenzo -respondió don Raimundo, pero debes escucharme con paciencia. No te sentirás menos sorprendido cuando te refiera algunos detalles de tu familia que aún desconoces y de los que me enteré por boca de la propia Inés.

Luego continuó su narración de la siguiente manera:

-No puedes ignorar que tus padres eran por desgracia esclavos de la más burda superstición. Cuando operaba este defecto, todos sus otros sentimientos, todas sus demás pasiones, cedían ante la irresistible fuerza de aquella influencia. Cuando estaba encinta de Inés, tu madre fue víctima de una peligrosa enfermedad y los médicos la desahuciaron. En esta situación, doña Inesilla juró que, si se recuperaba de su dolencia, el hijo que entonces alentaba en su seno, si era una niña sería consagrada a Santa Clara; si varón, a San Benito. Sus oraciones fueron escuchadas; se libró de su mal. Inés llegó viva al mundo e inmediatamente fue destinada al servicio de Santa Clara.

Don Gastón se adhirió con facilidad a los deseos de su esposa; pero, como conocía los sentimientos del duque, su hermano, respecto de una vida monástica, se decidió que se le ocultaría con cuidado la suerte que debía correr tu hermana. Para mejor guardar el secreto, se resolvió que Inés acompañase a doña Rodolfa, su tía, a Alemania, donde la dama estaba a punto de unirse a su esposo, el barón Lindenberg, como recién casada.

A su llegada a la mansión, la pequeña Inés ingresó en un convento, ubicado a pocos kilómetros del castillo. Las monjas, a quienes se confió su educación, llevaron a cabo su misión con esmero; le inculcaron a la perfección muchas habilidades y se esforzaron por infundirle en el espíritu el gusto por el retiro y los tranquilos placeres de un convento. Pero un secreto instinto le decía a la pequeña reclusa que no había nacido para la soledad. Con toda la libertad y la alegría de la juventud, no tenía escrúpulos en tratar como ridículas muchas ceremonias que las monjas consideraban con respeto; y nunca se sentía más feliz que cuando su vivaz imaginación le inspiraba alguna treta para fastidiar a la rígida abadesa o a la malhumorada, fea y anciana portera. Consideraba con desagrado la perspectiva que tenía ante sí. Pero no veía alternativas, y se sometió a la voluntad de los

padres, aunque no sin secretas aflicciones. No poseía suficiente disimulo para ocultar durante mucho tiempo esa reluctancia. Don Gastón fue informado de ello. Alarmado, Lorenzo, por temor de que tu cariño por ella se opusiese a sus proyectos y de que impidieras la desdicha de tu hermana, decidió mantener en secreto todo el asunto, ante ti tanto como ante el duque, hasta que se consumara el sacrificio. El momento en que debía tomar el velo se fijó para cuando tú estuvieras de viaje. Entretanto, no se hizo insinuación alguna sobre la fatal promesa de doña Inesilla. A tu hermana jamás se le permitió conocer tu paradero. Todas tus cartas se leían antes de que ella las recibiera y se tachaban las partes que podían alimentar su inclinación por el mundo. Las respuestas se las dictaba su tía o la señora Cunegunda, su gobernanta. Estos detalles los conocí en parte por Inés, en parte por la propia baronesa.

Pronto decidí liberar a esa encantadora joven de un destino tan contrario a sus inclinaciones y tan mal avenido con sus méritos. Hice lo posible por congraciarme con ella; me jacté de mi amistad e intimidad contigo. Ella me escuchaba con ansia; parecía devorar mis palabras mientras yo hablaba elogiosamente de ti y sus ojos me agradecían mi cariño hacia su hermano. Por último, mis constantes e incansables atenciones me conquistaron su corazón y con dificultad logré obligarla a confesar que me amaba. Pero, cuando le propuse que nos fuésemos del castillo de Lindenberg, rechazó el proyecto en forma terminante.

-Sé generoso, Alfonso -me dijo. Posee mi corazón pero no uses ese don de manera innoble. No emplees tu ascendiente sobre mí para convencerme de que dé un paso que después me avergonzaría. Soy joven y estoy sola. Mi hermano, mi único amigo, está separado de mí, y mis demás parientes se comportan como enemigos. Apiádate de mi desamparo. En lugar de seducirme para actuar de modo que me cubriría de vergüenza, esfuérzate más bien por granjearte

el afecto de quienes me dominan. El barón te estima. Mi tía, para otros siempre áspera, orgullosa y despectiva, recuerda que la rescataste de manos de asesinos y sólo contigo da muestras de bondad y benevolencia. Prueba, entonces, tu influencia sobre mis tutores. Si ellos aceptan nuestra unión, mi mano es tuya. Por lo que dices sobre mi hermano, no puedo dudar de que obtengas su aprobación; y cuando se vean ante la imposibilidad de cumplir sus designios, confío en que mis padres perdonarán mi desobediencia y expiarán por medio de algún otro sacrificio la fatal promesa de mi madre.

Desde el primer momento en que vi a Inés hice todo lo que pude por conquistar el favor de sus parientes. Autorizado por la confesión de su afecto, redoblé mis esfuerzas. Mi principal objetivo fue la baronesa. Era fácil advertir que era ella quien tomaba las decisiones en el castillo. Su marido le era sumiso en absoluto y la consideraba un ser superior. Ella tenía unos cuarenta años; en su juventud había sido muy hermosa, pero sus encantos eran de esa escala tan grande que soporta muy mal el impacto de los años. Empero, aún poseía algunos restos de ellos. Cuando no se encontraba oscurecido por los prejuicios, cosa que, por desgracia, muy pocas veces ocurría, su entendimiento era sólido y excelente. Sus pasiones eran violentas; no escatimaba fatigas para satisfacerlas y perseguía con furor a quienes se oponían a sus deseos. La más cálida de las amigas, la más acérrima de las enemigas: eso era la baronesa de Lindenberg.

Me esforcé incesantemente por complacerla; por desgracia tuve demasiado éxito. Mis atenciones parecieron satisfacerla y me trató con una deferencia que a nadie acordaba. Una de mis ocupaciones cotidianas era leerle durante varias horas; habría preferido pasarlas con Inés, pero, como sabía que esa complacencia con su tía promovería nuestra unión, me sometía de buena gana al

castigo que se me imponía. La biblioteca de doña Rodolfa estaba compuesta principalmente por narraciones amatorias españolas; eran sus lecturas favoritas y una vez por día se me ponía en las manos, con regularidad, uno de esos implacables volúmenes. Leí las fatigosas aventuras de *Perceforest, Tirante el Blanco, Palmerin de Inglaterra y El caballero del sol*, hasta que el libro estaba a punto de caérseme de entre las manos, de puro aburrimiento. Pero el creciente placer que la baronesa parecía encontrar en mi compañía me instó a perseverar. Y más tarde me mostró un favor tan notable que Inés me aconsejó que aprovechase la primera oportunidad para revelar a su tía nuestra mutua pasión. Un atardecer me hallaba a solas con doña Rodolfa, en sus aposentos. Como nuestras lecturas trataban por lo general de amor, a Inés jamás se le permitía asistir a ellas. Yo me felicitaba de haber terminado *Los amores de Tristán y la reina Isolda*...

-¡Ah, los desdichados! -exclamó la baronesa. ¿Qué opina, señor? ¿Le parece posible que un hombre sienta un apego tan desinteresado y sincero?

-No lo dudo -respondí. Mi propio corazón me da esa certidumbre. ¡Ah, doña Rodolfa, si pudiese abrigar la esperanza de contar con su aprobación para mi amor! ¡Si pudiera confesarle el nombre de mi amada sin incurrir en su cólera!

Me interrumpió.

-¿Y si le ahorrase esa confesión? ¿Si reconociera que el objeto de sus deseos no me es desconocido? ¿Si le dijese que corresponde a su afecto y lamenta, con no menor sinceridad que usted, los desdichados votos que son causa de la separación?

-¡Ah, doña Rodolfa! -exclamé, poniéndome de rodillas ante ella y llevándome su mano a los labios. ¡Ha descubierto mi secreto! ¿Cuál es su decisión? ¿Debo desesperar o puedo contar con su favor?

-¿Cómo puedo rechazarlo? -repuso. ¡Ah, don Alfonso, hace mucho que advertí a quién se dirigen sus atenciones, pero hasta ahora no había percibido la impresión que producen en mi corazón! Ya no puedo ocultar mi debilidad, ni a mí misma, ni a usted. ¡Cedo a la violencia de mi pasión y le confieso que lo adoro! Durante tres largos meses reprimí mis deseos; pero, fortalecidos por la resistencia, ahora me someto a su impetuosidad. El orgullo, el temor y el honor, el respeto que me debo a mí misma y mi fidelidad al barón, todo se ha desmoronado. Los sacrifico por mi amor hacia usted y aún me parece que pago un precio demasiado mezquino por su afecto.

Hizo una pausa en espera de mi respuesta. Juzga, Lorenzo, cuál habrá sido mi confusión ante ese descubrimiento. En el acto me di cuenta de la magnitud de ese obstáculo que yo mismo había levantado ante mi dicha. La baronesa había anotado mis atenciones en su propia cuenta, aunque yo se las ofrecía en bien de Inés. Y la energía de sus expresiones, las miradas que las acompañaban y mi conocimiento de su espíritu vengativo me hicieron temblar por mí y por mi amada. Guardé silencio durante varios instantes. No sabía cómo contestar a su declaración. Sólo podía adoptar la decisión de aclarar el error sin demoras, y por el momento ocultar de su conocimiento el nombre de la dueña de mi corazón. Tan pronto como confesó su pasión, el ardor que se leía a las claras en mis facciones dejó paso a la consternación y la reserva. Dejé caer su mano y me puse de pie. La mudanza de mi semblante no escapó a su observación.

-¿Qué significa ese silencio? -preguntó con voz temblorosa ¿Dónde está la alegría que me hacía esperar?

-Perdóneme, señora -respondí-, si las palabras que me arranca la necesidad resultan duras y despiadadas. Alentarla en un error que, por más que me halague, tiene que ser para usted una fuente de desilusión, me haría parecer un criminal

ante los ojos de cualquiera. El honor me obliga a informarle que confundió con solicitud de amor lo que no era más que una muestra de amistad. Este último sentimiento era el que deseaba suscitara en su pecho; alentar uno más cálido, me lo prohíbe el respeto hacia usted y la gratitud por el generoso trato del barón. Tal vez estas razones no serían suficientes para protegerme de sus atractivos, si no fuese que mi afecto ya ha sido depositado en otra persona. Usted posee encantos, señora, que podrían cautivar al más insensible; ningún corazón libre de compromisos podría resistirlos. Suerte tengo de que el mío ya no esté en mi poder o tendría que reprocharme por haber violado las leyes de la hospitalidad. Recuerde, ¡noble dama!, recuerde lo que usted le debe al honor y yo al barón y reemplace por la estima y la amistad esos sentimientos a los cuales no puedo corresponder.

La baronesa palideció ante esta declaración inesperada y terminante; dudó de si dormía o estaba despierta. Al cabo se recobró de su sorpresa, la consternación dejó paso a la ira y la sangre se le agolpó con violencia en las mejillas.

-¡Canalla! -exclamó. ¡Monstruoso embustero! ¿Así se recibe la confesión de mi amor? ¿Así se...? ¡Pero no, no, no puede, no debe ser! ¡Alfonso, mírame a tus pies! ¡Sé testigo de mi desesperación! ¡Contempla con piedad a una mujer que te ama con sincero afecto! Quien posee tu corazón, ¿cómo mereció tal tesoro? ¿Qué sacrificio te hizo? ¿Qué la eleva por encima de Rodolfo?

Traté de que se pusiera en pie.

-Por amor de Dios, señora, contenga esos arrebatos; nos deshonran, a usted y a mí. Sus gritos pueden ser escuchados y sus servidores podrían enterarse de su secreto. Veo que mi presencia no hace más que irritarla; permítame que me retire.

Me disponía a salir del aposento pero de improviso la baronesa me tomó del brazo.

-¿Y quién es esa feliz rival? -preguntó con tono amenazador. Sabré su nombre, y cuando lo sepa... Es alguien que está en mi poder; ¡pediste mi favor, mi protección! Deja que la encuentre, déjame saber quién se atreve a robarme tu corazón y sufrirá todos los tormentos que pueden infligir los celos y la desilusión. ¿Quién es? Contéstame ahora mismo. ¡No abrigues la esperanza de ocultarla a mi venganza! Te pondré espías; vigilarán cada uno de tus pasos, cada mirada; tus ojos descubrirán a mi rival. ¡La conoceré, y cuando la descubra, tiembla, Alfonso, por ella y por ti!

Cuando pronunció estas últimas palabras, su furia llegó a tal punto que le cortó la respiración. Jadeó, gimió y al cabo se desvaneció. Cuando caía, la tomé en mis brazos y la deposité en un sofá. Luego corrí a la puerta, llamé a sus doncellas para que la atendieran. La dejé a su cuidado y aproveché la oportunidad para escapar.

Agitado y confuso más allá de toda posibilidad de expresarlo, encaminé mis pasos hacia el jardín. La benevolencia con que la baronesa me había escuchado al comienzo elevó mis esperanzas al máximo. Imaginé que conocía mi apego por su sobrina y lo aprobaba. Extrema fue mi desilusión al entender el verdadero sentido de su declaración. No sabía qué camino seguir. La superstición de los padres de Inés, con la ayuda de la infortunada pasión de su tía, parecían oponer a nuestra unión obstáculos casi insuperables.

Cuando pasé ante una sala baja, cuyas ventanas daban al jardín, por la puerta entreabierta vi a Inés sentada ante una mesa. Dibujaba, y a su alrededor se veían dispersos varios esbozos inconclusos. Entré, aún sin saber si debía hacerle conocer la declaración de la baronesa.

-Ah, ¿eres tú? -dijo, levantando la cabeza. No eres un extraño y continuaré mi ocupación sin cumplidos. Toma una silla y siéntate a mi lado.

Obedecí y me acomodé cerca de la mesa. Inconsciente de lo que hacía y totalmente ensimismado en la escena que acababa de desarrollarse, tomé algunos de los dibujos y los contemplé. Uno de los temas me llamó la atención por su singularidad. Representaba el gran salón del castillo de Lindenberg. Una puerta que llevaba a una angosta escalera se hallaba entreabierta. En primer plano aparecía un grupo de figuras en las más grotescas actitudes. El terror se pintaba en todos los semblantes. Aquí, una estaba de rodillas, con la vista levantada al cielo y rezando con gran devoción; allá, otra se arrastraba a gatas. Algunas ocultaban el rostro en la capa o en el regazo de sus compañeros; otras se habían escondido debajo de una mesa en la cual se veían los restos de un festín. Otras, por último, con la boca y los ojos muy abiertos, señalaban a una figura que supuestamente había provocado esa perturbación. Representaba a una mujer de estatura más que humana, envuelta en los hábitos de alguna orden religiosa. Llevaba el rostro velado; de su brazo colgaba un rosario; su vestimenta se hallaba manchada en varias partes con la sangre que manaba de una herida del pecho. En una mano sostenía una lámpara, en la otra un enorme cuchillo y parecía avanzar hacia las puertas de hierro del salón.

-¿Qué significa esto, Inés? -interrogué. ¿Es una creación tuya?

Miró el dibujo.

-¡Oh, no! -repuso. Es una creación de cabezas más sabias que la mía. ¿Pero es posible que hayas vivido tres meses en Lindenberg sin haber oído hablar de la Monja Sangrante?

-Eres la primera que me lo menciona. Por favor, dime quién es esa mujer.

-Eso es más de lo que puedo decirte. Todo mi conocimiento de su historia proviene de una antigua tradición de esta familia, que se transmite de padres a hijos y

a la cual se le da crédito en todos los dominios del barón. Inclusive el barón mismo cree en ella; y en cuanto a mi tía, quien tiene una tendencia natural hacia lo maravilloso, preferiría dudar de la veracidad de la Biblia antes que de la Monja Sangrante. ¿Quieres que te cuente la historia? Respondí que mucho le agradecería que me la relatase; reanudó su dibujo y luego continuó hablando con una parodia de seriedad.

-Resulta sorprendente que nunca se mencione a este notable personaje en las crónicas de tiempos antiguos. De buena gana te hablaría de su vida pero, por desgracia, hasta después de su muerte no se supo que hubiera existido. Entonces, por primera vez consideró necesario provocar algún alboroto en el mundo y con esa intención se atrevió a apoderarse del castillo de Lindenberg. Como tenía buen gusto, estableció su morada en el mejor aposento de la casa y, una vez instalada allí, comenzó a divertirse golpeando las mesas y las sillas en medio de la noche. Tal vez dormía mal, pero nunca pude saberlo con certeza. Según la tradición, ese entretenimiento empezó hace cosa de un siglo. Iba acompañado por chillidos, aullidos, gemidos, maldiciones y muchos otros ruidos agradables de la misma especie. Pero si bien una habitación en especial era honrada con sus apariciones, no se limitaba a ella. De vez en cuando se aventuraba por las antiguas galerías, se paseaba de un extremo a otro de espaciosos salones. O a veces se detenía ante las puertas de los dormitorios y lloraba y emitía alaridos, para terror universal de los habitantes. Durante esas excursiones nocturnas la vieron distintas personas, todas las cuales describen su aspecto tal como lo ves aquí, trazado por la mano de su indigna historiadora.

Lo insólito de la narración atrajo insensiblemente mi atención.

-¿Hablaba alguna vez a quienes la encontraban? -inquirí.

-No. Por cierto que las muestras que ofrecía todas las noches de su talento para la conversación no invitaban al diálogo. A veces, el castillo resonaba con juramentos y execraciones; un momento más tarde retornaba a su padrenuestro. De pronto aullaba las más horribles blasfemias y enseguida entonaba el *De profundis* con tanta puntualidad como si aún estuviese en el coro. En una palabra, parecía un ser muy caprichoso. Pero orase o maldijese, se mostrara impía o devota, siempre se las arreglaba para que sus oyentes se aterrorizaran hasta perder la razón. El castillo se volvió casi inhabitable y su dueño tenía tanto miedo de esas orgías nocturnas, que una mañana lo encontraron muerto en su lecho. Este éxito pareció satisfacer en grande a la monja, pues a partir de entonces hizo más ruido que nunca. Pero el barón siguiente resultó demasiado astuto para ella. Se presentó con un célebre exorcista, que no temió encerrarse durante una noche en la alcoba encantada. Parece que tuvo una dura batalla con el fantasma antes que éste prometiese aplacarse. La monja se mostró obstinada, pero él lo fue más. Y al final consintió en permitir que los habitantes del castillo descansaran como se debe por la noche. Durante algún tiempo, no hubo noticias de ella. Pero cinco años más tarde el exorcista murió, y entonces la monja se atrevió a regresar para echar una mirada. Pero para esa época se había vuelto más tratable y mejor educada. Andaba en silencio y nunca se presentó más de una vez cada cinco años. Si quieres creer al barón, aún continúa con esa costumbre. Está plenamente convencido de que el cinco de mayo, cada cinco años, en cuanto el reloj da la una, se abre la puerta de la alcoba encantada. (Observa que esa habitación está cerrada desde hace un siglo.) Y entonces sale la monja fantasmal, con su lámpara y su daga. Baja por la escalera de la torre oriental y cruza el gran salón. En esa noche el portero siempre deja abiertos los portones del castillo, por respeto a la aparición. Y no porque ello se

considere en modo alguno necesario, pues con gran facilidad podría pasar por el ojo de la cerradura, si así le pluguiera; sólo se hace por cortesía y para impedirle salir en una forma tan indigna de su condición de fantasma.

-¿Y adónde va cuando sale del castillo?

-Al cielo, espero. Pero si lo hace, no cabe duda de que el lugar no resulta de su agrado, pues siempre regresa después de una hora de ausencia. La dama se retira entonces a sus aposentos y no molesta por otros cinco años.

-¿Y tú crees en eso, Inés?

-¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta? ¡No, Alfonso! Tengo demasiadas razones para lamentar la influencia de la superstición, como para ser su víctima a mi vez. Pero no debo confesar mi incredulidad a la baronesa. Ella no tiene la menor duda de la veracidad de la historia. Y en cuanto a la señora Cunegunda, mi gobernanta, afirma que hace quince años vio al espectro con sus propios ojos. Una noche me relató que ella y varios otros servidores se vieron aterrorizados, mientras cenaban, por la aparición de la Monja Sangrante, como se llama al fantasma en el castillo. Gracias a su relato hice este dibujo, y puedes estar seguro de que no omití a Cunegunda. ¡Ahí está! Nunca olvidaré cuán apasionada se mostró y cuán fea estaba cuando me regañaba por haberla hecho tan parecida.

Señaló la figura burlesca de una anciana en actitud de terror.

A despecho de la melancolía que me oprimía, no pude dejar de sonreír ante la juguetona imaginación de Inés. Había reproducido a la perfección a la señora Cunegunda, pero con los defectos tan exagerados y con las facciones tan irresistiblemente cómicas, que me resultó fácil concebir la ira de la dueña.

-¡La figura es admirable, mi querida Inés! No sabía que tuvieras tanto talento para el ridículo.

-Espera un momento -replicó. Te mostraré una figura más ridícula aún que la de Cunegunda. Si quieres, puedes darle el uso que mejor te parezca.

Se puso de pie, se dirigió a un armario que estaba a corta distancia. Abrió con llave un cajón, extrajo una cajita, que abrió a su vez, y me la presentó.

-¿Adviertes el parecido -preguntó, sonriente.

Era ella.

Arrobado por el regalo, besé el retrato con pasión. Me arrojé a sus pies y le declaré mi gratitud en los términos más cálidos y afectuosos. Me escuchó con complacencia y me aseguró que compartía mis sentimientos. De pronto lanzó un grito agudo, se soltó de la mano que la retenía y huyó de la habitación por la puerta que comunicaba con el jardín. Sorprendido ante tan brusca partida, me puse de pie. Confuso, vi a la baronesa cerca de mí, encendida de celos y casi ahogada de cólera. Al recuperarse de su desvanecimiento, había torturado su imaginación para descubrir a su rival desconocida. Nadie parecía merecer sus sospechas, aparte de Inés. Corrió en busca de su sobrina, para reprocharle que alentase mis sentimientos y asegurarse de que sus conjeturas eran fundadas. Por desgracia, ya había visto bastante como para no necesitar otra confirmación. Llegó a la puerta de la habitación en el preciso instante en que Inés me daba su retrato. Me oyó cuando declaraba mi eterno amor a su rival y me vio arrodillarme a sus pies. Avanzó para separarnos; estábamos demasiado abstraídos el uno en el otro para verla acercarse y de nada nos dimos cuenta hasta que Inés advirtió su presencia a mi lado.

Cólera por parte de doña Rodolfa, turbación por la mía, sentimientos que por unos momentos nos mantuvieron en silencio. La dama se recobró primero.

-Entonces mis sospechas eran justas -dijo. La coquetería de mi sobrina ha triunfado y me sacrificas a ella. Pero en un sentido soy afortunada. No seré la única que

lamente una pasión sin esperanzas. ¡También tú sabrás lo que es amar sin recompensa! En cualquier momento espero la orden de devolver Inés a sus padres. En cuanto llegue a España, tomará el velo y levantará una barrera insuperable para la unión de los dos. Puedes ahorrarme tus súplicas - continuó, al ver que estaba a punto de hablar. Mi resolución es fija e inamovible. Tu amante permanecerá encerrada en sus aposentos hasta que cambie este castillo por el convento. Quizá la soledad le devuelva el sentimiento del deber. Pero, para impedirte que te opongas a ese anhelado suceso, debo informarte, don Alfonso, que tu presencia aquí ya no nos resulta grata, ni al barón ni a mí. Tus parientes no te enviaron a Alemania para que le dijeses tonterías a mi sobrina. Tu ocupación era viajar, y lamentaría mucho seguir impidiendo tan excelente tarea. Adiós, señor, recuerda que mañana por la mañana nos veremos por última vez.

Luego de decir eso, me lanzó una mirada de orgullo, desprecio y malicia y salió de la habitación. Me retiré a la mía y pasé la noche planeando los medios de rescatar a Inés del poder de su tiránica tía.

Después de la definitiva afirmación de la dueña de casa, me resultaba imposible continuar permaneciendo en el castillo de Lindenberg. Por lo tanto, al día siguiente anuncié mi partida inmediata. El barón declaró que le producía un sincero dolor y se expresó en mi favor con tanto calor, que me esforcé por conquistarlo para mi causa. Apenas pronuncié el nombre de Inés, me interrumpió en seco y me dijo que le era absolutamente imposible intervenir en el asunto. Vi que era inútil discutir; la baronesa manejaba a su esposo con despótica autoridad y me fue muy fácil advertir que ella lo había prevenido en contra de tal unión. Inés no se presentó. Pedí permiso para despedirme de ella, pero mi súplica fue rechazada. Me vi obligado a partir sin verla.

Al dejarlo, el barón me estrechó la mano con afecto y me aseguró que en cuanto se fuese su sobrina podía considerar su casa como la mía.

-¡Adiós, don Alfonso! -dijo la baronesa y me tendió la mano.

La tomé y me dispuse a llevármela a los labios. Me lo impidió. Su marido se encontraba en el otro extremo de la habitación y no podía escucharnos.

-Cuídate -continuó ella. Mi amor se ha convertido en odio y mi orgullo herido no quedará sin restañarse. ¡Vayas adonde fueres, mi venganza te seguirá!

Acompañó estas palabras con una mirada que bastaba para hacerme temblar. No contesté y me apresuré a abandonar el castillo.

Cuando mi carruaje salía del patio, miré hacia las ventanas de los aposentos de tu hermana; nadie había en ellas. Me recliné, acongojado, en mi coche. No llevaba más criados que un francés, a quien había tomado en Estrasburgo en lugar de Esteban, y mi pequeño paje, a quien ya te mencioné. La fidelidad, inteligencia y buen temperamento de Theodore ya lo habían tornado inapreciable para mí. Pero se disponía a hacerme un favor que me hizo considerarlo mi genio tutelar. Apenas habíamos recorrido un poco menos de un kilómetro desde el castillo, cuando se acercó en su caballo hasta la portezuela del vehículo.

-Valor, señor -dijo en español, que ya había aprendido a hablar con fluidez y corrección. Mientras usted estaba con el barón, aceché el momento en que la señora Cunegunda se encontraba abajo y subí a la habitación que se halla sobre la de doña Inés. Canté tan alto como pude una melodía alemana, bien conocida por ella, con la esperanza de que recordase mi voz. No me desilusionó, pues muy pronto oí que se abría su ventana. Me apresuré a bajar un cordel del que me había provisto. Al escuchar que la ventana volvía a

cerrarse, subí la cuerda y atado a ella hallé este trozo de papel.

"Ocúltate durante la próxima quincena en alguna aldea vecina. Mi tía creerá que saliste de Lindenberg y yo recuperaré mi libertad. Estaré en el pabellón del oeste a las doce de la noche del día trece. No dejes de acudir y entonces tendremos ocasión de concertar nuestros planes futuros. Adiós.

Inés"

Al recorrer estas líneas con la mirada mi éxtasis superó todos los límites y no retaceé las expresiones de gratitud que derramé sobre Theodore. En rigor, su vivacidad y disposición merecían mis más calurosos elogios. Puedes creerme que no le había confiado mi pasión por Inés, pero el astuto joven poseía demasiado discernimiento para no descubrir mi secreto y demasiada discreción para no ocultar su conocimiento de él. Observó en silencio lo que ocurría y no se esforzó por convertirse en intermediario hasta que mis intereses necesitaron de su auxilio.

Admiraba por igual su juicio, su penetración, su destreza y su fidelidad. No era ésa la primera ocasión en que lo encontraba de infinita utilidad y cada día que pasaba me convencía más de su lucidez y capacidad. Durante mi corta estada en Estrasburgo se había dedicado con diligencia a aprender los rudimentos del español. Siguió estudiándolo, y con tanto éxito, que lo hablaba con la misma facilidad que su idioma natal. La mayor parte de su tiempo se la pasaba leyendo. Había adquirido mucha información para su edad y unía las ventajas de un rostro vivaz y una figura agradable a una excelente comprensión y al mejor de los corazones. Ahora tiene quince años. Aún sigue a mi servicio y cuando lo veas estoy seguro de que te agradará. Pero perdóname la digresión; vuelvo al tema que abandoné.

Obedecí las instrucciones de Inés. Viajé a Munich. Allí dejé mi carruaje al cuidado de Lucas, mi criado francés, y regresé a caballo a una aldehuela situada a unos seis kilómetros del castillo de Lindenberg. Al llegar allí le relaté al dueño de la posada una historia que le impidió asombrarse por el hecho de que me alojara por tanto tiempo en su casa. Por fortuna, el anciano era crédulo y nada curioso. Creyó todo lo que le dije y no trató de averiguar nada más que lo que consideré oportuno decirle. Sólo me acompañaba Theodore; ambos íbamos disfrazados y, como nos manteníamos juntos, nadie sospechaba que fuéramos otra cosa que lo que parecíamos ser. De esa manera transcurrieron los quince días. Durante ese lapso tuve la agradable comprobación de que Inés se encontraba una vez más en libertad. Pasó por la aldea con la señora Cunegunda; parecía estar en buena salud y buen ánimo y hablaba con su compañera sin apariencias de coerción.

-¿Quiénes son esas damas? -pregunté a mi posadero cuando pasó el carruaje.

-La sobrina del barón Lindenberg con su gobernanta -respondió. Va con regularidad, todos los viernes, al convento de Santa Catalina, en el cual se crió, que se encuentra a un kilómetro y medio de aquí.

Puedes estar seguro de que esperé con impaciencia la llegada del viernes siguiente. Volví a ver a mi encantadora amada. Me observó mientras pasaba ante la puerta de la posada. Un sonrojo que le cubrió las mejillas me dijo que, a pesar de mi disfraz, me había reconocido. Hice una profunda reverencia. Retribuyó el cumplido con una leve inclinación de la cabeza, como si estuviera dirigida a un inferior, y miró hacia otro lado hasta que el carruaje desapareció de la vista.

Llegó la noche tan esperada y deseada. Estaba calma y había luna llena. En cuanto el reloj dio las once me dirigí deprisa al lugar de la cita, decidido a no llegar tarde.

Theodore había conseguido una escala; subí sin dificultades a la pared del jardín. El paje me siguió e izó la escala detrás de nosotros. Me aposté en el pabellón del oeste y esperé con impaciencia la llegada de Inés. Me parecía que todas las brisas que susurraban, todas las hojas que caían, eran sus pasos y me apresuraba a salirle al encuentro. Así me vi obligado a pasar toda una hora, cada instante de la cual me pareció un siglo. Por fin, la campana del castillo dio las doce, y casi no pude creer que la noche no estuviera más avanzada. Pasó otro cuarto de hora y escuché los leves pasos de mi amada, que se acercaba con precaución al pabellón. Corrí a recibirla y la conduje a un asiento. Me arrojé a sus pies y le expresaba mi júbilo por el hecho de verla, cuando me interrumpió así:

-No tenemos tiempo que perder, Alfonso. Los momentos son preciosos, porque aunque ya no soy prisionera, Cunegunda vigila cada uno de mis pasos. Llegó un mensaje de mi padre; debo partir inmediatamente hacia Madrid y con grandes dificultades obtuve una postergación de una semana. La superstición de mis padres, respaldada por las manifestaciones de mi cruel tía, no me dejan esperanzas de ablandarlos e inducirlos a la compasión. En este dilema, decidí confiarme a tu honor. ¡Dios quiera que nunca me des motivos para arrepentirme de mi resolución! La huida es el único recurso que me queda, como alternativa de los horrores de un convento, y mi imprudencia tiene la excusa de lo inminente del peligro. Y ahora escucha el plan gracias al cual abrigo la esperanza de concretar mi fuga.

“Hoy es treinta de abril. Dentro de cinco días se espera la aparición de la monja fantasma. En mi última visita al convento me procuré un vestido apropiado para el personaje. Una amiga a quien dejé allí y a quien no tuve escrúpulos en confiar mi secreto consintió de buena gana en proporcionarme hábitos religiosos. Consíguete un carruaje y espérame a corta distancia de los grandes portones del

castillo. En cuanto el reloj dé la una, saldré de mi alcoba, vestida con las mismas ropas que se supone usa el fantasma. Quien tropiece conmigo se sentirá espantado para oponerse a mi huida; llegaré con facilidad a la puerta y me pondré bajo tu protección. Hasta tal punto, el éxito es seguro. ¡Pero, Alfonso, si me engañaras! ¡Si despreciases mi imprudencia y la retribuyeras con ingratitud, el mundo no conocería a un ser más desdichado que yo! Siento todos los peligros a que me veré expuesta. Siento que te otorgo el derecho a tratarme con liviandad, ¡pero confío en tu amor, en tu honor! El paso que estoy a punto de dar enemistará a mis parientes conmigo. Si me abandonas, si traicionas la fe depositada en ti, no tendré amigos que castiguen tu insulto y defiendan mi causa. Sólo en ti reposan todas mis esperanzas, ¡y si tu corazón no arguye en mi favor, estoy perdida para siempre!"

El tono con que pronunció estas palabras fue tan conmovedor que, a pesar de la alegría con que recibí su promesa de seguirme, no pude dejar de sentirme perturbado. También me lamenté en secreto por no haber adoptado la precaución de conseguir un carruaje en la aldea, en cuyo caso me habría llevado a Inés esa misma noche. Tal intento era ahora impracticable. No se podía conseguir coche ni caballos más acá de Munich, que distaba de Lindenberg dos largos días de viaje. Por lo tanto debía aceptar su plan que, en verdad, parecía bien urdido. Su disfraz impediría que la detuviesen cuando saliera del castillo y le permitiría subir al carruaje en los portones, sin dificultades ni pérdidas de tiempo.

Inés reclinó la cabeza, apesadumbrada, sobre mi hombro y a la luz de la luna vi que las lágrimas le corrían por las mejillas. Hice lo posible por disipar su melancolía y la incité a pensar en las cercanas perspectivas de felicidad. Declaré, en los términos más solemnes, que su virtud e inocencia estarían a salvo bajo mi protección y que, hasta

que la iglesia la conviniese en mi esposa legítima, su honor me sería tan sagrado como el de una hermana. Le dije que mi primera preocupación sería encontrarte a ti, Lorenzo, y pedirte que aceptaras nuestra unión. E iba a continuar hablando con palabras del mismo tenor cuando me alarmó un ruido. De pronto se abrió la puerta del pabellón y Cunegunda se presentó ante nosotros. Había oído a Inés deslizarse fuera de sus aposentos, la siguió hasta el jardín y la vio entrar en el pabellón. A favor de los árboles que lo sombreaban y sin ser vista por Theodore, quien esperaba a cierta distancia, se acercó en silencio y escuchó toda nuestra conversación.

-¡Admirable! -exclamó Cunegunda con voz estridente de pasión, en tanto que Inés lanzaba un fuerte grito. ¡Por Santa Bárbara, chiquilla, tienes una excelente inventiva! ¿De veras debes personificar a la Monja Sangrante? ¡Qué impiedad! ¡Qué incredulidad! ¡Caramba, tengo muchos deseos de dejarte seguir con tu plan! ¡Cuándo el verdadero fantasma se encontrase contigo, te aseguro que te verías en una bonita situación! Don Alfonso, debería avergonzarse de seducir a una criatura joven e ignorante, de convencerla de que deje a su familia y amigos. Pero, al menos por esta vez, desbarataré sus malvados designios. Se informará a la noble señora de todo el asunto e Inés postergará su disfraz de espectro hasta mejor oportunidad. Adiós, señor. Doña Inés, concédame el honor de conducir al fantasma de vuelta a sus aposentos.

Se acercó al sofá en que se encontraba sentada su temblorosa pupila, la tomó de la mano y se dispuso a sacarla del pabellón.

La detuve y me esforcé, con ruegos, halagos, promesas y adulaciones, en ganarla para mi causa. Pero como vi que todo lo que decía de nada servía, abandoné el vano intento.

-Tu obstinación tendrá su propio castigo -le dije-, pero queda un recurso para salvarnos a Inés y a mí y no vacilaré en emplearlo.

Aterrada ante esta amenaza, nuevamente trató de salir del pabellón, pero yo la tomé de la muñeca y la detuve por la fuerza. En el mismo momento, Theodore, quien la había seguido al pabellón, entró, cerró la puerta y le impidió escapar.

Tomé el velo de Inés, lo envolví en torno de la cabeza de la dueña, quien lanzó gritos tan agudos que, a pesar de la distancia a que nos encontrábamos del castillo, temí que los oyeran desde allí. Al cabo conseguí amordazarla tan por completo, que no pudo emitir un solo sonido más. Después. Theodore y yo, con ciertas dificultades, nos las compusimos para maniatarla con nuestros pañuelos y le aconsejé a Inés que volviera a su alcoba lo antes posible. Le prometí que Cunegunda no sufriría daños le pedí que recordase que el cinco de mayo la esperaría ante los grandes portones del castillo y recibí de ella una afectuosa despedida. Temblorosa e inquieta, apenas tuvo fuerzas para expresar su consentimiento a mis planes y corrió a sus habitaciones, confusa y aturdida.

Entretanto Theodore me ayudó a llevarnos nuestra anticuada recompensa. La izamos sobre la pared, la coloqué delante de mí, en el caballo, como un fardo, y galopé, alejándome con ella del castillo de Lindenberg. Jamás en su vida hizo la infortunada dueña un viaje más desagradable. Se sacudió y saltó hasta quedar convertida en poco más que una momia animada; eso, para no hablar de su miedo cuando vadeamos un riacho, a través del cual era necesario pasar para volver a la aldea. Antes de llegar a la posada, ya había decidido cómo desprenderme de la molesta Cunegunda. Entramos en la calle en que se hallaba la posada y mientras el paje golpeaba, esperé a cierta distancia. El posadero abrió la puerta con una lámpara en la mano.

-Dame la luz -dijo Theodore. Mi amo ya llega.

Le arrebató la lámpara deprisa y adrede la dejó caer. El posadero se retiró a la cocina para volver a encenderla y dejó la puerta abierta. Aproveché la oscuridad, salté del caballo con Cunegunda en brazos, me precipité escaleras arriba, llegué a mi dormitorio sin ser visto, abrí la puerta de un espacioso armario, la metí adentro y volví a echar llave. Poco después aparecieron el casero y Theodore con luces. El primero se manifestó sorprendido por el hecho de que hubiese regresado tan tarde, pero no hizo preguntas impertinentes. Pronto salió de la habitación y me dejó alborozado por el éxito de mi empresa.

Enseguida hice una visita a mi prisionera. Traté de convencerla de que se sometiese con paciencia a su encierro temporario. Mi intento no tuvo éxito. Incapaz de hablar o moverse, expresó su furia con sus miradas; y salvo durante las comidas, nunca me atreví a desatarla o a quitarle la mordaza. En esas ocasiones, permanecía junto a ella con una espada desenvainada y le decía que si profería un solo grito se la clavada en el pecho. En cuanto terminaba de comer, volvía a poner la mordaza en su lugar. Por mi parte, tenía conciencia de que ese procedimiento era cruel y que sólo podía justificarlo la urgencia de las circunstancias. En cuanto a Theodore, no tenía escrúpulos al respecto. El cautiverio de Cunegunda lo divertía sobremanera. Durante su permanencia en el castillo se desarrolló una continua guerrilla entre él y la dueña, y ahora que encontraba a su enemiga tan absolutamente en su poder, se imponía sin piedad. Parecía no pensar en otra cosa que en la búsqueda de nuevos medios de acosarla. A veces fingía apiadarse de su desgracia; luego se reía de ella, la injuriaba y la remedaba. Le hacía mil jugarretas, cada una más irritante que la anterior y se regocijaba diciéndole que su desaparición debía de haber causado mucha sorpresa en el castillo. Y en rigor así era. Nadie, salvo Inés, podía imaginar qué había sido de la señora

Cunegunda. Todos los recovecos y rincones se registraron en su búsqueda; se rastrearon los estanques y se escudriñaron los bosques. Pero no aparecía ninguna señora Cunegunda. Inés guardó el secreto, y yo a la dueña. Por lo tanto, la baronesa ignoraba por completo la suerte de la anciana, pero sospechaba que había muerto suicidándose. Así pasaron cinco días, durante los cuales preparé todo lo necesario para mi empresa. Al separarme de Inés, me ocupé ante todo de despachar a un campesino con una carta a Lucas, en Munich, ordenándole que tomara las medidas para que un coche con cuatro caballos llegase a la diez de la noche del cinco de mayo a la aldea de Rosenwald. Obedeció mis instrucciones con puntualidad; el vehículo llegó a la hora señalada. A medida que se acercaba el momento de la fuga de su señora, la furia de Cunegunda iba en aumento. En verdad creo que el rencor y la pasión la habrían matado, si no hubiese descubierto su afición por el aguardiente de cerezas. La abastecí en abundancia de ese licor favorito y con Theodore siempre cerca para vigilarla, de vez en cuando le quitábamos la mordaza. El licor pareció producir un maravilloso efecto al suavizar la acritud de su carácter; y como su encierro no admitía otras diversiones, se embriagaba con regularidad, una vez por día, nada más que por pasar el rato.

¡Llegó el cinco de mayo, fecha que nunca olvidaré! Antes de que el reloj diese las doce, me dirigí al lugar de la acción. Theodore me siguió a caballo. Oculté el carruaje en una espaciosa caverna de la colina en cuya cresta se erguía el castillo. Dicha caverna tenía considerable profundidad y entre los campesinos se la conocía con el nombre de Hoyo de Lindenberg. La noche estaba calma y hermosa; los rayos de la luna caían sobre las antiguas torres del castillo y derramaban sobre ellas una luz argentada. Todo estaba en silencio a mi alrededor; nada se oía, salvo la brisa nocturna que suspiraba entre las hojas, el ladrido distante de los

perros de la aldea o el mochuelo que se había instalado en un rincón de la abandonada torre del este. Oí su melancólico grito y miré hacia arriba. Se encontraba posado en el borde de una ventana, que reconocí como perteneciente a la habitación hechizada. Ello me recordó la historia de la Monja Sangrante, y suspiré mientras pensaba en la influencia de la superstición y la debilidad de la razón humana. De pronto oí que un lejano coro interrumpía el silencio de la noche.

-¿Cuál puede ser la causa de ese rumor, Theodore?

-Un forastero distinguido -respondió- pasó hoy por la aldea, camino del castillo. Se dice que es el padre de doña Inés. Sin duda, el barón ofrece un agasajo para celebrar su llegada.

La campana del castillo anunció la medianoche. Esa era la señal habitual para que la familia se retirase a descansar. Poco después vi luces en el castillo, que iban de un lado a otro, en distintas direcciones. Conjeturé que las personas reunidas se separaban. Pude oír el chirrido de las pesadas puertas cuando se abrían con dificultad y, cuando se volvieron a cerrar, las tablas podridas crujieron en sus marcos. La habitación de Inés se encontraba al otro lado del castillo. Temí que no hubiese conseguido la llave del cuarto encantado. Tenía que pasar por él para llegar a la angosta escalera por la cual se suponía que el fantasma descendía al gran salón. Agitado por este temor, mantuve la vista clavada en la ventana, donde esperaba ver el amistoso resplandor de una lámpara transportada por Inés. En ese momento escuché que se quitaban las trancas de los macizos portones. Por la vela que llevaba en la mano, distinguí a Conrad, el anciano portero. Dejó los portales abiertos de par en par y se retiró. Las luces del castillo desaparecieron poco a poco y por último todo el edificio quedó envuelto en la oscuridad.

Mientras permanecía sentado en una saliente de la colina, la quietud del paisaje me inspiró ideas melancólicas,

no del todo desagradables. El castillo, que tenía por entero a la vista, constituía un objeto a la vez horrible y pintoresco. Sus sólidas murallas, teñidas por la luna con solemne brillo, sus viejas torres, en parte ruinosas, que se elevaban hacia las nubes y que parecían mirar, ceñudas, las llanuras que las rodeaban, sus elevadas almenas recubiertas de hiedra, y los portones, abiertos en honor de la visionaria habitante, me colmaron de un triste y reverente horror. Pero estas sensaciones no me ocuparon tan por completo como para impedirme percibir con impaciencia el lento avance del tiempo. Me acerqué al castillo y me aventuré a caminar en su derredor. Unos pocos rayos de luz parpadeaban aún en la habitación de Inés. Los observé con alegría. Todavía los contemplaba cuando vi que una figura se acercaba a la ventana y que la cortina se corría con cuidado para ocultar la lámpara que allí ardía. Convencido por esta observación de que Inés no había abandonado nuestro plan, volví con el corazón aliviado a mi anterior ubicación.

¡Dio la media hora! ¡Los tres cuartos! El pecho me palpitaba de esperanza y expectativa. Al cabo escuché el sonido esperado. La campana dio la una y la mansión resonó con los ecos del ruido intenso y solemne. Levanté la vista hacia la ventana de la alcoba encantada. Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando se vio la luz esperada. Ahora me hallaba cerca de la torre. La ventana no estaba muy lejos del suelo, pero me pareció ver una figura femenina, con una lámpara en la mano, que avanzaba lentamente por los aposentos. La luz se disipó muy pronto y todo volvió a ser oscuro y lúgubre.

De vez en cuando se veía un resplandor en las ventanas de la escalera, cuando el hechizado fantasma pasaba ante ellas. Seguí el rumbo de la luz a través del salón; llegó al portal y por fin vi a Inés que pasaba por las puertas abiertas. Llevaba la misma vestimenta que había descripto en el espectro. Del brazo le colgaba un rosario; tenía la cabeza

envuelta en un largo velo blanco; el hábito religioso estaba manchado de sangre y había cuidado de proveerse de lámpara y daga. Avanzó hacia el punto en que yo me encontraba. Corrí a su encuentro y la apreté entre mis brazos.

-¡Inés! -exclamé, mientras la estrechaba contra mi pecho.

¡Inés, Inés, eres mía!
¡Inés, Inés, soy tuyo!
¡Por mis venas, mientras fluya la sangre,
Eres mía ¡
¡Y yo soy tuyo!
¡Tuyo mi cuerpo, tuya mi alma!

Aterrada y sin aliento, no pudo hablar. Dejó caer la lámpara y la daga y se desplomó en silencio contra mi pecho. La levanté en mis brazos y la llevé al carruaje. Theodore se quedó para poner en libertad a la señora Cunegunda. También le confié una carta a la baronesa, en la cual explicaba todo el asunto y solicitaba sus buenos oficios para hacer que don Gastón aceptara mi unión con su hija. Le descubría mi verdadero nombre. Le demostraba que mi cuna y expectativas justificaban que pretendiese a su sobrina y le aseguraba que, si bien no me era posible corresponder a su amor, me esforzaría sin descanso por obtener su estima y amistad.

Me introduje eh el carruaje, donde Inés ya se hallaba sentada. Theodore cerró la puerta y los postillones pusieron en marcha el vehículo. Al principio me encantó la rapidez de nuestra marcha, pero en cuanto ya no corrimos peligro de ser perseguidos, llamé a los conductores y les pedí que moderasen el ritmo. En vano intentaron obedecerme; los caballos no respondían a las riendas y continuaban corriendo con sorprendente rapidez. Los postillones

redoblaron sus esfuerzos para detenerlos, pero por medio de patadas y corcovos los animales se libraron muy pronto de ese freno. Con un agudo grito, los conductores fueron arrojados a tierra. En ese momento gruesas nubes oscurecieron el cielo; los vientos aullaban en nuestro derredor, los relámpagos estallaban y los truenos lanzaban tremendos rugidos. ¡Nunca había visto una tempestad tan aterradora! Asustados por el estruendo de los elementos en pugna, los caballos parecían acelerar su velocidad a cada momento. Nada podía interrumpir su carrera; arrastraban el carruaje a través de setos y zanjas, se desplomaban en los precipicios más peligrosos y parecían competir en celeridad con la rapidez de los vientos.

Mientras tanto, mi compañera yacía inmóvil en mis brazos. Verdaderamente alarmado por la magnitud del peligro, en vano me esforzaba por volverla en sí, cuando un fuerte estrépito anunció que se había puesto fin a nuestra marcha y de la manera más desagradable. El carruaje quedó destrozado. Al caer, me golpeé la sien contra una roca. El dolor de la herida, la violencia del choque y mi temor por la seguridad de Inés se combinaron para abrumarme tan por completo que los sentidos me abandonaron y quedé inanimado en el suelo.

Es probable que haya permanecido durante algún tiempo en esa situación, porque cuando abrí los ojos era pleno día. Varios campesinos se encontraban de pie a mi alrededor y parecían discutir si mi recuperación era posible. Hablo el alemán pasablemente bien. En cuanto pude articular un sonido, pregunté por Inés. ¡Cuál sería mi sorpresa y amargura cuando los campesinos me aseguraron que no habían visto a nadie que respondiera a la descripción que di de ella! Me dijeron que al dirigirse a sus labores cotidianas los alarmó ver los fragmentos de mi carruaje y escuchar los gemidos de un caballo, el único de los cuatro que quedaba con vida; los otros tres yacían muertos a mi

lado. Nadie estaba cerca de mí cuando llegaron y se perdió mucho tiempo antes de que consiguieran reanimarme. Inquieto a más no poder por la suerte corrida por mi compañera, imploré a los campesinos que se dispersaran para buscarla. Describí su vestimenta y prometí inmensas recompensas a quien me trajese alguna noticia. En cuanto a mí, me resultaba imposible incorporarme a la búsqueda. En la caída me había roto dos costillas; el brazo, dislocado, me colgaba, inútil, al costado, y tenía la pierna izquierda con una fractura tan terrible que pensé que jamás podría volver a usarla.

Los campesinos cumplieron con mi pedido; partieron todos, menos cuatro, que hicieron unas angarillas con ramas y se dispusieron a llevarme a la población vecina. Pregunté su nombre; resultó ser Ratisbona y casi no pude convencerme de que hubiese recorrido tanta distancia en una sola noche. Declaré a los lugareños que a la una de la madrugada había pasado por la aldea de Rosenwald. Sacudieron la cabeza, dubitativamente, y por señas se indicaron unos a otros que debía de estar delirando. Me llevaron a una posada respetable y me acostaron enseguida. Mandaron a buscar a un médico, quien me redujo con éxito la dislocación del brazo; luego me examinó las demás heridas y me dijo que no debía abrigar aprensión alguna en cuanto a las consecuencias de ellas, pero me ordenó inmovilidad y me pidió que me preparase para una cura fastidiosa y dolorosa. Le respondí que si quería mantenerme inmóvil debía ocuparse primero de obtener alguna noticia sobre la dama que había salido de Rosenwald la noche anterior en mi compañía y que se encontraba conmigo en el momento en que el coche se destrozó. Sonrió y sólo respondió aconsejándome que me quedara tranquilo, pues se me consagrarían todos los cuidados adecuados. Cuando salía, la posadera se le reunió en la puerta de la habitación.

-El caballero no está por completo en sus cabales - escuché que él le decía en voz baja. Es la consecuencia natural de su caída, pero eso pasará pronto.

Uno tras otro, los campesinos volvieron a la posada y me informaron que no se habían descubierto rastros de mi infortunada amada. La inquietud se convirtió entonces en desesperación. Los insté, en los términos más apremiantes, a que reanudaran su búsqueda, y dupliqué las promesas que ya les había hecho. Mis modales enloquecidos y frenéticos confirmaron a los presentes en la idea de que deliraba. Como no aparecían señales de la dama, creyeron que se trataba de una criatura fabricada por mi cerebro calenturiento y no prestaron atención a mis súplicas. Pero la posadera me aseguró que se llevaría a cabo una nueva búsqueda. Más tarde, sin embargo, descubrí que sólo me había hecho la promesa para tranquilizarme. No se dieron nuevos pasos en ese sentido.

Aunque mi equipaje había quedado en Munich, al cuidado de mi criado francés, mi bolsa estaba bien provista, ya que me había preparado para un largo viaje. Además, mi carruaje demostraba que era persona de distinción, y por lo tanto se me prestaron todas las atenciones posibles en la posada. Transcurrió el día sin noticias de Inés. La ansiedad del temor dejó paso al desaliento. Dejé de desvariar respecto de ella y me hundí en la profundidad de melancólicas reflexiones. Al verme silencioso y tranquilo, quienes me cuidaban pensaron que el delirio se atenuaba y que la enfermedad seguía un curso favorable. De acuerdo con la orden del médico, tragué una medicina tonificante y en cuanto llegó la noche mis acompañantes se retiraron, para dejarme descansar.

En vano traté de atraer ese reposo. La agitación de mi pecho ahuyentaba el sueño. Con el espíritu inquieto, a pesar de la fatiga del cuerpo, continué revolcándome de un lado a otro, hasta que el reloj de un campanario vecino dio la una.

Mientras escuchaba el plañidero y hueco sonido y lo oía alejarse con el viento, sentí que un repentino escalofrío me recorría todo el cuerpo. Me estremecí sin saber por qué; un sudor frío me bañó la frente y el cabello se me erizó de alarma. De pronto oí pasos lentos y pesados que subían por la escalera. Con un movimiento involuntario, me incorporé en la cama y descorrí la cortina. Una única vela de cebo, encendida sobre el hogar, arrojaba un vago resplandor en la habitación, que tenía colgaduras de tapicería. La puerta se abrió con violencia. Entró una figura y se acercó a mi lecho con pasos solemnes y medidos. Con tembloroso sobresalto, examiné a ese visitante de medianoche. ¡Dios todopoderoso! ¡Era la Monja Sangrante! ¡Esa era mi compañera perdida! Todavía llevaba el rostro velado, pero ya no tenía la lámpara ni la daga. Se levantó el velo con lentitud. ¡Qué visión se presentó ante mis ojos atónitos! Veía ante mí un cadáver animado. Su semblante era largo y macilento; sus mejillas y labios, exangües; la palidez de la muerte le cubría las facciones y las órbitas de los ojos, clavados en mí con fijeza, eran huecas y sin brillo.

Contemplé al espectro con horror demasiado grande para ser descripto. La sangre se me heló, en las venas. Habría pedido ayuda, pero el sonido se apagó antes de salir de mis labios. Tenía los nervios paralizados de impotencia y permanecí en la misma actitud, inmóvil como una estatua.

La monja espectral me contempló en silencio durante unos instantes; en su mirada había algo que me petrificaba. Por último, en voz baja, sepulcral, pronunció las siguientes palabras:

¡Raimundo, Raimundo, eres mío!
¡Raimundo, Raimundo, soy tuya!
Mientras corra la sangre por tus venas,
¡Soy tuya!
¡Eres mío!

¡Mío tu cuerpo, mía tu alma!

Con la respiración entrecortada por el temor, la escuché repetir mis propias expresiones. La aparición se sentó frente a mí, a los pies de la cama, y guardó silencio. Tenía los ojos fijos en mí; parecían dotados de la propiedad que singulariza a los de una víbora de cascabel, pues en vano luché por desviar la mirada. Mis ojos estaban fascinados y carecía del poder de retirarlos de los del espectro.

En esa actitud siguió durante una larga hora, sin hablar ni moverse; tampoco yo pude hacer ni una ni otra cosa. Al cabo el reloj dio las dos. La aparición se puso de pie y se acercó al costado de la cama. Me tomó con dedos helados la mano que reposaba, inerte, sobre el cobertor, y apretando sus fríos labios contra los míos volvió a repetir:

¡Raimundo, Raimundo, eres mío!
¡Raimundo, Raimundo, soy tuya!, etcétera.

Después me soltó la mano, salió del cuarto con pasos lentos y la puerta se cerró tras ella. Hasta ese momento las facultades de mi cuerpo habían quedado en suspenso; sólo las de mi mente se hallaban despiertas. El hechizo cesó de actuar; la sangre, congelada en mis venas, se precipitó con violencia hacia mi corazón; lancé un profundo gemido y caí, inerte, sobre la almohada.

La habitación contigua sólo estaba separada de la mía por un delgado tabique. La ocupaban el posadero y su esposa. El primero despertó al escuchar mi gemido y corrió a mi cuarto; la mujer lo siguió muy pronto. Con algunas dificultades, consiguieron que recuperara los sentidos y enseguida enviaron a buscar al médico, quien llegó con toda diligencia. Declaró que mi fiebre había aumentado mucho y que, si continuaba sufriendo tan violenta agitación, no se comprometía a garantizar mi vida. Algunas medicinas que

me dio me tranquilizaron hasta cierto punto el espíritu. Hacia el alba caí en una especie de sopor, pero horrendos sueños me impidieron obtener algún provecho del reposo. Inés y la Monja Sangrante se presentaban alternativamente ante mi fantasía y se combinaban para acosarme y atormentarme. Desperté fatigado y sin haberme recuperado. Mi fiebre parecía haber aumentado en lugar de disminuir. La agitación del alma impedía que mis huesos fracturados se soldaran. Tuve frecuentes desvanecimientos y durante todo el día el médico consideró conveniente no dejarme solo dos horas seguidas.

La singularidad de mi aventura me decidió a ocultarla de todos, pues no podía esperar que se diese crédito a una circunstancia tan extraordinaria. Me sentía muy inquieto por Inés. No sabía qué habría pensado al no encontrarme en el lugar de la cita y temía que abrigara sospechas sobre mi fidelidad. Pero dependía de la discreción de Theodore y confiaba en que mi carta a la baronesa la convenciera de la rectitud de mis intenciones. Estas consideraciones aligeraron un tanto mi inquietud acerca de ella; pero la impresión que me había dejado mi visitante nocturna crecía a cada instante. La noche se acercaba; temía su llegada, pero hice lo posible por convencerme de que el fantasma no volvería a aparecer y, de cualquier manera, pedí que un criado permaneciera sentado en mi cuarto.

La fatiga de mi cuerpo, por no haber dormido la noche anterior, más el efecto de las fuertes drogas que se me habían administrado en profusión, me procuraron al final el reposo que tanto necesitaba. Me hundí en un sueño profundo y tranquilo, y ya hacía varias horas que dormía cuando el reloj cercano me despertó al dar la una. Su repique me trajo a la memoria todos los horrores de la noche anterior. Se apoderó de mí el mismo escalofrío. Me incorporé en la cama y vi al criado dormido profundamente en la butaca, cerca de mí. Lo llamé por su nombre; no

respondió. Lo sacudí con fuerza del brazo e hice inútiles intentos por despertarlo. Se mostró insensible a mis esfuerzos. Entonces oí los pesados pasos que subían por la escalera; la puerta se abrió y una vez más la Monja Sangrante se detuvo ante mí. Nuevamente mis miembros quedaron encadenados por renovada torpeza; una vez más escuché, repetidas, las palabras fatales:

¡Raimundo, Raimundo, eres mío!
¡Raimundo, Raimundo, soy tuya!, etcétera.

Se representó de nuevo la escena que tanto me había conmovido la noche anterior. El espectro volvió a oprimir sus labios contra los míos, me tocó de nuevo con sus dedos podridos y, como en su primera aparición, salió de la alcoba en cuanto el reloj dio las dos.

Eso se repitió todas las noches. Lejos de acostumbrarme al fantasma, cada una de las sucesivas visitas me inspiraba un horror mayor. La imagen de ella me perseguía continuamente y fui víctima de constante melancolía. Como es natural, la continua agitación de mi espíritu retrasó el restablecimiento de mi salud. Pasaron varios meses antes de que pudiese abandonar el lecho. Y cuando por fin me trasladaron a un sofá estaba tan débil, tan desanimado y enflaquecido, que no podía cruzar el cuarto sin ayuda. Las miradas de mis acompañantes denotaban con claridad las pocas esperanzas que tenían en cuanto a mi recuperación. La profunda tristeza que me oprimía sin tregua hizo que el médico me considerase un hipocondríaco. Oculté en lo hondo de mi pecho la causa de mi congoja, pues sabía que nadie podía aliviarme de ella. El fantasma ni siquiera era visible para ojos que no fuesen los míos. A menudo había hecho que los servidores se quedasen a hacerme compañía, pero en cuanto el reloj daba la una se

apoderaba de ellos un sueño irresistible, que no los abandonaba hasta la partida del fantasma.

Te sorprenderá que durante ese tiempo no hiciera averiguaciones acerca de tu hermana. Theodore, quien con dificultad había descubierto donde me alojaba, aquietó mis aprensiones sobre su seguridad. Al mismo tiempo me convenció de que todos los intentos de liberarla de su cautiverio serían infructuosos hasta que estuviera en condiciones de regresar a España. Los detalles de su aventura, que ahora te relataré, me fueron comunicados en parte por Theodore y en parte por la propia Inés.

En la noche fatal en que debía tener lugar su fuga, un accidente no le permitió salir de su alcoba a la hora convenida. Al cabo se aventuró a entrar en la habitación hechizada, descendió por la escalera que llevaba al salón, encontró los portones abiertos, como esperaba, y salió del castillo sin ser vista. ¡Cuál no sería su sorpresa al no encontrarme preparado para recibirla! Examinó la caverna, recorrió todas las veredas del bosque vecino y pasó dos horas completas en una búsqueda inútil. No pudo descubrir rastros míos, ni del carruaje. Alarmada y desilusionada, su único recurso era volver al castillo antes de que la baronesa la echase de menos. Pero entonces se encontró presa de una nueva turbación. La campana ya había dado las dos, la hora fantasmal había transcurrido y el cuidadoso portero había cerrado los portones. Después de muchas indecisiones, se arriesgó a golpear con suavidad. Por fortuna para ella, Conrad estaba aún despierto; escuchó el ruido y se levantó, refunfuñando cuando se lo llamó por segunda vez. En cuanto abrió una de las puertas y vio a la supuesta aparición que esperaba allí a que se la dejase entrar, lanzó un fuerte grito y cayó de rodillas. Inés aprovechó su terror; se deslizó junto a él, corrió a sus habitaciones, y luego de sacarse su disfraz de espectro se metió en la cama, esforzándose inútilmente por explicarse mi desaparición.

Entretanto, Theodore, quien había visto partir el carruaje con la falsa Inés, volvió jubiloso a la aldea. A la mañana siguiente sacó a Cunegunda de su encierro y la acompañó al castillo. Allí encontró al barón, su esposa y don Gastón, discutiendo acerca del relato del portero. Todos ellos coincidieron en creer en la existencia de espectros, pero el último declaró que el hecho de que un fantasma golpease para que lo dejaran entrar era un procedimiento hasta entonces desconocido, y en todo sentido incompatible con la naturaleza inmaterial de los espíritus. Todavía discutían respecto del tema cuando el paje apareció con Cunegunda y aclaró el misterio. Al escuchar su testimonio, se admitió por unanimidad que la Inés a quien Theodore había visto entrar en el carruaje tenía que ser la Monja Sangrante, y que el fantasma que había aterrorizado a Conrad no era otro que la hija de don Gastón.

Pasada la primera sorpresa que ocasionó este descubrimiento, la baronesa decidió utilizarlo para convencer a su sobrina de que profesara. Como temía que un futuro tan ventajoso para su hija indujera a don Gastón a renunciar a su resolución, ocultó mi carta y continuó presentándome como un aventurero desconocido y pobre. Una vanidad infantil me había llevado a ocultar mi verdadero nombre, inclusive a mi amada. Quería que me amase por mí mismo, no por ser el hijo y heredero del marqués de las Cisternas. La consecuencia de ello fue que nadie conocía mi rango en el castillo, salvo la baronesa, y ésta se ocupó de guardarse el conocimiento dentro del pecho. Como don Gastón aprobó las intenciones de su hermana, se pidió a Inés que se presentase ante ellos. Se la acusó de haber meditado una fuga, se la obligó a efectuar una plena confesión y ella se sintió asombrada por la afabilidad conque fue escuchada. Pero, ¡cuál no sería su aflicción cuando se le informó que el fracaso de su proyecto debía serme atribuido! Cunegunda, aleccionada por la

baronesa, le dijo que cuando la solté le encomendé que informara a su ama que nuestras relaciones habían terminado y que en modo alguno convenía a mis necesidades casarme con una mujer sin fortuna ni esperanzas de tenerla.

Mi repentina desaparición daba demasiados visos de probabilidad a esa versión. Theodore, quien habría podido contradecirla, fue mantenido fuera de su vista por orden de doña Rodolfa. Una mayor confirmación de que yo era un impostor la ofreció la llegada de una carta tuya, en la que declarabas que no tenías relación alguna con Alfonso de Alvarado. Estas aparentes pruebas de mi perfidia, con la ayuda de las astutas insinuaciones de su tía, de las adulaciones de Cunegunda y de las amenazas y cólera de su padre, doblegaron por entero la repugnancia de tu hermana a ingresar en un convento. Enfurecida por mi conducta y disgustada con el mundo en general, consintió en profesar. Pasó otro mes en el castillo de Lindenberg, durante el cual la circunstancia de que yo no apareciera la confirmó en su decisión, y luego acompañó a don Gastón a España. Dejaron en libertad a Theodore. Éste viajó a toda prisa a Munich, donde yo le había prometido que tendría noticias mías; pero al enterarse por Lucas de mi ausencia, continuó su búsqueda con infatigable perseverancia y a la postre consiguió unírseme en Ratisbona.

Tan alterado me encontraba, que apenas pudo reconocer mis facciones. La pena visible en él era suficiente testimonio del vivo interés que sentía por mí. La compañía de ese amable joven, a quien siempre consideré un amigo más que un sirviente, era entonces mi único consuelo. Su conversación era alegre pero sensata y sus observaciones agudas y divertidas. Había acumulado más conocimientos de los que son habituales a su edad. Pero lo que más agradable lo hacía para mí era su voz deliciosa y cierta habilidad para la música. También había adquirido alguna disposición para la

poesía, y a veces, inclusive, se aventuraba a escribir versos. De vez en cuando componía pequeños romances en español. Debo confesar que sus composiciones eran sólo pasables, pero me complacían por su novedad. Y escuchárselas cantar con su guitarra era la única diversión que tenía a mi alcance. Theodore advirtió muy bien que algo me rondaba por la mente; pero como le oculté, aun a él, la causa de mi tristeza, el respeto no le permitía hurgar en mis secretos. Una noche me encontraba echado en mi sofá, hundido en reflexiones que estaban muy lejos de ser agradables. Theodore se divertía mirando, por la ventana, una pelea entre dos postillones, que reñían en el patio de la posada.

-¡Ja, ja! -exclamó de pronto. Ahí está el Gran Mogol.

-¿Quién? -pregunté.

-Nada más que un hombre que me endilgó un extraño discurso en Munich.

-¿Qué te dijo?

-Ahora que me lo recuerda, señor, fue una especie de mensaje para usted, pero en verdad no valía la pena transmitirlo. Por mi parte, creo que el individuo está loco. Cuando llegué a Munich para buscarlo a usted, lo encontré viviendo en *El rey de los romanos*, y el posadero me contó una extraña historia acerca del individuo. Por su acento, se supone que es extranjero, pero nadie sabe de qué país proviene. Parecía no tener conocidos en la ciudad, hablaba muy poco y jamás se lo veía sonreír. No tenía criados ni equipaje, pero su bolsa parecía muy bien provista y hacía muchas obras de bien en la ciudad. Algunos suponían que era un astrólogo árabe, otros un saltimbanqui viajero, y muchos declaraban que era el doctor Fausto, a quien el diablo había enviado de vuelta a Alemania. Pero el casero me dijo que tenía los mejores motivos para suponer que era el Gran Mogol que viajaba de incógnito.

-Pero, ¿en qué consistió el extraño discurso, Theodore...?

-Es cierto; casi me había olvidado. En verdad, no habría sido una gran pérdida si lo hubiese olvidado del todo. Debe saber, señor, que mientras yo preguntaba al posadero por usted, pasó cerca ese desconocido. Se detuvo y me miró con gravedad. "Muchacho -dijo con voz solemne, aquel a quien buscas ha encontrado lo que preferiría perder. Sólo mi mano puede secar la sangre. Pídele a tu amo que me llame a su presencia cuando el reloj dé la una."

-¿Cómo? -exclamé, saltando del sofá. Las palabras que Theodore había repetido parecían sugerir que el forastero conocía mi secreto. ¡Corre a él, muchacho! Ruégale que me conceda un momento de atención.

Theodore se sorprendió ante la vivacidad de mi reacción. Pero no hizo preguntas y me obedeció en el acto. Aguardé su regreso con impaciencia. Apenas había pasado un breve lapso, cuando reapareció e introdujo al esperado invitado en mi habitación. Era un hombre de majestuosa presencia; sus facciones eran muy marcadas y sus ojos grandes, negros, chispeantes. Pero había en su mirada algo que, en cuanto lo vi, me inspiró un secreto estremecimiento, para no decir horror. Iba vestido con sencillez, su cabello no estaba empolvado y una cinta de terciopelo negro que le rodeaba la frente difundía sobre sus facciones adicional lobreguez. Toda su figura exhibía las señales de una profunda melancolía, sus pasos eran lentos, sus modales graves, imponentes y solemnes.

Me saludó con cortesía y, después de responder a los habituales cumplidos de presentación, hizo señas a Theodore de que saliese del aposento. El paje se fue sin demora.

-Conozco sus asuntos -me dijo sin darme tiempo a hablar. Está en mi poder librarlo de su visitante nocturna, pero no es posible hacerlo antes del domingo. En la hora en

que comienza la mañana de ese día, los espíritus de las sombras tienen menos influencia sobre los mortales. Después del sábado la monja no volverá a visitarlo.

-¿Puedo preguntar -dije por qué medios ha llegado a conocer mi secreto, que con tanto cuidado oculté a todos?

-¿Cómo puedo ignorar su aflicción, cuando la causa de ella se encuentra en este momento a su lado?

Me sobresalté. El forastero continuó:

-Aunque sólo es visible para usted durante una hora de cada veinticuatro, su presencia no lo abandona de día ni de noche. Ni lo abandonará hasta que usted le conceda lo que ella desea.

-¿Qué desea?

-Eso tiene que explicárselo ella misma; no está en mi conocimiento. Espere con paciencia la noche del sábado; todo quedará aclarado entonces.

No me atreví a presionarlo más. Poco después cambió de conversación y habló de distintos temas. Habló de gente que había dejado de existir hacía varios siglos, pero con la cual parecía haber mantenido relaciones personales. No pude mencionar una comarca, por distante que fuese, que él no hubiera visitado, ni me fue posible admirar lo suficiente la extensión y variedad de su conocimiento. Le comenté que el haber viajado, visto y conocido tanto debía de haberle proporcionado infinitos placeres. Meneó la cabeza con tristeza.

-¡Nadie -respondió- está en condiciones de entender la desdicha de mi suerte! El destino me obliga a estar en constante movimiento; no se me permite pasar más de dos semanas en el mismo lugar. No tengo un amigo en el mundo y, debido a lo implacable de mi hado, no puedo adquirirlo. Más preferiría terminar con mi infortunada vida, pues envidio a quienes pueden gozar de la quietud de la tumba. Pero la muerte me elude y huye de mi abrazo. En vano trato de arrojarme en el camino del peligro. Me hundo

en el océano y las olas me arrojan a la costa, con repugnancia. Me precipito en las llamas y éstas retroceden ante mi avance. Me opongo a la furia de los bandidos y sus espadas se embotan y quiebran contra mi pecho. El hambriento tigre se estremece cuando me aproximo, y el cocodrilo huye de un monstruo más horrible que él. Dios me puso su sello y todas sus criaturas respetan esa marca fatídica.

Se llevó la mano al terciopelo que rodeaba su frente. Había en sus ojos una expresión de furia, desesperación y malevolencia que me aterró hasta el fondo del alma. Una involuntaria convulsión me hizo temblar. El desconocido la advirtió.

-Tal es la maldición que me ha sido impuesta –continuó. Estoy condenado a inspirar terror y rechazo en todos los que me miran. Usted ya siente la influencia del hechizo y a cada momento que pase lo sentirá más. No aumentaré sus sufrimientos con mi presencia. Hasta el sábado. En cuanto el reloj dé las doce, espéreme en la puerta de su habitación.

Dicho esto, se fue, dejándome asombrado por el misterioso aspecto de sus modales y trato. Sus seguridades de que pronto me vería libre de las visitas de la aparición produjeron un buen efecto en mi estado. Theodore, a quien trataba como un hijo adoptivo antes que como a un criado, se sorprendió, a su regreso, al observar la mejoría de mi aspecto. Se congratuló por ese síntoma del retorno de mi salud y se declaró encantado por el hecho de que hubiese recibido tantos beneficios de mi entrevista con el Gran Mogol. Luego de hacer averiguaciones, supe que el desconocido ya había pasado ocho días en Ratisbona. Según su propio informe, entonces, sólo podía quedarse seis días más. Hasta el sábado faltaban tres. ¡Con qué impaciencia esperé su llegada! Entretanto, la Monja Sangrante continuaba sus apariciones nocturnas pero, como abrigaba

la esperanza de verme libre de ellas por completo, los efectos que me producían se hicieron menos violentos que antes.

Llegó la noche esperada. Para evitar sospechas, me acosté a la hora de costumbre. Pero, en cuanto mis acompañantes me dejaron, volví a vestirme y me preparé para recibir al forastero. Entró en mi habitación a medianoche. En una mano traía un cofrecito que ubicó junto a la chimenea. Me saludó sin hablar, le respondí observando igual silencio. Entonces abrió su cofrecito. Lo primero que sacó fue un pequeño crucifijo de madera. Se hincó de rodillas, lo contempló con tristeza y levantó la vista al cielo. Parecía rezar con devoción. Al cabo inclinó la cabeza con respeto, besó tres veces el crucifijo y abandonó su postura reclinada. Luego sacó de la caja un cubilete cubierto. Con el líquido que contenía, y que parecía ser sangre, salpicó el suelo; después mojó en él un extremo del crucifijo y describió un círculo en el centro de la habitación. Alrededor de él colocó varias reliquias, cráneos, tibias, etcétera. Observé que los disponía en forma de cruces. Por último, extrajo un libro grande y me hizo señas de que lo siguiera al interior del círculo. Obedecí.

-¡Cuidado con pronunciar ni una sílaba! -susurró el desconocido. ¡No salga del círculo, y por lo que más quiera no se atreva a mirarme a la cara!

Con el crucifijo en una mano, el libro en la otra, pareció leer con profunda atención. El reloj dio la una. Como de costumbre, escuché los pasos del espectro en la escalera, pero no se apoderaron de mí los habituales temblores. Esperé su llegada con confianza. Entró en la habitación, se acercó al círculo y se detuvo. El forastero murmuró unas palabras, ininteligibles para mí. Luego levantó la cabeza del libro, extendió el crucifijo hacia el fantasma y pronunció, con voz clara y solemne:

-¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Beatriz!

-¿Qué quieres? -preguntó la aparición, con tono hueco y titubeante.

-¿Qué perturba tu sueño? ¿Por qué acosas y torturas a este joven? ¿Cómo puede devolverse el descanso a tu inquieto espíritu?

-¡No me atrevo a decirlo! ¡No debo decirlo! ¡Preferiría reposar en mi tumba, pero severas órdenes me obligan a prolongar mi castigo!

-¿Conoces esta sangre? ¿Sabes porqué venas fluía? ¡Beatriz! ¡Beatriz! En su nombre, te ordeno que respondas.

-No me atrevo a desobedecer a mis amos.

-¿Te atreves a desobedecerme a mí?

Habló con tono imperioso y se sacó de la frente la cinta negra. A pesar de sus instrucciones, la curiosidad no me permitió apartar la vista de su rostro. Levanté la mirada y vi una cruz ardiente impresa en su frente. No me es posible explicar el horror que me inspiró ese objeto, pero jamás conocí sensación igual. Mis sentidos me abandonaron por un momento; un temor misterioso doblegó mi valentía y si el exorcista no me hubiera tomado de la mano, habría caído fuera del círculo.

Cuando me recobré, vi que la cruz ardiente había producido un efecto no menos violento en el espectro. Su semblante expresaba reverencia y horror, y sus miembros fantasmales temblaban de espanto.

-¡Sí! -dijo al cabo. Tiemblo ante esa marca. ¡La respeto! ¡Te obedezco! Sabe, pues, que mis huesos aún yacen insepultos; se pudren en la oscuridad del Hoyo de Lindenberg. Nadie, salvo este joven, tiene el derecho de entregarlos a la tumba. Sus propios labios me han entregado su cuerpo y su alma; jamás le devolveré la promesa, nunca conocerá una noche sin terrores, a menos que se comprometa a reunir mis huesos que se pulverizan y los deposite en la bóveda familiar, en su castillo de Andalucía. Que se digan luego treinta misas por el reposo de mi espíritu

y ya no volveré a turbar este mundo. Y ahora deja que me vaya. ¡Esas llamas me queman!

Él dejó caer con lentitud la mano que sostenía el crucifijo y que hasta entonces había dirigido hacia ella. La aparición inclinó la cabeza y sus formas se disolvieron en el aire. El exorcista me condujo fuera del círculo. Volvió a guardar el libro y todo lo demás en el cofrecito y se dirigió a mí, que mudo de asombro me encontraba a su lado.

-Don Raimundo, ya escuchaste las condiciones en que se te promete tranquilidad. Ocúpate de cumplirlas al pie de la letra. A mí nada me queda por hacer, aparte de aclarar la oscuridad que aún recubre la historia del espectro e informarte que en vida Beatriz llevaba el apellido de las Cisternas. Fue tía abuela de tu abuelo. Como parienta tuya, sus cenizas te exigen respeto, aunque la enormidad de sus culpas provoque tu aborrecimiento. Nadie es capaz de explicarte la naturaleza de esos delitos, sino yo. Conocí personalmente al santo hombre que condenó sus orgías nocturnas en el castillo de Lindenberg y esta narración la escuché de sus propios labios.

"Beatriz de las Cisternas tomó el velo a edad temprana, no por su voluntad sino por orden expresa de sus padres. Entonces era demasiado joven para lamentar los placeres de que la privaba su ingreso en la vida religiosa. Pero en cuanto comenzó a desarrollarse su temperamento, voluptuoso y ardiente, se abandonó libremente al impulso de sus pasiones y aprovechó la primera oportunidad para satisfacerlas. Por fin se presentó esa oportunidad, después de muchos obstáculos, que no hicieron más que agregar nuevo impulso a sus deseos. Consiguió huir del convento y se fugó a Alemania con el barón Lindenberg. Vivió varios meses con él en el castillo en manifiesto concubinato. A toda Baviera escandalizó su conducta de depravación e impudicia. Sus festines competían en lujo con los de Cleopatra, y Lindenberg se convirtió en el teatro del libertinaje más

desenfrenado. No satisfecha con exhibir la incontinencia de una prostituta se declaró atea. Aprovechaba todas las ocasiones para burlarse de sus votos monásticos y cubría de ridículo las más sagradas ceremonias de la religión.

"Dueña de un carácter depravado, no limitaba durante mucho tiempo sus afectos a un solo individuo. Poco después de su llegada al castillo, el hermano menor del barón atrajo su atención por sus facciones enérgicas, su gigantesca estatura y sus miembros hercúleos. Beatriz no era capaz de mantener sus inclinaciones en secreto durante mucho tiempo, pero en Otto von Lindenberg encontró su par en materia de depravación. Le retribuyó su pasión en la medida suficiente para acrecentarla y, cuando la llevó a la intensidad deseada, fijó, como precio de su amor, el asesinato de su hermano. La desdichada aceptó el horrible trato. Se eligió una noche para perpetrar el hecho. Otto, quien residía en una pequeña finca a pocos kilómetros del castillo, prometió que a la una de la mañana la esperaría en el Hoyo de Lindenberg, que llevaría consigo un grupo de amigos elegidos, con cuya ayuda no dudaba de adueñarse del castillo, y que su paso siguiente consistiría en unir la mano de ella a la suya. Esta última promesa fue la que terminó con todos los escrúpulos de Beatriz, pues a pesar de su afecto por ella, el barón había declarado en forma concreta que nunca la haría su esposa.

"Llegó la noche fatal. El barón dormía en brazos de su pérfida amante cuando el reloj del castillo dio la una. En ese instante Beatriz extrajo una daga de debajo de la almohada y la hundió en el corazón de su amante. El barón lanzó un solo gemido espantoso y expiró. La asesina saltó aprisa del lecho, tomó una lámpara en una mano, en la otra la ensangrentada daga y se dirigió hacia la caverna. El portero no se atrevió a negarse a abrir los portones a alguien más temido en el castillo que su propio amo. Beatriz llegó sin contratiempos al Hoyo de Lindenberg y allí, de acuerdo con

lo prometido, encontró a Otto esperándola. La recibió y escuchó con arrobo su relato, pero antes de que ella tuviese tiempo de preguntarle por qué se presentaba sin compañía, él la convenció de que no deseaba testigos de su entrevista. Ansioso de ocultar su participación en el asesinato y de librarse de una mujer cuyo violento y atroz carácter lo hacían temblar, y con razón, por su propia seguridad, había decidido destruir su desgraciado instrumento. Se precipitó de pronto sobre ella y le arrancó la daga de la mano. Se la hundió, aún teñida con la sangre de su hermano, en el pecho, y con repetidas puñaladas puso fin a su existencia.

"Otto ocupó entonces la baronía de Lindenberg. El asesinato se atribuyó únicamente a la monja fugitiva y nadie sospechó quién la había convencido de que lo cometiera. Pero aunque su delito no fue castigado por los hombres, la justicia de Dios no le permitió gozar en paz sus honores manchados de sangre. Los huesos de ella yacen, todavía insepultos, en la caverna: el alma inquieta de Beatriz sigue habitando el castillo. Ataviada con sus hábitos religiosos, en memoria de los votos que había violado, y provista de la daga que había bebido la sangre de su amante, con la lámpara que había guiado sus pasos en la fuga, aparecía todas las noches junto al lecho de Otto. La más atroz confusión reinaba en el castillo. Las cámaras abovedadas resonaban con chillidos y gemidos y, mientras recorría las antiguas galerías, el espectro mascullaba una mezcla de oraciones y blasfemias. Otto no pudo soportar la conmoción que sentía ante la temible visión; sus horrores crecían con cada nueva aparición. Al cabo, su terror se hizo insoportable, a tal punto que le estalló el corazón, y una mañana se lo encontró en la cama, desprovisto por completo de calor y animación. Su muerte no puso fin a los alborotos nocturnos. Los huesos de Beatriz seguían insepultos y su fantasma continuaba recorriendo el castillo.

"Entonces los dominios de Lindenberg pasaron a manos de un pariente lejano. Pero aterrorizado por los relatos que se le hicieron sobre la Monja Sangrante (así designaba al espectro la multitud), el nuevo barón llamó en su ayuda a un célebre exorcista. Ese santo varón consiguió obligarla a un reposo temporario. Pero aunque ella le reveló su historia, él no recibió permiso para narrarla a otros ni para hacer que su esqueleto fuese llevado al camposanto. Esa tarea te estaba reservada a ti, y hasta tu llegada el fantasma se hallaba condenado a vagar por el castillo y a lamentar el crimen que allí había cometido. Pero el exorcista la obligó a guardar silencio mientras él viviera. Durante su existencia, la alcoba encantada quedó cerrada y el espectro era invisible. A la muerte de él, que se produjo cinco años más tarde, Beatriz volvió a aparecer, pero sólo una vez cada cinco años, el mismo día y a la misma hora en que había hundido el cuchillo en el corazón de su amante dormido. Entonces visitaba la cueva que contenía su esqueleto en putrefacción, volvía al castillo en cuanto el reloj daba las dos y no se la volvía a ver hasta que hubieran transcurrido otros cinco años.

"Estaba condenada a sufrir por espacio de un siglo. Ese período ya se completó. Ahora no queda más que llevar a la tumba las cenizas de Beatriz. He sido el medio de librarte de tu atormentadora fantasma, y en medio de las penas que aún me oprimen, me resulta de algún consuelo pensar que haya podido serte de utilidad. ¡Adiós, amigo! ¡Que el fantasma de tu pariente goce de descanso en la tumba, merced que la venganza del Todopoderoso me negó a mí para siempre!

En ese punto el desconocido se dispuso a salir de mis habitaciones.

-¡Quédate un momento! -le dije. Satisficiste mi curiosidad en lo referente al espectro, pero me dejas una mucho mayor en lo que respecta a ti mismo. Dígnate informarme con quién estoy en deuda. Mencionas

circunstancias hace tiempo ocurridas y a personas muertas hace mucho. Conociste personalmente al exorcista, quien según tu propia narración, murió hace casi un siglo. ¿Qué explicación debo darle? ¿Qué significa esa cruz ardiente de tu frente y por qué su visión me llenó de horror el alma?

Acerca de estos puntos se negó durante un rato a satisfacerme. Por último, abrumado por mis ruegos, consintió en aclararlo todo, a condición de que le dejase postergar la explicación para el día siguiente. Me vi obligado a admitir ese pedido y me abandonó. Por la mañana, mi primera preocupación fue preguntar por el misterioso desconocido. Imagínate mi desilusión cuando se me informó que se había ido de Ratisbona. Despaché mensajeros en su busca, pero en vano. No se descubrieron rastros del fugitivo. Desde ese momento no volví a tener noticias de él y es muy probable que no las reciba jamás.

Aquí Lorenzo interrumpió la narración de su amigo.

-¡Cómo! -dijo. ¿Nunca descubriste quién era ni llegaste a sospecharlo?

-Perdóname -replicó el marqués. Cuando le relaté esta aventura a mi tío, el cardenal-duque, me dijo que no le cabía duda de que ese hombre singular fuese el célebre personaje conocido universalmente como *El Judío Errante*. El hecho de que no se le permitiera pasar más de catorce días en el mismo lugar, la cruz ardiente impresa en su frente, el efecto que producía sobre quienes la veían y muchas otras circunstancias daban a esa suposición la apariencia de verdad. El cardenal está plenamente convencido de ello; y por mi parte me inclino a aceptar la única solución que ofrece de este enigma.

Ahora vuelvo a la narración de la cual me apartó esta, digresión:

A partir de ese período, recuperé la salud con tanta rapidez que asombré a mis médicos. La Monja Sangrante no volvió a aparecer y pronto pude viajar a Lindenberg. EL

barón me recibió con los brazos abiertos. Le hice conocer la secuela de mi aventura y no fue poca su complacencia cuando supo que su mansión ya no sería perturbada por las apariciones quinquenales del fantasma. Lamenté advertir que la ausencia no había debilitado la imprudente pasión de doña Rodolfa. En una conversación privada que tuve con ella durante mi corta estada en el castillo, renovó sus intentos de convencerme de que debía corresponder a su afecto. Como la consideraba la causa principal de mis sufrimientos, no tenía por ella otro sentimiento que desagrado. El esqueleto de Beatriz se halló en el lugar que ella había mencionado. Como eso era todo lo que buscaba en Lindenberg, me apresuré a abandonar los dominios del barón, tan ansioso por llevar a cabo las exequias de la monja asesinada como de escapar al asedio de una mujer a quien detestaba. Partí seguido por las amenazas de doña Rodolfa en el sentido de que no pasaría mucho tiempo antes de que mi desprecio fuese castigado.

Me dirigí entonces, con toda diligencia, a España. Lucas, con mi equipaje, se había unido a mí durante mi permanencia en Lindenberg. Llegué a mi país natal sin accidentes y en el acto me encaminé hacia el castillo de mi padre, en Andalucía. Los restos de Beatriz fueron depositados en la bóveda de la familia, se cumplió con todas las ceremonias debidas y se dijeron las misas que ella había pedido. Ya nada me impedía dedicar todos mis esfuerzos a descubrir el refugio de Inés. La baronesa me había asegurado que su sobrina ya había tomado el velo; yo sospechaba que esa información estaba inspirada por los celos y abrigaba la esperanza de encontrar a mi amada todavía en libertad para aceptar mi mano. Pregunté por su familia. Averigüé que antes de que su hija pudiera llegar a Madrid, doña Inesilla ya no existía. De ti, mi querido Lorenzo, se me dijo que te encontrabas en el extranjero, pero no pude descubrir dónde. Tu padre se hallaba en una

provincia distante, visitando al duque de Medina. Y en cuanto a Inés, nadie pudo o quiso informarme qué se había hecho de ella. Theodore, según lo prometido, había vuelto a Estrasburgo, donde encontró muerto a su abuelo y a Marguerite en posesión de su fortuna. Todos sus ruegos para que se quedara con ella fueron inútiles; la abandonó por segunda vez y me siguió a Madrid. Hizo todo lo posible por llevar adelante mi búsqueda, pero nuestros esfuerzos unidos no lograron éxito. El lugar en que se refugiaba Inés siguió siendo un misterio impenetrable y comencé a abandonar toda esperanza de recobrarla.

Hace unos ocho meses volvía a mi residencia de melancólico humor, después de pasar la velada en un teatro. La noche era oscura y yo iba sin compañía. Hundido en reflexiones que estaban lejos de ser agradables, no vi que tres hombres me habían seguido desde el teatro, hasta que, al internarme en una calle poco frecuentada, me atacaron al mismo tiempo, con enorme furia. Retrocedí unos pasos, desenvainé la espada y me envolví el brazo izquierdo con la capa. La oscuridad de la noche me favorecía. En su mayor parte, los golpes de los asesinos, asestados al azar, no me alcanzaron. Al cabo, tuve la fortuna de dejar tendido a mis pies a uno de mis adversarios. Pero antes de ello había recibido tantas heridas y me encontraba tan acosado, que mi destrucción habría sido inevitable si el entrechocar de las espadas no hubiese atraído a un caballero en mi ayuda. Corrió hacia mí con su arma desenvainada. Varios servidores lo seguían con antorchas. Su llegada emparejó el combate, pero los atacantes no quisieron abandonar sus designios hasta que los criados del caballero se aproximaron a nosotros. Entonces huyeron y los perdimos en la oscuridad.

El desconocido me habló con cortesía y me preguntó si estaba herido. Debilitado por la pérdida de sangre, apenas pude agradecerle su oportuna ayuda y rogarle que dispusiese

que algunos de sus servidores me llevasen al palacio de las Cisternas. En cuanto mencioné el nombre, afirmó conocer a mi padre y declaró que no permitiría que se me hiciera recorrer tal distancia antes de que me examinaran las heridas. Agregó que su casa estaba cerca y me suplicó que lo acompañase allí. Sus modales eran tan sinceros que no pude rechazar el ofrecimiento y, apoyándome en su brazo, poco después llegaba al pórtico de una magnífica mansión.

Al entrar en la casa, un anciano criado canoso se adelantó a dar la bienvenida a mi guía. Preguntó cuándo pensaba el duque, su amo, salir del país y se le respondió que todavía se quedaría unos meses. Mi salvador ordenó entonces que se llamase sin demora al médico de la familia; sus instrucciones fueron obedecidas. Me sentaron en el sofá, en un majestuoso aposento y, una vez examinadas mis heridas, se declaró que eran muy leves. Pero el médico me aconsejó que no me expusiera al aire nocturno y el desconocido me rogó con tanta insistencia que ocupase un lecho en su casa, que consentí en quedarme por el momento.

Cuando estuve a solas con mi salvador, aproveché la oportunidad para agradecerle en términos más explícitos, pero él me pidió que no insistiera en el asunto.

-Me considero dichoso -dijo por haber podido prestarle ese pequeño servicio. Y le estaré eternamente agradecido a mi hija por haberme retenido hasta tan tarde en el convento de Santa Clara. La gran estima en que siempre tuve al marqués de las Cisternas, aunque las circunstancias no hayan permitido que nuestras relaciones fueran tan íntimas como habría deseado, hace que me regocije por la oportunidad de conocer a su hijo. Estoy seguro de que mi hermano, en cuya casa está usted ahora, lamentará no encontrarse en Madrid para recibirlo él mismo. Pero en ausencia del duque soy el jefe de la familia, y en su nombre puedo asegurarle que todo

lo que hay en el palacio de Medina está a su entera disposición.

Imagina mi sorpresa, Lorenzo, al descubrir, en la persona de mi salvador, a don Gastón de Medina. Sólo pudo parangonarse con mi secreta satisfacción ante la seguridad de que Inés habitaba en el convento de Santa Clara. Esta última impresión quedó un poco debilitada cuando, en respuesta a mis preguntan en apariencia casuales, me dijo que su hija ya había efectivamente tomado el velo. En esas circunstancias, no permití que mi pena echase raíces en mi espíritu. Me complací con la idea de que las influencias de mi tío en la Corte de Roma eliminarían ese obstáculo y que obtendría para mi amada, sin dificultades, una dispensa de sus votos. Alentado por esa esperanza, calmé las inquietudes de mi pecho y redoblé mis esfuerzos por mostrarme agradecido a las atenciones de don Gastón y complacido con su compañía.

Entonces entró un criado en la habitación y me informó que el atacante a quien había herido daba algunas señales de estar con vida. Pedí que se lo llevara a la casa de mi padre y agregué que en cuanto recuperase el habla lo interrogaría sobre sus razones para atentar contra mi vida. Se me repuso que ya se hallaba en condiciones de hablar, aunque con dificultad. La curiosidad de don Gastón hizo que me instara a interrogar al asesino en su presencia, pero en modo alguno me sentía inclinado a satisfacer esa curiosidad. Una razón de ello era que, como sospechaba la procedencia del golpe, no me sentía dispuesto a exponer ante los ojos de don Gastón la culpabilidad de su hermana. Además, temía ser reconocido como Alfonso de Alvarado y que, como consecuencia de ello, se adoptaran medidas para impedirme ver a Inés. Lo que sabía del carácter de don Gastón me convencía de que confesar mi pasión por su hija y esforzarme por hacerlo participar en mis planes sería un paso imprudente. Y como consideraba esencial que me

conociera sólo como conde de las Cisternas, decidí no dejarle escuchar la confesión del agresor. Le insinué que sospechaba que había una dama implicada en el asunto, cuyo nombre podía escapar por accidente de labios del asesino, y que me era necesario interrogar al hombre en privado. La delicadeza de don Gastón no le permitió continuar insistiendo y por lo tanto llevaron al atacante a mi residencia.

A la mañana siguiente me despedí de mi anfitrión, quien ese mismo día debía reunirse con el duque. Mis heridas habían sido tan superficiales que, aparte de verme obligado a llevar el brazo en cabestrillo durante algún tiempo, la aventura de la noche no me acarreó mayores inconvenientes. El médico que examinó la herida del asesino declaró que era mortal. Apenas le quedó tiempo para confesar que la vengativa doña Rodolfo lo había instigado a asesinarme y expiró pocos minutos después.

Todos mis pensamientos se concentraron entonces en ponerme al habla con mi encantadora monja. Theodore puso manos a la obra y esa vez con mejor éxito. Asedió tan enérgicamente al jardinero de Santa Clara con sobornos y promesas, que el anciano quedó conquistado por entero para mis intereses y se convino en que me introduciría en el convento en calidad de ayudante. El plan se pondría en ejecución sin demora. Disfrazado con ropa modesta y con un ojo cubierto por un parche negro, fui presentado a la superiora, quien condescendió a aprobar la elección del jardinero. Enseguida ocupé mi empleo. Como la botánica había sido uno de mis estudios favoritos, de ninguna manera me sentía perdido en mi nuevo cargo. Durante unos días continué trabajando en el jardín del convento, sin encontrarme con la causa de mi disfraz. En la cuarta mañana tuve mejor suerte. Escuché la voz dé Inés y corrí hacia el lugar en que había resonado, cuando me detuvo la presencia

de la superiora. Retrocedí con cautela y me oculté detrás de un denso grupo de árboles.

La superiora avanzó y se sentó con Inés en un banco, cerca de allí. Escuché que censuraba con tono airado la continua melancolía de su compañera. Le dijo que, en su situación, llorar la pérdida de un enamorado cualquiera era un delito, pero llorar la de un enamorado infiel constituía un disparate y un absurdo extremos. Inés replicó en voz tan baja que no pude distinguir sus palabras, pero advertí que usaba términos dulces y sumisos. La conversación se interrumpió con la llegada de una joven pensionista, quien informó a la superiora que la esperaban en el locutorio. La anciana se puso de pie, besó la mejilla de Inés y se retiró. La recién llegada se quedó. Inés le habló mucho en alabanza de alguien -no pude saber de quién, pero su oyente pareció singularmente encantada e interesada con la conversación. La monja le mostró varias cartas; la otra las leyó con evidente placer, obtuvo permiso para copiarlas y se alejó con ese fin, para mi gran satisfacción.

En cuanto desapareció de la vista abandoné mi escondite. Como temía alarmar a mi amada, me acerqué con cuidado, con la intención de descubrirme poco a poco. ¿Pero quién puede engañar por un instante a los ojos del amor? Levantó la cabeza cuando me aproximé y me reconoció de una sola mirada, a pesar de mi disfraz. Se levantó deprisa de su asiento, con una exclamación de sorpresa, e intentó retirarse, pero la seguí, la detuve y le rogué que me escuchara. Convencida de mi falsía, se negó a oírme y me ordenó con firmeza que saliese del jardín. Entonces me tocó a mí el turno de negarme. Afirmé que, por peligrosas que pudieran ser las consecuencias, no me iría hasta que escuchase mi justificación. Le aseguré que había sido engañada por los artificios de sus parientes, que podía convencerla, fuera de toda duda, de que mi pasión había sido pura y desinteresada, y le pregunté qué podía inducirme

a buscarla en el convento si era cierto el egoísmo que mis enemigos me imputaban.

Mis ruegos, mis argumentos y juramentos de que no me iría hasta que prometiese escucharme, unidos a sus temores de que las monjas me vieran con ella, a su natural curiosidad y al afecto que aún sentía por mí, a pesar de mi supuesta traición, triunfaron por fin. Me dijo que en ese momento le era imposible satisfacer mi pedido, pero se comprometió a acudir al mismo lugar a las once de esa noche y a conversar conmigo por última vez. Obtenida esa promesa, le solté la mano y ella corrió con rapidez al convento.

Comuniqué mi éxito a mi aliado, el viejo jardinero. Éste indicó un escondrijo que podía ocupar hasta la noche sin temor a ser descubierto. Allí me encaminé a la hora en que habría debido retirarme con mi supuesto jefe y esperé con impaciencia el momento de la cita. El frío de la noche me favorecía, hacía que las demás monjas no abandonaran sus celdas. Sólo Inés se mostró insensible a la inclemencia del tiempo y antes de las once se me unió en el lugar que había sido testigo de nuestra entrevista anterior. Seguro de no ser interrumpido, le relaté la verdadera causa de mi desaparición el fatal cinco de mayo. Se vio a las claras que mi narración la conmovía. Cuando terminé de hablar, confesó la injusticia de sus sospechas y se reprochó por haber tomado el velo, impulsada por la desesperación ante mi ingratitud.

-¡Pero ahora es demasiado tarde para arrepentirme! -agregó. La suerte está echada. Hice mis votos y me dediqué al servicio del Señor. Me doy cuenta de lo poco apta que soy para la vida en un convento. Mi desagrado por la existencia monástica aumenta día a día. El aburrimiento y el descontento son mis compañeros constantes y no te ocultaré que la pasión que antes sentía por alguien tan próximo a ser mi esposo no se ha extinguido aún en mi pecho. ¡Pero debemos separarnos! Insuperables barreras

nos apartan, ¡y de este lado de la tumba no debemos volver a encontrarnos!

Hice lo que pude por demostrarle que nuestra unión no era tan imposible como ella parecía pensar. Me jacté de la influencia del cardenal-duque de Lerma en la Corte de Roma. Le aseguré que me resultaría fácil obtener para ella una dispensa de sus votos y no dudé de que don Gastón coincidiría con mis opiniones cuando le hiciera conocer mi verdadero nombre y mi afecto de larga data. Inés respondió que si abrigaba tales esperanzas era porque conocía poco a su padre. Liberal y bondadoso en todo otro sentido, el fanatismo era la única mancha de su carácter. En ese aspecto era inflexible; sacrificaba sus más caros intereses a sus escrúpulos y consideraría insultante que se lo supusiera capaz de autorizar a su hija a violar sus votos al Señor.

-Pero suponte -le dije, interrumpiéndola, suponte que desapruebe nuestra unión. Deja que ignore mis pasos hasta que te haya rescatado de la cárcel en la cual te encuentras encerrada ahora. Una vez que seas mi esposa, estarás libre de su autoridad. No necesito ayuda pecuniaria de él y cuando vea que su resentimiento es inútil, no cabe duda de que te devolverá su favor. Pero supongamos que sucede lo peor; si don Gastón se muestra irreductible, mis parientes competirán entre sí para hacerte olvidar su pérdida y encontrarás en mi padre un sustituto de aquel de quien te privaré.

-Don Raimundo -respondió Inés con voz firme y decidida, amo a mi padre. Sólo en este caso me trató con dureza, pero en todos los demás recibí de él tantas pruebas de amor que su afecto llegó a ser necesario para mi existencia. Si abandonara el convento, jamás me lo perdonaría. Y no puedo tolerar la presunción de que me maldiga en su lecho de muerte sin estremecerme ante semejante idea. Además, yo misma tengo conciencia de que mis votos me imponen una obligación. Contraje

voluntariamente mi compromiso con el cielo; no puedo violarlo sin cometer un delito. Entonces elimina de tu mente la ilusión de que podamos unirnos alguna vez. Estoy consagrada a la vida religiosa y, por más que me duela nuestra separación, yo misma opondré obstáculos a lo que, según mis sentimientos, me convertiría en culpable.

Me esforcé por eliminar esos infundados escrúpulos. Todavía discutíamos al respecto cuando la campana del convento llamó a las monjas a maitines. Inés estaba obligada a asistir, pero no me dejó sin que antes la obligase a prometerme que a la noche siguiente se presentaría en el mismo lugar, a la misma hora. Esos encuentros se prolongaron en forma ininterrumpida durante varias semanas, y ahora, Lorenzo, debo implorar tu indulgencia. Piensa en nuestra situación, en nuestra juventud, en nuestro afecto de tan larga data. Considera todas las circunstancias que acompañaron a nuestro compromiso y tendrás que confesar que la tentación fue irresistible. Inclusive me perdonarás cuando reconozca que, en un momento de descuido, el honor de Inés fue sacrificado a mi pasión.

Los ojos de Lorenzo chispearon de furia; un intenso tinte rojo le cubrió el rostro. Saltó de su asiento e intentó desenvainar la espada. El marqués advirtió su movimiento y le aferró la mano. La oprimió con afecto:

-¡Amigo mío! ¡Hermano! ¡Escúchame hasta que termine! Hasta entonces, frena tu pasión y convéncete al menos de que, si lo que relaté es culposo, la culpa debe caer sobre mí y no sobre tu hermana.

Lorenzo permitió que las súplicas de don Raimundo se impusieran en él. Volvió a ocupar su asiento y escuchó el resto del relato con semblante torvo e impaciente. El marqués continuó así:

-Apenas se consumió el primer estallido de pasión, Inés se recuperó y se apartó de mis brazos, horrorizada. Me llamó infame seductor, me abrumó con los más amargos

reproches y se golpeó el pecho con toda la locura del delirio. Avergonzado de mi imprudencia, me resultó difícil encontrar palabras para disculparme. Hice lo posible para consolarla; me arrojé a sus pies y le imploré su perdón. Arrancó de las mías su mano, que yo había tomado y que deseaba llevarme a los labios.

-¡No me toques! -gritó, con una violencia que me aterró. ¡Monstruo de perfidia e ingratitud, cómo me engañé contigo! Veía en ti a mi amigo, a mi protector. Me puse en tus manos con confianza y, como me basé en tu honor, pensé que el mío no corría riesgos. ¡Y por ti, a quien adoraba, quedo cubierta de infamia! ¡Por ti fui inducida a quebrantar mis votos a Dios y quedo reducida al mismo nivel que la más infame de las mujeres! ¡Avergüénzate, canalla, no volverás a verme!

Saltó del banco en que se hallaba sentada. Quise detenerla, pero se soltó de mí con violencia y se refugió en el convento.

Me retiré, lleno de confusión e inquietud. A la mañana siguiente no dejé de presentarme, como de costumbre, en el jardín, pero no pude ver a Inés. Por la noche la aguardé en el lugar en que nos encontrábamos por lo general. No tuve mejor éxito. Pasaron varios días y noches de la misma manera. Al cabo vi a mi ofendida amante cruzar el sendero en cuyos bordes me hallaba trabajando. Iba acompañada por la misma joven pensionista en cuyo brazo, según parece por debilidad, se veía obligada a apoyarse. Me miró por un momento, pero en el acto volvió la cabeza. Esperé su regreso, pero siguió rumbo al convento sin prestar la menor atención, ni a mí, ni al aspecto penitente con que imploraba su perdón.

En cuanto las monjas se retiraron, el anciano jardinero se me acercó con expresión apenada.

-Señor -dijo-, me duele tener que decir que ya no puedo seguir siéndole útil. La dama con quien solía encontrarse

acaba de asegurarme que si vuelvo a dejarlo entrar en el jardín revelará todo el asunto a la superiora. Además me pidió que le dijera que su presencia era un insulto, y que si aún le tiene algún respeto no trate de volver a verla. Perdóneme, entonces, por informarle que ya no puedo continuar encubriendo su disfraz. Si la superiora se enterase de mi conducta, no se conformaría con despedirme. Por venganza, podría acusarme de haber profanado el convento y hacer que me arrojaran a la cárcel de la Inquisición.

Inútiles fueron mis intentos de cambiar su decisión. Me negó todo futuro ingreso al jardín e Inés insistió en no dejarme verla ni tener noticias de ella. Un par de semanas después, una violenta enfermedad que se apoderó de mi padre me obligó a partir hacia Andalucía. Allí fui a toda prisa y, como imaginaba, encontré al marqués al borde de la muerte. Aunque desde el principio su dolencia había sido declarada mortal, sobrevivió varios meses, durante los cuales el cuidado de su enfermedad y las tareas para dejar ordenados sus asuntos después de su muerte no me permitieron salir de Andalucía. Regresé a Madrid hace cuatro días, y al llegar a mi casa encontré esta carta esperándome.

Aquí el marqués abrió un cajón de un armario y sacó un papel plegado que tendió a su interlocutor. Lorenzo lo desplegó y reconoció la letra de su hermana. El contenido era el siguiente:

"¡En qué abismo de desdicha me hundiste! Raimundo, me fuerzas a ser tan culpable como tú. He decidido no volver a verte; si es posible, a olvidarte; si no, a recordarte sólo con odio. Un ser, por quien ya siento la ternura de una madre, me pide que perdone a mi seductor y que recurra a su amor en procura de los medios para su protección. Raimundo, tu hijo vive en mi seno. Tiemblo ante la idea del castigo que me impondrá la superiora. Tiemblo mucho por

mí, pero más todavía por la inocente criatura cuya existencia depende de la mía. Los dos estamos perdidos si se descubre mi situación. Aconséjame, pues, en cuanto a los pasos que debo dar, pero no trates de verme. El jardinero, que se compromete a entregar esta misiva, ha sido despedido y ya no podemos abrigar esperanzas por ese lado.

El hombre que han tomado en su lugar es de incorruptible fidelidad. La mejor manera de hacerme llegar tu respuesta consiste en ocultarla bajo la gran estatua de San Francisco, que se encuentra en la catedral de los capuchinos. Allí voy todos los jueves a confesarme y me será fácil encontrar una oportunidad para recoger tu carta. Tengo entendido que estás ausente de Madrid. ¿Debo rogarte que me escribas en cuanto regreses? No lo creo. ¡Ay, Raimundo, la mía es una cruel situación! Engañada por mis parientes cercanos, obligada a abrazar una existencia cuyos deberes estoy mal preparada para cumplir, consciente de la santidad de dichos deberes e inducida a violarlos por aquel de quien menos podía sospechar una perfidia, las circunstancias me obligan ahora a elegir entre la muerte y el perjurio. La timidez femenina y el afecto materno no me dejan alternativa para la elección. Advierto toda la culpa en que me hundo cuando acepto el plan que anteriormente me propusiste. La muerte de mi pobre padre, que se produjo desde nuestro último encuentro, eliminó un obstáculo. Descansa en su tumba y ya no temo su ira. Pero de la ira de Dios, ¡ah, Raimundo!, ¿quién me protegerá? ¿Quién puede protegerme contra mi conciencia, contra mí misma? No me atrevo a ahondar en estos pensamientos; me volverían loca. He tomado mi resolución. Procúrame la dispensa de mis votos. Estoy dispuesta a huir contigo. ¡Escríbeme, esposo mío! ¡Dime que la ausencia no disminuyó tu amor! Dime que rescatarás de la muerte a tu hijo que aún no nació y a su desdichada madre. Vivo en todos los tormentos del terror. Todos los ojos que se clavan en mí parecen leer mi secreto y

mi vergüenza. ¡Y tú eres la causa de esas torturas! ¡Oh, cuando mi corazón te amó por primera vez, cuán poco sospechaba que me harías sentir tales sufrimientos!

Inés"

Después de leer la carta, Lorenzo la devolvió en silencio. El marqués volvió a guardarla en el armario y continuó:

-Enorme fue mi alegría al conocer esa noticia, tan ansiosamente deseada, tan poco esperada. Mi plan pronto quedó elaborado. Cuando don Gastón me dio a conocer el lugar en que se había retirado su hija, no me cupo duda de que ella estaría dispuesta a abandonar el convento. Por lo tanto, hice conocer al cardenal-duque de Lerma todo el asunto, y él se ocupó inmediatamente de obtener la dispensa necesaria. Por fortuna, después no me ocupé de detener sus trámites. No hace mucho recibí una carta suya, en la cual me decía que en cualquier momento esperaba la resolución de las autoridades romanas. Me habría basado en ello de buena gana, pero el cardenal me escribió que debía encontrar algún medio de sacar a Inés del convento sin que lo supiera la superiora. No dudaba de que esta última se enfurecería mucho al perder a una persona de tan elevado rango y de que consideraría el alejamiento de Inés un insulto para su casa. Me la describía como una mujer de carácter violento y vengativo, capaz de llegar a cualquier extremo. Por lo tanto, era de temer que si dejaba a Inés en el convento, ella frustrase mis esperanzas e invalidara la decisión papal. Influido por esta recomendación, decidí apoderarme de mi amante y ocultarla hasta la llegada de la esperada dispensa en la finca del cardenal-duque. Éste aprobó mi plan y se mostró dispuesto a ofrecer refugio a la fugitiva. Después hice que al nuevo jardinero de Santa Clara lo apresaran por mi cuenta y lo encerraran en mi casa. Por ese medio me adueñé de la llave de la puerta del jardín, y ya sólo me quedaba preparar a

Inés para la fuga. Eso se hizo por medio de la carta que me viste entregar esta noche. En ella le decía que estaría preparado para recibirla mañana, a las doce de la noche, que había obtenido la llave del jardín y que podía confiar en una pronta liberación.

Ahora, Lorenzo, ya escuchaste mi prolongada narración. Nada tengo que decir en disculpa, salvo que mis intenciones hacia tu hermana fueron siempre las más honorables. Mi propósito siempre fue, y sigue siéndolo, hacerla mi esposa. Y confío en que, cuando consideres estas circunstancias, nuestra juventud y nuestro afecto, no sólo olvidarás nuestro momentáneo alejamiento de la virtud, sino que además me ayudarás a reparar el perjuicio que le causé a Inés y a obtener un legítimo derecho sobre su persona y su corazón.

CAPÍTULO V

¡Oh tú!, que en la ligera barca de la Vanidad
Haces el loco viaje de la Fama,
Empujado por el viento del Elogio:
¡Cuán mudables las corrientes que te llevan,
Por siempre hundido o elevado hacia lo alto!
Breve será el reposo de quien gloria busca:
Un suspiro lo alienta, otro lo derriba.

ALEXANDER POPE

Así el marqués terminó de relatar sus aventuras. Antes de decidir su respuesta, Lorenzo dedicó algunos momentos a la reflexión. Al cabo quebró el silencio.

Raimundo -dijo, tomándole la mano-, el cumplimiento estricto del honor me obligaría a lavar con tu sangre la mancha arrojada sobre mi familia. Pero las circunstancias de tu caso me prohíben considerarte un enemigo. La tentación fue demasiado grande para resistirla. La superstición de mis parientes ocasionó estas desdichas y ellos son más responsables que Inés y tú. Lo que pasó entre ustedes no puede remediarse, pero sí repararse mediante tu unión con mi hermana. Siempre fuiste y continuarás siendo mi más querido y en verdad mi único amigo. Siento por Inés el más sincero afecto y a nadie la confiaría con mejor disposición que a ti. Sigue, pues, con tu plan. Te acompañaré mañana

por la noche y yo mismo la llevaré a casa del cardenal. Mi presencia será una aprobación de su conducta e impedirá que incurra en falta por su huida del convento.

El marqués le agradeció en términos calurosos. Lorenzo le comunicó luego que no debía seguir temiendo la enemistad de doña Rodolfa. Cinco meses habían transcurrido desde que, en un exceso de pasión, le estalló una vena y expiró en el plazo de pocas horas. Después mencionó el asunto de Antonia. El marqués se sorprendió mucho al enterarse de que tenía esa desconocida parienta. Su padre se había llevado a la tumba el odio que sentía por Elvira y jamás dejó translucir la menor insinuación de que conocía a quien llegaría a ser la viuda de su hijo mayor. Don Raimundo aseguró a su amigo que no se equivocaba al suponerlo dispuesto a reconocer a su cuñada y a su encantadora hija. Los preparativos para la fuga no le permitirían visitarlas al día siguiente, pero entretanto deseaba que Lorenzo les diera testimonio de su amistad y que entregase a Elvira, por su cuenta, cualquier suma que necesitara. El joven prometió hacerlo así en cuanto conociese su domicilio. Después se despidió de su futuro hermano y volvió al palacio de Medina.

El día estaba por despuntar cuando el marqués se retiró a sus habitaciones. Consciente de que su narración le ocuparía algunas horas y deseoso de protegerse de interrupciones, al volver a la mansión había ordenado a sus servidores que no lo esperasen levantados. Por consiguiente, al entrar en su antesala se sintió un tanto sorprendido cuando encontró allí a Theodore. El paje se hallaba sentado ante una mesa, con una pluma en la mano, tan totalmente absorto en su ocupación que no se dio cuenta de la llegada de su amo. El marqués se detuvo a observarlo. Theodore escribió unos renglones, hizo una pausa, tachó una parte de lo escrito, volvió a escribir, sonrió y pareció muy satisfecho

con lo que había hecho. Al cabo dejó la pluma, saltó de su asiento y palmoteó de alegría.

-¡Ya está! -exclamó. ¡Han quedado encantadores!

Su arrebato fue interrumpido por una carcajada del marqués, quien sospechaba la naturaleza de su tarea.

-¿Qué es tan encantador, Theodore?

El joven se sobresaltó y miró alrededor. Se ruborizó, corrió a la mesa, tomó el papel en que había estado escribiendo y lo escondió, confuso.

-¡Oh, señor!, no sabía que estaba tan cerca de mí. ¿Puedo serle útil en algo? Lucas ya se acostó.

-Seguiré su ejemplo cuando haya dado mi opinión sobre tus versos.

-¿Mis versos, señor?

-Sí, estoy seguro de que estabas escribiéndolos, pues nada más habría podido mantenerte despierto hasta esta hora de la madrugada. ¿Dónde están, Theodore? Me gustaría ver tu composición.

Las mejillas de Theodore se tiñeron con un rojo más intenso aún; ansiaba mostrar su poesía, pero primero deseaba que le insistieran.

-En verdad, señor, no son dignos de su atención.

-¿Estos versos, que acabas de declarar tan encantadores? Vamos, déjame ver si nuestras opiniones coinciden. Te prometo que encontrarás en mí a un crítico indulgente.

El muchacho entregó su papel con simulada resistencia. Pero la satisfacción que relucía en sus expresivos ojos negros traicionaba la vanidad de su pecho juvenil. El marqués sonrió al observar las emociones de un corazón todavía tan poco diestro en ocultar sus sentimientos. Se sentó en un sofá. Mientras la esperanza y el temor batallaban en sus agitadas facciones, Theodore aguardó con inquietud la opinión de su amo, en tanto que el marqués leía los siguientes versos:

Amor y vejez

La noche era oscura, frío el viento.
Anacreonte, ya viejo y triste,
Sentado junto al fuego, avivaba sus llamas.
De pronto se abre la puerta de la choza
Y he aquí que ante él está Cupido.
Mira en torno, sonríe y lo saluda.

"¿Qué? ¿Tú?", el asombrado anciano
Con hosca voz exclama, en tanto que la ira
De rojo tiñe su mejilla, exangüe y arrugada.
¿De nuevo vienes a inflamar mi pecho
De amoroso deseo?
Templado por los años,
Niño tonto, ya no me hieren tus flechas.

"¿Qué buscas en este desierto yermo?
Sonrisas no hallarás aquí, ni goces;
Dulces retozos nunca vieron estos valles;
El eterno invierno amortaja la llanura,
La vejez en mi casa es déspota y tirana.
Mi jardín no tiene flores, ni hay lumbre ya en mi pecho.

"Vete y busca flores y capullos,
Vírgenes núbiles que tus servicios quieran,
O provócales sueños en su lecho.
De Damon reposa en el pecho enamorado,
Acaricia de Cloe los labios de rosa
O en el rubor de su frente almohada haz para tu cabeza.

"¡Allí habita! ¡De estas regiones frías

Huye! Envejecido ya y sabio,
Esta testa canosa no quiere más tu yugo.
Recuerdo que los años mozos de mi vida
Marcaste de penas y de lágrimas.
Falsa es tu amistad y huyo de tus trampas.

"No olvido los dolores, aun no he olvidado
Que sentí a Julia amarrado por cadenas,
Fundido el pecho por ardientes llamas;
Las noches que pasé sin paz y sin sosiego,
Los celosos espasmos en el cuerpo,
Mis ansias rechazadas, negada mi pasión.

"¡Vete, pues, y no ofendas más mis ojos,
Sal de la puerta y la paz de mi cabaña
Ni un día, ni un momento más te quedes.
Conozco tu falsía, me burlo de tus artes,
No quiero tus sonrisas y témome tus dardos.
¡Vete, traidor, a traicionar a otro!"

"¿La vejez, anciano, te confunde el seso?",
Replicó el dios ofendido, con semblante ceñudo.
¡Su ceño es dulce cual sonrisa de virgen!
"¿A mí me diriges tus palabras?
¿A mí, que no te amo menos porque rechaces
Mi amistad, y viejos placeres abomines?

"Si una bella orgullosa encontraste,
Otras cien ninfas en cambio te quisieron,
Cuyas sonrisas de Julia borran la memoria.
¡Mas esto es el hombre! Su parcial mano
Incontables favores anota en la arena",
Y un solo defecto graba en la piedra perdurable.

"¡Ingrato! ¿Quién te llevó a la ribera

A la hora en que Lesbia solía bañarse?
¿Quién te mostró la solitaria sede en que yacía Dafne?
¿Y quién, cuando Celia pidió ayuda,
Calmar con besos te hizo a la hermosa?
¿Quién sino el Amor?, ¡oh falso, Anacreonte!

"Entonces me llamabas: «¡Dulce niño,
Mi único placer, mi fuente de alegría!»
Entonces me querías mucho más que a tu alma!
Podías besarme y mecerme en tus rodillas;
Y juro que ni el vino habrías bebido
Si el beso del Amor no hubiese tocado el cuenco.

"¿Es que no volverán, entonces, esos días?
¿Debo por siempre lamentar tu pérdida,
Proscripto, y así de tu favor privado?
¡Ah, no! Esa sonrisa mis temores borra,
Esa palpitación, esa chispa de tus ojos,
Dicen que aún me quieres y perdonas mis yerros.

"Otra vez querido, estimado, acariciado,
Tus brazos a Cupido estrecharán;
Jugaré en tu regazo, dormiré en tu pecho.
Mi antorcha dará luz a tu corazón envejecido.
Mi mano alejará la furia del invierno exangüe
Y Juventud y Primavera de nuevo reinarán."
Una pluma, entonces, de dorado brillo,
Sonriente sacó de las alas suyas.
En manos del poeta la puso luego el niño,
Y ante la mirada de Anacreonte surgen
Los más bellos sueños de la fantasía
Y sobre su cabeza vuela la loca inspiración.

El pecho se le enciende de amoroso fuego;
Toma con avidez la lira encantada;

Mueve, veloz, los dedos en acordes.
La pluma arrancada del ala de Cupido
Recorre la cuerda ha tanto abandonada,
Y Anacreonte canta el poder del amor, y lo alaba.

En cuanto oyen el nombre, los bosques
Se sacuden la nieve y los torrentes
Rompen sus cadenas y huye presto el invierno.
La tierra, una vez más, cubierta está de flores,
Pasan brisas suaves por floridos prados;
Alto se yergue el sol glorioso y derrama las llamas de su fuego.

Atraídos por sonidos tan armoniosos,
Silfos y faunos rodean la cabaña
Y curiosos acuden a oír al trovador.
Las ninfas del bosque corren hechizadas,
Ansiosas corren; escuchan, aman,
Y en tanto escuchan melodías no ven que el hombre es viejo.

Jamás constante en nada, Cupido,
Encaramado en el arpa, la canción escucha
O acalla con un beso las hermosas notas.
En brazos del poeta ya reposa,
Con rosas le entreteje los canosos rizos
O en alas de oro, en caprichosos vuelos se desplaza.

Y Anacreonte habla: "Nunca más
En otro altar derramaré mis votos,
Pues que Cupido se digna inspirarme.
De Febo o la doncella de azules ojos
Ya no querrán mis versos la ayuda,
Pues sólo el Amor será el dueño de mi lira.

"En alta melodía, de anteriores tiempos,
Del héroe digo el elogio, o del rey,
Y pulso las cuerdas marciales y fogosas;
¡Mas adiós, héroe! ¡Adiós, mi rey!
Mis labios ya no dirán de tus hazañas,
Pues sólo el Amor será el tema de mi lira."

El marqués devolvió el papel con una sonrisa de estímulo.

-Tu poemita me place mucho -dijo. Pero no debes contar con mi opinión. No soy juez de poesía y por mi parte nunca compuse más de seis versos en mi vida, y esos seis produjeron un afecto tan infortunado, que estoy plenamente dispuesto a no reincidir. Pero me aparto de mi tema. Iba a decir que no puedes emplear tu tiempo en nada peor que en hacer versos. Un autor, malo o bueno, o entre malo y bueno, es un animal a quien cualquiera se siente con el derecho de atacar. Pues si bien no todos son capaces de componer libros, todos se consideran capaces de juzgarlos. Una mala composición lleva consigo su propio castigo: el desprecio y el ridículo. Una buena suscita la envidia y hace recaer en el autor infinitas mortificaciones; se ve atacado por la crítica parcial y malhumorada. Uno encuentra defectos al plan, otro al estilo, un tercero al precepto que se quiere inculcar. Y quienes no logran encontrar defectos en el libro se dedican a estigmatizar al autor. Sacan con malicia, de la oscuridad, todas las menudas circunstancias que pueden poner en ridículo su carácter o conducta personales, y apuntan a herir al hombre ya que no pueden herir al escritor. En una palabra, ingresar en el ejercicio de la literatura es exponerse adrede a los dardos del desdén, el ridículo, la envidia y la desilusión. Escribas bien o mal, ten la seguridad de que no escaparás a la censura. Por cierto, esta circunstancia constituye el principal consuelo de un joven

autor: recordar que Lope de Vega y Calderón tuvieron críticos injustos y malintencionados y con modestia considerar que se encuentra exactamente en situación análoga. Pero tengo conciencia de que estas prudentes observaciones están desaprovechadas contigo. La calidad de autor es una manía para vencer la cual no existen razones lo bastante fuertes; y a ti te resultaría más fácil convencerme de que no amara, que a mí persuadirte de no escribir. Pero si no puedes evitar verte poseído, a veces, de un paroxismo poético, toma al menos la precaución de no poner tus poemas en manos de nadie, salvo de aquellos cuya simpatía por ti te asegure su aprobación.

-Entonces, señor, ¿no le parecen tolerables estos versos? -dijo Theodore con aire humilde y desalentado.

-No entiendes lo que quiero decir. Como afirmé antes, me agradaron mucho. Pero mi afecto por ti me vuelve parcial, y otros podrían juzgarlos menos favorablemente. Debo señalar, sin embargo, que ni siquiera mi prejuicio en tu favor me ciega hasta el punto de impedirme observar varios defectos. Por ejemplo, haces una terrible confusión con las metáforas; te muestras demasiado dispuesto a lograr que la fuerza de tu composición consista más en las palabras que en el sentido. Algunos de tus versos sólo parecen introducidos para producir un sonido agradable y la mayoría de las mejores ideas está tomada de otros poetas, aunque tal vez no tengas conciencia de tu apropiación. De vez en cuando tales deficiencias se pueden disculpar en una obra larga, pero un poema breve debe ser correcto y perfecto.

-Todo eso es cierto, señor, pero tenga en cuenta que sólo escribo por placer.

-Tus defectos son menos excusables. Pueden perdonarse las incorrecciones a quienes trabajan por dinero, que se ven obligados a completar una tarea dada en determinado plazo y a quienes se paga por la cantidad y no por la calidad de sus producciones. Pero en aquellos a

quienes ninguna necesidad obliga a convertirse en autores, que sólo escriben por la fama y tienen todo el tiempo para pulir sus composiciones, las faltas son imperdonables y merecen las más agudas flechas de la crítica.

El marqués se levantó del sofá; el paje parecía desalentado y melancólico y su amo no dejó de advertirlo.

-Sin embargo -añadió, sonriente-, creo que esos versos no te desmerecen. Tu versificación es tolerablemente desenvuelta y pareces tener buen oído. En conjunto, la lectura de tu poemita me causó mucho agrado y si no es pedir un favor demasiado grande, te quedaría muy agradecido si me hicieras una copia.

En el acto se iluminó el semblante del muchacho. No advirtió la sonrisa, entre aprobadora e irónica, que acompañaba el pedido, y con gran premura prometió la copia. El marqués se retiró a su alcoba, muy divertido por el efecto instantáneo que en la vanidad de Theodore había producido el final de su crítica. Se arrojó en su lecho, pronto quedó dormido y sus sueños le presentaron las imágenes más halagüeñas de felicidad en compañía de Inés.

Al llegar al palacio de Medina, la primera preocupación de Lorenzo fue averiguar si habían llegado cartas. Encontró varias esperándolo, pero la que buscaba no se hallaba entre ellas. A Leonela le había resultado imposible escribir esa noche. Pero su impaciencia por conquistar el corazón de don Cristóbal, sobre el cual se jactaba de haber provocado no escasa impresión, no le permitió dejar pasar otro día sin informarle acerca del lugar en que se la podía encontrar. A su regreso de la iglesia de los capuchinos relató a su hermana, con alborozo, cuán atento y amable había sido el caballero con ella; y también que el compañero se había comprometido a interceder por la causa de Antonia ante el marqués de las Cisternas. Elvira recibió esta noticia con ánimo muy distinto del que exhibía su informante. Censuró la imprudencia de su hermana por confiar su historia a un

desconocido y expresó sus temores de que ese paso tan poco sensato suscitara en el marqués prejuicios contra ella. Ocultó en su pecho la mayor de sus aprensiones. Había observado con inquietud que ante la mención de Lorenzo un intenso rubor inundaba las mejillas de su hija. La tímida Antonia no se atrevió a pronunciar su nombre. Sin saber por qué, se sentía turbada cuando se lo mencionaba y se esforzó por centrar la conversación en la persona de Ambrosio. Elvira advirtió las emociones de ese corazón juvenil; por consiguiente, insistió en que Leonela violase su promesa a los caballeros. Un suspiro, que al escuchar esa orden se le escapó a Antonia, confirmó en su decisión a la cautelosa madre.

Pero Leonela aspiraba a quebrantar esa resolución. La consideró inspirada por la envidia, y pensó que su hermana temía que se elevase por encima de ella. Sin comunicar a nadie sus planes, aprovechó una oportunidad para enviar la siguiente esquela a Lorenzo, quien la recibió en cuanto despertó:

"No cabe duda, señor Lorenzo, de que me habrá acusado varias veces de ingratitud y olvido. Pero le doy mi palabra de doncella que no estaba en mi poder cumplir ayer con mi promesa. No sé con qué palabras informarle cuán extraña fue la recepción que mi hermana tributó a su amable deseo de visitarla. Es una mujer anciana, con muchas buenas cualidades a su favor, pero sus celos de mí hacen que a menudo conciba ideas inexplicables. Al enterarse de que el amigo suyo me había prestado alguna atención, se alarmó de inmediato. Reprochó mi conducta y me prohibió en absoluto hacerle conocer el lugar de nuestra residencia. Mi intenso sentimiento de gratitud por sus amables ofrecimientos de servicios, y -¿puedo confesarlo?- mi deseo de volver a ver una vez más al afectuoso don Cristóbal, no me permiten obedecer tales instrucciones. Por lo tanto, he

robado un momento para informarle que nos alojamos en la calle de Santiago, a cuatro puertas del palacio de Albornoz, y casi enfrente del barbero Miguel Coello. Pregunte por doña Elvira Dalfa, pues, en cumplimiento de la orden de su suegro, a mi hermana se la sigue llamando por su apellido de soltera. Puede estar seguro de encontrarnos a las ocho de esta noche; pero no deje deslizar ni una sola palabra que pueda engendrar la sospecha de que escribí esta carta. Si ve al conde de Osorio, dígale -me ruborizo mientras lo declaro-, dígale que su presencia resultará por demás agradable para quien tanto simpatiza con él.

Leonela"

Las últimas frases estaban escritas con tinta roja, para expresar los sonrojos de sus mejillas mientras cometía un ultraje contra su modestia virginal.

En cuanto Lorenzo leyó la nota, salió en busca de don Cristóbal. Como no pudo encontrarlo durante el día, fue solo a casa de doña Elvira, para infinito desencanto de Leonela. Como el servidor con quien se hizo anunciar ya había declarado que su señora estaba en casa, ésta no tuvo excusas para rehusar la visita, pero consintió en recibirlo con mucha renuencia. Este desagrado se acentuó con los cambios que su cercanía produjeron en el semblante de Antonia y no disminuyó cuando se presentó el joven en persona. La armonía de su figura, la animación de sus facciones y la natural elegancia de su porte y sus modales convencieron a Elvira de que semejante invitado tenía que resultar peligroso para su hija. Decidió tratarlo con distante cortesía, declinar sus servicios con agradecimiento por haberlos ofrecido y hacerle sentir, sin ofensa, que sus futuras visitas estarían lejos de resultar gratas.

Al entrar encontró a Elvira, que no se hallaba bien de salud, reclinada en un sofá; Antonia estaba sentada ante su bastidor de bordado y Leonela, con atavío pastoril, leía la

Diana de Montemayor. A pesar de que era la madre de Antonia, Lorenzo no podía dejar de pensar que encontraría en Elvira a la verdadera hermana de Leonela y a la hija de "un zapatero tan honrado y laborioso como cualquiera de los de Córdoba". Una sola mirada bastó para volverlo a la realidad. Vio a una mujer cuyos rasgos, aunque deteriorados por la edad y el infortunio, ostentaban todavía las señales de una belleza distinguida. Una seria dignidad reinaba en su semblante, pero atemperada por una gracia y dulzura que la hacían en verdad encantadora. Lorenzo imaginó que en su juventud debió de parecerse a su hija, y en el acto perdonó la imprudencia del extinto conde de las Cisternas. Ella le rogó que se sentara y volvió a ocupar su lugar en el sofá.

Antonia lo recibió con una sencilla reverencia y continuó con su labor. Sus mejillas estaban teñidas de carmesí e hizo todo lo posible por ocultar su emoción, para lo cual se inclinó sobre su bastidor. Su tía también optó por exhibir sus aires de modestia, simuló ruborizarse y temblar y aguardó con los ojos bajos recibir, como esperaba, los cumplidos de don Cristóbal. Como al cabo de algún tiempo advirtió que no se veían muestras de que se acercara, se aventuró a mirar y advirtió con enfado que Medina no había llegado acompañado. La impaciencia no le permitió esperar una explicación. Interrumpió a Lorenzo, quien transmitía el mensaje de Raimundo, y quiso saber qué había sido de su amigo.

Él consideró necesario seguir conservando su simpatía y se esforzó por consolarla en su desilusión, aunque para ello debió deformar un tanto la verdad.

-¡Ay, señora! -respondió con voz melancólica. ¡Cuán desdichado se sentirá de perder esta oportunidad de presentarle sus respetos! La enfermedad de un pariente lo obligó a salir de Madrid con premura. Pero no me caben dudas de que a su regreso aprovechará con placer la primera ocasión para arrojarse a sus pies.

Al decir eso, su vista se encontró con la de Elvira; ella castigó suficientemente su falsía lanzándole una mirada que expresaba desagrado y reproche. Pero tampoco el engaño respondió a lo que él se proponía. Ofendida y desalentada, Leonela se levantó de su asiento y se retiró, irritada, a sus habitaciones.

Lorenzo se apresuró a reparar la falta que lo había rebajado en la opinión de Elvira. Relató su conversación con el marqués respecto de ella; le aseguró que Raimundo estaba dispuesto a reconocerla como la viuda de su hermano y que, hasta que pudiera presentarle sus cumplidos en persona, Lorenzo estaba encargado de reemplazarlo. Esta información alivió a Elvira de una pesada inquietud; ahora había encontrado un protector para su Antonia, huérfana de padre, por cuya suerte futura había sufrido la más grande de las aprensiones. No ahorró su agradecimiento a Lorenzo, quien con tanta generosidad había intervenido en su favor; ello no obstante, no lo invitó a repetir la visita. Pero cuando el joven se puso de pie para irse, pidió autorización para inquirir de vez en cuando por su salud, y la cortés sinceridad de sus modales, la gratitud por sus servicios y el respeto por su amigo el marqués no admitieron una negativa. Elvira consintió, a regañadientes, en recibirlo; él le prometió no abusar de su bondad y salió de la casa.

Antonia quedó entonces a solas con su madre; se produjo un momentáneo silencio. Las dos querían hablar sobre el mismo tema, pero ninguna sabía cómo iniciarlo. Una sentía una timidez que le sellaba los labios y que no podía explicarse; la otra temía descubrir que sus temores eran ciertos o inspirar a su hija ideas a las que todavía era ajena. Al cabo, Elvira inició la conversación.

-Es un joven encantador, Antonia. Me complace mucho. ¿Ayer, en la catedral, estuvo mucho tiempo a tu lado?

-No me dejó un instante, en la iglesia. Me ofreció su asiento y se mostró muy cortés y atento.

-¿De veras? Y entonces, ¿por qué no me mencionaste su nombre? Tu tía elogió a su amigo y tú alabaste la elocuencia de Ambrosio, pero ninguna de las dos dijo una palabra sobre la persona y los méritos de don Lorenzo. Si Leonela no hubiera hablado de su disposición a defender nuestra causa, yo no habría conocido su existencia.

Hizo una pausa. Antonia se sonrojó, pero guardó silencio.

-Quizá lo juzgas menos favorablemente que yo. En mi opinión, su figura es agradable, su conversación sensata y sus modales atrayentes. Aun así, es posible que tengas una opinión distinta de él; puede que lo consideres desagradable y...

-¿Desagradable? Por favor, querida madre, ¿cómo podría considerarlo así? Sería muy ingrata si no fuese sensible a su bondad de ayer, y muy ciega si se me hubieran escapado sus méritos. ¡Su figura es tan elegante, tan noble! ¡Sus modales tan gentiles, y sin embargo tan varoniles! Jamás vi tantos méritos unidos en una sola persona y dudo de que en Madrid pueda hallar otro igual.

-¿Por qué, pues, te mostraste tan parca en la alabanza de este fénix de Madrid? ¿Por qué se me ocultó que su compañía te había proporcionado placer?

-En verdad, no lo sé. Me haces una pregunta a la cual no puedo responder. Mil veces estuve a punto de mencionarlo; su nombre une brotaba a cada rato de los labios. Pero cuando iba a pronunciarlo, necesitaba coraje para cumplir mi deseo. Empero si no hablé de él no fue porque lo tuviera en menos.

-Eso creo. ¿Pero quieres que te diga por qué necesitabas coraje? Porque, acostumbrada a confiarme tus pensamientos más secretos, no sabías cómo ocultar -y temías reconocer- que tu corazón abrigaba un sentimiento

que sabías que yo desaprobaría. Ven aquí, hija mía. Antonia abandonó su bastidor de bordar, se puso de rodillas al lado del sofá y hundió el rostro en el regazo de la madre.

-¡No te inquietes, mi dulce niña! Considérame por igual tu amiga y tu madre y no temas que te haga reproches. He leído las emociones de tu pecho. Todavía careces de la habilidad suficiente para ocultarlas y no podían escapar a mi mirada atenta. Este Lorenzo es peligroso para tu tranquilidad; ya provocó una impresión en tu corazón. Es cierto que advierto con facilidad que tu afecto es correspondido; pero, ¿cuáles pueden ser las consecuencias? Eres pobre y no tienes amigas, Antonia. Lorenzo es el heredero del duque de Medinaceli. Aunque él tuviese intenciones honorables, su tío nunca aceptaría la unión, ni yo, sin ese consentimiento del tío. Por triste experiencia, conozco las penas que debe soportar quien ingresa por casamiento en una familia que no desea recibirla. Lucha, entonces, contra tu afecto; fuesen cuales fueren los dolores que pueda costarte, trata de dominarlo. Tu corazón es tierno y susceptible. Ya recibió una honda impresión pero, una vez convencida de que no debes alentar tales sentimientos, confío en que tendrás la suficiente fortaleza para expulsarlos de tu pecho.

Antonia le besó la mano y le prometió implícita obediencia. Elvira continuó:

-Para impedir que tu pasión se fortalezca, será preciso desalentar las visitas de Lorenzo. El servicio que nos prestó no me permite prohibirlas de manera explícita, pero, a menos que juzgue demasiado favorablemente su carácter, las interrumpirá sin ofenderse, si le confieso mis razones y me entrego por entero a su generosidad. La próxima vez que lo vea le confesaré con sinceridad la turbación que ocasiona su presencia. ¿Qué te parece, hija mía? ¿No es necesaria esa medida?

Antonia asintió a todo sin vacilaciones, aunque no sin lamentarlo. Su madre la besó con afecto y se retiró a su lecho. Antonia siguió su ejemplo y juró con tanta frecuencia no volver a pensar en Lorenzo, que hasta que el sueño le cerró los ojos no pensó en otra cosa.

Mientras esto ocurría en casa de Elvira, Lorenzo corrió a unirse al marqués. Todo estaba preparado para la segunda fuga de Inés, y a medianoche los dos amigos, con un coche y un tronco de cuatro caballos, se encontraban ante el muro del jardín del convento. Don Raimundo sacó su llave y abrió la puerta. Entraron y esperaron un rato a que se les incorporase Inés. Por último el marqués se impacientó. Como temía que su segundo intento no tuviera mejor éxito que el primero, se propuso explorar el convento. Los amigos avanzaron hacia él. Todo estaba silencioso y oscuro. La superiora anhelaba mantener en secreto la historia por temor de que el pecado de uno de los miembros de la congregación atrajese la deshonra sobre toda la comunidad o de que la intervención de allegados poderosos la privase de la venganza contra la víctima. Por lo tanto, se cuidó de no dar al amante de Inés causas para suponer que sus planes habían sido descubiertos y que su enamorada se hallaba a punto de sufrir el castigo por su falta. La misma razón la hizo rechazar la idea de arrestar en el jardín al desconocido seductor. Tal procedimiento habría creado gran alboroto y la deshonra de su convento circularía por todo Madrid. Se conformó con mantener encerrada a Inés. En cuanto al amante, lo dejó en libertad de proseguir con sus designios. El resultado fue el esperado. El marqués y Lorenzo aguardaron en vano hasta el alba y luego se retiraron en silencio, alarmados por el fracaso de su plan e ignorantes de la causa de su fiasco.

A la mañana siguiente, Lorenzo fue al convento y pidió ver a su hermana. La superiora se presentó a la puerta con semblante melancólico. Le informó que desde hacía varios

días Inés parecía muy agitada, que las monjas la habían instado en vano a que revelase la causa y a que pidiera ayuda y consuelo a la ternura de sus compañeras, que insistió con obstinación en ocultar el motivo de su congoja pero que la noche del jueves esta congoja produjo un efecto tan violento en su persona que cayó enferma y en ese momento guardaba cama. Lorenzo no creyó ni una palabra del relato; insistió en ver a su hermana. Si no podía presentarse ante la reja, quería que lo dejaran entrar a su celda. ¡La superiora se persignó! La escandalizó la idea de que la mirada profana de un hombre penetrase en el interior de su santa mansión y se manifestó asombrada de que Lorenzo pudiera pensar en semejante cosa. Le dijo que no se podía conceder su pedido, pero que, si regresaba al día siguiente, abrigaba la esperanza de que su amada hija estuviera lo bastante recuperada para recibirlo en el locutorio. Lorenzo se vio obligado a retirarse con esa respuesta, insatisfecho y temeroso por la seguridad de su hermana.

A la mañana siguiente volvió a hora temprana. “Inés estaba peor; el médico había diagnosticado que estaba en peligro inminente; se le ordenaba que guardase reposo y era absolutamente imposible que recibiera la visita de su hermano.” Lorenzo se enfureció ante esa respuesta, pero no había remedio. Gritó, suplicó, amenazó; no dejó sin probar medio alguno para conseguir ver a Inés. Sus esfuerzos fueron tan infructuosos como los de la víspera y, desesperado, volvió junto al marqués. Por su parte éste no había ahorrado fatigas para descubrir cuál era la causa del fracaso de su plan. Don Cristóbal, a quien se hicieron conocer entonces los detalles del asunto, hizo lo posible por sonsacar el secreto a la vieja portera de Santa Clara, con la cual había trabado relación. Pero ella estaba muy en guardia y no proporcionó información alguna. El marqués se sentía casi enloquecido, y la inquietud de Lorenzo era apenas menor. Ambos se hallaban convencidos de que el intento de

fuga había sido descubierto; no dudaban de que la enfermedad de Inés era una ficción, pero no sabían por qué medios rescatarla de manos de la superiora.

Todos los días, con regularidad, Lorenzo visitaba el convento; con la misma regularidad se le informaba que su hermana empeoraba, en lugar de mejorar. Seguro de que su indisposición era fingida, estas noticias no lo alarmaron. Pero su ignorancia de la suerte de ella y de los motivos que habían inducido a la superiora a impedirle verla, le provocaron la más seria inquietud. Todavía no sabía qué pasos dar cuando el marqués recibió una carta del cardenal-duque de Lerma. Incluía la esperada dispensa papal, por la cual se ordenaba que se relevara a Inés de sus votos y se la devolviera a sus parientes. Ese documento esencial decidió en el acto lo que harían sus amigos. Resolvieron que Lorenzo lo llevara a la superiora sin demora y exigiese que le entregaran a su hermana de inmediato. Contra ese mandato no se podían alegar enfermedades; concedía al hermano el poder de llevarla inmediatamente al palacio de Medina, y Lorenzo decidió usar ese poder al día siguiente.

Aliviada su mente de la inquietud respecto de su hermana y reanimado su espíritu por la esperanza de devolverle muy pronto la libertad, tuvo tiempo entonces de dedicar unos momentos al amor y a Antonia. A la misma hora de su visita anterior, se dirigió a casa de doña Elvira. Ésta había ordenado que lo hiciesen pasar. Tan pronto se lo anunció, su hija se retiró con Leonela; y cuando él entró en el aposento, encontró sola a la señora de la casa. Lo recibió con menos frialdad que antes y le pidió que se sentara cerca de ella, en el sofá. Después, sin perder tiempo, fue al grano, como había quedado convenido con Antonia.

-No debe considerarme desagradecida, don Lorenzo, ni olvidadiza de lo esenciales que son los servicios que me prestó ante el marqués. Siento el peso de mi obligación; nada, bajo el sol, podría inducirme a dar el paso a que ahora

me veo empujada, a no ser el interés de mi hija, mi amada Antonia. Mi salud declina; sólo Dios sabe cuándo seré llamada ante su trono. Mi hija quedará huérfana y sin amigos si perdiera la protección de la familia de las Cisternas. Es joven e inocente, no conoce la perfidia del mundo y posee suficientes encantos para convertirla en objeto de seducción. ¡Juzgue, entonces, cuánto tiemblo ante las perspectivas que la aguardan! ¡Juzgue lo ansiosa que debo de sentirme de apartarla de compañías que puedan excitar pasiones aún dormidas en su alma! Usted es bondadoso, don Lorenzo; Antonia posee un corazón susceptible, afectuoso, y agradece los favores que nos otorgó su intervención ante el marqués. La presencia de usted me hace temblar; temo que le inspire sentimientos que puedan amargarle el resto de la vida o incitarla a abrigar esperanzas injustificables e inútiles en su situación. Perdóneme cuando confieso mis terrores, y deje que la franqueza sea mi excusa. No puedo impedirle el ingreso a mi casa, pues la gratitud me lo prohíbe. Sólo puedo confiar en su generosidad e implorarle que se apiade de los sentimientos de una madre ansiosa y amante. Créame cuando le aseguro que lamento la necesidad de rechazar su amistad, pero no hay otra salida por cuanto el interés de Antonia me obliga a rogarle que deje de visitarnos. Si acata mi pedido, aumentará la estima que ya siento por usted, y de la cual todo me convence que es merecedor.

-Su franqueza merece mi reconocimiento -replicó Lorenzo. Descubrirá que no se equivocó en su opinión favorable sobre mí. Espero, sin embargo, que las razones que ahora estoy en condiciones de alegar la convenzan de retirar un pedido que no puedo obedecer sin una infinita reluctancia. Amo a su hija; la amo con gran sinceridad; no deseo mayor dicha que inspirarle los mismos sentimientos y recibir su mano ante el altar. Es cierto que yo mismo no soy rico; la muerte de mi padre dejó muy poco en mi posesión,

pero mis posibilidades futuras justifican que pretenda a la hija del conde de las Cisternas.

Iba a continuar, pero doña Elvira lo interrumpió.

-¡Ay, don Lorenzo! Tras ese pomposo título usted oculta la oscuridad de mi origen. Olvida que he pasado catorce años en España, desconocida por la familia de mi marido y subsistiendo con un estipendio apenas suficiente para mantener y educar a mi hija. Aún más, inclusive fui rechazada por la mayoría de mis propios parientes, quienes por envidia fingen dudar de la realidad de mi casamiento. Como mi pensión fue interrumpida a la muerte de mi suegro, me vi llevada al borde mismo de la indigencia. En esa situación me halló mi hermana quien, a pesar de sus flaquezas, posee un corazón cálido, generoso y afectuoso. Me ayudó con la escasa fortuna que le dejó mi padre, me convenció de que viniera a Madrid y nos mantuvo, a mi hija y a mí, desde que salimos de Murcia. Entonces, no considere a Antonia descendiente del conde de las Cisternas; considérela una huérfana pobre y desprotegida, nieta del artesano Toribio Dalfa y menesterosa pensionista de la hija de ese artesano. Piense en la diferencia que existe entre esa situación y la del sobrino y heredero del poderoso duque de Medina. Creo que sus intenciones son honorables pero, como no hay esperanzas de que su tío apruebe la unión, preveo que las consecuencias de su afecto tienen que ser fatales para la tranquilidad de mi niña.

-Perdóneme, señora. Está mal informada si supone que el duque de Medina se parece a la generalidad de los hombres. Sus sentimientos son liberales y desinteresados. Me quiere mucho y no tengo motivos para temer que prohíba el matrimonio, cuando advierta que mi dicha depende de Antonia. Pero suponiendo que rehúse su aprobación, ¿qué puedo temer? Mis padres ya no viven; soy el dueño de mi pequeña fortuna, que bastará para mantener

a Antonia, y por su mano cambiaría el ducado de Medina sin un suspiro de lamentación.

-Usted es joven y vehemente. Es natural que albergue esas ideas. Pero la experiencia me enseñó, a mi costa, que las maldiciones son las compañeras de una alianza desigual. Me casé con el conde de las Cisternas en oposición a la voluntad de sus parientes. Muchas penurias castigaron ese paso imprudente. A dondequiera nos dirigiéramos, la execración de un padre perseguía a Gonzalo. La pobreza nos alcanzó y no tuvimos un amigo cerca para mitigar nuestras necesidades. Nuestro afecto mutuo continuaba existiendo, pero, ¡ay!, no sin sobresaltos. Acostumbrado a la riqueza y la holgura, mal podía mi esposo soportar la transición a los apremios y la indigencia. Recordaba con pesar las comodidades de que otrora había gozado. Lamentaba la situación que había abandonado por mí y en momentos en que la desesperación se apoderaba de su espíritu me reprochaba por haberlo convertido en esclavo de la necesidad y la miseria. ¡Me llamó su perdición, la fuente de sus dolores, la causa de su destrucción! ¡Ay Dios, poco sabía cuánto más agudos eran los reproches de mi propio corazón! ¡Ignoraba que yo sufría triplemente, por mí, por mis hijos y por él! Es cierto que pocas veces le duraba la ira, su sincero afecto por mí se reanimaba muy pronto en su corazón y entonces su arrepentimiento por las lágrimas que me había hecho derramar me torturaba aún más que sus reproches. Se echaba al suelo, imploraba mi perdón en los términos más frenéticos y se cubría de maldiciones por ser el asesino de mi paz. Como la experiencia me enseñó que una unión contraída contra las inclinaciones de las familias de ambas partes tiene que ser desdichada, salvaré a mi hija de las miserias que yo misma sufrí. Sin el consentimiento de su tío, y mientras yo viva, Antonia nunca será de usted. No me cabe duda de que él desaprobará la unión; su poder es

inmenso, y Antonia no se verá expuesta a su cólera y persecución.

-¿Su persecución? ¡Con cuánta facilidad se la puede evitar! Que suceda lo peor y sólo se tratará de salir de España. Mi fortuna puede fortalecerse con facilidad. Las Indias Occidentales nos ofrecerán un refugio seguro. Tengo una finca, aunque no de gran valor, en Santo Domingo; allí huiremos y lo consideraré mi país natal, si me ofrece la posesión tranquila de Antonia.

-¡Ay, don Lorenzo, ésa es una visión placentera, romántica! Gonzalo pensaba lo mismo. Imaginaba que podía irse de España sin lamentarlo. Pero el momento de la partida lo desengañó. ¡Usted no sabe aún lo que es abandonar su tierra natal, abandonarla para no volver a verla! ¡No sabe lo que es cambiar los lugares en que pasó su infancia por territorios desconocidos y climas bárbaros! ¡Ser olvidado absoluta y eternamente, por los compañeros de su juventud! ¡Ver que sus más queridos amigos, los más amados objetos de su afecto, perecen por enfermedades propias del clima exótico y encontrarse incapacitado para procurarles la ayuda necesaria! ¡Yo sentí todo eso! Mi marido y dos tiernos recién nacidos encontraron sus tumbas en Cuba. Nada habría salvado a mi pequeña Antonia, a no ser mi pronto regreso a España. ¡Ay, don Lorenzo!, ¿puede entender cuánto sufrí durante mi ausencia? ¡Si supiese qué intensamente lloré todo lo que había dejado atrás y qué añorado me era el nombre mismo de España! Envidiaba a los vientos que soplaban hacia ella. Y cuando el marinero español entonaba alguna melodía muy conocida, al pasar ante mi ventana, las lágrimas me llenaban los ojos, mientras pensaba en mi suelo natal. También Gonzalo... mi marido...

Elvira se interrumpió. Le tembló la voz y se cubrió el rostro con un pañuelo. Luego de un breve silencio se levantó del sofá y continuó:

-Perdóneme si lo dejo unos momentos. El recuerdo de todo lo que sufrí me agita mucho y necesito estar sola. Hasta que regrese, lea estos versos. Después de la muerte de mi marido los hallé entre sus papeles. Si hubiera sabido antes que tenía esos sentimientos, la pena me habría matado. Escribió el poema en su viaje a Cuba, cuando la congoja le nublaba el espíritu y olvidó que tenía esposa e hijos. Lo que perdemos siempre nos parece lo más inapreciable. Gonzalo abandonaba España para siempre, y por lo tanto España le resultaba más querida que todo lo demás que contenía el mundo. Léalas, don Lorenzo, y tendrá alguna idea de los sentimientos de un hombre desterrado.

Elvira dejó un papel en manos de Lorenzo y se retiró de la habitación. El joven examinó el contenido y vio que era el siguiente:

El exiliado

¡Adiós, España natal! ¡Por siempre adiós!
Estos ojos desterrados ya no verán tus costas;
Sombríos presagios dicen a mi corazón que nunca
Pisarán tus playas los pies de Gonzalo.

Los vientos callan; mientras el velero avanza
Con quedo movimiento y surca el terso océano,
Siento que me falta el pregonado brío
Y maldigo las olas que me alejan de España.

¡Aún la veo! Bajo el claro cielo azul lejano
Aparecen todavía las amadas cúpulas.
Desde los acantilados lejanos los vientos aún me traen
Los nativos acentos que escucho, inolvidables.

Apoyadas en roca musgosa y cantando alegre,
Allí, al sol, el pescador sus redes seca;
Cuantas veces oí la canción, que me trae
Escenas de viejas alegrías, y mi dolor aumenta.

¡Ay, pastor feliz! Espera la acostumbrada hora
En que el ocaso oscurece el cielo;
Y entonces busca el querido hogar paterno
Y el festín comparte que ofrecen sus sembrados.

Amistad y Amor, sus invitados, lo reciben
Con calor honrado y con sonrisa sincera.
Amenazadoras penas la alegría no le quitan,
Ni hay suspiros en su pecho, ni en sus mejillas lágrimas.

¡Ay, feliz pastor! Tanto placer a mí negado,
Tanta fortuna como tienes, con envidia miro.
Yo, que de España hacia el destierro huyo,
De todo lo que quiero, de lo mío me despido.

Ya no oiré la conocida endecha cantada
Por una montañesa, pastora de sus cabras,
Ni al aldeano implorar piedad enamorada,
Ni al campesino entonar su rústico lamento.

No volveré a mis padres abrazar,
Ni a gustar de la doméstica calma; lejos
De la alegría, en suspiros que el recuerdo aviva,
A llameantes cielos y a lejanos climas me encamino.

Donde el sol exótico engendra nuevos males
Y habitan tigres y serpientes, hacia allá navego.
No hay arte que apague la sed que me consume,
La plaga amarilla y el sol ardiente de este día.

Mas el lento dolor me despedaza el cuerpo,
Morir poco a poco, con la vida en flor,
La sangre hirviente de insaciable fiebre
Y el cerebro que delira de furia y terror.

Pueden darme tal pena, que a separarme lleguen,
Con grandes sufrimientos, de ti, ¡mi país!
¡Sentir que el corazón te añorará por siempre
Y que tus alegrías no volveré a tener!

¡Ay, cuánto mi fantasía, entre sus sueños,
Recuerda mi patria natal y rememora!
¡Cuánto el dolor hará que en mi revivan,
Deleites perdidos y amigos que dejé!

Valles de Murcia y románticas glorietas amadas,
EL río a cuya vera jugaba cuando niño,
Las salas del castillo, sus tan ceñudas torres,
Cada bosque añorado, cada claro que conocí.

Sueños de patria en que viven mis deseos,
Paisajes que estoy llamado a no ver jamás.
Muchas veces volverá a ellos la memoria,
Tormento del alma, placer antes, hoy dolor.

¡Mas ay!, el sol bajo las olas se recuesta,
La noche corre a ocupar su reino;
Nubes, de mi vista alejan las torres de la aldea
Que apenas veo ya, que ya no veo.

¡No sopléis, vientos, y vosotras aguas aquietaos!
Duerme, mi barca, en la paz de la mar,
Que mañana, cuando el sol vuelva a dorar el océano,
Mis ojos vean nuevamente a España.

¡Vano deseo! El postrer pedido se me niega,
De nuevo sopla el ventarrón, y altas las olas,
Lejos seré cuando a nacer vuelva la aurora.
¡Ah, para siempre, entonces, nativa España, adiós!

Apenas tuvo tiempo Lorenzo de leer este poema, cuando regresó Elvira. Dar rienda suelta a las lágrimas la había aliviado, y su espíritu recuperó su habitual compostura.

-Nada más tengo que decir, señor -expresó. Ya conoce mis aprensiones y mis razones para pedirle que no reitere sus visitas. Me he confiado por completo a su honor. Estoy segura de que no me mostrará que mi opinión sobre usted fue indebidamente favorable.

-Una sola pregunta más, señora, y la dejo. Si el duque de Medina aprobase mi amor, ¿mi presencia resultaría inaceptable para usted y la bella Antonia?

-Le seré franca, don Lorenzo. Como hay pocas probabilidades de que tal unión se concrete, me temo que mi hija la desea con excesivo ardor. Usted produjo en su joven corazón una impresión que suscita mi mayor alarma. Para impedir que esa impresión se fortalezca, me veo obligada a rechazar su trato. Por mi parte, puede estar seguro de que me regocijaría establecer a mi niña en forma tan ventajosa. Consciente de que mi físico, debilitado por la pena y la enfermedad, me prohíbe esperar una larga permanencia en este mundo, tiemblo ante el pensamiento de dejarla bajo la protección de un extraño. Desconozco por completo al marqués de las Cisternas. Él se casará; su esposa puede mirar a Antonia con recelo y privarla de su único amigo. Si el duque, su tío, diera su consentimiento, no dude de que obtendrá el mío y el de mi hija. Pero sin él no debemos abrigar esperanzas. Sea como fuere, cualesquiera sean las medidas que adopte, sea cual resultare ser la decisión del duque, hasta que usted la conozca permítame que le

ruegue que se abstenga de fortalecer con su presencia las simpatías de Antonia. Si la aprobación de sus parientes lo autoriza a cortejarla, mis puertas quedarán abiertas para usted. Si la autorización es negada, confórmese con poseer mi gratitud y estima, pero recuerde que no debemos volver a encontrarnos.

Lorenzo prometió a regañadientes respetar esta decisión pero agregó que esperaba obtener muy pronto el consentimiento que le daría derecho a reanudar sus relaciones. Luego le explicó por qué el marqués no la había visitado en persona y no tuvo escrúpulos en hacerle conocer la historia de su hermana. Terminó diciendo "que abrigaba la esperanza de ver a Inés en libertad al día siguiente; y que en cuanto los temores de don Raimundo al respecto hubieran terminado, no perdería tiempo en dar a doña Elvira las seguridades de su amistad y protección".

La dama meneó la cabeza.

-Tiemblo por su hermana -afirmó. He oído hablar de muchos rasgos del carácter de la superiora de Santa Clara, de boca de una amiga que se educó con ella en el mismo convento. Me informó que es altanera, inflexible, fanática y vengativa. Desde entonces oí decir que abriga la idea de hacer de su convento el más estricto de Madrid y que nunca perdonó a aquellas que por imprudencia arrojaban sobre él el menor baldón. Aunque violenta y severa por naturaleza, cuando sus intereses lo exigen sabe muy bien adoptar la apariencia de la benignidad. No deja de apelar a ningún recurso para convencer a las jóvenes de rango que ingresen en su comunidad. Es implacable cuando se irrita y como posee demasiada audacia no se abstiene de adoptar las medidas más rigurosas para castigar a la transgresora. Sin duda, juzga que el hecho de que su hermana abandone el convento es una deshonra para la institución; empleará todos los artificios para eludir el cumplimiento del mandato

de Su Santidad; y me estremezco al pensar que doña Inés se encuentra en manos de esa peligrosa mujer.

Lorenzo se puso de pie para despedirse. Elvira le dio la mano en el momento de la separación, que él besó con respeto; le dijo que esperaba tener muy pronto el permiso para besar la de Antonia y regresó a su residencia. La dama quedó muy satisfecha con la conversación que se había desarrollado entre ellos. Consideraba con agrado la perspectiva de que él llegase a ser su yerno, pero la prudencia le pedía que ocultara a su hija el conocimiento de las halagüeñas esperanzas que ella misma se aventuraba a abrigar.

Apenas nacido el día, ya Lorenzo se encontraba en el convento de Santa Clara, provisto del necesario mandato. Las monjas estaban en maitines. Esperó con impaciencia la conclusión del servicio y por fin la superiora se presentó en el locutorio. Pidió la presencia de Inés. La anciana respondió, con expresión melancólica, que la situación de la querida niña empeoraba hora tras hora, que los médicos desesperaban de mantenerla con vida, pero que habían declarado que su única posibilidad de recuperación consistía en dejarla tranquila y no permitir que se acercasen a ella aquellos cuya presencia podía inquietarla. Lorenzo no creyó una sola palabra de todo eso, como tampoco en las expresiones de congoja y afecto por Inés, que salpicaron el relato. Para terminar el asunto, puso la dispensa papal en manos de la superiora e insistió en que, sana o enferma, su hermana le fuera entregada sin demora.

La superiora recibió el documento con apariencia de humildad, pero en cuanto su vista recorrió el contenido su resentimiento traicionó sus esfuerzos hipócritas. Una oleada de intenso rubor le cubrió las facciones y lanzó a Lorenzo miradas de cólera y amenaza.

-Esta orden es imperiosa -dijo con voz airada, que en vano trató de atenuar. De buena gana la obedecería, pero por desgracia no está en mi poder.

Lorenzo la interrumpió con una exclamación de sorpresa.

-Le repito, señor: obedecer esta orden está totalmente fuera de mi poder. Por ternura hacia los sentimientos de un hermano, le habría comunicado el suceso poco a poco, con el fin de prepararlo para recibirlo con fortaleza. Mis propósitos ya no pueden llevarse a cabo. Esta orden me obliga a entregarle sin demora su hermana Inés. Por lo tanto me veo obligada a informarle sin circunloquios que murió el viernes pasado.

Lorenzo retrocedió, horrorizado, y se puso pálido. Al reflexionar un momento se convenció de que esta afirmación debía ser falsa y ello lo volvió a sus cabales.

-¡Me engaña! -dijo con apasionamiento. Hace apenas cinco minutos me aseguró que, si bien enferma, estaba con vida. ¡Tráigala ahora mismo! Quiero y debo verla, y serán inútiles todos los intentos de impedírmelo.

-Pierde los estribos, señor. Debe respeto a mi edad, tanto como a mi condición. Su hermana ya no existe. Si al principio le oculté su muerte, fue por temor de que un suceso tan inesperado le produjese un efecto demasiado violento. En verdad, mal se me paga mi atención. ¿Y qué interés, dígame, podría yo tener en retenerla? Saber que su deseo era abandonar nuestra comunidad para mí era motivo suficiente de que deseara su alejamiento y de que la considerara una deshonra para este convento. Pero se ha enajenado mi afecto en una forma más culpable aún. Sus crímenes fueron grandes; y cuando usted conozca la causa de su muerte, sin duda se regocijará, don Lorenzo, de que semejante desdichada ya no exista. Enfermó el jueves, al regresar de la confesión en la capilla de los capuchinos. Su dolencia parecía estar acompañada por extrañas

circunstancias, pero insistió en ocultarnos su causa. Gracias a la Virgen, ¡fuimos demasiado ignorantes para sospecharla! ¡Juzgue, pues, cuál habrá sido nuestra consternación, nuestro horror, cuando al día siguiente alumbró un niño muerto al nacer, a quien inmediatamente siguió a la tumba! ¿Cómo, señor? ¿Es posible que su semblante no exprese sorpresa, indignación? ¿Es posible que conociera la infamia de su hermana y que aun así siguiese dispensándole su afecto? En ese caso, no necesita mi compasión. Nada más puedo decir, aparte de repetir mi incapacidad para cumplir la orden de Su Santidad. Inés ya no existe; y para convencerlo de que esto es verdad, juro por nuestro Salvador que han pasado tres días desde que la enterramos. Al decir esto besó un pequeño crucifijo que le colgaba del cinturón. Luego se levantó de la silla y salió del locutorio. Cuando se retiraba, lanzó a Lorenzo una mirada de desprecio.

Lorenzo también se retiró, henchido de aflicción. Pero la de don Raimundo, ante la noticia, rayó en la locura. No quiso convencerse de que Inés estuviese muerta de verdad y continuó insistiendo en que los muros de Santa Clara seguían encerrándola. Argumento alguno pudo hacerle abandonar sus esperanzas de recobrarla. Todos los días se inventaba una nueva treta para conseguir informaciones acerca de ella y todas obtenían el mismo escaso éxito.

Por su parte, Medina abandonó su idea de volver a ver a su hermana, aunque creía que se la habían llevado por medios ilícitos. Así persuadido, respaldó las búsquedas de don Raimundo, decidido -si descubría la menor justificación de sus sospechas- a tomarse una severa venganza contra la insensible superiora. La pérdida de su hermana lo afectó sinceramente, y no fue la menor causa de su dolor el hecho de que las reglas de comportamiento lo obligasen a postergar por un tiempo la mención de Antonia al duque. Entretanto, sus emisarios no dejaban de rondar la puerta de Elvira. Conocía todos los movimientos de su amada. Como

nunca dejaba de concurrir, los jueves, al sermón de la catedral de los capuchinos, contaba con la seguridad de verla una vez por semana. Pero en cumplimiento de su promesa, se abstenía con cuidado de ser observado por ella. Así pasaron dos largos meses. Aún no había informaciones sobre Inés. Todos, menos el marqués, creían en su muerte, y entonces Lorenzo decidió revelar sus sentimientos a su tío. Ya había hecho algunas insinuaciones en cuanto a su intención de casarse. Fueron recibidas de manera tan favorable como era de esperar y no le cabían dudas sobre el éxito de su solicitud.

CAPÍTULO VI

Cuando presas de embeleso, abrazados yacían,
Bendijeron la noche y odiaron el nuevo día.
NATHANIEL LEE

El arrebato de éxtasis había pasado. El deseo de Ambrosio estaba colmado. El Placer huyó y la Vergüenza usurpó su lugar en el corazón. Confuso y aterrado por su debilidad, se apartó de los brazos de Matilde. Su perjurio se presentaba ante él. Reflexionó en el episodio que acababa de protagonizar y tembló por las consecuencias de un descubrimiento: contempló el futuro con horror. Su corazón estaba entristecido y se convirtió en morada de la saciedad y el disgusto. Evitó la mirada de su compañera de flaquezas. Predominó un melancólico silencio, durante el cual ambos parecieron ocupados en desagradables reflexiones.

Matilde fue la primera en quebrarlo. Le tomó la mano con dulzura y se la llevó a los ardientes labios.

-¡Ambrosio! -murmuró con voz suave y temblorosa.

El abad se sobresaltó ante el sonido. Volvió los ojos hacia los de Matilde; los tenía llenos de lágrimas. Sus mejillas

estaban cubiertas de sonrojo y su mirada suplicante parecía solicitar la compasión de él.

-¡Peligrosa mujer! -exclamó Ambrosio. ¡En qué abismo de desdicha me has hundido! Si se descubriese tu sexo, mi honor, qué digo, mi vida, debería dar en pago por el placer de unos pocos instantes. ¡Qué tonto fui en entregarme a tus seducciones! ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Cómo expiar mi ofensa? ¿Qué penitencia puede redimir la gravedad de mi delito? ¡Desdichada Matilde, destruiste mi tranquilidad para siempre!

-¿A mí esos reproches, Ambrosio? ¿A mí, que sacrifiqué por ti los placeres del mundo, el lujo de las riquezas, la delicadeza de mi condición femenina, mis amistades, mi fortuna y mi renombre? ¿Qué perdiste que yo conserve? ¿No comparto yo tu culpa? ¿No compartiste tú mi placer? ¿Culpa dije? ¿En qué consiste la nuestra, sino en la opinión de un mundo mal pensado? ¡Que ese mundo los ignore y que nuestros goces se vuelvan divinos e inocentes! Antinaturales fueron tus votos de celibato; el hombre no fue creado para ese estado. ¡Y si el amor fuese un delito, Dios jamás lo habría hecho tan dulce, tan irresistible! Entonces, ahuyenta esas nubes de tu frente, Ambrosio mío. Entrégate a esos goces con libertad, pues sin ellos la vida es un don inútil. ¡Deja de reprocharme por haberte enseñado qué es la felicidad y comparte los mismos arrebatos con la mujer que te adora!

Mientras hablaba, los ojos se le cargaron de deliciosa languidez; el pecho se le agitaba. Lo estrechó ardientemente en los brazos, lo atrajo hacia sí y pegó les labios a los de él. Ambrosio volvió a sentir el deseo. La suerte estaba echada; sus votos ya habían sido violados. Había cometido el pecado, ¿por qué abstenerse de disfrutar de su recompensa? La oprimió contra su pecho con redoblada pasión. No reprimido ya por el sentimiento de vergüenza, dio rienda suelta a sus intemperados apetitos, mientras la bella libertina

ponía en práctica todas las artimañas de la vehemencia, todos los refinamientos del arte del placer que pudiesen acentuar el goce de su posesión y hacer más exquisitos los raptos de su amante. Ambrosio se hundió en deleites hasta entonces desconocidos para él. Veloz voló la noche y la mañana se arreboló al verlo todavía envuelto en los abrazos de Matilde.

Ebrio de pasión, el monje salió del seductor diván de la sirena. Ya no pensaba con vergüenza en su incontinencia, ni temía la venganza del cielo ultrajado. Su único temor era que la muerte lo despojara de sus goces, respecto de los cuales su largo ayuno no había hecho otra cosa que estimular los apetitos. Matilde seguía bajo la influencia del veneno y el ardiente monje tembló menos por la vida de su salvador que por la de su amada. Privado de ella, no le sería fácil encontrar otra compañera con quien pudiese librarse tan plenamente a sus pasiones, y con tanta seguridad. Por lo tanto la instó con apremio a usar los medios de salvación que declaraba tener en su poder.

-Sí -respondió Matilde, ya que me hiciste sentir que la vida es valiosa, por lo menos trataré de salvarla. Ningún peligro me espantará. Miraré con audacia las consecuencias de mi acción y no temblaré ante los horrores que presente. Pensaré que mis sacrificios son apenas dignos de comprar tu posesión y recordaré que un momento pasado entre tus brazos, en este mundo, paga con creces una era de castigo en el que viene. Pero antes de dar ese paso, Ambrosio, júrame solemnemente que jamás tratarás de averiguar por qué medios me salvaré.

Él así lo hizo, con las máximas seguridades de obediencia.

-Te agradezco, mi amado. Esta precaución es necesaria, pues aunque no lo sabes, te encuentras bajo el imperio de prejuicios vulgares. La tarea a que debo dedicarme esta noche podría sobresaltarte por su naturaleza insólita y

rebajarme en tu opinión. Dime, ¿tienes la llave de la puerta baja del lado oeste del jardín?

-¿La que da al cementerio común a nosotros y a la comunidad de Santa Clara? No la tengo, pero puedo conseguirla con facilidad.

-Sólo debes hacer esto. Déjame entrar en el cementerio a medianoche. Vigila mientras desciendo a la cripta de Santa Clara, no sea que algún ojo indiscreto observe mis acciones. Déjame sola allí durante una hora y la vida que dedico a tus placeres quedará a salvo. Para impedir sospechas, no me visites durante el día. Acuérdate de la llave y de que te espero antes de las doce. ¡Aguarda! ¡Oigo pasos que se acercan! Déjame; fingiré dormir.

El fraile obedeció y salió de la celda. Cuando abrió la puerta se presentó el padre Pablo.

-Vengo -declaró éste- a preguntar por la salud de mi joven paciente.

-¡Silencio! -respondió Ambrosio, llevándose el dedo a los labios. Habla en voz baja. Acabo de verlo. Ha caído víctima de una profunda modorra, que sin duda le resultará beneficiosa. No lo molestes ahora, pues desea descansar.

El padre Pablo obedeció, y al oír sonar la campana acompañó al abad a maitines. Ambrosio se sintió turbado cuando entró en la capilla. La culpabilidad era nueva para él e imaginaba que todos los ojos podían leer en su rostro las actividades de la noche. Se esforzó por orar; su pecho ya no ardía de devoción; sus pensamientos erraban, sin quererlo, en dirección a los encantos de Matilde. Pero lo que le faltaba de pureza de corazón lo reemplazó con apariencia de santidad. Para mejor enmascarar su transgresión, redobló su ficción de virtud, y jamás pareció más consagrado al cielo que cuando había violado sus compromisos. Y así, en forma inconsciente, sumó la hipocresía al perjurio y la incontinencia. En estos últimos errores había caído por ceder a una seducción casi irresistible; pero ahora era

culpable de una falta voluntaria, por tratar de ocultar aquellas a las que alguien lo había empujado.

Terminados los maitines, Ambrosio se retiró a su celda. El regocijo que acababa de probar por primera vez seguía impreso en su mente. Su cerebro se hallaba trastornado y presentaba un confuso caos de remordimiento, pasión, inquietud y temor. Recordaba con pena la paz del alma, la seguridad de la virtud, que hasta entonces le habían pertenecido. Había caído en excesos cuya sola idea, veinticuatro horas atrás, lo habrían hecho retroceder con horror. Se estremeció al pensar que una insignificante indiscreción por su parte, o por la de Matilde, desgarraría la tela de una reputación que le había costado treinta años tejer y lo entregaría al aborrecimiento de la gente de la que era ídolo. La conciencia le pintó con deslumbrantes colores su perjurio y debilidad; la aprensión le magnificó los horrores del castigo y ya se imaginaba en las prisiones de la Inquisición. A estas torturantes ideas siguieron la belleza de Matilde y las deliciosas lecciones que una vez aprendidas jamás pueden olvidarse. El solo recuerdo bastó para reconciliarlo consigo mismo. Consideró que los goces de la noche anterior habían sido comprados a un fácil precio, mediante el sacrificio de la inocencia y el honor. El recuerdo mismo de esos goces le llenaba el alma de éxtasis. Maldijo su tonta vanidad, que lo había inducido a desperdiciar en la oscuridad la flor de su vida, ignorante de las bendiciones del amor y la mujer. Decidió, de todos modos, proseguir sus relaciones con Matilde, y llamó en su ayuda todos los argumentos que pudiesen confirmarlo en su resolución. Si llegaba a conocerse su falta, se preguntó en qué consistiría su transgresión y qué consecuencias debía temer. No dudaba de continuar conservando la estima de los hombres, y aun la protección del cielo, mediante la estricta observancia de todas las reglas de su orden, salvo la de la castidad. Confiaba en ser perdonado fácilmente por una desviación tan leve y

natural respecto de sus votos. Pero olvidaba que, una vez pronunciados éstos, la incontinencia, para los legos el más común de los errores, se convertía en su persona en el más horrendo de los pecados.

Una vez decidida su conducta futura, su espíritu se tranquilizó. Se echó en la cama, y mediante el sueño trató de recuperar sus fuerzas, agotadas por sus excesos nocturnos. Despertó vigorizado y ansioso de repetir sus acciones. Obediente a la orden de Matilde, no la visitó en su celda durante el día. El padre Pablo mencionó en el refectorio que Rosario había accedido por fin a aceptar su receta; pero que la medicina no producía el menor efecto y que creía que ninguna habilidad mortal podía salvarlo de la tumba. El abad coincidió con esa opinión y fingió lamentar la prematura muerte de un joven cuyos talentos parecían tan promisorios.

Llegó la noche. Ambrosio se había ocupado de pedirle al portero la llave de la puertecita que comunicaba con el cementerio. Provisto de ella, salió de su celda cuando todo se encontraba en silencio en el monasterio y corrió a la de Matilde. Ésta había abandonado el lecho y ya estaba vestida.

-Te esperaba con impaciencia -dijo. Mi vida depende de estos momentos. ¿Tienes la llave?

-La tengo.

-Vamos, pues, al jardín. No tenemos tiempo que perder. ¡Sígueme!

Tomó de la mesa un cestito cubierto. Con él en una mano y la lámpara, que ardía sobre el hogar, en la otra, se apresuró a salir de la celda. Ambrosio la siguió. Ambos guardaron un profundo silencio. Ella avanzaba con pasos rápidos pero cautelosos; pasó por los claustros y llegó al sector oeste del jardín. Sus ojos llameaban con un fuego y un salvajismo que a la vez infundieron en el monje pavor y sobrecogimiento. Una valentía desesperada y decidida se impuso en las facciones de ella. Entregó la lámpara a Ambrosio; luego tomó la llave, abrió la puertecilla y entró en

el cementerio. Era un cuadrado vasto y espacioso, arbolado con coníferas. La mitad pertenecía a la abadía, la otra era de propiedad de la compañía de Santa Clara y estaba protegida por una techumbre de piedra. Una verja de hierro marcaba la división y su puerta quedaba por lo general sin llave.

Hacia allí encaminó Matilde sus pasos. Abrió el portillo y buscó la puerta que conducía a las criptas en las cuales reposaban los cuerpos pulverizados de las monjas de Santa Clara. La noche era oscurísima; no se veía la luna ni las estrellas. Por fortuna, no había ni una brisa y el fraile llevaba la lámpara sin tropiezos. Con la ayuda de sus rayos, descubrieron muy pronto la puerta de las catacumbas. Se hallaba hundida en el hueco de una pared y casi cubierta por gruesos festones de hiedra que colgaban sobre ella. Tres escalones de tosca piedra desgastada bajaban hasta allí y Matilde se encontraba a punto de descenderlos cuando de pronto retrocedió.

-¡Hay gente en las bóvedas! -susurró al monje. Ocúltate hasta que pasen.

Se refugió detrás de una elevada y magnífica tumba, erigida en honor de la fundadora del convento. Ambrosio siguió su ejemplo y escondió con cuidado su lámpara, para que su luz no los traicionara. Apenas transcurrieron unos momentos cuando se abrió la puerta que comunicaba con las cavernas subterráneas. Rayos de luz subieron por la escalera; permitieron que los espectadores ocultos observaran a dos mujeres ataviadas con hábitos religiosos, que parecían muy entregadas a su conversación. El abad no tuvo dificultad en reconocer a la superiora de Santa Clara en la primera y a una de las monjas de más edad en su compañera.

-Todo está preparado -dijo la superiora. Su suerte se decidirá mañana. Inútiles serán todas sus lágrimas y suspiros. ¡No! ¡En veinticinco años que llevo de superiora de este convento, nunca conocí un asunto tan infame!

-Debes esperar una gran oposición a tu voluntad -replicó la otra con tono más tranquilo. Inés tiene muchos amigos en el convento y la madre Úrsula defenderá su causa con mucho ardor. En verdad, merece tener amigos, y me gustaría convencerte de que consideres su juventud y su particular situación. Parece tener conciencia de su falta; el exceso de su congoja demuestra su arrepentimiento y estoy convencida de que sus lágrimas fluyeron más por contrición que por miedo al castigo. Reverenda madre, si quisieras persuadirte de que debes mitigar la severidad de tu sentencia, si te dignaras pasar por alto esa primera transgresión, yo me ofrecería como garantía de su conducta futura.

-¿Pasarla por alto, dices? ¡Madre Camila, me asombras! ¿Cómo, después de deshonrarme en presencia del ídolo de Madrid, del hombre a quien más deseaba ofrecer una imagen del rigor de mi disciplina? ¡Qué despreciable debo de haberle parecido al reverendo abad! ¡No, madre, no! Nunca podré perdonar el insulto. La mejor forma de convencer a Ambrosio de que aborrezco esos crímenes consiste en castigar el de Inés con toda la dureza que admite nuestra severa regla. Termina con tus súplicas, serán inútiles. Mi decisión está tomada. Mañana Inés será convertida en el terrible ejemplo de mi justicia y rigor.

La madre Camila no pareció abandonar el tema, pero para entonces las monjas se habían alejado y sus voces no eran audibles. La superiora abrió la puerta que comunicaba con la capilla de Santa Clara y, luego de entrar con su compañera, volvió a echarle llave.

Matilde preguntó entonces quién era esa Inés con quien la superiora se mostraba tan furiosa y qué relación tenía con Ambrosio. Éste le relató su aventura y agregó que, como desde entonces sus opiniones habían experimentado un cambio radical, sentía gran compasión por la desdichada monja.

-Tengo la intención -manifestó- de pedir mañana una audiencia a la superiora y usar todos los medios para obtener la mitigación de su sentencia.

-Cuidado con lo que haces -interrumpió Matilde. Es muy natural que tu repentino cambio de sentimientos produzca sorpresa y dé nacimiento a sospechas que mucho nos interesa evitar. Antes bien, redobla tu austeridad exterior y estalla en amenazas contra los errores ajenos para mejor esconder los tuyos. Abandona la monja a su suerte. Tu intromisión podría resultar peligrosa y la imprudencia de la transgresora merece ser castigada. Es indigna de gozar de los placeres del amor, pues no tuvo el suficiente ingenio para ocultarlos. Pero en la discusión de este tema insignificante derrocho momentos preciosos. La noche vuela y mucho hay que hacer antes de la mañana. Las monjas se han retirado, el camino está libre. Dame la lámpara, Ambrosio; debo descender sola a estas catacumbas. Aguarda aquí y, si viene alguien, que tu voz me lo advierta. Pero si valoras tu existencia no te atrevas a seguirme, porque la vida sería el precio de tu imprudente curiosidad.

Así dijo, y avanzó hacia el mausoleo, con la lámpara todavía en una mano y el cestillo en la otra. Empujó la puerta, que giró con lentitud sobre sus chirriantes goznes, y ante su vista se presentó una estrecha escalera de caracol de mármol negro. Bajó; Ambrosio se quedó arriba, observando los débiles rayos de la lámpara, que continuaba descendiendo. Desaparecieron y él se encontró en una oscuridad total.

A solas, no pudo pensar sin sorpresa en el repentino cambio del carácter y los sentimientos de Matilde. Pocos días habían pasado desde el momento en que parecía la más tierna y dulce de las mujeres, entregada a la voluntad de él, en quien veía a un ser superior. Ahora asumía en sus modales y en sus expresiones una especie de audacia y de virilidad muy poco apta para complacerlo. Ya no hablaba

para insinuar, sino para ordenar. Ambrosio se sentía incapaz de argüir con ella y sin quererlo se vio obligado a confesar la superioridad del juicio de Matilde. Cada momento que pasaba lo convencía de los asombrosos poderes de la mente de ella. Pero lo que Matilde había ganado en la opinión del hombre lo perdía en el afecto del amante. Lamentaba la pérdida de Rosario, el suave, dulce y sumiso; le dolía que Matilde prefiriese las virtudes del sexo de él a las del suyo propio. Y cuando pensaba en las opiniones que había formulado sobre la castigada monja, no podía dejar de tacharlas de crueles y poco femeninas. La piedad es un sentimiento tan natural, tan adecuado al carácter femenino, que casi no es mérito que una mujer lo posea; pero carecer de ella es un crimen atroz. Ambrosio no podía perdonar con facilidad a su amante por la carencia de esa afable cualidad. Pero si bien censuraba su insensibilidad, se daba cuenta de que ella estaba acertada en sus observaciones. Y aunque se apiadaba con sinceridad de la desdichada Inés, resolvió abandonar la idea de intervenir en su favor.

Casi una hora había pasado desde que Matilde descendió a las catacumbas y no regresaba. La curiosidad de Ambrosio despertó. Se acercó a la escalera; escuchó; todo estaba en silencio, aparte de que de vez en cuando percibía el sonido de la voz de Matilde, que serpenteaba por los pasajes subterráneos y repercutía en los techos abovedados del mausoleo. Se hallaba demasiado lejos para que él distinguiera sus palabras, y antes que le llegasen se convertían en un apagado murmullo. Ansió penetrar en ese misterio. Decidió desobedecer sus órdenes y seguirla a la caverna. Avanzó hacia la escalera; ya había bajado algunos peldaños, cuando le faltó valor. Recordó las amenazas de Matilde si infringía sus instrucciones, y el pecho se le llenó de un pavor secreto e inexplicable. Volvió a subir, regresó a su ubicación inicial y esperó con impaciencia el final de esa aventura.

De pronto sintió una violenta sacudida. Un estremecimiento hizo temblar el suelo; las columnas que sostenían el techo bajo el cual se hallaba experimentaron tal temblor que por un momento lo amenazaron con su caída. En el mismo instante oyó un trueno tremendo y estridente. Cesó, y como tenía la vista clavada en la escalera, vio que una deslumbrante columna de luz estallaba en las catacumbas. Fue apenas un instante. En cuanto desapareció, todo volvió a quedar silencioso y oscuro. Densas tinieblas lo envolvieron de nuevo y el silencio de la noche sólo fue interrumpido por el chirriante murciélago, que aleteaba con lentitud ante él.

El asombro de Ambrosio aumentaba a cada instante. Pasó otra hora, después de la cual apareció otra vez la misma luz y de nuevo se apagó súbitamente. Fue acompañada por un aire de música dulce pero solemne que, mientras reptaba por las bóvedas subterráneas, inspiró en el monje una mezcla de deleite y terror. No hacía mucho que la melodía había cesado, cuando escuchó los pasos de Matilde en la espalera. Retornó de las profundidades; la alegría más vivaz animaba sus bellas facciones.

-¿Viste algo? -le preguntó.

-Dos veces vi una columna de luz que ascendía por la escalera.

¿Nada más?

-Nada.

-La mañana está por nacer; retirémonos a la abadía no sea que la luz del día nos traicione.

Con pasos ligeros, se alejó del cementerio. Retornó a su celda y el curioso abad continuaba acompañándola. Matilde cerró la puerta y dejó su lámpara y su cesta.

-¡Lo logré! -exclamó, arrojándose sobre el pecho de él- ¡Triunfé por encima de mis más caras esperanzas! ¡Viviré, Ambrosio, viviré para ti! ¡El paso que vacilaba en dar resulta ser una fuente de júbilos inexpresables! ¡Oh, si me atreviera

a comunicártelos! ¡Ah, si me estuviese permitido compartir contigo mis poderes y elevarte tan alto sobre el nivel de tu sexo como un acto de audacia me exaltó por encima del mío!

-¿Y qué te lo impide, Matilde? -interrumpió el fraile. ¿Por qué tu tarea en las catacumbas es un secreto? ¿Piensas que no merezco tu confianza? Matilde, debo dudar de la verdad de tu afecto, si tienes alegrías que a mí se me impide compartir.

-Me reprochas con injusticia; me apena con sinceridad verme obligada a ocultarte mi dicha, pero no tengo la culpa. La falta no es mía, sino tuya, mi Ambrosio. Todavía eres demasiado monje, tu mente se halla esclavizada por los prejuicios de tu educación. Y la superstición podría hacerte estremecer ante la idea de lo que la experiencia me enseñó a apreciar y valorar. Por el momento no estás en condiciones de que te confíe un secreto de tanta importancia. Pero la fortaleza de tu juicio y la curiosidad que me regocija ver brillar en tus ojos me hacen abrigar la esperanza de que algún día seas digno de mi confianza. Hasta que llegue ese momento, refrena tu impaciencia. Recuerda que me hiciste el juramento solemne de no indagar nunca sobre las aventuras de esta noche. Insisto en que lo cumplas, pues -agregó sonriendo, mientras le sellaba los labios con un beso travieso- aunque te perdono por violar tus votos al cielo, ¡espero que cumplas tus compromisos conmigo!

El fraile devolvió el beso, que le había estremecido la sangre. Se renovaron los ardientes e incontenibles transportes de la noche anterior y no se separaron hasta que la campana llamó a maitines.

Los mismos placeres se repitieron con frecuencia. Los monjes se regocijaron ante la inesperada recuperación del fingido Rosario y ninguno de ellos sospechó cuál era su verdadero sexo.

El abad disponía de su amante con tranquilidad, y como advertía que no se sospechaba de sus debilidades, se abandonó a sus pasiones con plena tranquilidad. La vergüenza y el remordimiento ya no lo atormentaban. Las frecuentes repeticiones lo familiarizaron con el pecado, y su pecho se volvió a prueba de los aguijones de la conciencia. Matilde lo estimulaba en esos sentimientos, pero pronto se dio cuenta de que había colmado a su amante con la ilimitada liberalidad de sus caricias. Como él se acostumbró a sus encantos, dejaron de excitar los mismos deseos que inspiraban al principio. Agotado el delirio de la pasión, Ambrosio tuvo tiempo para observar todos los defectos menudos y, donde nos los había, la saciedad lo hizo imaginarlos. El monje estaba saciado por la plenitud del goce. Apenas había transcurrido una semana cuando se cansó de su amiga. Su cálido temperamento aún le hacía buscar en sus brazos la satisfacción de sus deseos. Pero, cuando terminaba el momento de la pasión, la dejaba con desagrado, y su humor, inconstante por naturaleza, le hacía suspirar con impaciencia por variar el objeto de su pasión.

La posesión, que empalaga al hombre, no hace más que aumentar el afecto de las mujeres. Cada día que pasaba, Matilde se sentía más unida al fraile. Desde que éste obtuvo sus favores, se volvió para ella más querido que nunca y le estaba agradecida por los arrebatos que ambos habían compartido por igual. Por desgracia, a medida que su pasión se hacía más ardiente, la de Ambrosio se enfriaba. Los indicios mismos de la ternura de ella provocaban el disgusto del abad, y sus excesos servían para extinguir la llama que ya ardía muy débilmente en su pecho. Matilde no pudo dejar de darse cuenta de que su compañía le parecía día tras día menos agradable; se mostraba distraído mientras ella hablaba; sus talentos musicales, que poseía a la perfección, habían perdido el poder de entretenerlo. O, si se dignaba alabarlos, se veía a las claras que sus cumplidos eran

forzados y fríos. Ya no la miraba con afecto, ni aplaudía sus sentimientos con la parcialidad de un amante. Matilde lo advirtió claramente y redobló sus esfuerzos por revivir los sentimientos que alguna vez él había experimentado. No podía dejar de fracasar, pues su compañero consideraba inoportunos todos los intentos que ella hacía para agradarlo y le disgustaban los medios que empleaba para atraer al que se alejaba. Pero el trato ilícito de ambos continuaba; resultaba claro, sin embargo, que él se veía empujado a sus brazos no por el amor, sino por las ansias de un apetito desatado. Su constitución le imponía la necesidad de una mujer, y Matilde era la única en quien podía satisfacer sin peligros sus pasiones. A pesar de la belleza de ella, Ambrosio miraba con más deseos a todas las demás mujeres pero, como temía que su hipocresía se hiciera pública, ocultaba sus inclinaciones dentro de su pecho.

La naturaleza de Ambrosio no era en manera alguna tímida, pero su educación le había impreso con tanta fuerza el temor en la mente, que la aprensión se convirtió en parte de su temperamento. Si su juventud hubiera transcurrido en el mundo, se habría mostrado dueño de muchas cualidades brillantes y viriles. Era espontáneamente emprendedor, firme e intrépido; poseía un corazón de guerrero, y habría podido sobresalir con esplendor a la cabeza de un ejército. Su naturaleza no carecía de generosidad; los desdichados siempre encontraban en él un compasivo oyente. Sus facultades eran rápidas y lúcidas, y su juicio vasto, sólido y decisivo. Con tales cualidades, habría podido ser un motivo de orgullo para su país. Desde su más tierna infancia había dado pruebas de que las poseía, y sus padres contemplaron sus nacientes virtudes con el más tierno placer y admiración. Por desgracia, se vio privado de esos padres cuando aún era un niño. Cayó en poder de un pariente, cuyo único deseo era no volver a saber de él. Con ese fin, lo puso en manos de un amigo, el difunto superior de los capuchinos. El abad,

un verdadero monje, concentró todos sus esfuerzos en persuadir al niño de que la felicidad no existía fuera de los muros de un convento. Tuvo pleno éxito. La mayor ambición de Ambrosio era obtener el ingreso en la orden franciscana. Sus educadores reprimieron con cuidado las cualidades cuya grandeza y desapego se avenían mal con el claustro. En lugar de la benevolencia general, adoptó una egoísta parcialidad por su propia promoción. Se le enseñó a considerar la compasión por los errores ajenos como un delito del más negro tinte. La noble franqueza de su temperamento se cambió en una humildad servil. Y con el fin de quebrar su disposición natural, los monjes aterrorizaron su tierna mente poniendo ante ella todos los horrores que podía proporcionarles el fanatismo. Le pintaron los tormentos del infierno con los colores más sombríos, terribles y fantásticos, y a la menor falta lo amenazaban con la condenación eterna. No es extraño que su imaginación, que giraba constantemente en torno de esos asuntos temibles, volviese tímido y aprensivo su carácter. Agréguese a esto que su larga ausencia del gran mundo y el total desconocimiento de los peligros comunes de la vida, le hicieron formarse de ellos una idea mucho más tétrica que la real. Mientras los monjes se ocupaban de desarraigar sus virtudes, permitían que llegasen a su plena perfección todos los vicios que le habían tocado en suerte. Se le permitió ser vano, orgulloso, ambicioso y despectivo. Era celoso de sus pares y despreciaba todos los méritos, salvo los suyos propios. Se mostraba implacable cuando se lo ofendía y cruel en sus venganzas. Aun así, a despecho del trabajo que se tomaron para deformarlas, sus buenas cualidades naturales irrumpían a veces a través de la lobreguez de que con tanto cuidado se las cubría. En esas ocasiones, la pugna por la superioridad entre su carácter real y el adquirido resultaba desconcertante e inexplicable para quienes desconocían su disposición primitiva. Pronunciaba las más

severas admoniciones contra los transgresores y un momento después la compasión lo inducía a mitigarlas. Emprendía los más osados proyectos, que el temor a las consecuencias pronto lo obligaba a abandonar. Su genio innato lanzaba una luz brillante sobre los objetos más oscuros, y casi en el acto su intransigencia volvía a hundirlos en tinieblas más profundas que aquellas de las cuales acababan de ser rescatados. Como los monjes, sus hermanos, lo consideraban un ser superior, no advertían esa contradicción en la conducta del ídolo. Estaban convencidos de que lo que hacía estaba bien, y suponían que tenía buenos motivos para modificar sus decisiones El caso es que en su pecho combatían los distintos sentimientos que le habían inspirado la naturaleza y la educación. La victoria la decidirían sus pasiones, que hasta entonces ninguna oportunidad había puesto en juego. Por desgracia, tales pasiones eran los peores jueces a los cuales podía recurrir. Su reclusión monástica había actuado hasta entonces en su favor, pues no le dejaba oportunidad para mostrar sus malas disposiciones. La superioridad de su talento lo elevaba muy por encima de sus cofrades como para permitirles que tuvieran celos de él. Su devoción ejemplar, su persuasiva elocuencia y sus modales agradables le habían granjeado la estima universal y, por consiguiente no tenía injurias que vengar. Su ambición estaba justificada por su mérito reconocido, y su orgullo se consideraba nada más que una confianza justificada. Nunca veía a personas del otro sexo y menos aún conversaba con ellas; desconocía las dichas que la mujer tiene el poder de otorgar, y si en el curso de sus estudios leía

> Que los hombres eran afectuosos,
> sonreía y se preguntaba cómo.

Durante un tiempo, una dieta frugal, las frecuentes vigilias y severas penitencias enfriaron y reprimieron el ardor natural de su persona. Pero en cuanto se presentó la ocasión, en cuanto entrevió alegrías a las cuales aún era ajeno, las barreras de la religión fueron demasiado débiles para resistir el torrente abrumador de sus impulsos. Todos los impedimentos cedieron ante la fuerza de su temperamento, cálido, sanguíneo y voluptuoso en extremo. Sus otras pasiones aún dormían, pero sólo necesitaban que se las despertara para exhibirse con violencia tan grande como irresistible.

Siguió siendo la admiración de Madrid. El entusiasmo suscitado por su elocuencia pareció aumentar en lugar de disminuir. Todos los jueves, único día en que aparecía en público, la catedral de los capuchinos se veía colmada de oyentes, y su sermón siempre recibía la misma aprobación. Se lo nombró confesor de todas las principales familias de Madrid, y quien recibía penitencias de algún otro que no fuese Ambrosio no era considerado persona a la moda. Persistía en su decisión de no salir del convento. Esta circunstancia creó una opinión más firme aún sobre su santidad y abnegación. Antes que nadie, las mujeres entonaban sus alabanzas a voz en cuello, menos influidas por la devoción que por su noble porte, su apariencia majestuosa y su figura elegante y bien plantada. En la puerta de la abadía se agolpaban carruajes de la mañana a la noche, y las damas más nobles y bellas de Madrid confesaban al abad sus pecadillos secretos. Los ojos del ardiente fraile devoraban sus encantos. Si sus penitentes hubieran consultado a esos intérpretes él no habría necesitado otro medio de expresar sus pasiones. Para su desgracia, las mujeres estaban tan convencidas de su continencia, que nunca les pasaba por la imaginación la posibilidad de que abrigase pensamientos impropios. El calor del clima, bien se sabe, ejerce no poca influencia en el físico de las damas

españolas, pero las más fogosas habrían considerado una tarea más fácil inspirar pasión a la estatua de mármol de San Francisco que al frío y rígido corazón del inmaculado Ambrosio.

Por su parte, el fraile estaba poco habituado a la depravación del mundo. No sospechaba que muy pocas de sus penitentes habrían rechazado sus galanteos. Pero si hubiese contado con mejores conocimientos en ese sentido, el peligro representado por esos intentos habría sellado sus labios. Sabía que a una mujer le sería difícil mantener un secreto tan insólito e importante como la fragilidad de él, y hasta temía que Matilde lo traicionara. Ansioso de conservar una reputación que le era infinitamente preciosa, advertía el riesgo que significaba ponerla en poder de alguna mujer vana y atolondrada. Y como las bellas de Madrid sólo afectaban sus sentidos, sin rozar su corazón, las olvidaba en cuanto se alejaban de su vista. El peligro del descubrimiento, el temor a ser rechazado, la pérdida de su reputación: todas estas consideraciones le aconsejaban reprimir sus deseos. Y aunque ahora sentía por ella la mayor indiferencia, se vio obligado a limitarse a la persona de Matilde.

Una mañana, la afluencia de penitentes fue mayor que de costumbre. Se demoró en el confesionario hasta una hora tardía. Al cabo el gentío se alejó, y él se disponía a salir de la capilla cuando entraron dos mujeres y se le acercaron con humildad. Se levantaron sus velos y la más joven le rogó que la escuchara unos minutos. La melodía de su voz, de esa voz que hombre alguno escuchaba nunca sin interés, atrajo enseguida la atención de Ambrosio. Se detuvo. Quien lo había interpelado parecía agobiada por la aflicción; tenía las mejillas pálidas, los ojos empañados en lágrimas y el cabello le caía en desorden sobre la cara y el pecho. Pero su semblante era tan dulce, tan inocente, tan celestial, que podía hechizar a un corazón menos susceptible que el que alentaba en el pecho del abad. Con modales más suaves que

de costumbre, le pidió que continuara y la escuchó decir lo que sigue, con una emoción que aumentaba por momentos:

-Reverendo padre, ¡tiene ante usted a una infortunada amenazada por la pérdida de su amiga más querida, casi la única! Mi madre, mi excelente madre, se halla aquejada por la enfermedad. Una dolencia repentina y temible se apoderó de ella ayer por la noche, y tan rápido fue su avance que los médicos temen por su vida. La ayuda humana no me sirve; no me queda más que implorar la merced del cielo. Padre, todo Madrid ensalza su piedad y virtud. Dígnese recordar a mi madre en sus oraciones. Tal vez puedan conseguir que el Todopoderoso la deje con vida. Y si así fuera, me comprometo a iluminar el altar de San Francisco, en su honor, todos los jueves, durante tres meses.

"Vaya -pensó el monje, aquí tenemos a un segundo Vicente de la Ronda. La aventura de Rosario comenzó así", y en secreto deseó que el nuevo encuentro tuviese la misma conclusión.

Accedió al pedido. Ella le agradeció con muestras de la mayor gratitud, y luego continuó:

-Todavía debo pedirle otro favor. Somos forasteras en Madrid. Mi madre necesita un confesor y no sabe a quién dirigirse. Entendemos que usted jamás sale de la abadía, y, ¡ay!, mi pobre madre no puede venir aquí. Si tuviera la bondad, reverendo padre, de designar a una persona adecuada, cuyos consuelos sabios y piadosos puedan aliviar los sufrimientos de mi madre en su lecho de muerte, haría un favor perdurable a corazones nada desagradecidos.

El monje también satisfizo ese pedido. En verdad, ¿cuál habría rechazado, si se formulaba con acentos tan hechiceros? ¡La suplicante era tan agradable! ¡Su voz, tan dulce, tan armoniosa! Hasta las lágrimas le sentaban y su aflicción parecía dar renovado esplendor a sus encantos. Le prometió enviarle un confesor esa misma noche y le pidió que dejase su dirección. La compañera le entregó una tarjeta

en la que estaban escritas tales indicaciones, y luego se retiró con la hermosa peticionante, quien antes de su partida cubrió de bendiciones al abad por su bondad. Los ojos de Ambrosio la siguieron hasta que salió de la capilla. Sólo cuando estuvo fuera del alcance de su vista examinó la tarjeta, en la cual leyó las siguientes palabras:

"Señora Elvira Dalfa, calle de Santiago, a cuatro puertas del palacio de Albornoz."

La suplicante no era otra que Antonia y Leonela su compañera. Esta última había consentido, no sin dificultades, en acompañar a su sobrina a la abadía. Ambrosio le había inspirado tanto sobrecogimiento que temblaba de sólo verlo. Sus temores dominaron inclusive su locuacidad natural y mientras estuvo en su presencia no pronunció una sola palabra.

El monje se retiró a su celda, adonde lo persiguió la imagen de Antonia. Sintió que mil nuevas emociones le brotaban del corazón y no se atrevió a examinar la causa que las engendraba. Eran en todo sentido distintas de las inspiradas por Matilde, la primera vez que le declaró su sexo y su afecto. No sentía la provocación de la concupiscencia; ningún deseo apasionado se amotinaba en su pecho ni tampoco una imaginación ardiente le pintaba encantos que la modestia había ocultado a su vista. Por el contrario, lo que ahora experimentaba era un sentimiento mezcla de ternura, admiración y respeto. Una suave y deliciosa melancolía se le difundió en el alma y no la habría cambiado por los más vivos arrebatos del goce. La compañía ahora le disgustaba; se complacía en la soledad, que le permitía cultivar las visiones de la fantasía. Sus pensamientos eran suaves, tristes y apaciguadores. Y el ancho mundo no le brindaba otro objeto que Antonia.

-¡Hombre feliz -exclamó en su romántico entusiasmo-, hombre feliz el destinado a poseer el corazón de esa amable joven! ¡Qué delicadeza en sus facciones, qué elegancia en su

forma, cuán encantadora la tímida inocencia de su mirada y cuán distinta de la expresión falaz, del salvaje fuego de lujuria que chisporrotea en la de Matilde! ¡Oh!, un beso robado de los rosados labios de la primera tiene que ser más dulce que todos los plenos y vehementes favores con tanta libertad ofrendados por la segunda. Matilde me sacia de goces hasta el hartazgo, se introduce por la fuerza entre mis brazos, remeda a la ramera y se complace en corromperme. ¡Repugnante! Si conociera el inexpresable encanto de la modestia, la forma irresistible en que sojuzga el corazón del hombre, la firmeza con que lo encadena al trono de la belleza, jamás se habría despojado del pudor. ¿Qué precio sería demasiado grande para el afecto de esa arrebatadora joven? ¿Qué podría negarme a sacrificar, si pudiera verme libre de mis votos y se me permitiese declarar mi amor ante el cielo y la tierra? Mientras me esforzara por inspirarle ternura, amistad y estima, ¡cuán tranquilas y apacibles pasarían las horas! ¡Dios misericordioso, ver esos recatados ojos azules mirarse, resplandecientes, en los míos con tímida dulzura! ¡Permanecer días, años anteros, escuchando esa tierna voz! ¡Adquirir el derecho a gozar de su simpatía y escuchar las inocentes expresiones de su gratitud! ¡Contemplar las emociones de su corazón inmaculado! ¡Estimular cada una de las virtudes nacientes! ¡Compartir su gozo cuando es feliz, enjugar con besos sus lágrimas cuando se siente desdichada y verla volar a mis brazos en busca de consuelo y apoyo! Sí, si existe en esta tierra alguna felicidad perfecta, sólo le corresponderá a quien se convierta en el marido de ese ángel.

Mientras su fantasía forjaba esas ideas, recorría su celda con expresión perturbada. Tenía la vista fija en el vacío; inclinaba la cabeza sobre el hombro. Una lágrima le rodó por la mejilla, mientras pensaba que jamás se concretaría esa visión de la dicha.

-Está perdida para mí -continuó. No puede ser mía por matrimonio. Y seducir esa inocencia, abusar de la confianza depositada en mí para labrar su ruina... ¡ay, sería el delito más atroz que hubiese contemplado el mundo! ¡No temas, arrobadora niña! Tu virtud no corre riesgos por mi parte. Ni por todas las Indias haría que ese suave pecho conociera las torturas del remordimiento.

Volvió a recorrer su celda a zancadas. Luego se detuvo y su vista se posó en el cuadro de la Virgen antes admirado. Lo arrancó de la pared con indignación, lo arrojó al suelo y lo apartó de sí de un puntapié, con desprecio.

-¡Infame!

¡Infortunada Matilde! Su amante olvidaba que sólo por él había abandonado su derecho a la virtud. Y la única razón que tenía para despreciarla era que lo había amado demasiado.

Se dejó caer en una silla que se hallaba cerca de la mesa. Vio la tarjeta con la dirección de Elvira. La tomó y recordó su promesa respecto de un confesor. Pasó unos minutos en duda; pero el imperio de Antonia sobre él era ya demasiado firme como para permitirle ofrecer una prolongada resistencia a la idea que se le ocurrió. Decidió ser él mismo el confesor. No le era difícil salir de la abadía sin ser observado. Si se cubría la cabeza con la capucha, podía abrigar la esperanza de recorrer las calles sin que lo reconocieran. Con esas precauciones y si recomendaba discreción a la familia de Elvira, no dudaba de mantener a Madrid en la ignorancia de que había violado su promesa de no dejarse ver fuera de los muros de la abadía. Matilde era la única persona cuya vigilancia temía. Pero si le informaba en el refectorio que durante todo ese día sus ocupaciones lo mantendrían encerrado en su celda, se consideraba a salvo de su celo constante. Por consiguiente, a la hora en que por lo general los españoles hacen su siesta, se aventuró a salir de la abadía por una puerta privada, cuya llave tenía en su

poder. Llevaba la capucha del hábito echada sobre la cara. A causa del calor reinante, las calles estaban casi por completo desiertas. El monje tropezó con pocas personas, encontró la calle de Santiago y llegó sin accidentes a la puerta de doña Elvira. Llamó, lo hicieron pasar e inmediatamente lo condujeron a los aposentos de la planta alta.

Allí era donde corría los mayores riesgos de ser descubierto. Si Leonela hubiera estado en su casa, lo habría reconocido en el acto. Su comunicativa disposición no le habría dado descanso hasta que todo Madrid estuviese informado de que Ambrosio había salido de la abadía y asistido a su hermana. La buena suerte acompañó al monje. Al regresar Leonela a su casa, encontró una carta que le informaba que acababa de morir un primo, quien dejaba lo poco que poseía para distribuirlo entre ella y Elvira. Para obtener ese legado se vio obligada a dirigirse a Córdoba sin pérdida de tiempo. A despecho de todas sus debilidades, su corazón era en verdad cálido y afectuoso y no quería abandonar a su hermana cuando su estado era tan delicado. Pero Elvira insistió en que hiciese el viaje, consciente de que en la situación de desamparo de su hermana ningún aumento de su fortuna, por pequeño que fuere, debía ser descuidado. Por consiguiente, Leonela salió de Madrid, apenada de veras por la enfermedad de su hermana, al tiempo que exhalaba algunos suspiros en memoria del amable pero inconstante don Cristóbal. Estaba muy convencida de que al principio había abierto una importante brecha en su corazón pero, como no tuvo más noticias de él, supuso que había abandonado la persecución, disgustado por la inferioridad de su origen y en conocimiento de que de otra manera que no fuese por matrimonio nada debía esperar de tal dragón de la virtud como ella misma afirmaba ser; o que siendo por naturaleza caprichoso y mudable, el recuerdo de sus encantos había sido borrado del corazón del conde por los de alguna nueva bella. Fuese cual fuere la

causa de que lo hubiese perdido, lo lamentaba mucho. En vano se esforzó, como aseguraba a todos los que tenían la suficiente bondad para escucharla, por arrancar su imagen de su tan susceptible corazón. Adoptaba la expresión de una virgen loca de amor y la llevaba a los excesos más ridículos. Exhalaba lamentables suspiros, caminaba cruzada de brazos, mascullaba largos soliloquios y sus palabras se referían por lo general a alguna doncella abandonada, que expiraba con el corazón destrozado. Sus ígneos rizos iban siempre adornados por una guirnalda de sauce. Todas las noches se la veía vagar por las orillas de un arroyuelo, a la luz de la luna, y se declaraba una violenta admiradora de los arroyos murmurantes y los ruiseñores...

¡De sitios desolados y bosques al ocaso,
Lugares que adora el amor apasionado!

Tal era el estado del espíritu de Leonela cuando se vio obligada a partir de Madrid. Elvira se impacientaba por todas esas tonterías e hizo lo posible para convencerla de que se comportase como una mujer razonable. Su consejo de nada sirvió. Leonela le aseguró al partir que nada podría hacerle olvidar al pérfido don Cristóbal. Por fortuna, en ese sentido se equivocaba. Un honrado joven de Córdoba dependiente de un boticario descubrió que la fortuna de ella sería suficiente para instalarlo en un conveniente comercio propio. Como consecuencia de esa reflexión, le hizo la corte. Leonela no era inflexible; el ardor de los suspiros del enamorado le derritió el corazón y pronto consintió en hacer de él el más feliz de los representantes del género humano. Escribió para informar a su hermana del casamiento pero, por razones que luego se explicarán, Elvira no respondió jamás a su carta.

Ambrosio fue conducido a la antesala del cuarto en que reposaba Elvira. La criada que lo hizo pasar lo dejó a solas,

mientras anunciaba la llegada a su ama. Antonia, quien se encontraba junto al lecho de su madre, fue inmediatamente a su encuentro.

-Perdóneme, padre -dijo, avanzando hacia él, pero al reconocer sus facciones se detuvo de pronto y lanzó una exclamación de alegría. ¿Es posible? -continuó. ¿No me engañan mis ojos? ¿El digno Ambrosio quebró su decisión, para atenuar los tormentos de la mejor de las mujeres? ¡Cuánto placer le proporcionará esta visita a mi madre! Permítame que no demore por un momento el consuelo que su piedad y sabiduría pueden otorgarle.

Y así diciendo, abrió la puerta de la alcoba, presentó a su madre al distinguido visitante y, luego de dejar un sillón al lado de la cama, se retiró a otro aposento.

Elvira se sintió muy satisfecha con la visita. Sus esperanzas habían crecido mucho con las versiones circulantes, pero comprobaba que la realidad era muy superior. Ambrosio, dotado por la naturaleza del poder de agradar, lo ejerció al máximo mientras conversaba con la madre de Antonia. Con persuasiva elocuencia calmó todos sus temores y disipó todos los escrúpulos. Le pidió que pensara en la infinita misericordia de su juez, despojó a la muerte de sus dardos y terrores y le enseñó a mirar sin espanto los abismos de la eternidad a cuyo borde se encontraba. Elvira se sintió absorbida con atención y deleite; mientras escuchaba las exhortaciones, la confianza y el consuelo se introducían insensiblemente en su espíritu. Le reveló sin vacilaciones sus cuitas y aprensiones. Estas últimas, relacionarlas con una vida futura, Ambrosio las apaciguó sin demora y luego eliminó las primeras, que ella sentía como consecuencia de su probable muerte. Temblaba por Antonia; no tenía a nadie a cuyos cuidados encomendarla, salvo el marqués de las Cisternas y su hermana Leonela. La protección del uno era muy incierta, y en cuanto a la otra, a pesar de que quería a su sobrina,

Leonela era tan irreflexiva y vana que resultaba una persona inadecuada para encargarse por sí sola de la dirección de una muchacha tan joven e ignorante del mundo. En cuanto el fraile se enteró de los motivos de su alarma, le rogó que se tranquilizara al respecto. No dudaba de conseguir para Antonia un seguro refugio en la casa de una de sus feligresas, la marquesa de Villafranca. Se trataba de una dama de reconocida virtud, destacada por sus estrictos principios y su amplia caridad. Si un accidente la privara de ese recurso, se comprometía a proporcionar a Antonia la recepción en algún convento prestigioso, es decir, como pupila, pues Elvira había declarado que no era afecta a la vida conventual y el monje era demasiado franco o lo bastante complaciente para admitir que su desaprobación no carecía de fundamentos.

Estas pruebas del interés que sentía por ella conquistaron por completo el corazón de Elvira. Al agradecerle, agotó todas las expresiones que la gratitud podía ofrecer y declaró que ahora podía resignarse con tranquilidad a la tumba. Ambrosio se puso de pie para despedirse; prometió regresar al día siguiente a la misma hora, pero pidió que sus visitas se mantuvieran en secreto.

-No deseo -dijo- que mi violación de una regla impuesta por la necesidad se difunda. Si no hubiese resuelto no salir nunca de mi convento, salvo en circunstancias tan urgentes como las que me trajeron hasta su puerta, se me llamaría con frecuencia por motivos insignificantes. Los curiosos, los desocupados y los caprichosos me quitarían el tiempo que ahora dedico junto al lecho de los enfermos, para consolar a los penitentes agonizantes y para despojar de espinas el paso a la eternidad.

Elvira elogió por igual su prudencia y su compasión, y prometió ocultar con cuidado el honor de su visita. El monje le dio entonces su bendición y se retiró de la alcoba.

En la antesala encontró a Antonia. No pudo negarse el placer de pasar unos momentos en su compañía. Le pidió que se consolara, pues su madre parecía serena y tranquila, y él esperaba que todavía se recuperase. Preguntó quién la atendía y se comprometió a enviarle él médico de su convento, uno de los más capaces de Madrid. Luego se dedicó a alabar a Elvira, elogió su pureza y su fortaleza de ánimo y declaró que le había inspirado la más elevada estima y reverencia. El inocente corazón de Antonia se llenó de gratitud; la alegría le bailoteó en los ojos, donde brilló una lágrima. Las esperanzas que él le daba de mejoría de su madre, el vivo interés que parecía sentir por ella y la manera elogiosa en que la mencionaba, agregados a los informes sobre el juicio y virtud del monje y a la impresión que le había causado su elocuencia, confirmaron el favorable juicio que su primer encuentro había inspirado en Antonia. Le respondió con timidez, pero sin reserva. No temió relatarle sus pequeñas penas, todos sus nimios temores y ansiedades. Y le agradeció por su bondad, con el auténtico calor que los favores encienden en un corazón joven e inocente. Sólo estos saben cómo estimar los beneficios en todo su valor. Quienes tienen conciencia de la perfidia y egoísmo de la humanidad jamás reciben un favor sin aprensión y desconfianza, sospechan que detrás de él debe encontrarse agazapado algún motivo secreto, expresan su agradecimiento con circunspección y cautela y temen elogiar en toda su magnitud una buena acción, conscientes de que en una fecha futura puede pedirse una recompensa. No era ése el caso de Antonia. Creía que el mundo sólo estaba compuesto por quienes se le parecían, y aún era un secreto para ella la existencia del vicio. El monje le había prestado un servicio; le dijo que le deseaba el bien y ella estaba agradecida por su bondad y pensaba que no había términos bastantes enérgicos que fueran vehículo de su agradecimiento. ¡Con qué deleite escuchó Ambrosio la declaración de su inocente

gratitud! La gracia natural de sus modales, la inigualada dulzura de su voz, su modesta vivacidad, su nada estudiada elegancia, su expresivo semblante y sus ojos inteligentes se unían para inspirarle placer y admiración, en tanto que la corrección y solidez de sus observaciones se veían acrecentadas por la belleza de la sencillez nada afectada del lenguaje que utilizaba.

Al cabo, Ambrosio se vio obligado a terminar con esa conversación que poseía para él demasiados encantos. Le repitió a Antonia los deseos de que no se hicieran conocer sus visitas, deseo que ella prometió cumplir. Luego salió de la casa, mientras su hechicera se apresuraba a reunirse con su madre, ignorante del daño que su belleza había causado. Ansiaba conocer la opinión de Elvira sobre el hombre a quien había alabado en términos tan entusiastas y se alegró al ver que era igualmente favorable, si no más, que la suya propia.

-Aún antes de que hablara -dijo Elvira- me sentí predispuesta en su favor. El fervor de sus exhortaciones, la dignidad de sus modales y la firmeza de sus razonamientos estuvieron muy lejos de modificar mi opinión. Su voz delicada y rotunda me impresionó en especial; pero, sin duda, Antonia, ya la escuché antes. Pareció muy familiar a mis oídos. O bien debo de haber conocido al abad en otros tiempos o su voz tiene un parecido asombroso con la de algún otro, a quien escuché a menudo. Ciertas modulaciones me llegaron al corazón y me hicieron experimentar sensaciones tan singulares que en vano me esfuerzo por explicármelas.

-Mi queridísima madre, el mismo efecto me produjeron a mí. Pero es indudable que ninguna de las dos escuchó su voz hasta que llegamos a Madrid. Sospecho que lo que atribuimos a su vez nace en verdad de sus modales agradables, que nos prohíben considerarlo un extraño. No sé por qué, pero me siento más a mis anchas conversando

con él de lo que me ocurre en general con personas que me son desconocidas. No temí repetirle todos mis pensamientos infantiles, y en cierto modo me sentí confiada de que escucharía mis tonterías con indulgencia. ¡Oh!, no me engañé. Me escuchó con tal expresión de bondad y atención, me respondió con tanta suavidad, tanta condescendencia... No me llamó niña, ni me trató con desprecio, como solía hacerlo nuestro anciano y malhumorado confesor del castillo. ¡En verdad, creo que aunque hubiese vivido mil años en Murcia nunca habría llegado a querer a ese gordo y viejo padre Domingo!

-Confieso que el padre Domingo no tenía los modales más agradables del mundo, pero era honrado, amistoso y bienintencionado.

-¡Ay, mi querida madre, esas cualidades son tan comunes...!

-Dios quiera, hija, que la experiencia no te enseñe que son raras y preciosas. Para mí han sido así. Pero dime, Antonia, ¿por qué es imposible que haya visto antes al abad?

-Porque desde el momento en que ingresó en la abadía jamás transpuso sus muros. Acaba de decirme que por su desconocimiento de las calles tropezó con algunas dificultades para encontrar la de Santiago, aunque está tan cerca de la abadía.

-Todo eso es posible y aun así podría haberlo visto antes de que ingresara en la abadía. Para salir, primero era necesario que entrase.

-¡Virgen Santísima! Lo que dices es muy cierto Pero, de todos modos, ¿no pudo haber nacido en la abadía?

Elvira sonrió.

-Pues no es muy fácil.

-¡Espera, espera! Ahora recuerdo cómo fue. Entró en la abadía de muy niño. La gente dice que cayó del cielo y que la Virgen lo envió como un presente a los capuchinos.

-Muy amable de parte de ella. ¿De modo que cayó del cielo, Antonia? Debe de haberse dado un buen golpe.

-Muchos no creen en eso y me parece, mi querida madre, que debo contarte entre los incrédulos. Por cierto, como le dijo la casera a mi tía, la idea general es que, como sus padres eran pobres e incapaces de mantenerlo, lo dejaron, recién nacido, en la puerta de la abadía. El difunto superior, por pura caridad, lo educó en el convento, y resultó ser un modelo de virtud, piedad y sabiduría, y no sé cuántas cosas más. Por consiguiente, primero se lo recibió como hermano de la orden, y no hace mucho se lo eligió abad. Pero si la verdadera es esta versión, o la otra... por lo menos todos coinciden en que no sabía hablar cuando los monjes lo tomaron a su cuidado. Por lo tanto, no puedes haber oído su voz antes de que ingresara en el monasterio, porque en esa época no tenía voz.

-Por mi fe, Antonia; argumentas muy bien. Tus conclusiones son infalibles. No sospechaba que tu lógica fuese tan estricta.

-¡Ay!, te burlas de mí; pero tanto mejor. Me encanta verte animada. Además pareces tranquila y cómoda, y espero que no tengas más convulsiones. ¡Oh, estaba segura de que la visita del abad te haría bien!

-Por cierto que me hizo bien, hija. Tranquilizó mi espíritu acerca de ciertos puntos que lo agitaban, y ya siento los efectos de su consuelo. Me pesan los ojos y creo que puedo dormir un rato. Corre los cortinados, mi Antonia, pero si no despierto antes de medianoche no permanezcas velándome, te lo ruego.

Antonia prometió obedecerla, y después de recibir su bendición corrió las cortinas de la cama. Luego se sentó, en silencio, ante su bastidor de bordado y pasó las horas construyendo castillos en el aire. Sentía el espíritu vivificado por el evidente cambio favorable que se advertía en Elvira, y la fantasía le presentó visiones vívidas y agradables. En esos

sueños, Ambrosio aparecía con figura nada despreciable. Pensó en él con júbilo y gratitud pero, por cada idea dedicada al fraile, dos por lo menos se orientaban inconscientemente hacia Lorenzo. Así pasó el tiempo, hasta que la campana de la cercana torre de la catedral de los capuchinos anunció la medianoche. Antonia recordó las instrucciones de su madre y las obedeció, aunque a desgano. Descorrió las cortinas con cautela. Elvira gozaba de un sueño profundo y tranquilo; sus mejillas habían vuelto a adquirir los colores de la salud. Una sonrisa declaraba que sus sueños eran hermosos, y cuando Antonia se inclinó sobre ella le pareció oír pronunciar su nombre. Besó con suavidad la frente de su madre y se retiró a su alcoba. Allí se arrodilló ante una imagen de Santa Rosalía, su protectora, se encomendó a la protección del cielo y, como acostumbraba a hacerlo desde la infancia, terminó sus devociones entonando las siguientes estrofas:

Himno le medianoche

Ahora todo calla; la solemne campanada
Ya no vuela en el viento de la noche.
Tu sobrecogedora presencia, ahora sublime,
Con el corazón puro una vez más saludo.

Es momento de silencio, tan temido,
Momento de brujos y de su poder horrendo,
En que las tumbas entregan a sus muertos
Para gozar de la hora permitida.

De culpa y culpables pensamientos libre,
Fiel al deber, leal al juramento,
Con pecho leve y conciencia pura,
Reposa, que tu dulce ayuda quiero.

¡Ángeles! Aquí les agradezco
Que del vicio las trampas con desprecio mire;
Gracias, que hoy tan libre del mal me duermo
Como despertaré mañana al alba.

¿Pero quizá mi pecho inconsciente
Alberga una culpa por mí desconocida?
¿Algún deseo impuro, irrefrenado,
Que te avergüenza ver, y a mí admitir?

Si así fuera, en dulce sueño enseña
A mis pies a eludir la trampa;
Pide que la verdad ilumine mis errores
Y dígnate tenerme a tu cuidado.

Ahuyenta de mí tan tranquilo lecho
El hechizo infernal, siempre enemigo,
El duende de la noche, la perversa hada,
El fantasma sufriente, el demonio artero.

Y Que el tentador no vierta en mi oído
Lección ninguna de impuros goces;
Y que la pesadilla, la merodeadora,
No turbe en mi lecho mi tranquilo sueño.

Que horrenda imagen no aterrorice
Con formas fantásticas los ojos míos;
Antes bien, una visión luminosa
Despliegue la paz de muy lejanos cielos.

Muéstrame la cúpula de cristal del firmamento,
Los mundos de luz en que están los ángeles.
Muéstrame la suerte a los mortales reservada,
Que viven sin culpa y sin culpa mueren.

Y muéstrame también cómo ganar un puesto
En los etéreos dominios benditos,
Enséñame a huir de manchas y baldones,
Y oriéntame hacia lo bueno y lo bello.

Y de noche y de mañana así mi voz
Eleve al cielo en agradecido canto.
En ti, guardián, las potencias se complacen,
¡Ángel!, y a una voz entonan tu alabanza.

Y así me esforzaré, con muy celoso fuego,
Para evitar los vicios y corregir las faltas.
Adoraré las lecciones que me enseñas
Y ensalzaré las virtudes que proteges.

Y al final, cuando por alta orden,
Busque mi cuerpo el reposo de la fosa,
Cuando se acerque la muerte con amiga mano
A cerrar mis peregrinos ojos débiles,

Feliz por haber eludido los escollos,
Sin un suspiro entregaré mi vida
Y a Dios devolveré mi espíritu
Puro cual me lo dio la vez primera.

Después de terminar sus devociones habituales, Antonia se acostó. El sueño dominó muy pronto sus sentidos y durante varias horas gozó del apacible reposo que sólo la inocencia puede conocer y por el cual muchos monarcas cambiarían con placer su corona.

CAPÍTULO VII

¡Ah, cuán oscuros
Estos tan vastos reinos y tristes soledades!
No más que silencio hay en ellos, y oscura noche,
Oscura cual el caos antes que el sol naciente
Fuese amasado o lanzara sus primeros rayos
En las hondas tinieblas. ¡La enfermiza vela
Que apenas brilla, en ceñudas bóvedas brumosas,
Envueltas en mohosas humedades y fibrosos fangos,
Deja caer otro horror que sólo sirve
Para hacer tu noche más fastidiosa!

ROBERT BLAIR

Al volver a la abadía sin ser descubierto, la mente de Ambrosio se encontraba ocupada por las imágenes más gratas. Se cegaba adrede al peligro de exponerse a los encantos de Antonia. Sólo recordaba el placer que su compañía le había ofrecido y se regocijaba con la perspectiva de la reiteración de ese placer. Aprovechó la dolencia de Elvira para ver todos los días a la hija. Al principio limitaba sus deseos a inspirar amistad a Antonia. Pero en cuanto se convenció de que ésta experimentaba ese sentimiento en toda su plenitud, su objetivo se hizo más cálido. La inocente familiaridad con que ella lo trataba estimulaba su fervor; como se había habituado a la modestia

de la muchacha, esa disposición ya no le imponía respeto y asombro. Seguía admirando esa cualidad pero ello acrecentaba su ansiedad por adueñarse de aquello que era el principal encanto de Antonia. La calidez de la pasión y la natural penetración, de la última de las cuales, por desgracia para él y para Antonia, el monje poseía amplio acopio, proveían un conocimiento de las artes de la seducción. Le resultaba fácil distinguir las emociones favorables a sus designios y aprovechar con avidez todos los medios de infundir la corrupción en el pecho de Antonia. No fue tarea simple. La extrema sencillez impedía que ella advirtiera la meta a que tendían las insinuaciones de Ambrosio, pero la excelente moral que debía al cuidado de Elvira, la solidez y corrección de su entendimiento y un vigoroso sentido de lo que era justo, implantados en su corazón por la naturaleza, le hacían sentir que los preceptos del monje tenían que ser defectuosos. Era muy frecuente que con unas pocas palabras sencillas derribase toda la masa de los retorcidos argumentos de Ambrosio y le hiciera ver qué débiles eran cuando se oponían a la virtud y la verdad. En tales ocasiones, el monje se refugiaba en su elocuencia; la abrumaba con un torrente de paradojas filosóficas, a las cuales, como no las entendía, le era imposible replicar. Y así, aunque no la convencía de que su razonamiento fuese correcto, al menos le impedía descubrir que era falso. Advirtió que el respeto de ella por su juicio aumentaba de día en día y no dudó de que con el tiempo podría llevarla al punto deseado.

No dejaba de comprender que sus intentos eran notoriamente culposos. Advertía con claridad la bajeza que significaba seducir a la inocente joven. Pero la pasión era demasiado violenta para permitirle abandonar sus designios. Decidió seguir adelante con ellos y que las consecuencias fuesen las que fueren. Necesitaba encontrara Antonia en un momento de descuido, y como veía que ningún otro hombre era admitido en su compañía, ni oía que ella o

Elvira mencionasen a ninguno, imaginó que su joven corazón no estaba comprometido. Mientras aguardaba la oportunidad de satisfacer su injustificable propósito, su frialdad hacia Matilde crecía día a día. Una proporción no escasa de esa frialdad se debía a la conciencia de sus faltas contra ella. No se dominaba lo suficiente para ocultárselas, pero temía que, en un arrebato de ira celosa, ella revelara el secreto del cual dependía su reputación y su vida misma. Matilde no pudo dejar de advertir su indiferencia. Él tenía conciencia de que ella la advertía y, como temía sus reproches, la eludía deliberadamente. Pero cuando no conseguía evitarla, la suavidad de ella habría podido convencerlo de que nada debía temer de su resentimiento. Había vuelto a su personificación del dulce y atractivo Rosario. No le reprochaba su ingratitud, pero los ojos se le llenaban de lágrimas involuntarias, y la suave melancolía de su semblante y de su voz emitían quejas mucho más conmovedoras de lo que hubiesen podido ser las palabras. Ambrosio se sintió perturbado por la pena de su amante, pero, incapaz de eliminar su causa, se prohibió demostrar que lo afectara. Como la conducta de Matilde lo convenció de que no necesitaba temer su venganza, continuó haciendo caso omiso de ella y evitó con cuidado su compañía. Matilde comprendió que eran vanos sus esfuerzos por recuperar su afecto, pero ahogó el impulso de resentimiento y continuó tratando a su voluble amante con su anterior ternura y cariño.

Elvira se recuperó poco a poco. Ya no la acometían convulsiones, y Antonia dejó de temer por su madre. Ambrosio asistía a ese restablecimiento con desagrado. Se dio cuenta de que el conocimiento que Elvira tenía del mundo no sería juguete de su apariencia santificada y de que penetraría con facilidad en sus planes respecto de su hija. Por consiguiente, decidió verificar el alcance de su influencia

en la inocente Antonia antes de que la madre recobrase por completo la salud.

Una noche en que encontró a Elvira casi restablecida del todo, la dejó antes de lo que acostumbraba. Como no halló a Antonia en la antesala, se aventuró a buscarla por su cuenta. La alcoba de la joven estaba separada de la de su madre por un gabinete en el cual Flora, la doncella, dormía habitualmente. Antonia estaba sentada en un sofá, de espaldas a la puerta, y leía con atención. No lo oyó acercarse hasta que se sentó a su lado. Se sobresaltó y le dio la bienvenida con expresión de placer. Luego se puso de pie y quiso conducirlo a la sala. Pero Ambrosio le tomó la mano y con suave violencia la obligó a ocupar de nuevo su asiento. Ella lo obedeció sin dificultad. No sabía que fuese más incorrecto conversar en una habitación que en otra. Se consideraba tan segura de los principios de él como de los propios, y después de volver a sentarse en el sofá, parloteó con él, con su habitual desenvoltura y vivacidad.

El monje examinó el libro que había estado leyendo y que ahora se hallaba sobre la mesa. Era la Biblia.

"¡Cómo! -se dijo el fraile. ¿Antonia lee la Biblia y sigue siendo tan ignorante?"

Pero, al inspeccionarla mejor, descubrió que Elvira había hecho exactamente la misma observación. Si bien la prudente madre admiraba las perfecciones de las Sagradas Escrituras, estaba convencida de que, sin limitaciones, no había lectura más impropia para una joven. Muchas de sus narraciones sólo pueden tender a sugerir ideas malsanas en un pecho femenino. Todas las cosas se llaman lisa y llanamente por su nombre, y los anales de la depravación apenas podrían ofrecer una mayor selección de expresiones impropias. Y sin embargo, ése es el libro que se recomienda estudiar a las jóvenes, que se pone en manos de niños apenas capaces de entender algo más que los pasajes que sería mejor que ignorasen, y que muy a menudo les inculca

los primeros rudimentos del desorden y sirve de primer estímulo a las pasiones aún dormidas. De ello estaba tan convencida Elvira, que habría preferido poner en manos de su hija *Amadís de Gaula* o *El valiente campeón, Tirante el blanco* y autorizarla a enterarse de las salaces hazañas de don Galaor o de los chistes lascivos de la damisela *Placer de Mi Vida*. En consecuencia adoptó dos resoluciones acerca de la Biblia. La primera, que Antonia no la leyera hasta que estuviese en edad de sentir sus perfecciones y beneficiarse con su moral. La segunda, copiarla de su puño y letra y omitir o alterar todos los pasajes inadecuados. Cumplió con esa decisión y tal era la Biblia que Antonia leía. Se la habían entregado hacía poco y la recorría con avidez, con un deleite inexpresable. Ambrosio se dio cuenta de su error y dejó el libro otra vez en la mesa.

Antonia habló de la salud de su madre con toda la alegría entusiasta de un corazón juvenil.

-Admiro tu afecto filial -dijo el abad. Demuestra la excelencia y sensibilidad de tu carácter. Promete un tesoro a aquel a quien el Cielo lo haga destinatario y dueño de tu corazón. El pecho tan capaz de cariño por un progenitor, ¿qué no sentirá por un enamorado? Inclusive, tal vez, que siente por alguno ahora mismo. Dime, mi encantadora hija, ¿has llegado a saber qué es amar? Respóndeme con sinceridad. Olvida mis hábitos y considérame sólo un amigo.

-¿Qué es amar? -repitió ella. ¡Oh, sí, por supuesto! He amado a mucha, mucha gente.

-No me refiero a eso. El amor de que hablo sólo puede sentirse por una persona. ¿Alguna vez viste a un hombre a quien desearas hacer tu esposo?

-¡Oh, por cierto que no!

Eso no era verdad, pero ella no tenía conciencia de estar mintiendo. No conocía la naturaleza de sus sentimientos por Lorenzo. Y como no lo había vuelto a ver desde su primera visita a Elvira, cada día su imagen quedaba

más débilmente impresa en su pecho. Además, pensaba en un esposo con todo el terror de una virgen y contestó negativamente a la pregunta del fraile sin un momento de vacilación.

-¿Y no ansías ver a ese hombre, Antonia? ¿No sientes un vacío en tu corazón, que preferirías llenar? ¿No lanzas suspiros por la ausencia de un ser querido por ti, aunque no sepas quién es? ¿No adviertes que lo que antes podía complacerte ya no tiene encantos para ti? ¿Que mil nuevos deseos, nuevas ideas, nuevas sensaciones, han nacido en tu pecho, sólo para ser sentidos, nunca descriptos? O bien, mientras llenas de pasión todos los demás corazones, ¿es posible que el tuyo permanezca insensible y frío? ¡No puede ser! Esa mirada tierna, esa mejilla ruborosa, esa encantadora melancolía voluptuosa que a veces te inunda las facciones: todas esas señales desmienten tus palabras. Amas, Antonia, y en vano me lo ocultas.

-¡Padre, me asombra! ¿Qué es ese amor del que habla? no conozco su naturaleza, y si lo sintiese, no sé por qué habría de esconder el sentimiento.

-¿Nunca viste, Antonia, a un hombre a quien, aunque nunca lo hubieses visto antes, parecieras ansiar desde hace mucho? ¿Cuya figura, aunque fuese la de un extraño, resultara familiar para tus ojos? ¿El sonido de cuya voz te apaciguase, te deleitara, te penetrase hasta el alma? ¿En cuya presencia te regocijaras y cuya ausencia lamentases? ¿Con quien tu corazón pareciera ensancharse y en cuyo pecho, con confianza ilimitada, descargases tus preocupaciones? ¿No sentiste todo eso, Antonia?

-Por cierto. La primera vez que lo vi a usted lo sentí así.

Ambrosio se sobresaltó. Apenas podía dar crédito a sus oídos.

-¡A mí, Antonia! -exclamó, con los ojos encendidos de gozo y alegría, mientras le tomaba la mano y se la llevaba,

embelesado, a los labios. ¿A mí, Antonia? ¿Experimentaste esos sentimientos por mí?

-Y con más fuerza de lo que usted los describió. ¡En el momento mismo en que lo vi me sentí tan complacida, tan interesada! Esperé con tanta ansiedad percibir el sonido de su voz, y cuando lo escuché me pareció tan dulce... ¡Me hablaba en un lenguaje hasta entonces desconocido! ¡Pensé que me decía mil cosas que deseaba oír! Me pareció que lo conocía desde hacía mucho, como si tuviese derecho a su amistad, su consejo y su protección. Lloraba cuando se iba y aguardaba con ansiedad el momento de volver a verlo.

-¡Antonia, mi fascinadora Antonia! -exclamó el monje, y la atrajo hacia su pecho. ¿Puedo creer en mis sentidos? ¡Repítemelo, mi dulce niña! ¡Dime otra vez que me amas, que me amas verdadera y tiernamente!

-Por cierto que sí. Con excepción de mi madre, el mundo no contiene a nadie más querido para mí.

Ante esta franca confesión, Ambrosio ya no fue dueño de sí. Enloquecido de pasión apretó entre sus brazos a la muchacha arrebolada y temblorosa. Unió con avidez sus labios a los de ella, aspiró su puro aliento delicioso, exploró con mano audaz los tesoros de su pecho y se envolvió con los suaves y dóciles miembros de la joven. Sobresaltada, alarmara y confundida ante esa acción, la sorpresa la privó en un primer momento de su poder de resistencia. Al cabo, se recuperó y trató de escapar del abrazo del monje.

-¡Padre...! ¡Ambrosio...! -exclamó. ¡Suélteme, por amor de Dios!

Pero el ardiente monje no escuchó sus súplicas. Insistió en su intento y se tomó libertades aún mayores. Antonia rogó, lloró y forcejeó. Aterrorizada hasta el extremo, aunque no sabía de qué, usó de todas sus fuerzas para rechazar al fraile, y estaba a punto de pedir ayuda a gritos cuando la puerta de la alcoba se abrió de golpe. Ambrosio tuvo suficiente presencia de ánimo como para darse cuenta del

peligro. Soltó su presa de mala gana y se apartó, apresurado, del sofá. Antonia prorrumpió en una exclamación de alegría, corrió hacia la puerta y se encontró en brazos de su madre.

Alarmada por algunas de las frases del abad, que Antonia le había repetido con inocencia, Elvira había decidido confirmar la veracidad de sus sospechas. Conocía al género humano lo bastante como para no engañarse con la presunta virtud del monje. Pensó en varias circunstancias que, aunque insignificantes, sumadas parecían autorizar sus temores. Las visitas frecuentes de Ambrosio, que hasta donde podía ver se limitaban a su familia, su evidente emoción, cada vez que ella hablaba de Antonia, el hecho de que él se encontrase en la plenitud y el calor de la edad viril y, sobre todo, la perniciosa filosofía del monje que Elvira conocía a través de Antonia y que se avenía muy mal con lo que Ambrosio decía cuando ella estaba presente: todas estas circunstancias le inspiraron dudas sobre la pureza de la amistad del abad. Por lo tanto, resolvió que la vez siguiente que él estuviese a solas con Antonia, haría lo posible por sorprenderlo. Su plan tuvo éxito. Es cierto que cuando entró en la habitación él ya había soltado a su presa. Pero el desorden del atuendo de su hija y la vergüenza y confusión que se pintaban en el semblante del fraile bastaron para probarle que sus sospechas tenían demasiado fundamento. Pero era en exceso prudente para revelar el motivo de sus recelos. Consideró que desenmascarar al impostor no sería cosa fácil, dado que la gente estaba tan predispuesta en su favor. Y como tenía muy pocos amigos, le parecía peligroso hacerse un enemigo tan poderoso. Por lo tanto, fingió no ver su agitación, se sentó en el sofá con tranquilidad, justificó con una razón de poca importancia el haber abandonado su habitación inesperadamente y conversó sobre varios temas, con aparente confianza y seguridad.

Tranquilizado por esta conducta, el monje empezó a recuperar su aplomo. Se esforzó por contestar a Elvira sin

parecer turbado, pero todavía era demasiado novato en el arte de la simulación y sintió que debía parecer confuso y torpe. Pronto interrumpió la conversación y se puso de pie para irse. Cuál no sería su desazón cuando, al despedirse, Elvira le dijo, en términos corteses, que como ya estaba restablecida del todo, le parecía una injusticia privar de su compañía a otros que podían necesitarla más. Le aseguró su eterna gratitud por el beneficio que durante su enfermedad había obtenido de su compañía y exhortaciones y se lamentó de que sus asuntos personales, al igual que la multitud de ocupaciones que las funciones de él debían imponerle necesariamente, la privaran en el futuro del placer de sus visitas. Aunque transmitida en el más suave de los lenguajes, la insinuación fue demasiado clara como para no entenderla. El monje todavía se disponía a disuadirla, cuando una expresiva mirada de Elvira lo interrumpió en seco. No se atrevió a insistirle que lo recibiera, pues sus modales lo convencieron de que había sido descubierto. Se sometió sin replicar, se despidió deprisa y se retiró a la abadía, con el corazón henchido de cólera y vergüenza, de amargura y desilusión.

La mente de Antonia se sintió aliviada con su partida, aunque no dejó de lamentar que no pudiese volver a verlo. Elvira también experimentó una pena secreta. Le había resultado muy placentero pensar en él como en un amigo como para no lamentar la necesidad de cambiar de opinión. Pero su mente estaba demasiado acostumbrada a la falacia de las amistades mundanas para permitir que su desilusión del momento pesara durante mucho tiempo. Se esforzó por hacer que su hija adquiriese conciencia del riesgo que había corrido, pero se vio obligada a tratar el tema con cautela, no fuese que, al quitar la venda de la ignorancia, se desgarrase también el velo de la inocencia. En consecuencia, se conformó con prevenir a Antonia que debía estar en guardia y con ordenarle que, si el abad insistía en sus visitas, sólo lo

recibiese acompañada. Antonia prometió cumplir lo dispuesto por su madre.

Ambrosio fue deprisa a su celda. Cerró la puerta tras sí y se dejó caer en el lecho, desesperado. El impulso del deseo, las punzadas de la desilusión, la vergüenza, del desenmascaramiento y el temor de verse descubierto en público convertían su pecho en escenario de la más horrible confusión. No sabía qué rumbo tomar. Expulsado de la presencia de Antonia, no le quedaban esperanzas de satisfacer la pasión que ahora se había convertido en parte de su existencia. Pensó que su secreto se encontraba en poder de una mujer; tembló de aprensión cuando vio el precipicio que se abría ante él, y de ira cuando pensó que, si no hubiera sido por Elvira, ya habría alcanzado el objeto de sus deseos. Con las más espantosas imprecaciones, juró venganza contra la madre; se dijo que, costara lo que costase, todavía llegaría a obtener a la hija. Se levantó de la cama, recorrió el cuarto con pasos desordenados, aulló de cólera impotente, se precipitó con violencia contra las paredes y cayó en todos los paroxismos de la furia y la locura.

Todavía se encontraba bajo la influencia de esa tormenta de pasiones, cuando oyó un suave golpe en la puerta de su celda. Consciente de que debían de haber escuchado su voz, no se atrevió a negar la entrada al importuno. Hizo lo posible por calmarse y ocultar su agitación. Como lo logró en cierta medida, descorrió el pasador. La puerta se abrió y apareció Matilde.

En ese preciso momento no había nadie cuya presencia le resultara más enojosa. No se dominaba lo suficiente para ocultar su irritación. Retrocedió y frunció el entrecejo.

-Estoy ocupado -dijo con tono severo y apresurado- Déjame.

Matilde no le obedeció. Volvió a cerrar la puerta y avanzó hacia él, con expresión a la vez tierna y suplicante.

-Perdóname, Ambrosio -dijo. Por tu propio bien no debo hacer lo que me pides. No temas quejas de mí; no vengo a reprocharte tu ingratitud. Te perdono de corazón y, como tu amor ya no puede ser mío, te pido el don que le sigue en importancia: tu confianza y amistad. No podemos forzar nuestras inclinaciones. La poca belleza que alguna vez viste en mí pereció junto con su novedad; y si ya no puedo suscitar agrado, mía es la culpa, no tuya. Pero, ¿por qué persistes en eludirme? ¿Por qué tanta ansiedad de huir de mi presencia? Tienes penas, pero no me permites compartirlas; desilusiones, y no aceptas mi consuelo; deseos, pero me impides ayudarte en tus empeños. De eso me quejo, no de tu indiferencia hacia mi persona. He abandonado los derechos de una amante, pero nada me forzará a abandonar los de una amiga.

-¡Generosa Matilde! -replicó él, tomándole la mano. ¡Hasta qué punto estás por encima de las debilidades femeninas! Sí, acepto tu ofrecimiento. Necesito una consejera y una confidente; en ti encuentro reunidas todas las cualidades requeridas. Pero ayudarme en mis empeños... ¡Ay, Matilde, no está en tu poder!

-No está en poder de nadie más, sólo en el mío. Ambrosio, tu secreto no lo es para mí. Todos tus pasos, todas tus acciones fueron observadas por mi ojo atento. Amas.

-¡Matilde!

-¿Por qué me lo ocultas? No temas los torpes celos que manchan a la generalidad de las mujeres; mi alma desdeña una pasión tan despreciable. Amas, Ambrosio; Antonia Dalfa es el objeto de tu llama. Conozco todas las circunstancias relativas a tu pasión. Me han sido repetidas todas las conversaciones. Se me informó de tu intento de obtener la persona de Antonia, de su desilusión y de tu expulsión de la casa de Elvira. Ahora desesperas de alcanzar

a tu amada, pero yo vengo a revivir tus esperanzas y a indicar el camino del éxito.

-¿Del éxito? ¡Es imposible!

-Nada es imposible para quienes se atreven. Confía en mí y aún puedes llegar a ser feliz. Ha llegado el momento, Ambrosio, en que la preocupación por tu consuelo y tranquilidad me obliga a revelar una parte de mi historia que todavía desconoces. Escucha y no me interrumpas. Si mi confesión te desagrada, recuerda que al hacerla mi único objetivo es satisfacer tus deseos y restablecer la paz de tu corazón, que ahora no la conoce. Ya te mencioné que mi tutor era un hombre de conocimientos poco comunes. Se ocupó de infundir esos conocimientos en mi mente infantil. Entre las distintas ciencias que la curiosidad lo indujo a explorar, no olvidó aquella que muchos estiman impía y muchos otros quimérica. Hablo de las artes que se refieren al mundo de los espíritus. Sus profundas investigaciones de causas y efectos, su infatigable aplicación al estudio de la filosofía natural, su hondo e ilimitado conocimiento de las propiedades y virtudes de todas las gemas que enriquecen las profundidades, de todas las hierbas que produce la tierra, le procuraron al final la distinción que buscaba desde hacía tanto tiempo y con tanto fervor. Su curiosidad quedó satisfecha por entero, su ambición ampliamente colmada. Dictó leyes a los elementos; podía invertir el orden de la naturaleza. Sus ojos leían los mandatos del futuro y los espíritus infernales se sometían a sus órdenes. ¿Por qué te apartas de mí? Entiendo esa mirada inquisitiva. Tus sospechas son justas, pero infundados tus temores. Mi tutor no me ocultó su adquisición más preciosa. Pero si nunca te hubiese conocido a ti, jamás habría ejercido mi poder. Como tú, me estremecía al pensar en la magia. Como tú, me había hecho una espantosa idea de las consecuencias de convocar a un demonio. Para proteger esa vida que tu amor me enseñó a valorar, recurrí a medios que temblé al emplear.

¿Recuerdas la noche que pasé en la cripta de Santa Clara? Fue entonces cuando, rodeada de cuerpos pulverizados, me atreví a ejecutar los ritos esotéricos que trajeron en mi ayuda a un ángel caído. Juzga cuál habrá sido mi alegría al descubrir que mis terrores eran imaginarios. Vi al demonio obediente a mis órdenes; lo vi estremecerse ante mi ceño y descubrí que en lugar de vender mi alma a un amo, mi valentía me había comprado un esclavo.

-¡Imprudente Matilde! ¿Qué has hecho? Te condenaste a la perdición eterna; trocaste la dicha imperecedera por un poder momentáneo! Si la satisfacción de mis deseos depende de la brujería, renuncio a tu ayuda en los términos más absolutos. Las consecuencias son demasiado horribles. Estoy loco por Antonia, pero la pasión no me ciega tanto como para sacrificar mi existencia en este mundo y en el próximo por el goce de ella.

-¡Prejuicios ridículos! ¡Avergüénzate, Ambrosio, avergüénzate de estar sometido a su dominio! ¿Cuál es el riesgo de aceptar mi ofrecimiento? ¿Qué podría inducirme a convencerte de que des este paso, si no el deseo de devolverte la felicidad y la paz? Si hay peligros, caerán sobre mí. Yo invocaré la mediación de los espíritus; mío será, pues, el pecado, tuyo el beneficio. Pero el peligro no existe. El enemigo de la humanidad es mi esclavo, no mi soberano. ¿No hay diferencia entre dar y recibir órdenes, entre servir y mandar? ¡Despierta de tus ociosos sueños, Ambrosio! ¡Aparta de ti esos terrores tan poco adecuados para un alma como la tuya; déjalos para los hombres comunes y atrévete a ser feliz! Acompáñame esta noche a las catacumbas de Santa Clara; presencia allí mis encantamientos y Antonia te pertenecerá.

-No puedo ni quiero obtenerla por tales medios. Deja, pues, de intentar convencerme, pues no me atrevo a emplear los servicios del infierno.

-¿No te atreves? ¡Cómo me decepcionas! Esa mente que yo creía tan notable y valiente resulta ser débil, pueril y mezquina, esclava de supersticiones vulgares y más frágil que la de una mujer.

-¿Cómo? Aunque consciente del peligro, ¿debo exponerme voluntariamente a las artes del tentador? ¿Tengo que renunciar para siempre a mi derecho a la salvación? ¿Mis ojos tienen que buscar una visión que sé que los quemará? No, no, Matilde, no me aliaré al enemigo de Dios.

-¿Acaso ahora eres el amigo de Dios? ¿No quebraste tu compromiso con él, no renunciaste a su servicio y te abandonaste al impulso de tus pasiones? ¿No planeas la destrucción de la inocencia, la ruina de una criatura a quien él formó en el molde de los ángeles? Si no buscas la ayuda de los demonios, ¿qué auxilio invocarás para ese loable designio? ¿Lo avalarán los serafines, llevarán a Antonia a tus brazos y sancionarán con su mediación tus placeres ilícitos? ¡Absurdo! ¡Pero yo no me engaño, Ambrosio! No es la virtud la que te hace rechazar mi oferta; la aceptarías, pero no te atreves. No es la culpa lo que detiene tu mano, sino el castigo. ¡Lo que te contiene no es el respeto a Dios, sino el terror de su venganza! En realidad preferirías ofenderlo en secreto, pero te asusta confesarte su enemigo. ¡Caiga la vergüenza sobre el alma cobarde, carente del valor de ser amigo firme o enemigo franco!

-Contemplar la culpa con horror, Matilde, es un mérito en sí mismo. En ese sentido me enorgullezco de confesarme cobarde. Aunque mis pasiones me hicieron desviarme de sus leyes, todavía siento en el corazón un amor innato a la virtud. Pero no te corresponde acusarme de perjurio. Tú fuiste la primera en seducirme para que violase mis votos; tú, la primera que despertó mis vicios dormidos, la que me hizo sentir la opresión de mis obligaciones religiosas y me convenció de que la culpa tenía placeres. ¡Pero, si bien mis principios cedieron a la fuerza del temperamento, todavía

me queda suficiente gracia como para estremecerme ante la brujería y eludir un delito tan monstruoso, tan imperdonable!

-¿Imperdonable, dices? ¿Dónde queda, entonces, tu constante jactancia con respecto a la infinita misericordia del Todopoderoso? ¿Últimamente le ha puesto límites? ¿Ya no acoge con alegría a un pecador? Lo injurias, Ambrosio. Siempre tendrás tiempo de arrepentirte y Él la bondad de perdonar. Dale la gloriosa oportunidad de ejercer esa bondad. Cuanto mayor sea tu culpa, mayor será su mérito al perdonar. Basta de infantiles escrúpulos. Convéncete por tu propio bien y sígueme a la cripta.

-¡Basta, Matilde! Ese tono burlón, ese lenguaje audaz e impío, son horribles en cualquier boca, pero más en la de una mujer. Dejemos una conversación que no suscita otros sentimientos que horror y disgusto. No te seguiré a la cripta, ni aceptaré los servicios de tus agentes infernales. Antonia será mía por medios humanos.

-¡Entonces jamás será tuya! Se te ha expulsado de su presencia; la madre le abrió los ojos a tus designios y ahora ya está en guardia contra ellos. Inclusive ama a otro; un joven de distinguidos méritos posee su corazón y, si no intervienes, en pocos días la hará su prometida. Esta información me la proporcionaron mis servidores invisibles, a quienes recurrí apenas advertí tu indiferencia. Vigilaron todos tus actos, me refirieron todo lo que ocurrió en lo de Elvira y me sugirieron la idea de favorecer tus planes. Estas noticias fueron mi único consuelo. Aunque evitabas mi presencia, todos tus pasos me eran conocidos ¡inclusive estaba contigo constantemente, hasta cierto punto, gracias a este preciosísimo recurso!

Al pronunciar estas palabras, extrajo de entre sus hábitos un espejo de acero pulido, cuyos bordes ostentaban varios caracteres extraños y desconocidos.

-En medio de mis pesares, en medio de mis lamentos por tu frialdad, las virtudes de este talismán me protegieron de la desesperación. Al pronunciar ciertas palabras, aparece en él la persona en quien se concentran los pensamientos del observador. Así, aunque yo estaba ausente de tu vista, tú, Ambrosio, te hallabas siempre presente ante la mía.

La curiosidad del fraile se excitó considerablemente.

-Lo que dices es increíble. Matilde, ¿no te burlas de mi credulidad?

-Que tus propios ojos sean jueces.

Le puso el espejo en la mano. La curiosidad lo indujo a tomarlo y el amor a desear que apareciera Antonia. Matilde pronunció las palabras mágicas. En el acto se elevó un denso humo de los caracteres trazados en los bordes y se difundió por toda la superficie. Volvió a esfumarse poco a poco y una confusa mezcla de colores e imágenes se presentó ante los ojos del fraile; al cabo se ordenaron en sus lugares adecuados y contempló, en miniatura, la encantadora imagen de Antonia.

El ámbito era un pequeño gabinete que formaba parte de sus aposentos. Se desnudaba para bañarse. Las largas trenzas de sus cabellos ya habían sido deshechas. El enamorado monje tuvo plena oportunidad de observar los graciosos contornos y la admirable simetría de su cuerpo. Se quitó la última prenda, avanzó hacia el baño preparado para ella e introdujo el pie en el agua. Sintió que estaba fría y retrocedió. Aunque no sabía que la observaban, un sentimiento innato de modestia la indujo a velar sus encantos y permaneció vacilante en el borde, en la actitud de la Venus de Médicis. En ese momento, un petirrojo domesticado voló hacia ella, anidó la cabeza en el pecho de la joven y lo picoteó en voluptuoso juego. En vano trató la sonriente Antonia de ahuyentar al ave y al cabo levantó los brazos para expulsarla del delicioso refugio. Ambrosio no pudo soportar más. Sus deseos habían llegado al frenesí.

-¡Me entrego! -gritó, arrojando el espejo al suelo. ¡Matilde, te sigo! ¡Haz conmigo lo que quieras!

Ella no esperó a que reiterara el consentimiento. Ya era medianoche. Corrió hasta su celda y pronto regresó con su cestillo y la llave del cementerio, que había quedado en su poder desde la primera visita a las bóvedas. No le dio al monje tiempo para reflexionar.

-¡Ven! -le dijo, y le tomó la mano- Sígueme y observa los efectos de tu decisión.

Así dijo, y lo arrastró a toda prisa. Entraron en el camposanto sin ser descubiertos, abrieron la puerta de las catacumbas y se encontraron en el comienzo de la escalera subterránea. Hasta ese momento, los rayos de la luna habían guiado sus pasos, pero ahora carecían de ese recurso. Matilde no se había provisto de una lámpara. Apretando todavía la mano de Ambrosio, descendió los escalones de mármol. Pero la profunda oscuridad en que se hallaban sumergidos los obligó a avanzar con lentitud y cautela.

-¡Tiemblas! -dijo Matilde a su compañero. No temas, el lugar fijado ya está cerca.

Llegaron al pie de la escalera y siguieron su recorrido, tanteando las paredes. Al doblar un recodo, vieron de pronto tenues resplandores de luz que parecían arder a lo lejos. Hacia allí encaminaron sus pasos. Los rayos procedían de una lámpara sepulcral que ardía constantemente ante la estatua de Santa Clara. Teñían con vaga y macilenta luminosidad las macizas columnas que sostenían el techo, pero eran demasiado débiles para disipar las densas tinieblas en que se perdían las bóvedas en las alturas.

Matilde tomó la lámpara.

-¡Espérame! -dijo al fraile- Vuelvo enseguida.

Después de decir estas palabras se internó rápidamente en uno de los pasajes que se ramificaban en distintas direcciones, a partir de ese lugar, y formaban una especie de laberinto. Ambrosio se quedó solo. Lo envolvía la oscuridad

más profunda que estimulaba las dudas que comenzaban a revivir en su pecho. Se había dejado arrebatar por el delirio del momento. La vergüenza de revelar sus terrores mientras se hallaba en presencia de Matilde lo indujo a reprimirlos pero, ahora que se veía librado a sí mismo, recuperaban su anterior ascendiente. Le espantó la escena que muy pronto presenciaría. No sabía hasta dónde podían operar en su espíritu las ilusiones de la magia; acaso era posible que lo empujaran a cometer algún acto que hiciese irreparable la brecha que lo separaba del Cielo. En ese terrible dilema, hubiese implorado la ayuda de Dios, pero tenía conciencia de haber perdido todo derecho a esa protección. De buena gana hubiera regresado a la abadía pero, como había recorrido innumerables cavernas y tortuosos pasajes, el intento de volver a la escalera era inútil. Su suerte estaba sellada; no tenía posibilidades de huida. Por lo tanto, combatió sus aprensiones y llamó en su ayuda todos los argumentos que le permitieran sobrellevar con fortaleza la perturbadora escena. Pensó que Antonia sería la recompensa de su osadía. Inflamó su imaginación enumerando los encantos de su amada. Se convenció de que -como había señalado Matilde- siempre le quedaría tiempo de sobra para el arrepentimiento y de que, como empleaba la ayuda de ella, no la de los demonios, no se lo podría acusar del delito de brujería. Estaba bien informado sobre la hechicería y entendía que, a menos que firmase un acta formal de renuncia a su derecho a la salvación, Satán no tenía poder sobre él. Estaba plenamente decidido a no firmar nada por el estilo, fuesen cuales fueren las amenazas que se usaran o las ventajas que se le ofreciesen.

Ésas eran sus reflexiones mientras esperaba a Matilde. Las interrumpió un sordo murmullo que parecía surgir a escasa distancia. Se sobresaltó... Escuchó. Transcurrieron unos instantes en silencio, luego el murmullo se reanudó. Parecían ser los gemidos de alguien que sufriera. En

cualquier otra situación, esa circunstancia sólo habría suscitado su atención y curiosidad. En ese momento, su sentimiento predominante fue de terror. Con la imaginación totalmente imbuida por ideas de brujería y espíritus, pensó que algún desasosegado fantasma vagaba cerca de él o bien que Matilde había sido víctima de su arrogancia y perecía bajo las crueles garras de los demonios. Aparentemente el ruido no se acercaba; continuó escuchándose a intervalos. A veces se hacía más audible... sin duda cuando los sufrimientos de la persona que emitía los gemidos se volvían más agudos e insoportables. De vez en cuando Ambrosio creía distinguir palabras, y en una oportunidad en especial quedó casi convencido de haber escuchado una débil voz que exclamaba:

-¡Dios! ¡Dios mío! ¡No hay esperanzas! ¡No hay socorro!

Gemidos todavía más profundos siguieron a estas palabras; se desvanecieron poco a poco y volvió a reinar un silencio total.

"¿Qué significa esto?", pensó el monje, perplejo.

En ese instante, una idea que le cruzó por la mente casi lo petrificó de espanto. Se sobresaltó y tembló.

-¡Será posible! -gimió involuntariamente. ¡Será posible! ¡Oh, qué monstruo soy!

Sintió deseos de aclarar sus dudas y reparar su falta, si no era demasiado tarde. Pero estos generosos y compasivos sentimientos pronto fueron disipados por el regreso de Matilde. Olvidó los gemidos del sufriente y sólo recordó el peligro y la inquietud de su propia situación. La luz de la lámpara que volvía relució en los muros y pocos momentos más tarde Matilde estuvo a su lado. Se había despojado de sus hábitos religiosos; estaba ataviada con una larga vestidura oscura en la cual se veían, bordados en oro, los trazos de varios caracteres desconocidos; estaba ceñida por un cinturón de piedras preciosas, debajo del cual llevaba un

puñal. Tenía el cuello y los brazos desnudos; en la mano sostenía una varita dorada. Su cabello estaba suelto y se esparcía desordenadamente sobre los hombros. Los ojos le relucían con expresión aterradora y todo su aspecto estaba calculado para inspirar horror y admiración a quien la contemplara.

-¡Sígueme! -le dijo al monje en voz baja y solemne. ¡Todo está dispuesto!

Los miembros le temblaban a Ambrosio cuando se dispuso a obedecerla. Ella lo guió a través de varios estrechos corredores y, a cada lado, mientras avanzaban, el resplandor de la lámpara no revelaba otra cosa que los objetos más repugnantes: cráneos, huesos, tumbas e imágenes cuyos ojos parecían mirarlos con espanto y sorpresa. Al cabo llegaron a una caverna espaciosa, cuyo alto techo los ojos en vano trataban de distinguir. Una profunda oscuridad aleteaba en el vacío, húmedos vapores helaron el corazón del fraile y escuchó acongojado el viento que aullaba en las desoladas bóvedas. Allí se detuvo Matilde. Se volvió hacia Ambrosio que tenía las mejillas y los labios pálidos de miedo. Con una mirada, mezcla de burla y cólera, le reprochó su pusilanimidad, pero no habló. Dejó la lámpara en el suelo, cerca del cesto. Le hizo señas de que debía guardar silencio e inició los misteriosos ritos. Trazó un círculo en torno de él, otro alrededor de sí misma. Luego sacó del cesto una redomita y esparció en el suelo, delante de ella, varias gotas. Se inclinó, masculló unas frases confusas e inmediatamente brotó del suelo una pálida llama sulfurosa. Creció gradualmente y, por último, sus ondas se extendieron sobre toda la superficie, con excepción de los círculos en que se hallaban Matilde y el moje. Después trepó por las gigantescas columnas de piedra sin desbastar, se deslizó a lo largo del techo y convirtió la caverna en una inmensa cámara cubierta por completo con un tembloroso fuego azul. No emitía calor; por el contrario, el frío extremo

del lugar parecía aumentar minuto a minuto. Matilde continuó con sus encantamientos. De vez en cuando sacaba de la cesta diferentes artículos cuya naturaleza y nombre eran en su mayor parte desconocidos para el fraile. Pero, entre los pocos que reconoció, observó en especial tres dedos humanos y un agnusdéi que Matilde rompió en trozos. Arrojó todo a las llamas que ardían ante ella y en un abrir y cerrar de ojos esos objetos fueron consumidos por el fuego.

El monje la observó con anhelante curiosidad. De pronto ella lanzó un grito agudo y penetrante. Pareció víctima de un acceso de delirio; se mesó el cabello, se golpeó el pecho, adoptó los gestos más enloquecidos, extrajo el puñal del cinto y se lo clavó en el brazo izquierdo. La sangre brotó a raudales y, ubicándose en el borde del círculo, cuidó de que cayese en la parte exterior. Las llamas se retiraron del lugar en que fluía la sangre. Una masa de nubes oscuras se elevó con lentitud de la tierra ensangrentada y ascendió gradualmente hasta llegar a la bóveda de la caverna. Al mismo tiempo se escuchó un trueno, cuyo eco repercutió pavorosamente en los pasajes subterráneos, y el suelo se estremeció bajo los pies de la hechicera.

En ese momento Ambrosio se arrepintió de su irreflexión. La solemne peculiaridad del encantamiento lo había preparado para algo extraño y horrible. Aguardó con temor la aparición del espíritu, cuya llegada anunciaban los truenos y los temblores de tierra. Miró como un demente alrededor, a la espera de una atroz aparición cuya visión lo enloqueciera. Un escalofrío le recorrió el cuerpo e hincó una rodilla en tierra, incapaz de sostenerse.

-¡Ya viene! -exclamó Matilde con tono jubiloso.

Ambrosio se sobresaltó y esperó al demonio con horror. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando el trueno dejó de retumbar y resonó en el aire una música melodiosa! Al mismo tiempo la nube desapareció y contempló una figura

más bella que cualquiera jamás trazada por el lápiz de la fantasía. Era un joven que en apariencia aún no había llegado a los dieciocho años. La perfección de su cuerpo y rostro no tenían parangón, estaba completamente desnudo; una fulgurante estrella resplandecía en su frente, dos alas de color carmesí surgían de sus hombros y los sedosos rizos se hallaban sostenidos por una cinta de fuegos multicolores, que le jugueteaban en torno de la cabeza, formaban variadas figuras y relucían con un brillo mucho más intenso que el de las piedras preciosas. En los brazos y tobillos ostentaba pulseras de diamantes y en la mano derecha sostenía una rama de plata que imitaba el mirto. Su cuerpo destellaba con gloria deslumbrante; se encontraba rodeado de nubes de luz rosada y, en el momento en que apareció, un aura vivificadora difundió perfumes en toda la caverna. Seducido por una visión tan opuesta a lo que esperaba, Ambrosio contempló al espíritu con deleite y asombro. Pero, por bella que fuese la figura, no podía dejar de advertir cierta ferocidad en los ojos del demonio y una misteriosa melancolía impresa en sus rasgos que revelaban al ángel caído e inspiraban secreto espanto en los espectadores.

La música cesó, Matilde dirigió la palabra al espíritu; habló en un lenguaje ininteligible para el monje y se le respondió de la misma manera. En apariencia insistía en algo que el demonio no estaba dispuesto a conceder. A menudo lanzaba a Ambrosio miradas airadas y en esas ocasiones al monje el corazón se le contraía en el pecho. Matilde pareció irritarse; se expresó en tono vociferante y autoritario y por sus ademanes se advertía que lo amenazaba con vengarse. Sus palabras surtieron el efecto deseado. El espíritu apoyó una rodilla en el suelo y con expresión sumisa le entregó la rama de mirto. En cuanto la recibió, se volvió a escuchar la música; una espesa nube cubrió a la aparición; las llamas azules desaparecieron y en la caverna reinó una oscuridad total. El abad no se movió de su lugar; sus facultades

estaban paralizadas por el placer, la ansiedad y el asombro. Por último, se esfumó la oscuridad y vio a Matilde cerca de él, vestida con hábitos religiosos, con el mirto en la mano. No quedaban rastros del encantamiento y las bóvedas se hallaban iluminadas sólo por los temblorosos rayos de la lámpara funeraria.

-He triunfado -declaró Matilde, aunque con más dificultades de las que esperaba. Lucifer, a quien llamé en mi ayuda, al principio se negó a obedecer mis órdenes. Para imponer su cumplimiento, me vi obligada a recurrir a mis más fuertes hechizos. Produjeron el efecto deseado, pero me comprometí a no invocar nunca más su auxilio en tu favor. Ten cuidado, entonces, en cómo empleas una oportunidad que jamás se repetirá. Mis artes mágicas ya no te serán de utilidad. En el futuro sólo puedes esperar la ayuda sobrenatural si tú mismo invocas a los demonios y aceptas las condiciones de su ayuda. Eso nunca lo harás. Hace falta energía mental para obligarlos a obedecer y, si no pagas el precio establecido, no serán tus servidores voluntarios. Consienten en obedecerte en este único caso. Te ofrezco el medio de gozar de tu amada, y ten cuidado de no desperdiciar la oportunidad. Recibe este mirto recubierto de estrellas. Mientras lo tengas en la mano, todas las puertas se abrirán ante ti. Mañana por la noche te procurará acceso a la alcoba de Antonia. Luego sóplalo tres veces, pronuncia el nombre de ella y déjalo sobre su almohada. Un sopor similar a la muerte se apoderará inmediatamente de Antonia y la privará del poder de resistir a tus intentos. El sueño la retendrá hasta el alba. En ese estado puedes satisfacer tus propósitos sin peligro de ser descubierto, ya que, cuando la luz del día disipe los efectos del encantamiento, Antonia advertirá su pérdida, pero no sabrá quién ha sido el culpable. Sé feliz, pues, mi Ambrosio, y que este servicio te convenza de que mi amistad es desinteresada y pura La noche debe

estar llegando a su término. Volvamos a la abadía para que nadie se sorprenda de nuestra ausencia.

El abad recibió el talismán con silenciosa gratitud. Sus ideas estaban en exceso confusas, a causa de las aventuras de la noche para permitirle expresar su agradecimiento en forma audible o, por cierto, para advertir todo el valor del regalo. Matilde tomó la lámpara y el cesto y guió a su compañero fuera de la misteriosa caverna. Dejó la lámpara en su sitio anterior y siguió su camino en la oscuridad hasta llegar al pie de la escalera. Los primeros rayos del sol naciente, que la iluminaban, le facilitaron el ascenso. Matilde y el abad se apresuraron a salir de las catacumbas, cerraron la puerta tras ellos, y pronto regresaron al claustro occidental de la abadía. Nadie se cruzó en su camino y se retiraron a sus respectivas celdas sin ser descubiertos.

La confusión de la mente de Ambrosio comenzó a serenarse. Se regocijó con el afortunado final de su aventura y, al reflexionar sobre las virtudes del mirto, pensó que Antonia ya estaba en su poder. La imaginación volvió a trazar ante él los secretos encantos revelados por el espejo hechizado y esperó con impaciencia la llegada de la medianoche.

CAPÍTULO VIII

Los grillos cantan, y los sentidos del hombre, abrumados,
Se recuperan en el reposo. Así nuestro Tarquino
Suave aplastó los juncos, antes de despertar
La castidad que asoló... ¡Citerea,
Cuán bien concuerdas con tu lecho!
¡Fresco lirio, Más blanco que las sábanas!

SHAKESPEARE, *Cimbelino*

Todas las búsquedas del marqués de las Cisternas fueron inútiles. Había perdido a Inés para siempre. La desesperación produjo un efecto tan violento en su organismo que la consecuencia fue una grave y prolongada enfermedad. Eso le impidió visitar a Elvira, como era su intención. Y como ella ignoraba la causa de la negligencia, ese hecho le provocó una inquietud bastante seria. La muerte de su hermana le había impedido a Lorenzo comunicar a su tío sus intenciones con respecto a Antonia. Las admoniciones de la madre de su amada le prohibían presentarse ante ella sin el consentimiento del duque y, como Elvira no volvió a tener noticias ni de Lorenzo ni de sus proposiciones, conjeturó que había encontrado un partido mejor o que se le había ordenado que abandonase cualquier proyecto acerca de su hija. Cada día que pasaba le significaba mayores inquietudes con respecto a la suerte de

Antonia. Pero mientras siguió conservando la protección del abad, soportó con entereza el fracaso de sus esperanzas en lo referente a Lorenzo y al marqués. Ahora tampoco le quedaba ese recurso. Tenía la convicción de que Ambrosio había planeado la perdición de su hija y, cuando pensaba que su muerte dejaría a Antonia sin amigos ni protección, en un mundo tan bajo, pérfido y depravado, el corazón se le henchía con la amargura de la aprensión. En esas ocasiones permanecía sentada durante horas, contemplando a la encantadora joven y en apariencia escuchaba su inocente parloteo, aunque en realidad sus pensamientos se concentraban en las penas en que un momento bastaría para precipitarla. Y entonces, de repente, la abrazaba, apoyaba la cabeza en el pecho de su hija y lo bañaba con sus lágrimas.

Se preparaba un acontecimiento que, si ella lo hubiera sabido, la habría aliviado de su inquietud. En ese momento Lorenzo sólo esperaba una oportunidad favorable para informar al duque de su intención de casarse, pero una circunstancia que ocurrió en aquel período lo obligó a demorar su entrevista varios días más.

La dolencia de don Raimundo parecía ganar terreno. Lorenzo estaba constantemente junto a su lecho y lo trataba con una ternura en verdad fraternal. Tanto la causa como los efectos de la enfermedad resultaban muy penosos para el hermano de Inés, pero la congoja de Theodore no era menos sincera. El bondadoso muchacho no abandonaba a su amo ni por un instante y ponía en práctica todos los recursos posibles para consolar y aliviar sus sufrimientos. El marqués había concebido un afecto tan profundo por su amada muerta que a todos les resultaba evidente que jamás podría sobrevivir a su pérdida. Nada habría podido impedirle dejarse morir de dolor salvo el convencimiento de que ella aún estaba con vida y que necesitaba su ayuda. Aunque persuadidos de que eso era falso, quienes se hallaban a su lado lo estimulaban en una creencia que

constituía su único consuelo. Todos los días se le aseguraba que se hacían nuevas búsquedas en relación con la suerte corrida por Inés; se inventaban fábulas sobre los diversos intentos encaminados a penetrar en el convento y se relataban circunstancias que, si bien no prometían la recuperación absoluta de Inés, por lo menos eran suficientes para mantener vivas las esperanzas del enamorado. El marqués constantemente caía en los más terribles accesos de desesperación cuando se le informaba sobre el fracaso de esas supuestas tentativas. Pero no quería convencerse de que las siguientes tendrían el mismo resultado y se persuadía de que serían más exitosas.

Theodore era el único que se esforzaba en poner en práctica las quimeras de su amo. Se hallaba incesantemente ocupado en planear artimañas para penetrar en el convento o, por lo menos, para obtener de las monjas alguna información acerca de Inés. Ejecutar esos proyectos era lo único que podía inducirlo a apartarse de don Raimundo. Se convirtió en un verdadero Proteo que cambiaba de forma todos los días, pero todas sus metamorfosis servían de muy poco. Habitualmente regresaba al palacio de las Cisternas sin noticias que confirmasen las esperanzas de su amo. Un día, se le metió en la cabeza la idea de disfrazarse de mendigo; se cubrió el ojo izquierdo con un parche, tomó la guitarra en una mano y se apostó ante la puerta del convento.

"Si Inés está de veras recluida en el convento -pensó- y oye mi voz, la recordará, y es posible que encuentre la manera de hacerme saber que permanece allí."

Con esta idea, se mezcló con una multitud de mendigos que se reunía todos los días ante el portal de Santa Clara para recibir la comida que las monjas acostumbraban a distribuir al mediodía. Todos iban provistos de cuencos o jarros para llevársela pero, como Theodore no tenía un utensilio de esa especie, pidió permiso para ingerir su ración a las puertas del convento. Se lo concedieron sin ningún

inconveniente. Su dulce voz y -a pesar del ojo emparchado- su semblante atrayente, conquistaron el corazón de la buena y anciana portera quien, ayudada por una hermana lega, se ocupaba de servir a cada uno su ración. Se pidió a Theodore que se quedase hasta que se fueran los demás y se le prometió que entonces se concedería su pedido. El muchacho no deseaba otra cosa, pues no había acudido al convento para alimentarse. Agradeció a la portera esa autorización, se retiró de la puerta y, sentado en una gran piedra, se entretuvo afinando su guitarra mientras servían a los mendigos.

En cuanto el gentío se hubo ido, Theodore fue llamado al portal y se lo invitó a que entrase. Obedeció con infinita presteza, pero adoptó un aspecto muy respetuoso al transponer el santo umbral y simuló hallarse muy amedrentado por la presencia de las reverendas damas. Su fingida timidez halagó la vanidad de las monjas, quienes se esforzaron por tranquilizarlo. La portera lo condujo a su pequeño locutorio. Entretanto, la hermana lega fue a la cocina, y pronto regresó con una porción doble de sopa de mejor calidad que la distribuida a los mendigos. La anfitriona añadió algunas frutas y confituras de sus pertenencias personales, y ambas instaron al joven a comer a sus anchas. A todas las atenciones, Theodore respondió con gran apariencia de gratitud y con abundancia de bendiciones a sus benefactoras. Mientras comía, las anfitrionas admiraban la delicadeza de sus facciones, la belleza de su cabello y la dulzura y gracia que acompañaban todos sus movimientos. Se lamentaron entre sí, en susurros, de que un joven tan encantador se viese expuesto a las seducciones del mundo y convinieron en que sería un digno pilar de la iglesia católica. Pusieron fin a su charla, con la decisión de que prestarían un verdadero servicio al cielo si consiguieran que la superiora intercediera ante Ambrosio para permitir el ingreso del mendigo en la orden de los capuchinos.

Una vez resuelto eso, la portera, que era persona de gran influencia en el convento, se encaminó a toda prisa a la celda de la superiora. Allí hizo una descripción tan entusiasta de los méritos de Theodore que la anciana sintió curiosidad por verlo. En consecuencia, dispuso que la portera lo condujera a la reja del locutorio. Entretanto, el supuesto mendigo sondeaba a la hermana lega en cuanto a la suerte de Inés. Sus respuestas no hicieron más que confirmar las afirmaciones de la superiora. Dijo que Inés había enfermado al volver de la confesión, que no abandonó el lecho desde ese momento y que ella misma estuvo presente en el funeral. Inclusive atestiguó haber visto su cadáver y que ayudó con sus propias manos a colocarlo en el féretro. Este relato desalentó a Theodore. Pero, como había llevado tan lejos la aventura, resolvió esperar a que llegara a término.

La portera regresó y le ordenó que la siguiera. Obedeció y fue llevado al locutorio, ante cuya reja ya se encontraba la superiora. La rodeaban todas las monjas, que habían acudido con prisa a presenciar una escena que prometía algún entretenimiento. Theodore las saludó con profundo respeto y su presencia tuvo el efecto de apaciguar por un momento los severos rasgos de la superiora. Ella le formuló varias preguntas sobre sus padres, su religión e inquirió qué circunstancias lo habían llevado a la condición de mendigo. Sus respuestas fueron perfectamente satisfactorias y perfectamente falsas. Después se le preguntó su opinión sobre la vida monástica. Respondió en términos de alta estima y respeto. Entonces la interlocutora le informó que obtener su ingreso en una orden religiosa no era imposible, que su recomendación no permitiría que su pobreza constituyese un obstáculo para ello y que, si lo consideraban con adecuados méritos, en el futuro podría contar con su protección. Theodore le aseguró que ser digno de su favor sería su más cara ambición y, después de ordenarle que

regresara al día siguiente, en que volvería a hablar con él, la superiora salió del locutorio.

Las monjas, a quienes el respeto por la priora había mantenido hasta entonces en silencio, se apiñaron ante la reja y acosaron al joven con multitud de preguntas. Theodore ya había examinado a cada una con atención. Por desgracia Inés no se contaba entre ellas. Las monjas formulaban pregunta tras pregunta con tanta insistencia que apenas le era posible responder. Una le preguntó dónde había nacido, pues su acento revelaba que era extranjero; otra quiso saber por qué llevaba un parche sobre el ojo izquierdo; la hermana Elena preguntó si no tenía una hermana igual a él pues le agradaría tenerla por compañera; y la hermana Raquel estaba plenamente convencida de que el hermano sería el compañero más agradable de los dos. Theodore se divirtió contando a las monjas, como si fuesen verdades, todas las extrañas historias que su imaginación pudo inventar. Les relató sus supuestas aventuras y embargó de asombro a cada una de sus oyentes hablando de gigantes, salvajes, naufragios e islas habitadas

Por antropófagos y hombres a quienes la cabeza
Les crece por debajo de los hombros,

con muchos otros detalles igualmente notables. Dijo que había nacido en Terra Incognita, que se educó en una universidad hotentota y que había vivido dos años con los americanos de Silesia.

-En lo que se refiere a la pérdida de mi ojo -dijo-, fue un justo castigo por mi falta de respeto a la Virgen, cuando hice mi segunda peregrinación a Loreto. Me encontraba cerca del altar, en la capilla milagrosa. Los monjes se dedicaban a adornar la imagen con sus mejores atavíos. A los peregrinos se les había ordenado cerrar los ojos durante esa ceremonia; pero, aunque como por naturaleza soy muy religioso, la curiosidad fue demasiado grande. En ese momento... ¡Cuando revele mi pecado, reverendas señoras,

las colmaré de horror! En el momento en que los monjes le cambiaban el ropaje, me aventuré a abrir el ojo izquierdo y lancé una miradita hacia la imagen. ¡Esa mirada fue la última! La gloria que circundaba a la Virgen era demasiado grande para ser soportada. ¡Cerré enseguida mi ojo sacrílego y desde entonces nunca pude volver a abrirlo!

Al enterarse de ese milagro, todas las monjas se persignaron y prometieron interceder ante la santísima Virgen por la recuperación de su vista. Expresaron su asombro ante lo dilatado de sus viajes y las extrañas aventuras que había corrido a edad tan temprana. Luego vieron su guitarra y le preguntaron si era versado en música. Replicó, con modestia, que no era él quien debía decidir acerca de su talento y pidió permiso para recurrir a ellas en calidad de jueces. Se lo concedieron sin dificultades.

-Pero, por lo menos -dijo la anciana portera-, ten cuidado de no cantar nada profano.

-Puede confiar en mi discreción -respondió Theodore.

Escucharán cuán peligroso es, para las jóvenes, abandonarse a sus pasiones, según el ejemplo de una damisela que se enamoró súbitamente de un caballero desconocido.

-¿Pero el episodio es cierto? -inquirió la portera.

-Hasta la última palabra. Ocurrió en Dinamarca y a la heroína se la consideraba tan hermosa que no se la conocía por otro nombre que el de “la doncella encantadora”.

-¿En Dinamarca, dices? -masculló una monja anciana ¿Acaso en Dinamarca toda la gente no es negra?

-De ninguna manera, reverenda señora. Son de un delicado tono verde arveja, con cabello y bigotes color de llama.

-¡Madre de Dios! ¿Verde arveja? -exclamó la hermana Elena. ¡Oh, es imposible!

-¿Imposible? -repitió la portera, con expresión de desprecio y regocijo. Nada de eso. Cuando yo era joven, recuerdo haber visto a varios habitantes de Dinamarca.

Theodore afinó entonces su instrumento. Había leído la historia de un rey de Inglaterra cuya prisión fue descubierta por un trovador, y abrigaba la esperanza de que la misma estratagema le permitiese descubrir a Inés, si acaso se hallaba en el convento. Eligió una balada que ella misma le había enseñado en el castillo de Lindenberg. Tal vez la escuchara, y él esperaba oírla contestar algunas de las estrofas. Ya tenía la guitarra templada y se preparó a pulsarla.

Pero antes de comenzar -dijo-, es necesario informarles, señoras, que esta misma Dinamarca está terriblemente infestada de brujas, hechiceras y espíritus malignos. Cada elemento posee su propio demonio. Los bosques son frecuentados por un poder maligno llamado "Rey de los Elfos" o "Rey del Roble". Él es quien agosta los árboles, arruina las cosechas y gobierna a duendes y trasgos. Aparece en forma de un anciano de majestuosa figura, de corona áurea y larga barba blanca. Su principal entretenimiento consiste en arrebatar los niños a sus padres. Y en cuanto los tiene en su caverna, los desgarra en mil pedazos. Los ríos son dominados por otro demonio, llamado "El Rey del Agua". Se ocupa de agitar los océanos, provocar naufragios y arrastrar bajo las olas a los marinos que se ahogan. Tiene la apariencia de un guerrero y se dedica a atraer a vírgenes jóvenes a sus lazos. Lo que hace con ellas cuando las atrapa en el agua lo dejo, reverendas señoras, a la imaginación de ustedes. "El Rey del Fuego" parece ser un hombre hecho de llamas. Hace surgir los meteoros y las luces errantes que atraen a los viajeros a ciénagas y pantanos, y dirige los rayos hacia donde más daños pueden causar. El último de estos demonios de los elementos se llama "El Rey de las Nubes"; su figura es la de un bello joven y se caracteriza por dos grandes alas negras. Aunque su aspecto es realmente

encantador, no abriga mejores intenciones que los demás. Se ocupa continuamente de provocar tormentas, arrancar bosques de cuajo y derrumbar castillos y conventos sobre las cabezas de sus moradores. El primero de los mencionados tiene una hija, que es la reina de los elfos y las hadas; el segundo, una madre, poderosa hechicera. Ninguna de estas damas es mejor que los caballeros. No recuerdo haberme enterado de que se asignara una familia a los otros dos poderes diabólicos pero, por el momento, no me ocupo de ninguno de ellos, aparte del demonio de las aguas. Es el protagonista de mi balada, pero consideré necesario ofrecerles, antes de empezar, alguna explicación sobre sus prácticas.

Theodore tocó luego una breve introducción, después de lo cual y elevando la voz al máximo, para que pudiera llegar a oídos de Inés, cantó las siguientes estrofas:

El Rey de las Aguas

Balada danesa

Con suave murmullo fluye la corriente,
Mientras por la fragante orilla florecida,
Con alegre andar, la dulce doncella
A la iglesia de María se encamina.

El ojo aleve del demonio del agua
Por la costa observa sus correteos.
A su bruja madre acude a toda prisa
Y con suplicante tono le implora:

"¡Oh, madre, madre, dame ahora tu consejo:

Cómo puedo sorprender a esa doncella!
¡Oh, madre, madre, ahora explica
Cómo puedo a esa niña obtener!".

La bruja le da una armadura blanca,
Lo convierte en valiente caballero;
Con agua clara su mano después hace
Un corcel con arneses de arena.

El Rey del Agua veloz cabalga;
A la iglesia de María al punto va.
Amarra su corcel junto a la puerta
Y doce veces recorre el camposanto.

Su corcel a la puerta está atado
Y el cementerio doce veces recorrido;
A toda prisa por la nave asciende
En que se apiñan todos, grandes y pequeños.

EL sacerdote dice al acercarse el caballero:
"¿Y para qué ha venido el jefe blanco?"
La hermosa doncella oculta una sonrisa;
"¡Ah, si yo fuera novia de este jefe!"

Se deslizó por los bancos, uno tras otro;
"¡Oh, dulce doncella, por ti me muero!"
Saltó por los bancos siguientes:
"¡Oh, doncella tierna, conmigo ven!"

Dulce sonríe entonces la doncella bella;
Y así dice mientras le da la mano:
"Tráiganme alegrías o me des penas,
Por campos y barrancos, contigo voy".

El sacerdote les une las manos;

Bailan de la luna al claro resplandor.
Y poco piensa la doncella hermosa
Que es su esposo el duende del agua.

¡Ah, si un espíritu hubiese dicho:
"¡Tu esposo es el Rey del Agua!"
La hermosa habría gritado su odio y temor
Y soltado la mano que estrechaba.

Pero nada hacer pensar podía
Cuán cerca estaba del abismo;
Siguió así y, tomados de la mano,
Los amantes llegaron a la arena.

"¡Sube al corcel conmigo, mi querida!
Tenemos que cruzar este arroyuelo;
Cabalga sin temor, que no es muy hondo,
El viento calla y duermen las olas."

Así dijo el Rey del Agua. La doncella
El deseo obedece del traidor esposo;
Y pronto ve el corcel hundirse jubiloso,
En medio de las aguas de su padre.

"¡Espera, amor, que las azules aguas
Ya me mojan los pies y ya las piernas."
"Tus temores, corazón, deja a un lado;
Ya estamos en la parte más profunda."

"¡Espera, por Dios, espera, pues
Las aguas el pecho ya me cubren...!"
Apenas dicho esto, el caballero
Y el corcel se hundieron en el agua.

Ella clama, mas en vano, pues arriba

El viento crece y le ahoga el grito.
El demonio se alboroza; las olas rugen
Y cubren a su presa desdichada.

Tres veces, contra la corriente en lucha,
Se escuchó gritar a la doncella.
Cuando acabó la ira de la tormenta
Nunca más se vio a la muchacha.

¡Que os sirva de aviso, hermosas damas!
Mirad a quién dais el corazón.
No creáis en todos los osados caballeros,
Ni bailéis con el duende de las aguas.

El joven dejó de cantar. Las monjas estaban deleitadas con la dulzura de su voz y la maestría con que tocaba el instrumento. Pero, por aceptable que hubiese sido esa aprobación en otro momento, en esa ocasión a Theodore le parecía indiferente. Su estratagema no había tenido éxito. En vano se demoró entre una y otra estrofa; ninguna voz respondió a la suya y abandonó la esperanza de igualar a Blondel.

La campana del convento anunció a las monjas que era hora de reunirse en el refectorio. Se vieron obligadas a apartarse de la reja. Agradecieron al muchacho el entretenimiento que su música les había proporcionado y le pidieron insistentemente que volviera al día siguiente. Así lo prometió. Las monjas, para asegurarse de que cumpliría su palabra, le dijeron que siempre podía contar con el convento para sus comidas, y cada una le hizo algún regalito. Una, una caja de dulces; otra, un agnusdéi; algunas le entregaron reliquias de santos, imágenes de cera y cruces consagradas; otras le ofrecieron trabajos de esa índole en que se destacan las religiosas, tales como bordados, flores artificiales, encajes y labores de aguja. Se le aconsejó que vendiera todo para

mejorar su situación y se le aseguró que le resultaría fácil hacerlo, ya que los españoles tienen en gran estima las creaciones de las monjas. Después de recibir esos presentes con aparentes muestras de respeto y gratitud, señaló que, como no tenía un cesto, no sabía cómo llevárselos. Varias monjas corrían en busca de uno, cuando las detuvo el regreso de una anciana a quien Theodore no había visto hasta entonces. Su amable semblante y su expresión respetable lo predispusieron inmediatamente en su favor.

-¡Bien! -dijo la portera. Aquí llega la madre Úrsula con un cesto.

La monja se acercó a la reja y entregó el cesto a Theodore. Era de mimbre, forrado de raso azul, y en los cuatro costados había pintados episodios de la leyenda de Santa Genoveva.

-Éste es mi regalo -dijo mientras se lo ponía en la mano. Querido muchacho, no lo desprecies. Aunque su valor sea insignificante, tiene muchas virtudes ocultas.

Acompañó estas palabras con una mirada expresiva. No pasó inadvertida para Theodore. Al recibir el presente, se acercó a la reja cuanto pudo.

-¡Inés! -susurró ella con voz casi ininteligible.

Pero Theodore percibió el sonido. Llegó a la conclusión de que algún misterio se escondía en el cesto y el corazón le palpitó de impaciencia y júbilo. En ese momento regresó la superiora. Tenía una expresión sombría y ceñuda, y parecía, si es posible, más severa que nunca.

Madre Úrsula, querría hablar con usted en privado.

-La monja mudó de color y se advirtió a las claras que estaba desconcertada.

-¿Conmigo? -repitió con voz temblorosa.

La superiora le hizo señas de que la siguiera y se retiró. La madre Úrsula la obedeció. Poco después, cuando la campana del refectorio sonó por segunda vez, las monjas se retiraron de la reja y Theodore quedó en libertad de llevarse

su trofeo. Jubiloso por haber conseguido por fin alguna información para el marqués, voló en vez de correr, hasta llegar al palacio de las Cisternas. En pocos minutos estuvo junto al lecho de su amo, con el cesto en la mano. Lorenzo se encontraba en la alcoba, tratando de que su amigo se reconciliara con un infortunio que él mismo sentía con demasiada intensidad. Theodore relató su aventura y las esperanzas suscitadas por el regalo de la madre Úrsula. El marqués levantó la cabeza de la almohada. El ardor extinguido desde la muerte de Inés volvió a crecer en su pecho y los ojos le brillaron con la ansiedad de la expectativa. Las emociones que revelaba el semblante de Lorenzo eran apenas más débiles y aguardó con inexpresable impaciencia la solución de ese misterio. Raimundo tomó la cesta de manos de su paje. Vació el contenido en la cama y lo examinó con minuciosa atención. Esperaba encontrar una carta en el fondo. Nada de eso apareció. Se reanudó la búsqueda, todavía sin mayor éxito. Al cabo, don Raimundo observó que un extremo del forro de raso azul estaba suelto. Lo desgarró deprisa y sacó un trocito de papel, ni plegado ni sellado. Estaba dirigido al marqués de las Cisternas y el contenido era el siguiente:

"Como reconocí a su paje, me atrevo a enviarle estas pocas líneas. Procúrese una orden del cardenal-duque para arrestarme a mí y a la superiora; pero que no se ejecute hasta el viernes a medianoche. Es la festividad de Santa Clara. Habrá una procesión de monjas con antorchas y yo estaré entre ellas. Cuide de que no se conozca su intención. Si se deslizara una sola sílaba que excitase las sospechas de la superiora, no volvería a tener noticias de mí. Proceda con cautela si aprecia el recuerdo de Inés y quiere castigar a sus asesinos. Lo que tengo que decirle le helará la sangre de horror.

Madre Úrsula"

En cuanto el marqués leyó la nota, volvió a caer sobre la almohada, privado de sensaciones o movimiento. Le faltaba la esperanza que hasta ese momento había sostenido su existencia. Y las líneas que leyó lo convencieron con excesiva certeza de que Inés había muerto. Lorenzo sintió esa circunstancia con menos intensidad, pues siempre creyó que su hermana había perecido por medios injustos. Cuando descubrió, gracias a la carta de la madre Úrsula, cuán ciertas eran sus sospechas, la confirmación no excitó en su pecho otro sentimiento que un deseo de castigar a los asesinos como lo merecían. No fue tarea fácil lograr que el marqués volviese en sí. En cuanto recobró el habla, estalló en maldiciones contra los asesinos de su amada y juró que se vengaría de ellos en forma ejemplar. Continuó delirando y atormentándose con furor impotente hasta que su físico, debilitado por la pena y la enfermedad, ya no pudo soportar más y volvió a caer en la inconsciencia. Su melancólico estado afectó sinceramente a Lorenzo, quien de buena gana se habría quedado en los aposentos de su amigo; pero otras ocupaciones exigían su atención. Era necesario obtener la orden para apresar a la superiora de Santa Clara. Con ese fin, después de dejar a Raimundo al cuidado de los mejores médicos de Madrid, salió del palacio de las Cisternas y se encaminó a la residencia del cardenal-duque.

Grande fue su desilusión cuando descubrió que asuntos de estado habían obligado al cardenal a trasladarse a una provincia distante. Faltaban apenas cinco días para el viernes, pero si viajaba día y noche confiaba en regresar a tiempo para la festividad de Santa Clara. Y lo logró. Encontró al cardenal-duque y le expuso la supuesta culpabilidad de la superiora, así como también los violentos efectos que había producido en don Raimundo. No habría podido usar un argumento de mayor fuerza. De todos sus sobrinos, el marqués era el único por quien el cardenal-

duque sentía un real afecto; lo adoraba, y la superiora no habría podido cometer, en su opinión, mayor delito que poner en peligro la vida del marqués. Por lo tanto otorgó sin dificultad la orden de arresto. También dio a Lorenzo una carta dirigida a un funcionario principal de la Inquisición, en la cual le pedía que velase por el cumplimiento de su mandato. Provisto de estos documentos, Medina se apresuró a volver a Madrid, adonde llegó el viernes, pocas horas antes del anochecer. Encontró al marqués un poco mejor, pero tan débil y extenuado que no podía hablar ni moverse sin grandes esfuerzos. Después de pasar una hora junto a su lecho Lorenzo se marchó para comunicar sus planes a su tío; además se proponía entregar a don Ramiro de Mello la carta del cardenal. El primero se sintió petrificado de horror cuando se enteró de la suerte de su desdichada sobrina. Instó a Lorenzo a castigar a sus asesinos y se comprometió a acompañarlo esa noche al convento de Santa Clara. Don Ramiro prometió su más firme apoyo y eligió a un grupo de soldados de confianza para impedir toda oposición por parte del populacho.

Pero, si bien Lorenzo ansiaba desenmascarar a una religiosa hipócrita, no tenía conciencia de las amarguras que le reservaba otro miembro de la Iglesia. Con ayuda de los agentes infernales de Matilde, Ambrosio había decidido la perdición de la inocente Antonia. Llegó el momento destinado a ser tan fatal para ella. Por la noche se despidió de su madre. Cuando la besaba, sintió que un insólito desaliento le embargaba el pecho. Se marchó pero regresó enseguida, se arrojó en sus maternales brazos y le bañó de lágrimas las mejillas. Se sentía inquieta al separarse de ella y un secreto presentimiento le aseguraba que no volverían a verse. Elvira lo observó y trató, por medio de risas, de lograr que dejase a un lado ese prejuicio pueril. Le reprochó con suavidad por alentar una tristeza tan infundada y le previno de lo peligroso que era abrigar tales ideas.

A todas sus censuras no recibió más respuestas que:

-¡Madre! ¡Querida madre! ¡Oh, si Dios quisiera que ya fuese la mañana!

Elvira, cuya preocupación respecto de su hija constituía un gran obstáculo para su restablecimiento total, actuaba aún bajo los efectos de su última y grave enfermedad. Esa noche estaba más indispuesta que de costumbre y se retiró antes de la hora habitual. Antonia salió de la alcoba de su madre con pesadumbre y, hasta que la puerta se cerró, mantuvo la vista clavada en ella con melancólica expresión. Se retiró a sus propios aposentos; tenía el corazón henchido de amargura. Le parecía que todas sus perspectivas habían quedado anuladas y que en el mundo nada había por lo cual valiera la pena existir. Se dejó caer en una silla, apoyó la cabeza en el brazo y fijó la vista en el suelo con mirada ausente, en tanto que las más tétricas imágenes flotaban ante su fantasía. Aún se hallaba en ese estado de insensibilidad cuando se turbó al escuchar unas suaves frases musicales que resonaban bajo su balcón. Se puso de pie, se dirigió a la ventana y la abrió para escuchar con más caridad. Una vez que se colocó el velo sobre la cara, se atrevió a asomarse. A la luz de la luna vio a varios hombres con guitarras y laúdes en las manos; un poco más lejos estaba otro envuelto en su capa, cuya estatura y porte tenían acentuada semejanza con los de Lorenzo. En esa conjetura no se engañó. Era, en verdad, Lorenzo en persona quien, obligado por su palabra a no presentarse ante Antonia sin el consentimiento de su tío, se esforzaba, por medio de ocasionales serenatas, en convencer a su amada de que su afecto aún perduraba. Su estratagema no produjo el efecto deseado. Antonia estaba lejos de suponer que esa serenata nocturna estaba destinada a ella. Era demasiado modesta para considerarse digna de tales atenciones y, como llegó a la conclusión de que estaban dirigidas a alguna dama vecina, se molestó porque las ofrecía Lorenzo.

La melodía era quejumbrosa y melodiosa. Coincidía con el estado de ánimo de Antonia que la escuchó con placer. Después de un preludio de cierta longitud, siguió el sonido de voces y Antonia distinguió las siguientes palabras:

Serenata

Coro

¡Oh lira mía, lanza tu suave canto!
La belleza aquí reposar quiere;
Describe el tormento de hondo deseo
Que el pecho desgarra del amante fiel.

Canción

En cada corazón encuentro un esclavo,
En cada alma un reino que fundar,
Atados llevo a sabios y valientes
Y a cautivos hago sus cadenas besar.
Tal es la fuerza del Amor y, ¡ay!,
Tanto quiero esa fuerza llegar a conocer.

En suspiros pasa todo mi largo día,
Breve es mi sueño y entrecortado;
Por un objeto lejano y querido
Los otros aborrezco, y espero y lloro,
Que ese es el dolor del Amor y, ¡ay!
Tanto ansío ese dolor conocer.

Permíteme leer en ojos virginales,
Besar los labios nunca jamás besados,
Oír cómo nace el suspiro embelesado
Y besar, besar, besar de nuevo.

Esos son tus placeres, Amor, mas, ¡ay!
¿Cuándo los gozará mi corazón?

Coro

¡Calla, pues, mi lira! ¡Mi voz enmudezca!
¡Duerme, mi dulce doncella! Mi caro deseo
De dulces pensamientos tus visiones llene
Aunque calle mi voz y enmudezca mi lira.

La música cesó. Los ejecutantes se dispersaron y se hizo el silencio en la calle. Antonia se alejó de la ventana, apenada. Como de costumbre, se encomendó a la protección de Santa Rosalía; dijo sus oraciones habituales y se retiró a dormir. El sueño no se mantuvo ausente durante mucho tiempo y su presencia la alivió de terrores e inquietudes.

Eran casi las dos antes de que el apasionado monje se aventurase a dirigir sus pasos hacia la morada de Antonia. Ya se dijo que la abadía no se hallaba a gran distancia de la calle de Santiago. Llegó a la casa sin ser descubierto. Allí se detuvo y vaciló un momento. Reflexionó sobre la enormidad del delito, las consecuencias de que fuera sorprendido y la probabilidad, después de lo que había pasado, de que Elvira sospechase que era el agresor de su hija. Por otro lado, se dijo que ella no podría hacer otra cosa que sospechar, que no sería posible ofrecer pruebas de su culpa, que habría sido imposible cometer el atentado sin que Antonia supiera cuándo, dónde o por quién y, por último, creía que su fama estaba demasiado firmemente establecida como para ser perturbada por las acusaciones no probadas de dos mujeres forasteras. Este último argumento era totalmente falso. Ignoraba qué inestable es el aplauso popular y que un momento basta para convertir en el ser más detestado del mundo al que hasta ayer había sido su

ídolo. El resultado de las reflexiones del monje fue que debía llevar adelante su empresa. Subió los escalones que conducían a la casa. En cuanto la tocó con el mirto plateado la puerta se abrió de par en par y le dejó libre paso. Entró, y las hojas que habían permitido su ingreso, se cerraron tras él por su propia voluntad.

Guiado por los rayos de la luna, subió por la escalera con pasos lentos y cautelosos. A cada momento miraba a su alrededor con aprensión y ansiedad. Veía un espía en cada sombra y escuchaba una voz en cada murmullo de la brisa nocturna. La conciencia de la tarea culpable a la que hallaba dedicado le oprimió el corazón y lo tornó más tímido que el de una mujer. Pero siguió avanzando. Llegó a la puerta de la alcoba de Antonia. Se detuvo y escuchó. Adentro reinaba un silencio absoluto. La quietud lo convenció de que su víctima en ciernes se había retirado a descansar y se aventuró a hacer girar el picaporte. La puerta estaba con pestillo y resistió todos sus esfuerzos. Pero en cuanto la tocó con el talismán, la cerradura cedió. El agresor se adelantó y penetró en la alcoba en que dormía la inocente niña, desconocedora de hasta qué punto era peligroso el visitante que se acercaba a su lecho. La puerta se cerró tras él y el cerrojo volvió a correrse.

Ambrosio avanzó con precaución. Cuidó de que ni una tabla crujiera bajo sus pies y contuvo la respiración al acercarse a la cama. Su primera preocupación fue ejecutar la ceremonia mágica, tal como se lo había encargado Matilde. Sopló tres veces sobre el mirto plateado, pronunció sobre él el nombre de Antonia y lo depositó en la almohada de la muchacha. Los efectos que ya había producido no le permitían dudar de su éxito en lo referente a provocar el sueño en su codiciada presa. En cuanto terminó con el encantamiento, la consideró por entero en su poder y los ojos le llamearon de pasión e impaciencia. Se atrevió a echar una mirada a la bella dormida. Una sola lámpara que ardía

delante de la imagen de Santa Rosalía, alumbraba el cuarto con débil luz y le permitió examinar todos los encantos de la deliciosa persona que tenía ante sí. El calor de la época la había obligado a apartar algunas de las ropas de cama. La insolente mano de Ambrosio se apresuró a quitar las que aún la cubrían. Yacía con la cabeza reclinada sobre un brazo marfileño; el otro descansaba con graciosa indolencia a un lado de la cama. Unos pocos mechones de su cabello escapaban por debajo de la muselina que ocultaba los demás y le caían al descuido sobre el pecho, que se movía con lenta y regular respiración. El aire cálido le había coloreado las mejillas con un rubor más intenso que el habitual. Una sonrisa inexpresablemente dulce jugueteaba en torno de sus labios rojos y carnosos, de los cuales escapaba de tanto en tanto un dulce suspiro o una frase a medias pronunciada. Una expresión de arrebatadora inocencia y candor le envolvía el cuerpo y había una especie de modestia en su mismo descuido, que agregó nuevos acicates a los deseos del ardoroso intruso.

Durante unos momentos devoró esos encantos con los ojos; pronto se verían sometidos a sus mal gobernadas pasiones. La boca entreabierta de la joven parecía solicitar un beso. Se inclinó, unió sus labios a los de ella e inspiró con arrobo la fragancia de su aliento. Ese placer momentáneo acentuó sus ansias de otros mayores. Sus ansias se elevaron a las alturas frenéticas a las que sólo llegan los irracionales. Resolvió no demorar un instante más el cumplimiento de sus proyectos y procedió a arrancarse la indumentaria que le impedía la satisfacción de sus impulsos.

-¡Buen Dios! -exclamó una voz detrás de él. ¿No me engaño? ¿No es esto una ilusión?

El terror, la confusión y la desilusión acompañaban a estas palabras cuando llegaron a oídos de Ambrosio. Se sobresaltó y se volvió. Elvira se encontraba en la puerta de

la alcoba y miraba al monje con expresión de sorpresa y aborrecimiento.

Un sueño aterrador le había presentado a Antonia al borde de un precipicio. La vio temblar junto al abismo; en cualquier momento podía caer y la oyó exclamar con alaridos: "¡Sálvame, madre, sálvame! Un instante más y será demasiado tarde". Elvira despertó, espantada. La visión le había dejado una impresión demasiado intensa en el espíritu como para permitirle continuar segura de que su hija se encontraba a salvo. Saltó de la cama, se echó encima una bata, pasó por el aposento en que dormía la doncella y llegó a la habitación de Antonia a tiempo para rescatarla de las garras del agresor.

La vergüenza del uno y el asombro de la otra parecieron haber petrificado por igual a Elvira y al monje, hasta convertirlos en estatuas. Se quedaron mirándose en silencio. La dama fue la primera en recuperarse.

-No es un sueño -exclamó. En verdad es Ambrosio el que tengo ante mí. Es el hombre a quien Madrid considera un santo y a quien encuentro a esta hora tan tardía junto al lecho de mi infortunada hija. ¡Monstruo de hipocresía! Ya sospechaba de tus designios, pero me abstuve de acusarte por piedad hacia la fragilidad humana. Ahora el silencio sería criminal. Toda la ciudad se enterará de tu incontinencia. Te desenmascararé, canalla, y convenceré a la iglesia de que en su pecho anida una serpiente.

Pálido y confuso, el desconcertado culpable temblaba ante ella. Habría querido atenuar su agravio, pero no encontraba disculpas para su conducta. Sólo era capaz de proferir frases inconexas y excusas que se contradecían entre sí. La ira de Elvira era demasiado justa para concederle el perdón que pedía. Afirmó que levantaría al vecindario y haría de él un ejemplo para todos los futuros hipócritas. Luego corrió a la cama y llamó a Antonia para despertarla; como comprobó que su voz no producía efecto, la tomó del

brazo y la levantó de la almohada por la fuerza. El hechizo era demasiado poderoso. Antonia continuó insensible y, cuando su madre la soltó, volvió a caer sobre la almohada.

-Este sueño no puede ser natural -exclamó la atónita Elvira, cuya indignación crecía por momentos. Oculta algún misterio. ¡Pero tiembla, hipócrita! Toda tu villanía quedará muy pronto al descubierto. ¡Socorro, socorro! -gritó. ¡Rápido! ¡Flora! ¡Flora!

-¡Escúcheme un momento, señora! -exclamó el monje, vuelto en sí ante el apremio del peligro. Por todo lo que es sagrado y santo, le juro que el honor de su hija sigue incólume. ¡Perdone mi transgresión! Ahórreme la vergüenza de un descubrimiento y permítame volver a la abadía sin tropiezos. ¡Concédame este pedido, por misericordia! Le prometo no sólo que Antonia estará a salvo de mí en el futuro sino que el resto de mi vida demostrará...

Elvira lo interrumpió con brusquedad.

-¿Antonia a salvo de ti? Yo la pondré a salvo. Ya no volverás a traicionar la confianza de los padres. Tu iniquidad quedará al descubierto ante los ojos del público. Todo Madrid se estremecerá ante tu perfidia, tu hipocresía e incontinencia. ¡Flora! ¡Ven, Flora!

Mientras ella hablaba así, el recuerdo de Inés cruzó por la mente del monje. De este modo le había pedido piedad, ¡y así rechazó él su ruego! Ahora le tocaba el turno de sufrir y no podía dejar de reconocer que el castigo era justo. Entretanto, Elvira seguía llamando a Flora en su ayuda, pero su voz estaba tan ahogada por la pasión que la criada, hundida en profundo sueño, era insensible a todos los gritos. Elvira no se atrevía a ir al aposento en que dormía Flora, por si el monje aprovechaba esa oportunidad para huir. Tal era, en verdad su intención. Confiaba en que si podía llegar a la abadía sin ser observado por nadie más, aparte de Elvira, el testimonio de ésta no bastaría para arruinar en Madrid reputación tan bien establecida como la

suya. Con esa idea, recogió los atavíos que ya se había quitado y corrió hacia la puerta. Elvira se dio cuenta de su proyecto. Lo siguió y, antes de que pudiese descorrer el cerrojo, lo tomó del brazo y lo detuvo.

-¡No, trates de huir! -le dijo. No saldrás de esta habitación sin testigos de tu culpa.

En vano forcejeó Ambrosio por soltarse. Elvira no aflojó, sino que redobló sus gritos en demanda de auxilio. El peligro que corría el fraile se hacía más apremiante. A cada instante esperaba que se reuniese la gente al llamado de esas voces y, empujado a la locura por la inminencia de la ruina, adoptó una decisión por igual desesperada y brutal. Se volvió de súbito, aferró con una mano la garganta de Elvira, para impedirle continuar con sus gritos y, con la otra, luego de arrojarla con violencia al suelo, la arrastró hacia la cama. Aturdida por el inesperado ataque, la mujer apenas pudo esforzarse por librarse de sus garras. Mientras tanto, el monje arrebató la almohada en que reposaba la cabeza de Antonia, cubrió con ella la cara de Elvira y, oprimiéndole el estómago con la rodilla, con todas sus fuerzas intentó poner fin a su existencia. Tuvo demasiado éxito. La fuerza natural de ella, acentuada por el exceso de angustia, hizo que la atacada luchase por desasirse, pero en vano. El monje siguió arrodillado sobre su pecho, presenció sin piedad el temblor convulsivo de sus miembros debajo de él y soportó con inhumana firmeza el espectáculo de esa agonía, en que cuerpo y alma se hallaban a punto de separarse. Por último cesaron las penurias. Elvira dejó de luchar por la vida. El monje retiró la almohada y la miró. Tenía la cara cubierta de una negrura atroz; ya no se movía; la sangre se le había helado en las venas; el corazón se había olvidado de latir y tenía las manos rígidas y frías. Ambrosio vio ante sí el cuerpo otrora noble y majestuoso, ahora convertido en cadáver, yerto, insensible y desagradable.

Una vez perpetrado el acto, el monje advirtió la enormidad de su delito. Un sudor frío le corrió por los miembros. Cerró los ojos; trastabilló hacia una silla y se hundió en ella, casi tan inerte como la infortunada que yacía tendida a sus pies. De ese estado lo arrancó la necesidad de huir y el peligro de que lo hallasen en las habitaciones de Antonia. No tenía deseos de beneficiarse con la ejecución de su crimen. Antonia ahora se le presentaba como un motivo de disgusto. Un frío mortal había suplantado el calor que antes ardía en su pecho. Por su mente no cruzaban otras ideas que las de muerte y culpa, vergüenza actual y futuro castigo. Agitado por el remordimiento y el temor, se dispuso a huir. Pero su terror no dominó tan por completo su recuerdo como para impedirle adoptar las precauciones necesarias para su seguridad. Volvió a dejar la almohada en la cama, recogió sus ropas y con el fatal talismán en la mano, dirigió sus vacilantes pasos hacia la puerta. Atontado por el temor, imaginó que legiones de fantasmas se oponían a su fuga. Por todas partes, el desfigurado cadáver parecía interponérsele en el paso, y mucho tardó en llegar a la puerta. El mirto encantado produjo su efecto anterior. Las hojas se abrieron y bajó por la escalera con rapidez. Entró en la abadía sin ser visto y, luego de encerrarse en su celda, entregó su alma a las torturas de un remordimiento inútil y a los terrores del inminente hallazgo.

CAPÍTULO IX

Decidnos, muertos, ¿ninguno de vosotros
Revelará el secreto por piedad a los vivos?
¡Ah!, que algún cortés fantasma acceda a decirlo,
¿Qué sois ahora, qué llegaréis a ser dentro de poco?
Sé que tantas veces las almas que se han ido
Previenen a los hombres de su muerte.
Eso está bien: golpear y dar la alarma.

ROBERT BLAIR

Ambrosio tembló cuando pensó en sus rápidos avances en materia de iniquidad. El enorme delito que acababa de cometer lo colmaba de verdadero espanto. Tenía continuamente ante los ojos a la asesinada Elvira y su culpa ya había sido castigada por los tormentos de su conciencia. Pero el tiempo debilitó en considerable medida esas impresiones. Pasó un día, otro lo siguió y aún no caía la menor sospecha sobre él. La impunidad lo reconcilió con su culpa. Empezó a recuperar el ánimo y, cuando sus temores de ser descubierto se disiparon, prestó menos atención a los reproches del remordimiento. Matilde se esforzó por apaciguar su alarma. Ante la primera noticia de la muerte de Elvira, pareció muy afectada y se unió al monje para deplorar el desdichado desenlace de su aventura. Pero, cuando comprobó que la agitación de él se calmaba un tanto

y parecía mejor dispuesto a escuchar sus argumentos, se dedicó a mencionar su transgresión en términos más suaves y a convencerlo de que no era tan culpable como daba la impresión de considerarse. Le dijo que sólo había usado los derechos que la naturaleza concede a todos, para la conservación de sí mismo; que Elvira o él debían perecer y que la inflexibilidad y decisión de aquella de llevarlo a la ruina la habían convertido merecidamente en víctima. Después afirmó que como él se había hecho antes sospechoso para Elvira, era afortunado que la mujer tuviese los labios sellados por la muerte, puesto que sin este último acontecimiento, sus sospechas, si se hacían públicas, habrían podido producir consecuencias muy desagradables. Por lo tanto, él se había librado de una enemiga, que conocía lo bastante los errores de su conducta como para resultar muy peligrosa y que representaba el mayor obstáculo para sus designios respecto de Antonia. Lo instó a no abandonar tales designios. Le aseguró que, al no estar protegida ya por la mirada alerta de la madre, la hija sería una conquista fácil y, mediante el elogio y la enumeración de todos los encantos de Antonia, quiso renovar los deseos del monje. En ese intento obtuvo mucho éxito.

Como si los delitos a que su pasión lo había empujado no hubiesen hecho más que aumentar la violencia, ansiaba obtener a Antonia con más avidez que nunca. Confiaba en que el mismo éxito en ocultar su culpa actual lo tendría también en el futuro. Se mostraba sordo a los murmullos de la conciencia y decidió satisfacer sus deseos a cualquier precio. Sólo esperaba una oportunidad de repetir su anterior empresa; pero en esos momentos era imposible procurarse esa oportunidad por los mismos medios. En los primeros arrebatos de la desesperación rompió en mil pedazos el mirto encantado. Matilde le dijo con claridad que no debía esperar más ayuda de los poderes infernales, a menos que estuviese dispuesto a aceptar sus condiciones establecidas.

Ambrosio estaba resuelto a no hacer tal cosa. Se convenció de que, por grande que pudiera ser su iniquidad, mientras conservase su derecho a la salvación no debía temer que se le negara el perdón. Por consiguiente se negó decididamente a entrar en alianza o pacto alguno con los demonios y, como Matilde lo halló obstinado en ese sentido, se abstuvo de continuar presionándolo. La muchacha aguzó su inventiva para descubrir algún medio de poner a Antonia en poder del abad y no pasó mucho tiempo antes de que se presentaran esos medios.

Mientras así se planeaba su ruina, la desdichada niña sufría intensamente por la pérdida de su madre. Todas las mañanas, al despertar, su primer cuidado era correr a la alcoba de Elvira. Al día siguiente de la fatal visita de Ambrosio, despertó más tarde que de costumbre, se convenció de ello por las campanadas de la abadía. Saltó de la cama, se echó encima, deprisa, algunas ropas, y se apresuraba a averiguar cómo había pasado su madre la noche, cuando el pie tropezó contra algo que estaba en su paso. Miró hacia abajo. ¡Cuál no sería su horror al reconocer el cadáver lívido de Elvira! Lanzó un agudo grito y se dejó caer al suelo. Apretó contra su pecho el cuerpo inanimado, sintió en él el frío de la muerte y, con un movimiento de disgusto que no pudo dominar, dejó que se deslizara de sus brazos. El grito alarmó a Flora, quien se precipitó en su ayuda. La visión que contempló la llenó de espanto, pero su alarma fue más audible que la de Antonia. Logró que la casa resonara con sus lamentos, en tanto que su ama, casi sofocada de pena, sólo podía manifestar su congoja por medio de sollozos y gemidos. Los gritos de Flora llegaron muy pronto a oídos de la casera, cuyo terror y sorpresa fueron grandes al conocer la causa del alboroto. Enseguida se mandó a buscar un médico pero en cuanto vio el cadáver declaró que la recuperación de Elvira estaba más allá de los poderes de la medicina. Por lo tanto, se dedicó a prestar

ayuda a Antonia, quien en verdad la necesitaba. La llevó a la cama, mientras la casera se ocupaba de dar órdenes para el entierro de Elvira. La señora Jacinta era una mujer sencilla y buena, caritativa, generosa y devota. Pero su intelecto era débil y era una desdichada esclava del temor y la superstición. Se estremecía ante la sola idea de pasar la noche junto a un cadáver. Estaba convencida de que se le aparecería el fantasma de Elvira y no menos segura de que semejante visita la mataría de espanto. Con esta convicción, decidió pasar la velada en casa de una vecina e insistió en que el funeral se llevara a cabo el día siguiente. Como el cementerio de Santa Clara era el más próximo, se decidió que enterrasen a Elvira allí. La señora Jacinta se comprometió a pagar todos los gastos relacionados con el entierro. No sabía en qué situación quedaba Antonia pero, por la forma frugal en que vivía la familia, entendía que debía de ser apretada. En consecuencia, abrigaba muy pocas esperanzas de que alguna vez la recompensaran. Pero esa consideración no le impidió ocuparse de que el entierro se llevara a cabo con decencia y de mostrar a la infortunada Antonia todo el respeto posible.

Nadie muere de pena; Antonia fue un ejemplo de ello. Con la ayuda de su juventud y de su constitución sana, se desprendió de la postración que le había ocasionado la muerte de su madre, pero no le resultó tan fácil quitársela de la mente. Tenía los ojos constantemente llenos de lágrimas. Cualquier nadería la afectaba y era evidente que abrigaba en su pecho una melancolía honda y arraigada. La menor mención de Elvira, la más trivial circunstancia que le recordara a su amada madre, era suficiente para hacerla caer en una profunda agitación. ¡Cuánto se habría acrecentado su dolor si hubiera conocido los tormentos que terminaron con la existencia de Elvira! Pero nadie albergaba la menor sospecha al respecto. Elvira había sido víctima de intensas convulsiones; se suponía que, consciente de su

indisposición, se había arrastrado hasta la alcoba de su hija con la esperanza de lograr ayuda, que fue víctima de un acceso repentino, demasiado violento para que lo resistiera su estado de salud ya debilitado, y que expiró antes de tener tiempo de llegar hasta la medicina que por lo general la aliviaba y que se encontraba en un estante, en la habitación de Antonia. Esta idea era creída con firmeza por las pocas personas que se interesaban por la difunta. Se consideró su muerte un hecho natural y pronto la olvidaron todos, menos Antonia que tenía demasiados motivos para deplorar su pérdida.

En verdad, la situación de Antonia era bastante inquietante y desagradable. Estaba sola, en medio de una ciudad disipada y lujosa; poseía muy poco dinero y menos amigos. Su tía Leonela seguía en Córdoba y no conocía su dirección. No tenía noticias del marqués de las Cisternas. En cuanto a Lorenzo, hacía mucho que había abandonado la idea de despertar algún interés en su pecho. No sabía a quién acudir en tales circunstancias. Quería consultar a Ambrosio, pero recordó las instrucciones de su madre en el sentido de evitarlo todo lo posible; y la última conversación que Elvira mantuvo con ella le dio suficiente información con respecto a los designios de él como para ponerla en guardia en el futuro. Pese a todas las advertencias de su madre, le fue imposible modificar su buena opinión sobre el fraile. Seguía sintiendo que la amistad y compañía del religioso eran esenciales para su felicidad. Veía sus defectos con ojos parciales y no podía convencerse de que en verdad hubiese querido su ruina. Pero Elvira le había ordenado, en términos categóricos, que dejase de verlo, y tenía mucho respeto por sus órdenes como para desobedecerlas.

Al cabo resolvió dirigirse, para pedir consejo y protección, al marqués de las Cisternas, por ser éste su pariente más cercano. Le escribió y le expuso en pocas palabras su situación desoladora. Lo instó a tener compasión

de la hija de su hermano, a no suspender la pensión de Elvira y a autorizarla a retirarse a su viejo castillo de Murcia, que hasta entonces había sido su refugio. Después de sellar su carta, se la entregó a la fiel Flora, quien inmediatamente salió a cumplir con su recado. Pero Antonia había nacido bajo una mala estrella. Si hubiese enviado su solicitud al marqués un día antes, la habría recibido como su sobrina y colocado a la cabeza de su familia, con lo cual hubiese escapado a todas las desdichas que ahora la amenazaban. Raimundo siempre había tenido la intención de ejecutar ese proyecto. Pero primero su esperanza de hacer la proposición a Elvira por labios de Inés y después su desilusión al perder a quien quería hacer su esposa, así como también la grave enfermedad que durante un tiempo lo retuvo en cama, lo hicieron postergar de día en día la concesión de asilo en su casa a la viuda de su hermano. Encargó a Lorenzo que la proveyese de dinero con liberalidad. Pero Elvira, poco dispuesta a recibir favores de ese noble, le aseguró que no necesitaba una ayuda pecuniaria inmediata. En consecuencia, el marqués no imaginaba que una pequeña demora de su parte pudiese crear problemas, y la pena y desazón de su mente podían muy bien excusar su negligencia.

Si se le hubiera informado que la muerte de Elvira había dejado a su hija sin amigos y desamparada, no cabe duda de que habría tomado medidas para protegerla de todo peligro. Pero Antonia no estaba destinada a tener tanta fortuna. El día en que envió la carta al palacio de las Cisternas fue el siguiente a la partida de Lorenzo de Madrid. El marqués se encontraba en los primeros paroxismos de la desesperación, ante la certeza de que Inés en verdad ya no existía. Deliraba y, como su vida estaba en peligro, no se permitía que nadie se le acercara. A Flora se le informó que no se hallaba en condiciones de recibir cartas y que era muy probable que unas pocas horas decidieran su suerte. Se vio obligada a

volver con esa insatisfactoria noticia a su ama, quien entonces se vio hundida en mayores dificultades que nunca.

Flora y la señora Jacinta se esforzaron por consolarla. Esta última le pidió que se tranquilizara pues, mientras quisiese permanecer en su casa, la trataría como a su propia hija. Al descubrir que la buena mujer le había cobrado un verdadero afecto, Antonia se sintió un tanto consolada, pues comprobó que por lo menos tenía una amiga en el mundo. En ese momento le llevaron una carta dirigida a Elvira. Reconoció la letra de Leonela y al abrirla con alegría encontró una detallada exposición de las aventuras de su tía en Córdoba. Informaba a su hermana que había recuperado su legado, perdido el corazón y recibido en cambio el del más amable de los boticarios, pasados, presentes o futuros. Agregaba que llegaría a Madrid el martes por la noche y que entonces tendría el placer de presentar a su *caro sposo* como correspondía. Aunque sus nupcias estaban lejos de complacer a Antonia, el pronto regreso de Leonela le resultaba muy placentero. Se alegró al pensar que volvería a estar al cuidado de su parienta. No podía dejar de juzgar que era incorrecto que una joven viviera sola rodeada de desconocidos, sin nadie que rigiera su conducta o la protegiera de los insultos a que se veía expuesta por falta de protectores. Por lo tanto, aguardó con impaciencia que llegara la noche del martes.

Y llegó. Antonia escuchaba con ansiedad el ruido de los carruajes que pasaban por la calle. Ninguno se detuvo y se hizo tarde, sin que Leonela apareciera. Antonia decidió esperar levantada la llegada de su tía y, a pesar de todos sus reproches, la señora Jacinta y Flora insistieron en imitarla. Las horas pasaron lentas y tediosas. La ausencia de Lorenzo de Madrid había puesto fin a las serenatas nocturnas. En vano esperaba escuchar el habitual sonido de guitarras bajo su ventana. Tomó la suya y le arrancó algunos acordes; pero esa noche la música había perdido sus encantos para ella y

pronto dejó el instrumento en su caja. Se sentó ante su bastidor de bordado, pero nada salía bien. Las sedas eran insuficientes, el hilo se cortaba a cada rato y las agujas se mostraban tan expertas en caerse que parecían tener vida propia. Por último, de la bujía que tenía cerca cayó una gota de cera sobre su guirnalda de violetas favorita. Esto terminó por perturbarla; dejó la aguja y abandonó el bastidor. Estaba decretado que esa noche nada podría distraerla. Se sentía presa del aburrimiento y se dedicó a formular infructuosamente el deseo de que llegara su tía.

Mientras se paseaba por la alcoba, con expresión vacía, le llamó la atención la puerta que comunicaba con el aposento que había sido de su madre. Recordó que la bibliotequita de Elvira se encontraba allí y pensó que quizás hallaría algún libro para pasar el tiempo hasta que arribara Leonela. Por lo tanto, tomó su bujía de la mesa, pasó por el pequeño aposento y entró en la cámara contigua. Cuando miró en torno, la vista de la habitación le trajo mil ideas penosas a la memoria. El silencio total que predominaba en la alcoba, la cama despojada de ropas, el lúgubre hogar en que se veía una lámpara apagada y unas pocas plantas moribundas en la ventana, descuidadas desde la pérdida de Elvira, inspiraron en Antonia un desasosiego melancólico. La penumbra de la noche intensificó esa sensación. Dejó la luz sobre la mesa y se hundió en un gran sillón, en el cual había visto sentada mil y una vez a su madre. ¡Nunca volvería a verla así! Lágrimas no solicitadas le corrieron por las mejillas y se abandonó a la tristeza que se ahondaba a cada momento.

Avergonzada de su debilidad, se levantó por fin de su asiento y se dedicó a buscar lo que la había llevado al melancólico escenario. La pequeña colección de libros se hallaba dispuesta en orden, en varios anaqueles. Antonia los examinó sin hallar ninguno que pudiera interesarle, hasta que su mano se posó en un volumen de antiguas baladas

españolas. Sacó el libro y se sentó para leerlo con comodidad. Leyó varias estrofas de una de ellas. Excitaron su curiosidad. Despabiló la vela, que ya tocaba a su fin, y leyó la siguiente balada:

Alonso el valiente y la bella Imógena

Guerrero tan audaz, tan luminosa virgen,
Sentados conversaban en el prado.
Uno al otro se miraban con tierno alborozo.
Alonso el valiente se llamaba el caballero,
Imógena la hermosa era la clara doncella.

"¡Ay -dijo el joven, desde mañana parto
A luchar en países muy distantes.
Tus lágrimas de adiós muy pronto cesarán;
Otro te cortejará, y entregarás tu mano
A un galán más rico y más afortunado."

"¡Oh, calla tu sospecha -dijo Imógena la bella-,
Ofensiva del amor, y para mí ofensiva!
Pues vivo estás, o aunque estés muerto,
Por la Virgen juro que nadie en tu lugar
Será el esposo de Imógena.

"Si el oro o la lujuria me extravían
Y olvido a mi Alonso el valiente,
En castigo de mi orgullo y mi falsía
Dios quiera poner tu fantasma en mi boda,
Que perjura me llame, como esposa me pida,
¡Y me lleve contigo hasta la tumba!"

A Palestina vuela el héroe denodado,
Y ella llora su amor, y lo lamenta,
Mas apenas pasados doce meses,
Enjoyado barón, de oro cubierto,
Llega a la puerta de Imógena la bella.

Sus tesoros y dones, su espacioso dominio,
Muy pronto hacen que viole el juramento;
Le deslumbra los ojos, el seso le trastorna;
Se adueña de su afecto, tan ligero y vano,
Y a su hogar la lleva como esposa.

Y ahora el matrimonio del cura bendecido,
Comienza el jolgorio, la fiesta empieza.
Las mesas crujen, cubiertas de manjares,
Y no callada aún la risa y los gritos
Toca del castillo la campana: "¡La una!"

Y con sorpresa ve entonces Imógena la bella
A su lado sentado un forastero.
Terrible es su aspecto; no dice una palabra;
No habla, no se mueve, no mira en torno,
Mas no deja de observar a la esposa.

La visera calada, gigante la estatura;
Su armadura es negra, negra cual la noche.
El placer y las risas mueren al mirarlo;
Los perros que lo ven, medrosos huyen.
¡Las luces de la sala arden azules!

Su presencia oprime el pecho y la garganta.
Los invitados callan, de miedo invadidos.
Al cabo habla la novia, temblorosa: "Ruego,
Señor caballero, que te quites el casco
Y a compartir te dignes nuestra fiesta."

La dama calla; obedece el forastero.
Su visera levanta poco a poco.
¡Dios! ¡Qué visión para Imógena la bella!
¡Qué palabras dirán su dolor y su congoja,
Cuando sus ojos ven la calavera!

Los presentes lanzan un grito aterrado,
Con disgusto se apartan de la escena.
Los gusanos se escurren, entran y salen,
Y por sus ojos juegan, y en sus sienes,
Y el espectro le habla a Imógena.

"¡Mírame, falsa, mírame! -exclama.
¡Recuerda a Alonso el valiente!
Castigar quiere Dios tu orgullo y tu falsía,
Que mi fantasma se siente con la novia
Que perjura te llame, como esposa te pida
Y te lleve consigo hasta la tumba!"

Así dice, y a la bella rodea con sus brazos
mientras ella llora, y de espanto grita.
Se hunde luego en la tierra con su presa;
Y nunca más se vio a Imógena la bella,
Ni al espectro que se la llevara.

Ni el barón vivió mucho; y desde entonces
Nadie vivir desea en el castillo;
Pues las crónicas dicen que por sublime orden
Allí sufre Imógena el tormento de su crimen,
Y llora su destino lamentable.

Cuatro veces al año, a medianoche, su duende,
Cuando duermen los mortales, y reposan,
Con las blancas galas nupciales ataviada,

Aparece con el Caballero-Esqueleto, se presenta,
Y grita mientras él en torno danza.

Beben de cráneos de la tumba apenas arrancados,
Los espectros, y con ellos danzan,
Y el licor es sangre, y esta estrofa cantan
"¡A la salud de Alonso el bravo
Y su consorte, Imógena la falsa!"

La lectura de esta narración no era muy oportuna para disipar la melancolía de Antonia. Tenía acentuada inclinación hacia lo maravilloso, y su nodriza, quien creía con firmeza en apariciones, le había relatado, cuando era niña, tantas horribles aventuras de esa índole que Elvira fracasó en todos sus intentos de desarraigar esas huellas de la mente de su hija. Antonia proseguía albergando en su corazón prejuicios supersticiosos: a menudo la acometían terrores que, cuando descubría su causa natural e insignificante, la hacían avergonzarse de su propia debilidad. Con semejante predisposición, el episodio que acababa de examinar bastaba para suscitar sus sentimientos de alarma. La hora y el sitio se unían para acrecentarla. Era medianoche; se encontraba sola y en la habitación hasta hacía poco ocupada por su difunta madre. El tiempo estaba inestable y tormentoso; el viento ululaba en torno de la casa, las puertas rechinaban en sus marcos y la intensa lluvia repiqueteaba contra las ventanas. No se escuchaba otro ruido. La vela, consumida ya casi hasta el final, de pronto llameaba hacia arriba, lanzaba un resplandor de luz por la estancia y volvía a hundirse, a punto de expirar. El corazón le palpitó a Antonia agitadamente: su mirada vagaba, temerosa, por los objetos que la rodeaban, cuando la temblorosa llama los iluminaba a intervalos. Trató de levantarse del asiento, pero los miembros le temblaban con tanta violencia que no pudo hacerlo. Entonces llamó a

Flora, quien se encontraba en otra habitación, no lejos de allí. Pero el desasosiego le ahogó la voz y sus gritos se tornaron huecos murmullos.

Pasó unos minutos en esa situación; después, sus terrores comenzaron a disminuir. Se esforzó en recobrarse y reunir fuerzas suficientes para abandonar la habitación. De pronto creyó escuchar, cerca de ella, un suspiro apagado. Esta idea la retrotrajo a su debilidad anterior. Ya se había levantado del asiento y se hallaba a punto de tomar la lámpara de la mesa. El ruido imaginario la detuvo; retiró la mano y se apoyó en el respaldo de una silla. Escuchó con ansiedad, pero nada más se oyó.

"¡Dios mío! -se dijo. ¿Qué habrá sido ese ruido? ¿Me engañé o lo escuché realmente?"

Sus reflexiones fueron interrumpidas por una voz apenas audible ante la puerta. Le pareció que alguien susurraba algo. La alarma de Antonia se acentuó. Pero sabía que el cerrojo estaba corrido y esa idea la tranquilizó hasta cierto punto. De pronto, el picaporte se levantó con suavidad y la puerta se movió con cautela, de adelante hacia atrás. En ese momento, el exceso de terror le dio a Antonia las fuerzas de que hasta ese instante había carecido. Abandonó su lugar y se encaminó hacia la puerta del gabinete, por donde pronto habría llegado a la alcoba en la cual confiaba en encontrar a Flora y a la señora Jacinta. Apenas había llegado al centro de la habitación cuando el picaporte giró por segunda vez. Un movimiento involuntario la obligó a volver la cabeza. Lenta y gradualmente, la puerta giró sobre sus goznes, y en el umbral vio una figura alta y delgada, envuelta en una blanca mortaja que la cubría de la cabeza a los pies.

Esa aparición la inmovilizó; permaneció como si estuviera petrificada en el centro de la alcoba. La figura se acercó a la mesa con pasos mesurados y solemnes. La moribunda bujía lanzó una llama azul y melancólica cuando

la aparición avanzó hacia ella. Sobre la mesa había un relojito; sus agujas señalaban las tres. La figura se detuvo ante el reloj, levantó el brazo derecho y señaló la hora, a la vez que miraba con intensidad a Antonia, quien aguardaba el desenlace de la escena, inmóvil y silenciosa.

La figura siguió en esa postura algunos instantes. El reloj dio la hora. Cuando el sonido cesó, la desconocida se acercó unos pasos más a Antonia.

-¡Tres días, nada más -dijo una voz débil, hueca y sepulcral apenas tres días y volveremos a encontrarnos!

Antonia se estremeció al escuchar esas palabras.

-¿Volveremos a encontrarnos? -dijo al cabo con dificultad. ¿Dónde nos encontraremos? ¿Con quién me encontraré?

La figura señaló el suelo con una mano y con la otra levantó la tela que le cubría el rostro.

-¡Dios Todopoderoso! ¡Mi madre!

Antonia lanzó un grito y cayó inerte sobre el piso.

La señora Jacinta, quien se hallaba entregada a su labor en una alcoba vecina, se alarmó al escuchar el grito. Flora acababa de bajar la escalera en busca de más aceite para la lámpara junto a la cual se encontraban sentadas. Por consiguiente, Jacinta corrió sola en ayuda de Antonia, y grande fue su asombro cuando la encontró tendida en el suelo. La levantó en brazos, la llevó a sus aposentos y todavía insensible la colocó sobre el lecho. Después se dedicó a mojarle las sienes, a frotarle las manos y a emplear todos los medios posibles para que recuperara el conocimiento. Lo logró con alguna dificultad.

Antonia abrió los ojos y miró en torno, aturdida.

-¿Dónde está ella? -preguntó con voz temblorosa. ¿Se fue? ¿Estoy a salvo? ¡Hábleme! ¡Consuéleme! ¡Oh, hábleme, por amor de Dios!

-¿A salvo de quién, hija mía? -replicó la perpleja Jacinta. ¿Qué te alarma? ¿De quién tienes miedo?

-¡Dentro de tres días! ¡Me dijo que nos encontraríamos dentro de tres días! ¡La oí decirlo! ¡La vi, Jacinta, la vi hace apenas un momento!

Se arrojó sobre el pecho de Jacinta.

-¿La viste? ¿A quién?

-¡El fantasma de mi madre!

-¡Jesucristo! -exclamó Jacinta. Se apartó aprisa de la cama, dejó caer a Antonia sobre la almohada y huyó, consternada, de la habitación.

Cuando bajaba corriendo las escaleras, se encontró con Flora, quien en ese momento estaba subiendo.

-¡Ve con tu ama, Flora! -dijo. ¡Aquí pasan cosas raras! ¡Dios mío, soy la mujer más desdichada del mundo! Mi casa está llena de fantasmas, cadáveres y sabe Dios qué más. Y sin embargo, estoy segura de que a nadie le agrada esa compañía menos que a mí. Pero sigue tu camino, Flora, para reunirte con doña Antonia y deja que yo prosiga el mío.

Y así diciendo, continuó hacia la puerta de calle, que abrió. Y sin perder tiempo en cubrirse con el velo, recorrió la mayor parte del trayecto hasta la abadía de los capuchinos.

Entretanto, Flora corrió a la alcoba de su ama, tan sorprendida como alarmada por la consternación de Jacinta. Encontró a Antonia sobre el lecho, insensible. Usó los mismos recursos que había empleado Jacinta para hacerla volver en sí pero, como comprobó que su señora sólo se recuperaba de un acceso para caer en otro, mandó llamar a un médico a toda prisa. Mientras aguardaba su llegada, desvistió a Antonia y la llevó a la cama.

Sin hacer caso de la tormenta, aterrorizada casi al extremo de perder la razón, Jacinta corrió por las calles y no se detuvo hasta llegar a las puertas de la abadía. Agitó con fuerza la campanilla y, en cuanto apareció el portero, le pidió permiso para hablar con el abad. Ambrosio conversaba en ese momento con Matilde sobre los medios de obtener acceso a Antonia. Como la causa de la muerte de Elvira

permanecía ignorada, se había convencido de que los crímenes no iban acompañados por el castigo tan pronto como sus instructores, los monjes, le habían enseñado y como hasta entonces él mismo había creído. Esta convicción le hizo decidir la ruina de Antonia, pues los peligros y dificultades que trababan el acceso a su persona parecían no hacer otra cosa que acrecentar su pasión. El monje ya había hecho una tentativa de llegar a su presencia, pero Flora lo rechazó de tal manera que se convenció de que todos los intentos futuros serían vanos. Elvira había confiado sus sospechas a la fiel criada; le pidió que nunca dejara a Ambrosio a solas con su hija y, si era posible, que impidiera que jamás se encontrasen. Flora prometió obedecerle y cumplió esas órdenes al pie de la letra. La visita de Ambrosio había sido rechazada esa mañana, aunque Antonia no lo sabía. El abad se dio cuenta de que ver a su amada apelando a medios francos era imposible, y él y Matilde pasaron la noche tratando de maquinar algún plan cuyo resultado tuviese más éxito. Ésa era su ocupación cuando un hermano lego entró en la celda del abad y le informó que una mujer que se llamaba Jacinta Zúñiga solicitaba una entrevista de pocos minutos.

Ambrosio no se sintió en absoluto dispuesto a conceder lo que pedía su visitante. Se negó terminantemente, y pidió al hermano lego que dijese a la desconocida que volviera al día siguiente. Matilde lo interrumpió.

-Atiende a esa mujer -le dijo en voz baja. Tengo mis razones.

El abad la obedeció, y dijo que enseguida iría al locutorio. Al escuchar esta respuesta, el hermano lego se retiró. En cuanto estuvieron solos, Ambrosio le preguntó a Matilde por qué quería que viese a la tal Jacinta.

-Es la casera de Antonia -replicó Matilde. Acaso te sea útil. Pero examinémosla y veamos qué la trae aquí.

Fueron juntos al locutorio, donde Jacinta ya aguardaba al abad. Tenía un elevado concepto sobre la piedad y virtud del fraile y, como suponía que poseía gran influencia sobre el demonio, pensaba que sería para él una tarea fácil expulsar el fantasma de Elvira. En cuanto vio entrar al monje en el locutorio, cayó de hinojos y comenzó su historia como sigue:

¡Reverendo Padre! ¡Qué contratiempo, qué aventura! No sé qué rumbo tomar, y si usted no puede ayudarme, es seguro que perderé la razón. ¡Bueno, sin duda jamás hubo una mujer tan desdichada como yo! Hice todo lo posible por mantenerme alejada de tal abominación y sin embargo ese todo es muy poco. ¿De qué sirve que rece el rosario cuatro veces por día y observe todos los ayunos que señala el calendario? ¿Qué importa que haya hecho tres peregrinaciones a Santiago de Compostela y comprado al Papa tantas indulgencias como alcanzarían para expiar el castigo de Caín? ¡Nada me sale bien! ¡Todo sale mal y sólo Dios sabe si algo volverá a salir bien alguna vez! Pero ahora, juzgue su santidad... Mi huésped muere víctima de convulsiones. Por pura bondad, me hago cargo de su entierro. No porque sea parienta mía ni porque me beneficie en una sola pistola con su muerte. Nada conseguí con ello y, por lo tanto, sepa, reverendo padre, que para mí era lo mismo que viviera o se muriera. Pero eso no viene al caso. Volvamos a lo que estaba diciendo. Me ocupo de su funeral, dispongo que todo se haga con decencia y corrección, e incurro en muchos gastos, ¡Dios lo sabe! ¿Y cómo cree que la dama me recompensa por mi bondad? Nada menos que negándose a reposar pacíficamente en su cómodo ataúd de pino, como debería hacerlo un espíritu apacible y de buenas maneras, e incluso viene a acosarme a mí, que no deseo volver a verla jamás. ¡Por cierto que le place armar estrépito en mi casa a medianoche, irrumpir en la habitación de su hija por el ojo de la cerradura y aterrorizar a la pobre niña

hasta hacerle perder el sentido! Aunque sea un fantasma, podría tener la amabilidad de no meterse en la casa de una persona a quien tan poco le agrada su compañía. En cuanto a mí, reverendo padre, la situación lisa y llana es la siguiente: si entra en mi casa, yo debo salir de ella, pues no puedo tolerar semejantes visitas; de ninguna manera. Ya ve, pues, su santidad, que sin su ayuda estoy arruinada y perdida para siempre. Me veré obligada a abandonar mi casa; nadie la querrá cuando se sepa que ella la visita entonces en bonita situación me voy a encontrar. ¡Desdichada de mí! ¿Qué haré? ¿Qué será de mí?

En este punto lloró con amargura y quiso conocer la opinión del abad sobre el caso.

-En verdad buena mujer -respondió Ambrosio-, me será difícil ayudarte sin saber que te pasa. Olvidaste decirme qué ocurrió y qué quieres.

-Que me muera -exclamó Jacinta- si su santidad no tiene razón. Bien, estos son los hechos, expuestos con brevedad. Hace poco murió una pensionista mía; una mujer muy buena, eso debo decirlo en su beneficio, hasta donde la conocía, que no era mucho. Me mantenía a considerable distancia, pues en verdad tenía tendencia a la altanería. Y cuando me atrevía a dirigirle la palabra, me miraba con una expresión que siempre me hacía sentirme un poco desconcertada, ¡Dios me perdone por decirlo! Pero, aunque era más majestuosa de lo necesario y me observaba desde arriba, sin embargo, si estoy bien informada, provengo de una familia tan buena como la de ella, pues su padre era zapatero en Córdoba y el mío sombrerero en Madrid; sí, y además un muy buen sombrerero, permítame que se lo diga. Pero, repito, a pesar de su orgullo era una persona tranquila y bien educada, y no deseo tener mejor huésped. Por eso me asombra tanto el hecho de que no repose tranquila en su tumba, pero en este mundo no se puede confiar en nadie. Por mi parte, nunca la vi proceder incorrectamente, salvo el

viernes anterior a su muerte. Por cierto que me escandalicé mucho al comprobar que comía el ala de un pollo. "¡Cómo, señora Flora -dije (Flora, con perdón de su reverencia, es el nombre de la doncella)-, cómo señora Flora! -dije. ¿Tu ama come carne los viernes? ¡Bien, bien, fíjate y recuerda que la señora Jacinta te lo previno!" Ésas fueron mis textuales palabras; mas, ¡ay!, lo mismo habría sido si no hubiese hablado. Nadie me prestó atención, y Flora, que es descarada y respondona (qué pena digo yo), me dijo que es tan poco dañino comer un pollo como el huevo del cual nace; aún más inclusive declaró que si su ama agregaba una tajada de tocino no se vería un centímetro más cerca de la condenación. ¡Dios nos proteja! ¡Qué alma pobre, ignorante y pecaminosa! ¡Le juro a su santidad, me estremecí al escuchar tales blasfemias! y a cada momento esperaba que se abriese la tierra y la tragara, con pollo y todo. Pues debe saber, venerado padre que mientras ella hablaba así, tenía en la mano un plato en el cual se veía un ave asada idéntica; y un ave magnífica, eso tengo que decirlo; hecha a punto, pues yo misma vigilé su cocción. Se trataba de un gallito que crié personalmente, con anuencia de su santidad, y la carne era tan blanca como la cáscara de un huevo, como por cierto la propia doña Elvira me lo dijo. "Señora Jacinta", me dijo de muy buen talante, aunque a decir verdad siempre se mostró muy cortés conmigo...

En ese punto Ambrosio perdió la paciencia. Ansioso de saber qué llevaba allí a Jacinta, y que parecía tener vinculación con Antonia, llegó casi al aturdimiento escuchando los desvaríos de la gárrula anciana. La interrumpió y le aseguró que si no contaba en el acto su historia y terminaba con ella, se iría del locutorio y la dejaría que solucionara sus dificultades por su cuenta. Esta amenaza produjo el efecto deseado. Jacinta relató su asunto en tan pocas palabras como pudo, pero su narración seguía siendo

tan minuciosa que Ambrosio tuvo que hacer gala de su paciencia para soportarla hasta que llegara al desenlace.

-Y entonces, su reverencia -dijo ella después de relatar la muerte y el entierro de Elvira, con todos los detalles-, entonces, su reverencia, al escuchar el grito dejé mi labor y corrí a la alcoba de doña Antonia. Como no hallé a nadie allí, pasé a la siguiente, pero debo confesar que sentía un poco de temor, pues era la estancia en que solía dormir doña Elvira. Sin embargo, entré, y por cierto que allí estaba la joven tendida en el suelo, cuan larga es, fría como la piedra y blanca como una sábana. Eso me sorprendió, como bien puede imaginarlo su santidad. Mas, ¡ay!, cómo me estremecí cuando vi una figura grande y alta, junto a mi codo, ¡cuya cabeza tocaba el cielo raso! El rostro era el de doña Elvira, debo admitirlo. Pero de la boca le salían nubes de fuego; tenía los brazos cargados de pesadas cadenas, que tintineaban espantosamente, y cada cabello de su cabeza era una serpiente gruesa como mi brazo. Me asusté mucho y comencé a decir mi Ave María. Pero el fantasma me interrumpió, emitió tres fuertes gemidos y rugió, con voz terrible: "¡Oh, esa ala de pollo, mi pobre alma sufre por ella!" En cuanto lo dijo, el suelo se abrió, el espectro se hundió; escuché un trueno y el cuarto se llenó de olor a azufre. Cuando me recobré del susto y volví a doña Antonia en sí, quien me dijo que había gritado al ver el fantasma de su madre (¡es explicable que gritara, pobre criatura, de haber estado en su lugar yo misma habría podido gritar con fuerza diez veces mayor!), se me ocurrió enseguida que si alguien tenía poder para calmar a ese espectro debía ser su reverencia. De modo que he venido a toda prisa a pedirle que rocíe mi casa con agua bendita y ahuyente a la aparición a su lugar de castigo.

Ambrosio se desconcertó al escuchar el extraño relato, al que no podía dar crédito.

-¿Doña Antonia también vio el fantasma? -preguntó.

-Con tanta claridad como yo lo veo a usted, reverendo padre.

Ambrosio guardó silencio un instante. Se le ofrecía una oportunidad de acceso a Antonia, pero vacilaba en aprovecharla. Seguía siéndole cara la reputación de que gozaba en Madrid y, como había perdido la virtud real, le parecía que su apariencia era ahora mucho más valiosa. Tenía conciencia de que la violación pública de la promesa de no salir nunca del recinto de la abadía disminuiría mucho su supuesta autoridad. Al visitar a Elvira, siempre se había cuidado de mantener oculto el rostro ante los criados. Aparte de la dama, su hija y la fiel Flora, en la casa no se lo conocía por otro nombre que el de padre Jerónimo. Si satisfacía el pedido de Jacinta y la acompañaba, sabía que la violación de su regla no se mantendría en secreto. Pero su ansiedad por ver a Antonia logró imponerse. Inclusive abrigaba la esperanza de que la singularidad de este episodio lo justificara ante los ojos de Madrid. Pero, fuesen cuales fueran las consecuencias, resolvió aprovechar la oportunidad que le ofrecía la casualidad. Una expresiva mirada de Matilde confirmó esa decisión.

-Buena mujer -le dijo a Jacinta-, lo que me dices es tan extraordinario que apenas puedo dar crédito a tus afirmaciones. Sin embargo, accederé a tu pedido. Puedes esperarme mañana, en tu casa, después de maitines. Entonces veré qué puedo hacer por ti. Y si está en mi poder, te libraré de esa desagradable visitante. ¡Y ahora regresa a tu casa y que la paz sea contigo!

-¡A casa! -exclamó Jacinta. ¿Yo, ir a casa? ¡No, a fe mía!... Si no es bajo su protección, no pongo un pie al otro lado de ese umbral. ¡Que Dios me ampare, el fantasma puede esperarme en la escalera y llevarme consigo al infierno! ¡Ah, si hubiese aceptado al joven Melchor Basco, habría tenido a alguien que me protegiera! Pero ahora soy una mujer sola y no conozco otra cosa que sufrimientos y

desdichas. Gracias al Cielo, aún no es demasiado tarde para arrepentirse. Simón González me aceptará en cualquier momento, y si vivo hasta el alba, lo desposaré de inmediato; tendré un marido, eso está decidido, pues ahora que este fantasma entró una vez en mi casa me volveré loca de susto si tengo que dormir sola. ¡Pero por amor de Dios, reverendo padre, venga conmigo ahora! No tendré descanso hasta que la casa esté purificada, y menos aún lo tendrá la pobre damita. ¡Querida niña!, se encuentra en un estado lamentable. La dejé víctima de fuertes convulsiones y dudo de que se recupere con facilidad de su terror.

El fraile se sobresaltó y la interrumpió con presteza.

-¿Tiene convulsiones, dices? ¿Antonia con convulsiones? Guíame, buena mujer, ya te sigo.

Jacinta insistió en que se detuviera a fin de procurarse el recipiente de agua bendita. El abad satisfizo el pedido. Como se consideró a salvo con esa protección, aunque la atacara una legión de fantasmas, la anciana derramó profusamente sobre el monje su agradecimiento y partieron juntos hacia la calle de Santiago.

Tan intensa impresión había producido el espectro en Antonia que durante las dos o tres primeras horas el médico declaró que su vida corría peligro. Como al cabo los ataques se hicieron menos frecuentes, ello lo indujo a modificar su opinión. Dijo que lo único necesario era mantenerla tranquila, y ordenó preparar una medicina que le calmaría los nervios y le procuraría el reposo que tanto necesitaba en ese momento. La presencia de Ambrosio, quien apareció entonces con Jacinta junto a su lecho, contribuyó de manera esencial a apaciguar su agitado espíritu. Elvira no le había explicado lo suficiente los designios del religioso como para lograr que una joven tan ignorante del mundo como su hija tuviese conciencia de lo peligrosa que era la relación con el fraile. En ese momento, transida de horror por la escena que acababa de desarrollarse y temiendo que se cumpliera la

predicción del fantasma, su mente necesitaba los auxilios de la amistad y la religión. Antonia contempló al abad con mirada doblemente parcial. Todavía perduraba la intensa simpatía que le inspiraba, la misma que había sentido a primera vista. Imaginaba, aunque sin saber por qué, que la presencia de Ambrosio la protegía de todo peligro, insulto o desgracia. Le agradeció la visita y le relató el episodio que tan seriamente la había alarmado.

El abad se esforzó por calmarla y convencerla de que todo había sido una falacia de su calenturienta fantasía. La soledad en que pasó la tarde, la penumbra de la noche, el libro que había estado leyendo y la habitación en que se encontraba instalada, todo tendía a configurar esa visión. Ridiculizó la creencia en los fantasmas y expuso sólidos argumentos para demostrar la falsedad de semejante doctrina. Su conversación la tranquilizó y consoló, pero no la convenció. No podía creer que el espectro hubiese sido una simple criatura de su imaginación. Todos los detalles estaban impresos con demasiado vigor en su mente como para permitirle abrigar semejante idea. Insistió en afirmar que había visto realmente el fantasma de su madre, que la había oído anunciar el momento de su fin y declaró que jamás saldría viva de la cama. Ambrosio le aconsejó que no alentase tales sentimientos, y luego abandonó la alcoba, después de prometerle que la visitaría la mañana siguiente. Antonia recibió esa seguridad con grandes muestras de alegría, pero el monje advirtió con facilidad que su persona no resultaba igualmente aceptable para su acompañante. Flora obedecía las instrucciones de Elvira con el mayor escrúpulo. Examinaba con expresión de ansiedad todas las circunstancias que de alguna manera pudieran perjudicar a su joven ama, por nimias que fueren, pues estaba unida a ella desde hacía muchos años. Era nativa de Cuba, había acompañado a Elvira a España, y amaba a la joven Antonia con afecto maternal. Flora no salió de la habitación ni por

un instante, mientras estuvo el abad. Vigilaba cada una de sus palabras, cada mirada, cada movimiento. El fraile advirtió que tenía siempre clavados encima sus ojos suspicaces y, consciente de que sus designios no soportaban un examen tan minucioso, se sentía a menudo confundido y desconcertado. Se dio cuenta de que ella dudaba de la pureza de sus intenciones y de que jamás lo dejaría a solas con Antonia: al estar defendida su amada por la presencia de tan vigilante observadora, desesperó de encontrar los medios para satisfacer su propósito.

Cuando se iba de la casa, Jacinta le salió al encuentro y, le rogó que se dijesen algunas misas por el reposo del alma de Elvira quien, a no dudarlo, debía sufrir en el purgatorio.

Prometió no olvidar el pedido; aún más, conquistó a la perfección el corazón de la anciana al comprometerse a vigilar, durante toda la noche siguiente, la alcoba hechizada. Jacinta no encontró términos lo bastante expresivos para testimoniar su gratitud y el monje partió agobiado por sus bendiciones.

Ya era pleno día cuando regresó a la abadía. Su primer preocupación fue comunicar a su confidente lo que había ocurrido. Sentía una pasión demasiado sincera por Antonia para escuchar sin conmoverse la predicción de su muerte inminente, y se estremecía ante la idea de perder un ser tan querido para él. Matilde lo tranquilizó al respecto. Le repitió los argumentos que ya había usado él mismo, declaró que Antonia se había dejado engañar por las ficciones de su mente, por la depresión que la oprimía en ese momento y por la tendencia natural de su espíritu a la superstición y lo maravilloso. En cuanto al relato de Jacinta, su absurdo se refutaba por sí mismo. El abad no vaciló en creer que había inventado toda la narración, confundida por el terror o en la esperanza de lograr que él cumpliera más rápidamente con su pedido. Después de desechar los temores del monje, Matilde prosiguió:

-La predicción y el fantasma son igualmente falsos; pero debes ocuparte, Ambrosio, de hacer verosímil la primera. Por cierto, dentro de tres días Antonia debe estar muerta para el mundo, pero tiene que vivir para ti. Su enfermedad actual y ese fantasma que se le metió en la cabeza prestarán veracidad a un proyecto que medito desde hace tiempo, pero que era impracticable si no conseguías acceso a Antonia. Será tuya, no por una sola noche, sino para siempre. De nada le servirá la vigilancia de su dueña. Dominarás sin freno alguno, los encantos de tu amada. Hoy mismo debemos poner en ejecución el plan pues no tienes tiempo que perder. El sobrino del duque de Medinaceli se dispone a pedir la mano de Antonia. Dentro de pocos días se la llevará al palacio de su pariente, el marqués de las Cisternas, y allí se hallará a salvo de tus intentos. Así me lo comunicaron durante tu ausencia mis espías, quienes no dejan de traerme las informaciones que necesitas. Y ahora, escúchame. Hay un jugo, que se extrae de ciertas hierbas que pocos conocen, que otorga a la persona que lo bebe la apariencia misma de la muerte. Habrá que administrárselo a Antonia. Te resultará fácil hallar la manera de dejar caer unas pocas gotas en su medicina. El efecto le provocará intensas convulsiones durante una hora; después, la sangre dejará de fluir poco a poco y el corazón de latir; una palidez mortal se le extenderá por las facciones y a todos los que la vean les parecerá un cadáver. No tiene amigos a su lado; puedes encargarte, sin despertar sospechas, de los detalles de su funeral y disponer que la entierren en la cripta de Santa Clara. Su soledad y fácil acceso hacen que esas cavernas resulten favorables para tus designios. Dale a Antonia la pócima soporífera esta noche. Cuarenta y ocho horas después de haberla bebido, la vida volverá a su pecho. Entonces se encontrará por completo en tu poder; comprobará que toda resistencia es inútil y la necesidad la obligará a recibirte en sus brazos.

-¡Tendré a Antonia en mi poder! -exclamó el monje. ¡Matilde, me embriagas! ¡Por fin, entonces, la felicidad será mía, y esa felicidad será el regalo de Matilde, el regalo de la amistad! ¡Estrecharé a Antonia entre mis brazos, lejos de toda mirada suspicaz, de todo intruso atormentador! ¡Volcaré el alma sobre su pecho, enseñaré a su joven corazón los primeros rudimentos del afecto y dominaré sin limitaciones la interminable variedad de sus encantos! ¿De veras será mío ese deleite? ¿Daré rienda suelta a mis ansias y satisfaré todos mis locos y tumultuosos impulsos? ¡Oh, Matilde!, ¿cómo puedo expresarte mi gratitud?

-Sacando provecho de mis consejos. Ambrosio, sólo vivo para servirte; tu interés y tu dicha son también los míos. Que la persona de Antonia sea tuya, pero yo seguiré reclamando tu amistad y tu corazón. Contribuir a tus anhelos es ahora mi único placer. Si mis esfuerzos logran la satisfacción de tus deseos, consideraré mis trabajos muy bien recompensados. Pero no perdamos tiempo. El licor al que me refiero sólo puede encontrarse en la droguería de Santa Clara. Apresúrate, pues, a hablar con la superiora, pídele que te permita entrar en ese sitio y no te negará su autorización. En la parte trasera de la gran sala hay un armario repleto de líquidos de distintos colores y cualidades. El frasco en cuestión se encuentra aparte, en el tercer estante de la izquierda. Contiene un licor verdoso; llena con él una redomita cuando no te vean y Antonia será tuya.

El monje no vaciló en aprobar ese infame plan. Sus deseos, tan violentos antes, habían adquirido renovado vigor al ver a Antonia. Mientras se hallaba sentado junto a su lecho, descubrió, por accidente, algunos encantos que hasta entonces estuvieron ocultos para él. Los encontró aún más perfectos de como se los había pintado su ardiente imaginación. A veces quedaba al descubierto su blanco y ebúrneo brazo cuando arreglaba la almohada; otras, un movimiento repentino descubría parte de su pletórico seno;

pero, cada vez que aparecía un nuevo encanto, los voraces ojos del fraile se posaban en él. Apenas conseguía dominarse lo suficiente como para ocultar sus deseos a Antonia y a la vigilante dueña. Arrebatado por el recuerdo de esas bellezas, aceptó sin vacilaciones el plan de Matilde.

En cuanto terminaron los maitines, encaminó sus pasos hacia el convento de Santa Clara. Su llegada provocó el mayor asombro en la comunidad de monjas. La superiora tenía conciencia del honor que esa primera visita representaba para su convento, y se esforzó en expresar su gratitud por todos los medios posibles. Se le hizo recorrer el jardín, se le exhibieron todas las reliquias de santos y mártires, y se lo trató con tanto respeto y deferencia como si hubiese sido el Papa en persona. Ambrosio acogió las cortesías de la superiora con suma benevolencia e hizo lo posible por disipar la sorpresa de ésta ante la ruptura de su promesa. Dijo que, entre sus penitentes, la enfermedad impedía a muchos abandonar sus casas. Y se trataba precisamente de las personas que más necesitaban de su consejo y de los consuelos de la religión. Muchos pedidos se le habían formulado al respecto y, aunque repugnara en grado sumo a sus deseos, le resultaba desde todo punto de vista necesario, por el servicio del Cielo, modificar su determinación y salir de su amado retiro. La superiora alabó el celo con que cumplía su vocación y su caridad hacia el género humano. Declaró que Madrid era dichosa al contar con un hombre tan perfecto e irreprochable. En medio de tales conversaciones, el fraile llegó por fin a la droguería; encontró el armario; la botella estaba en el lugar descripto por Matilde y el monje aprovechó una oportunidad favorable para llenar su redomita con el licor soporífero, sin ser observado. Luego, después de compartir una colación en el refectorio, se retiró del convento, encantado con el éxito de su visita y dejando a las monjas deleitadas por el honor que se les había conferido.

Esperó hasta el anochecer antes de iniciar el camino a la morada de Antonia. Jacinta lo recibió con arrobamiento y le suplicó que no olvidase su promesa de pasar la noche en la alcoba hechizada, promesa que él reiteró. Encontró a Antonia bastante bien, aunque todavía insistía en atormentarse por la predicción del fantasma. Flora no se apartaba del lecho de su ama y síntomas aún más evidentes que los de la noche anterior atestiguaron su desagrado por la presencia del abad. Sin embargo, Ambrosio fingió no observarlos. El médico llegó mientras platicaba con Antonia. Ya había oscurecido; se pidieron luces y Flora tuvo que bajar a buscarlas. No obstante, como dejaba a una tercera persona en la habitación y no esperaba ausentarse por más de unos minutos, pensó que nada arriesgaba al abandonar su vigilancia. En cuanto salió de la estancia, Ambrosio se dirigió a la mesa en la que se hallaba la medicina de Antonia. Estaba ubicada en un hueco de la ventana. El médico, sentado en un sillón y dedicado a interrogar a su paciente, no prestó atención a los movimientos del monje. Ambrosio aprovechó la oportunidad; extrajo la fatal redoma y dejó caer unas pocas gotas en la medicina. Luego se apartó rápidamente de la mesa y volvió al asiento que había abandonado. Cuando Flora regresó con las luces, todo parecía estar como antes.

El médico declaró que al día siguiente Antonia podría salir de su alcoba sin riesgos. Le recomendó volver a utilizar el mismo medicamento que la noche anterior le había procurado un sueño tan reparador. Flora contestó que el brebaje estaba en la mesa; él aconsejó a la paciente que lo tomase sin demora y se retiró. Flora vertió la medicina en una copa y se la ofreció a su ama. En ese momento a Ambrosio le falló el coraje. ¿No era posible que Matilde lo hubiese engañado? ¿No la habrían incitado los celos a destruir a su rival y a poner un veneno en lugar del narcótico? Esta idea le pareció tan razonable que estuvo a

punto de impedirle beber la medicina. Adoptó la decisión demasiado tarde. El recipiente ya se encontraba vacío y Antonia volvió a ponerlo en manos de Flora. Ya no había remedio; Ambrosio sólo podía esperar con impaciencia el momento destinado a decidir la vida o la muerte de Antonia, la felicidad de él o su desdicha.

Como temía despertar sospechas con su permanencia o traicionarse por la agitación de su espíritu, se despidió de su víctima y salió de la habitación. Antonia se separó de él con menos cordialidad que la noche anterior. Flora le había explicado a su ama que recibir sus visitas era desobedecer las órdenes de su madre. Le describió la emoción del fraile cuando entró en la alcoba y el fuego que le brillaba en los ojos cuando la miraba. Ese detalle había escapado a la observación de Antonia, pero no a la de su acompañante quien, al exponer los designios del monje y sus probables consecuencias, en términos más claros que los de Elvira, si bien no tan delicados, consiguió alarmar a su joven ama y convencerla de que lo tratase con más frialdad que antes. La idea de obedecer la Voluntad de su madre se adueñó en el acto de Antonia. Aunque lamentaba perder su compañía, se dominó lo suficiente como para recibir al monje con cierto grado de reserva y frialdad. Le agradeció con respeto y gratitud sus visitas precedentes, pero no lo invitó a repetirlas en el futuro. El fraile ya no tenía interés en solicitar que lo recibiera y se despidió de ella como si no tuviese la intención de regresar. Plenamente convencida de que la relación que tanto temía había terminado, Flora se sintió tan perpleja ante el fácil acatamiento del monje que comenzó a dudar de la justicia de sus sospechas. Cuando le iluminó el camino al bajar las escaleras, le agradeció por haber logrado desarraigar de los pensamientos de Antonia sus terrores supersticiosos acerca de la predicción del espectro. Agregó que, como él parecía interesarse en el bienestar de Antonia, si se producía algún cambio en su estado se lo haría saber. Al responder, el

monje se esforzó en levantar la voz, con la esperanza de que Jacinta lo oyese, y lo consiguió. Al llegar al pie de las escaleras con su guía, la casera hizo su aparición sin demora.

-¿Acaso se marcha, reverendo padre? -exclamó. ¿No prometió pasar la noche en la alcoba hechizada? ¡Jesucristo! ¡Quedaré a solas con el fantasma, y por la mañana estaré en muy bonito estado! A pesar de todo lo que hice y dije, ese viejo animal obstinado, Simón González, se negó a casarse conmigo hoy, ¡y supongo que antes de que llegue el día de mañana me habrán hecho pedazos los fantasmas, duendes, trasgos y qué sé yo qué más! ¡Por amor de Dios su santidad, no me abandone en situación tan desamparada! De rodillas le suplico que cumpla con su promesa. ¡Vele esta noche en la habitación hechizada; expulse a la aparición y Jacinta lo recordará en sus oraciones hasta el último día de su existencia!

Ambrosio esperaba y deseaba esa súplica, pero fingió interponer objeciones y no pareció nada dispuesto a cumplir su palabra. Le dijo a Jacinta que los fantasmas sólo existían en su cerebro y que su insistencia en que permaneciera toda la noche en la casa era ridícula e inútil. Jacinta se empecinó, no se dejó convencer y lo instó en forma tan apremiante a que no la dejara en las garras del demonio que, por último, él accedió al pedido. Esa espectacular resistencia no engañó a Flora, quien era de temperamento suspicaz por naturaleza. Sospechaba que el monje representaba un papel muy opuesto a sus inclinaciones y que no deseaba nada mejor que quedarse donde estaba. Inclusive llegó a creer que Jacinta actuaba en interés del religioso, y la pobre mujer fue tildada nada menos que de encubridora. Mientras se felicitaba por haber descubierto esa maquinación contra el honor de su ama, decidió, en secreto, hacerla fracasar.

-¿Entonces -le dijo al abad con una mirada entre satírica e indignada-, entonces, piensa quedarse aquí toda la noche? ¡Hágalo, en nombre de Dios! Nadie se lo impedirá. Quédese

a esperar la llegada del fantasma. Yo también lo haré, ¡y Dios permita que no vea nada peor que un fantasma! No me apartaré del lecho de doña Antonia durante toda esta bendita noche. ¡Quiero ver que alguien se atreva a entrar y, sea mortal o inmortal, fantasma, demonio o persona, aseguro que se arrepentirá de haber transpuesto alguna vez el umbral!

Esta insinuación era bastante directa, y Ambrosio entendió su significado. Pero, en vez de demostrar que captaba sus sospechas, respondió apaciblemente que aprobaba las precauciones de la dueña y le aconsejó que perseverase en sus intenciones. Flora le aseguró sinceramente que podía tener la certeza de que así lo haría. Jacinta lo llevó a la alcoba en que había aparecido el fantasma y Flora regresó a las habitaciones de su ama.

Jacinta abrió con mano temblorosa la puerta de la habitación hechizada; se aventuró a atisbar el interior, pero ni los tesoros de la India la habrían tentado a transponer el umbral. Le entregó la bujía al monje, le deseó que saliera incólume de la aventura y se apresuró a irse. Ambrosio entró. Corrió el cerrojo, dejó la luz sobre la mesa y se sentó en la silla que la noche anterior había ocupado Antonia. A pesar de las seguridades de Matilde en el sentido de que el espectro era sólo una creación de la fantasía, su espíritu se encontraba embargado por cierto misterioso horror. En vano intentó liberarse de él. El silencio de la noche, el episodio de la aparición, la estancia recubierta con paneles de roble oscuro, el recuerdo ineludible de la asesinada Elvira y su incertidumbre con respecto a la naturaleza de las gotas que había suministrado a Antonia lo hacían sentirse desasosegado en la situación en que se hallaba. Pero pensaba mucho menos en el espectro que en el veneno. Si hubiese destruido al único ser que hacía que la vida le resultara valiosa, si la predicción del fantasma se tornaba cierta, si en esos tres días Antonia dejaba de existir y él era la desdichada

causa de su muerte... La sospecha era demasiado horrible para detenerse en ella. Ahuyentó esas aterradoras imágenes, pero siempre volvían a presentársele. Matilde le había asegurado que los efectos del narcótico serían rápidos. Prestó atención con temor y, sin embargo, con ansiedad, a la espera de oír algún alboroto en la alcoba vecina. Todo continuaba en silencio. Llegó a la conclusión de que las gotas no habían empezado a actuar. Grande era el premio por el cual apostaba en ese momento; un instante bastaría para decidir su desdicha o su felicidad. Matilde le había enseñado los medios para asegurarse de que la vida no estaba extinguida para siempre; de esa verificación dependían todas sus esperanzas. Su impaciencia se acrecentaba por instantes. Sus terrores se volvían más vívidos, su ansiedad más aguda. Incapaz de soportar ese estado de incertidumbre, trató de alejarlo reemplazando sus propios pensamientos por otros ajenos. Los libros, como ya se mencionó, se hallaban dispuestos en anaqueles, cerca de la mesa que, a su vez, se encontraba exactamente frente a la cama, ubicada en una alcoba, cerca del gabinete. Ambrosio tomó un volumen y se sentó junto a la mesa, pero su atención se distrajo de las páginas que tenía ante sí. La figura de Antonia y la memoria de la asesinada Elvira persistían en presentarse a su imaginación. Pero siguió leyendo aunque sus ojos recorrían los caracteres sin que su mente adquiriese conciencia de su significado.

Tal era su ocupación cuando creyó oír pasos. Giró la cabeza, pero no había nadie a la vista. Retomó su libro, pero unos pocos minutos después se repitió el mismo sonido, seguido por un crujido cerca de él. Saltó del asiento, miró alrededor y observó que la puerta del gabinete se encontraba entreabierta.

Al entrar en la habitación había tratado de abrirla, pero comprobó que estaba cerrada por dentro.

"¿Qué significa esto? -se dijo. ¿Cómo es posible que esta puerta esté abierta?"

Avanzó hacia ella, la abrió por completo y miró en el gabinete; nadie había allí. Mientras permanecía indeciso, le pareció distinguir un gemido en el aposento contiguo; era el de Antonia, y supuso que las gotas comenzaban a surtir efecto. Pero, al escuchar con mayor atención, descubrió que el ruido lo hacía Jacinta, quien se había quedado dormida junto al lecho de la joven y roncaba estrepitosamente. Ambrosio retrocedió y regresó a la otra habitación, pensando en la repentina apertura de la puerta del gabinete, que en vano trató de explicarse.

Se paseó en silencio por el cuarto. Por último se detuvo y le llamó la atención el lecho. La cortina de la alcoba se hallaba corrida a medias. Lanzó un suspiro involuntario.

-¡Esta cama -dijo en voz baja, esta cama era la de Elvira! Allí pasó muchas noches tranquilas, pues era buena e inocente. ¡Qué profundo debe de haber sido su sueño! ¡Pero ahora lo es más! ¿Duerme, en realidad? ¡Oh, Dios quiera que sí! ¿Y si se levantara de su tumba a esta hora triste y silenciosa? ¿Y si rompiese las ataduras del sepulcro y se deslizase, colérica, ante mi mirada maldecida? ¡Oh, jamás podría soportar esa visión! ¡Volver a ver su cuerpo deformado por los tormentos de la muerte, las venas hinchadas de sangre, su semblante lívido, los ojos saliéndosele de las órbitas por el dolor...! ¡Oírla hablar del castigo futuro, amenazarme con la venganza del Cielo, acusarme de los delitos que cometí, de los que cometeré...! ¡Dios mío!, ¿qué es eso?!

Al pronunciar estas palabras, su mirada, clavada en la cama, descubrió que las cortinas se movían con suavidad hacia atrás y hacia adelante, como si alguien las agitara. Recordó la aparición, y casi creyó ver la figura espectral de Elvira reclinada en el lecho. Unos pocos instantes de reflexión bastaron para tranquilizarlo.

"Fue nada más que el viento", se dijo, recuperándose. Volvió a pasearse por la habitación pero un movimiento involuntario de espanto e inquietud constantemente lo obligaba a fijar los ojos en la alcoba. Se acercó, indeciso. Se detuvo antes de ascender los pocos escalones que llevaban al lecho. Tres veces extendió la mano para descorrer la cortina y otras tantas veces la retiró.

-¡Absurdos terrores! -exclamó al cabo, avergonzado de su propia debilidad.

Subía deprisa los escalones, cuando una figura vestida de blanco salió de la alcoba y deslizándose a su lado se dirigió con precipitación hacia el gabinete. Entonces, la locura y la desesperación dieron al monje ese coraje de que hasta el momento había carecido. Bajó a toda velocidad los escalones, persiguió a la aparición e intentó aferrarla.

-¡Fantasma o demonio, te tengo! -exclamó, y tomó al espectro del brazo.

-¡Jesucristo! -gritó una voz aguda. ¡Santo padre, cómo me aprieta! Le aseguro que no quiero hacer ningún daño.

Estas frases, al igual que el brazo que sostenía, convencieron al abad de que el supuesto fantasma era de carne y sangre concretas. Llevó a la intrusa hacia la mesa, levantó la luz y descubrió los rasgos de... ¡la señora Flora!

Molesto por el hecho de que una causa tan insignificante le hubiese infundido temores tan ridículos, le preguntó con acritud qué motivos la habían llevado a esa habitación. Flora, avergonzada por haber sido descubierta y aterrorizada ante la severa expresión de Ambrosio, cayó de rodillas y prometió hacer una confesión completa.

-Le aseguro, reverendo padre -dijo-, que me duele haberlo molestado. Nada estaba más lejos de mi intención. Pensaba salir del cuarto silenciosamente como había entrado y, si usted no hubiese sabido que lo vigilaba, habría sido lo mismo que si no lo hubiera vigilado. Por cierto que hice mal en espiarlo no puedo negarlo. ¡Pero Señor, su reverencia!,

¿cómo puede resistirse a la curiosidad una pobre y débil mujer? La mía era tan intensa, que tuve que echar una miradita sin que nadie se diese cuenta. Por lo tanto, dejé a la anciana señora Jacinta sentada al lado del lecho de mi ama y me aventuré a deslizarme en el gabinete. Como no quería interrumpirlo, me conformé al principio con mirar por el ojo de la cerradura pero, como de esa manera nada veía, descorrí el cerrojo y mientras usted volvía la espalda a la alcoba entré con sigilo y en silencio. Aquí me acurruqué detrás de la cortina, hasta que su reverencia me encontró y me atrapó antes de que tuviese tiempo de regresar al gabinete. Ésa es toda la verdad, se lo aseguro, santo padre, y le pido perdón mil veces por mi impertinencia.

Durante esta explicación, el abad tuvo tiempo de dominarse; se conformó con sermonear a la penitente sobre los peligros de la curiosidad y la bajeza de la acción en que acababa de descubrirla. Flora se declaró plenamente convencida de que había obrado mal; prometió que jamás incurriría en la misma falta, y se retiraba muy humilde y contrita a la habitación de Antonia, cuando la puerta del gabinete se abrió de golpe y Jacinta entró corriendo, pálida y sin aliento.

-¡Oh, padre, padre! -gritó con voz casi ahogada por el terror. ¿Qué haré? ¿Qué haré? ¡Qué problema! ¡Nada más que infortunio! ¡Nada más que gente muerta y moribunda! ¡Dios mío, me volveré loca! ¡Me volveré loca!

-¡Hable, hable! -gritaron Flora y el monje al mismo tiempo. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

-¿Dios mío, tendré otro cadáver en mi casa? No cabe duda de que alguna bruja me ha hechizado, lo mismo que a mi casa y a todo lo que contiene. ¡Pobre doña Antonia! ¡Allí está, con las mismas convulsiones que mataron a su madre! ¡El fantasma le dijo la verdad! ¡Estoy segura de eso!

Flora corrió, o más bien voló, al dormitorio de su ama. Ambrosio la siguió, con el corazón tembloroso de esperanza

y aprensión. Encontraron a Antonia tal como la había descripto Jacinta, atormentada por convulsiones de las que en vano trataron de aliviarla. El monje envió a Jacinta a la abadía a toda prisa ordenándole que trajese consigo, sin perder un minuto, al padre Pablo.

-Iré a buscarlo -respondió Jacinto-, y le diré que venga, pero en cuanto a traerlo yo misma, nada de eso haré. Estoy segura de que la casa está hechizada, y que me quemen si vuelvo a poner los pies en ella.

Con esta decisión, partió hacia el monasterio y transmitió al padre Pablo las órdenes del abad. Luego se fue a la casa del viejo Simón González, a quien resolvió no abandonar hasta convertirlo en su esposo, haciendo que su morada fuera también de ella.

En cuanto el padre Pablo vio a Antonia, dictaminó que su mal era incurable. Las convulsiones continuaron durante una hora; en ese lapso sus tormentos fueron menores que los provocados por sus gemidos en el corazón del abad. Cada uno de los dolores de ella parecía una daga en el pecho de Ambrosio, y se maldijo mil veces por haber aprobado un proyecto tan bárbaro y cruel. Terminada la hora, los accesos se hicieron poco a poco menos frecuentes y Antonia se mostró menos agitada. Sentía que se acercaba su fin y que nada podría salvarla.

-Reverendo Ambrosio -dijo con voz débil, mientras se llevaba a los labios las manos del fraile-, ahora estoy en libertad de expresarle cuánto agradecimiento anida en mi corazón por sus atenciones y bondades. Me hallo en el lecho de muerte. Una hora más y dejaré de existir. Por lo tanto, puedo reconocer sin trabas que el rechazo de su compañía me fue muy doloroso, pero ésa era la voluntad de un progenitor y no me atreví a desobedecerla. Muero sin desagrado; pocos lamentarán que los deje; a pocos lamentaré dejar. Entre esos pocos, por nadie me lamento más que por usted. ¡Pero volveremos a vernos, Ambrosio! Algún día nos

encontraremos en el Cielo; allí renovaremos nuestra amistad, ¡y mi madre la verá con placer!

Hizo una pausa. El abad se estremeció cuando mencionó a Elvira. Antonia atribuyó su emoción a la piedad y a la preocupación por ella.

-Se apena por mí, padre -prosiguió. ¡Ah, no se lamente por mi fin! No existen pecados de los cuales deba arrepentirme, por lo menos ninguno del que tenga conciencia, y sin temores devuelvo mi alma a Aquel de quien la recibí. Tengo muy pocos pedidos que hacer, pero permítame abrigar la esperanza de que esos pocos serán concedidos. Que se rece una misa solemne por el descanso de mi alma y otra por la de mi querida madre, aunque no dudo de que reposa en su tumba. Ahora estoy convencida de que me flaqueó la razón y la falsedad de la predicción del fantasma es suficiente para demostrar mi error. Pero todos tienen algún defecto; es posible que mi madre haya tenido el suyo, aunque no lo conocí. En consecuencia, quiero que se celebre una misa por su descanso y los gastos pueden costearse con la escasa fortuna que poseo. Si después de eso, acaso queda algo, lo lego a mi tía Leonela. Cuando esté muerta, haga saber al marqués de las Cisternas que la desdichada familia de su hermano ya no puede importunarlo. Pero la desilusión me hace ser injusta; me dicen que se encuentra enfermo y, tal vez, si hubiese estado en sus manos, habría querido protegerme. Dígale, entonces, padre, sólo que he muerto y que si cometió alguna falta conmigo, se la perdono de todo corazón. Hecho esto, nada más tengo que pedir, aparte de sus oraciones. Prometa recordar mis ruegos y entregaré mi vida sin penas ni dolores.

Ambrosio se comprometió a cumplir sus deseos y le dio la absolución. Cada minuto anunciaba que se aproximaba el fin de Antonia. Le flaqueaba la vista, el corazón palpitaba con torpeza, los dedos se le pusieron rígidos y fríos y a las dos de la mañana expiró sin un gemido.

Cuando el aliento abandonó su cuerpo, el padre Pablo se retiró, sinceramente afectado por la melancólica escena. Por su parte, Flora se abandonó a la congoja más irrefrenada. Preocupaciones muy distintas embargaban a Ambrosio; buscó el pulso cuyas palpitaciones -así se lo había asegurado Matilde- demostrarían que la muerte de Antonia era sólo temporal. Lo encontró... latió bajo su mano y el corazón se le colmó de éxtasis. Pero ocultó con cuidado su satisfacción ante el éxito de su plan. Adoptó una expresión melancólica, y dirigiéndose a Flora le previno que no debía abandonarse a una pena infructuosa. Las lágrimas de la mujer eran demasiado sinceras como para permitirle escuchar sus consejos y siguió llorando sin pausa. El fraile se retiró, no sin antes prometer que él mismo daría órdenes para el funeral que, por consideración a Jacinta, según fingió, se haría a toda prisa. Sumida en la congoja por la pérdida de su querida ama, Flora apenas prestó atención a lo que le decía. Ambrosio se dio prisa en disponer el entierro. Obtuvo permiso de la superiora para que se sepultara el cadáver en la cripta de Santa Clara, y el viernes por la mañana, después de cumplidas todas las ceremonias convenientes y necesarias, el cadáver de Antonia fue depositado en la tumba.

Ese mismo día llegó Leonela a Madrid con la intención de presentar su joven esposo a Elvira. Varias circunstancias la habían obligado a postergar su viaje, del martes al viernes, y no tuvo oportunidad de hacer saber a su hermana esa alteración en sus planes. Como su corazón era en verdad afectuoso y como siempre había sentido un verdadero cariño por Elvira y su hija, su sorpresa al enterarse de sus muertes repentinas corrió pareja con su congoja y su desilusión. Ambrosio dispuso que se le informara sobre el legado de Antonia. A solicitud de ella, prometió que, en cuanto se saldaran las escasas deudas de Elvira, se le enviaría el resto. Una vez solucionado esto, nada retenía a Leonela en Madrid y regresó a Córdoba a toda prisa.

CAPÍTULO X

¡Ah, si pudiese adorar bajo los cielos algo
Que hubiese visto la tierra, la fantasía creado,
Tu altar, sagrada Libertad, se elevaría
No construido por vulgar mano mercenaria,
Mas con fragante césped y flores tan hermosas
Como nunca adornaron una orilla
O aromaron el aire del estío!

WILLIAM COWPER

Como toda su atención estaba concentrada en llevar ante la justicia a los asesinos de su hermana, Lorenzo pensó muy poco en el grave daño que sufrían sus intereses en otro aspecto. Como ya se dijo, no regresó a Madrid hasta la noche del día en que enterraron a Antonia. Transmitir al Gran Inquisidor la orden del cardenal-duque (ceremonia que no se debía omitir cuando era preciso arrestar en público a un miembro de la Iglesia), comunicar su proyecto a su tío y a don Ramiro y reunir una tropa de auxiliares suficiente para impedir toda oposición, lo tuvieron sumamente atareado durante las pocas horas anteriores a la medianoche. Por lo tanto, no tuvo ocasión de informarse sobre su amada, e ignoraba no sólo su muerte sino también la de su madre.

El marqués no se hallaba en modo alguno fuera de peligro. Su delirio había desaparecido, pero lo dejó tan

agotado que los médicos se negaron a dictaminar con respecto a las consecuencias que ello podría acarrear. Raimundo no deseaba con mayor fervor otra cosa que unirse a Inés en la tumba. La existencia le resultaba odiosa; nada veía en el mundo que mereciera su atención y ansiaba saber que Inés estaba vengada y morir él mismo en ese preciso instante.

Acompañado por los ardientes deseos de éxito de Raimundo, Lorenzo llegó ante las puertas de Santa Clara una hora antes del momento indicado por la madre Úrsula. Lo acompañaban su tío, don Ramiro de Mello, y un grupo de soldados escogidos. Aunque eran tantos, su presencia no provocó sorpresa, pues ya había un gran gentío ante las puertas del convento que deseaba presenciar la procesión. Como es natural, se supuso que don Lorenzo y sus acompañantes habían llegado allí con idéntico propósito. Al reconocer al duque de Medina, la gente retrocedió para permitir que avanzara su séquito. Lorenzo se ubicó frente a las grandes puertas por las cuales debían pasar los miembros de la procesión. Convencido de que la superiora no se le escaparía, aguardó con paciencia su aparición, que se esperaba exactamente a medianoche.

Las monjas se hallaban ocupadas en las ceremonias religiosas establecidas en honor de Santa Clara, en las cuales jamás se admitía a los profanos. Las ventanas de la capilla estaban iluminadas, los curiosos escucharon toda la potencia del órgano, acompañado por un coro de voces femeninas, que se elevaba en el silencio de la noche. Luego se extinguió y fue reemplazado por una sola armonía; la voz de quien encarnaría en la procesión el papel de Santa Clara. Para ese papel se elegía siempre a la doncella más hermosa de Madrid y aquella en quien recaía la elección, lo consideraba el más alto de los honores. Mientras escuchaba la música, cuya melodía la distancia sólo hacía parecer más dulce, el público se encontraba sumido en la más profunda atención. Un

silencio general reinaba en la muchedumbre y todos los corazones estaban henchidos de reverencia religiosa... todos, menos el de Lorenzo. Consciente de que entre quienes entonaban con tanta dulzura las alabanzas a su Dios había algunos que encubrían con la devoción los más sucios pecados, los himnos le inspiraban desagrado por la hipocresía de quienes los entonaban. Hacía tiempo que observaba con desaprobación y desprecio el fanatismo que reinaba entre los habitantes de Madrid. Su buen sentido le había señalado los artificios de los monjes y el grosero absurdo de sus milagros, maravillas y supuestas reliquias. Le avergonzaba comprobar que sus compatriotas fuesen juguete de engaños tan ridículos y sólo ansiaba una oportunidad para liberarlos de sus cadenas monacales. Esa oportunidad, tanto tiempo deseada en vano, se le presentaba por fin. Resolvió no dejar que se le escapara y exhibir ante el pueblo, con vivos colores, la enormidad de los abusos con harta frecuencia practicados en los monasterios y la injusticia con que el favor del público era depositado sin discriminación en todos aquellos que vestían hábitos religiosos. Anhelaba que llegara el momento de desenmascarar a los hipócritas y de convencer a sus compatriotas de que un exterior devoto no esconde siempre un corazón virtuoso.

El servicio duró hasta que la campana del convento anunció la medianoche. Una vez que se escuchó este sonido, la música cesó; las voces se apagaron con suavidad y poco después desaparecieron las luces en las ventanas de la capilla. El corazón le palpitaba a Lorenzo con fuerza cuando comprobó que se aproximaba el momento de ejecutar su plan. Dada la superstición natural de la gente, se había preparado para hallar cierta resistencia, pero confiaba en que la madre Úrsula ofrecería adecuadas razones para justificar su procedimiento. Llevaba consigo fuerzas suficientes como para rechazar la primera reacción del populacho, hasta tanto

se escucharan sus argumentos. Su único temor era que la superiora, sospechando sus intenciones, hubiese hecho desaparecer a la monja de cuyas declaraciones tanto dependía. Si la madre Úrsula no se hallaba presente, sólo podría acusar a la superiora basándose en sospechas; y esta reflexión le provocó cierta aprensión en cuanto al éxito de su empresa. La quietud que parecía reinar en el convento lo tranquilizó en cierta medida. Aún así, esperaba con ansiedad el momento en que la presencia de su aliada lo librara de sus dudas.

La abadía de los capuchinos sólo estaba separada del convento por el jardín y el cementerio. Los monjes habían sido invitados a asistir a la procesión. Llegaron en ese momento, avanzando de a dos, con antorchas encendidas en las manos y entonado himnos en honor de Santa Clara. El padre Pablo iba a la cabeza, pues el abad se había excusado de asistir. La gente dejó paso al sagrado cortejo y los frailes se ubicaron en fila a ambos lados de la gran portada. Pocos minutos bastaron para poner en orden la procesión. Una vez hecho eso, fueron abiertas las puertas del convento y volvió a resonar el coro femenino en todo su esplendor. Primero apareció un grupo de cantantes. En cuanto pasaron, los monjes se alinearon de a dos y empezaron a marchar con ritmo. Después se presentaron las novicias. No llevaban cirios, como las profesas, sino que avanzaban con la vista baja y parecían ocupadas en repasar las cuentas de sus rosarios. Las siguió una muchacha joven y encantadora, quien representaba a Santa Lucía; llevaba un cuenco de oro en el cual había dos ojos; los de ella se hallaban cubiertos por una venda de terciopelo y la guiaba otra monja ataviada con vestiduras de ángel. A continuación iba Santa Catalina, con una palma en una mano y una llameante espada en la otra; estaba vestida de blanco y tenía la frente adornada con una reluciente diadema. Después apareció Santa Genoveva, rodeada por muchos

duendecillos, quienes adoptaban actitudes grotescas, le tiraban de las vestiduras y describían cabriolas a su alrededor con el propósito de que apartara su atención del libro en que tenía constantemente fijos los ojos. Esos alegres diablillos divirtieron en grande a la concurrencia, que puso de manifiesto su regocijo con repetidos estallidos de carcajadas. La superiora se había esmerado en elegir a una monja cuyo talante fuese por naturaleza solemne y hosco. Tuvo todas las razones del mundo para complacerse en su elección: las piruetas de los diablillos fueron inútiles, y Santa Genoveva siguió adelante sin que se le moviese un músculo.

Cada una de esas santas estaba separada de las otras por grupos de cantantes, quienes exaltaban sus alabanzas en himnos, aunque las declaraban muy inferiores a Santa Clara, la patrona del convento. Cundo hubo pasado este grupo, apareció un largo cortejo de monjas, cada una de las cuales llevaba, como las cantantes, un cirio encendido. Después se presentaron las reliquias de Santa Clara, contenidas en recipientes muy valiosos, tanto por su material como por la artesanía de su confección; pero no atrajeron la atención de Lorenzo. Lo ocupaba por entero la monja que llevaba el corazón. Según la descripción de Theodore, no dudaba de que era la madre Úrsula. Parecía mirar en torno con ansiedad. Como estaba en la primera fila ante la cual pasaba la procesión, la mirada de ella se cruzó con la de Lorenzo. Un rubor de júbilo le inundó las mejillas hasta entonces pálidas. Se volvió con ansiedad hacia su compañera.

-Estamos a salvo -le oyó susurrar. Es el hermano.

Con el corazón ya apaciguado, Lorenzo contempló con tranquilidad el resto del espectáculo. Entonces apareció su más brillante ornamento: una maquinaria en forma de trono, pletórico de joyas y resplandeciente de luz. Avanzaba sobre ruedas ocultas y era guiado por varios hermosos niños ataviados como serafines. La cúpula estaba cubierta de nubes plateadas, sobre las cuales se reclinaba la más hermosa

figura que ojos humanos hubiesen visto nunca. Era una damisela que representaba a Santa Clara. Su vestimenta era de inestimable valor y alrededor de su cabeza una guirnalda de diamantes formaba un resplandor artificial. Pero todos esos ornamentos palidecían ante el brillo de sus encantos. Cuando avanzó, un murmullo de deleite recorrió la multitud. Inclusive Lorenzo se confesó en secreto que jamás había visto una belleza tan perfecta y, si su corazón no hubiera pertenecido a Antonia, habría debido entregarlo en sacrificio a tan encantadora joven. Dadas las circunstancias, sólo la consideró una bella estatua. No obtuvo de él más tributo que una fría admiración y, una vez que hubo pasado, Lorenzo no volvió a pensar en ella.

-¿Quién es? -preguntó un espectador, al alcance del oído de Lorenzo.

-Una cuya belleza debes de haber escuchado celebrar muchas veces. Se llama Virginia de Villafranca; es pensionista del convento de Santa Clara, pariente de la superiora, y con justicia se la eligió como ornamento de la procesión.

El trono prosiguió su marcha. Detrás iba la superiora en persona; avanzaba a la cabeza de las monjas restantes, con expresión devota y piadosa, cerrando la procesión. Caminaba con lentitud; llevaba la vista levantada al cielo; su semblante, sereno y tranquilo, parecía alejado de todas las cosas sublunares y ningún rasgo revelaba su secreto orgullo ante el despliegue de la pompa y opulencia de su convento. Pasó acompañada por las oraciones y bendiciones del populacho; ¡pero cuán grandes fueron la confusión y sorpresa generales cuando don Ramiro se adelantó y declaró que la tomaba prisionera!

Por un instante el asombro mantuvo a la superiora silenciosa e inmóvil. Pero en cuanto se recuperó, clamó contra el sacrilegio y la impiedad y convocó a la gente para que salvara a una hija de la Iglesia. Los presentes se

disponían a obedecerla, ansiosos, cuando don Ramiro, protegido de la cólera general por sus soldados, les ordenó que se retiraran y los amenazó con la más severa venganza de la Inquisición. Al oír el temible nombre todas las armas cayeron, todas las espadas volvieron a sus vainas. La priora misma se mostró pálida y temblorosa. El silencio general convenció a la superiora de que no debía abrigar esperanza, a no ser que probara su inocencia, y con voz vacilante suplicó a don Ramiro que la informase de qué delito se la acusaba.

-Eso lo sabrá a su debido tiempo -respondió-; pero primero debo detener a la madre Úrsula.

-¿La madre Úrsula? -repitió la superiora con voz débil.

En ese momento miró alrededor y vio a Lorenzo y al duque, quienes habían seguido a don Ramiro.

-¡Ah, santo Dios! -exclamó, apretándose las manos con expresión frenética. He sido traicionada.

-¿Traicionada? -replicó Úrsula, quien llegaba en ese momento acompañada por algunos soldados y seguida por la monja que iba a su lado en la procesión. Traicionada no, sólo desenmascarada. Reconozca en mí a su acusadora. No sabe qué bien conozco su culpa... Señor -continuó, dirigiéndose a don Ramiro-, me pongo bajo su custodia. Acuso de asesinato a la superiora de Santa Clara y ofrezco mi vida como prenda de la justicia de mi acusación.

El público lanzó un grito general de asombro, y se exigió en voz alta una explicación. Las temblorosas monjas, aterrorizadas por el ruido y la confusión universales, se habían dispersado y huyeron en todas direcciones. Algunas regresaron al convento; otras buscaron refugio en las viviendas de sus parientes; y muchas, que sólo advertían el peligro del momento, y que ansiaban escapar del tumulto, no atinaron más que a correr por las calles y a vagar sin saber hacia dónde. La encantadora Virginia fue una de las primeras en huir. Para poder ver y escuchar mejor a Úrsula,

la gente quiso que ésta la arengase desde el trono vacante. La monja aceptó; ascendió a la relumbrante maquinaria y habló como sigue a la multitud que la rodeaba:

-Por extraña e insólita que pueda parecer mi conducta, si se considera que la adopta una mujer que además es monja, la necesidad la justificará plenamente. Un secreto, un horrible secreto, me pesa sobre el alma. No tendré descanso hasta haberlo revelado al mundo y hasta aplacar la sangre inocente que clama venganza desde su tumba. A mucho me atreví para conseguir esta oportunidad de aligerar mi conciencia. Si hubiese fracasado en mi intento de revelar el delito, si la superiora hubiera sospechado que el misterio no era tal para mí, mi perdición habría sido inevitable. Los ángeles, que protegen sin cesar a quienes merecen su favor, permitieron que no fuese descubierta. Ahora estoy en libertad de relatar un episodio cuyos detalles helarán de horror a todas las almas honradas. Me corresponde la tarea de rasgar el velo de la hipocresía y mostrar a los padres descaminados a qué peligros se ve expuesta la mujer que cae bajo el dominio del fanatismo.

"Entre las devotas consagradas a Santa Clara, ninguna más hermosa, ninguna más tierna que Inés de Medina. La conocía bien. Me confiaba todos los secretos de su corazón. Era su amiga y confidente y la quería con sincero afecto. Y no estaba sola en mi cariño. Su piedad no fingida, su disposición a hacer favores y su temperamento angelical la convirtieron en la favorita de todo cuanto había de rescatable en el convento. Inclusive la superiora, orgullosa, suspicaz y temible, no pudo negar a Inés el tributo de la aprobación que a ninguna otra concedía. Todos tienen sus faltas. ¡Ay, Inés tenía su debilidad! Violó las leyes de nuestra orden e incurrió en el implacable odio de la inflexible superiora. Las reglas de Santa Clara son severas, pero se han tornado obsoletas y caducas; en los últimos años muchas fueron anuladas o convertidas, por consenso universal, en

castigos más leves. La penitencia impuesta al pecado de Inés fue crudelísima, inhumana. La ley había sido archivada hacía mucho. Mas, ¡ay!, seguía existiendo, y la vengativa superiora decidió aplicarla. Dicha ley decretaba que la transgresora fuese confinada en una mazmorra aislada, expresamente construida para ocultar del mundo, para siempre, a la víctima de la crueldad y la superstición tiránica. En esa horrenda morada debía soportar una perpetua soledad, privada de toda compañía y considerada muerta por aquellos cuyo afecto pudiese incitarlos a salvarla. Así tenía que languidecer por el resto de sus días, sin otro alimento que pan y agua y sin otro consuelo que el libre fluir de sus lágrimas."

La indignación suscitada por este relato fue tan violenta que, por algunos momentos, interrumpió la narración la madre Úrsula. Cuando cesó el desorden y volvió a reinar el silencio en la reunión, siguió hablando, en tanto que a cada una de sus palabras el semblante de la superiora revelaba que su terror aumentaba constantemente.

-Se convocó el consejo formado por las de más edad, yo entre ellas. La superiora describió con matices exagerados la transgresión de Inés, y no tuvo escrúpulos en proponer la restauración de esa ley casi olvidada. Sea dicho para vergüenza de nuestro sexo -o bien tan absoluta era la voluntad de la superiora en el convento, o bien la desilusión, la soledad y la obediencia endurecieron de tal manera nuestro corazón y agriaron hasta tal punto nuestro temperamento-; que nueve votos de los doce aceptaron esa bárbara proposición. Por mi parte, no me contaba entre las nueve. Frecuentes ocasiones me habían convencido de la virtud de Inés y la quería con tanta sinceridad como grande era la lástima que sentía por ella. Las madres Berta y Cornelia se unieron a mí: ofrecimos la más enérgica oposición posible y la superiora se vio obligada a modificar sus proyectos. A pesar de que tenía a la mayoría a su favor,

temía romper con nosotras abiertamente. Sabía que, apoyadas por la familia Medina, nuestras fuerzas serían demasiado vigorosas como para que ella les hiciera frente. Y también sabía que, después de ser encarcelada y dada por muerta, si alguien descubría a Inés, su propia ruina sería inevitable. Por lo tanto, abandonó sus proyectos, aunque con mucha repugnancia, y pidió algunos días para pensar un castigo que toda la comunidad aceptara, prometiendo que en cuanto adoptase una resolución se volvería a convocar el mismo consejo. Transcurrieron dos días; en la noche del tercero se anunció que al día siguiente se interrogaría a Inés y que, según su comportamiento en esa ocasión, su castigo sería acentuado o mitigado.

"En la noche anterior a ese interrogatorio me introduje en la celda de Inés a una hora en que supuse que las demás monjas estaban entregadas al sueño. La consolé como mejor pude; le pedí que tuviera valor, que confiase en el respaldo de sus amigas, y le enseñé ciertas señales por medio de las cuales podía darle instrucciones para responder, por medio de un asentimiento o una negativa, a las preguntas de la superiora. Como tenía plena conciencia de que su enemiga se esforzaría en confundirla, turbarla y amedrentarla, por mi parte temía que se dejase enredar en una confesión perjudicial para sus intereses. Ansiosa de mantener en secreto mi visita, me quedé muy poco tiempo con Inés. Le rogué que no se desanimara. Mezclé mis lágrimas a las que le corrían por las mejillas, la abracé con ternura y estaba a punto de retirarme cuando escuché un ruido de pasos que se acercaban a la celda. Retrocedí. Una cortina que cubría un gran crucifijo me ofreció un refugio y me apresuré a ocultarme detrás de ella. La puerta se abrió. Entró la superiora, seguida por otras cuatro monjas. Avanzaron hacia el lecho de Inés. La superiora le reprochó sus errores en los términos más acerbos. Le dijo que era una deshonra para el convento que estaba decidida a librar al mundo y a sí misma

de semejante monstruo y le ordenó que bebiese el contenido de un recipiente que en ese momento le presentaba una de las monjas. Como sabía cuáles eran las propiedades fatales del licor y temía encontrarse al borde de la eternidad, la desdichada niña intentó suscitar la piedad de la superiora apelando a los más emocionantes ruegos. Abogó por su vida en términos que habrían derretido el corazón de un demonio. Prometió someterse con paciencia a cualquier castigo, a la vergüenza, la cárcel y la tortura, si se le permitía vivir. ¡Oh, si pudiese vivir otro mes, una semana, un día más! Su implacable enemiga escuchó sus quejas sin conmoverse. Le dijo que al principio tuvo la intención de perdonarle la vida y que, si modificaba su decisión, ello debía agradecérselo a la oposición de sus amigas. Insistió en que bebiese el veneno; le sugirió que se encomendara a la misericordia del Altísimo, no a la de ella, y le aseguró que en una hora se contaría entre los muertos. Al advertir que era inútil seguir implorando a la insensible mujer, Inés trató de abandonar el lecho y pedir ayuda. Esperaba, si no escapar del destino que se le había anunciado, tener por lo menos testigos de la violencia cometida. La superiora adivinó su intención. La tomó con fuerza del brazo y la volvió a hundir sobre la almohada. Al mismo tiempo extrajo una daga, la apoyó en el pecho de la infortunada Inés y le aseguró que si lanzaba un solo grito o vacilaba un solo instante en beber el veneno le atravesaría el corazón. Medio muerta ya de miedo, Inés no pudo ofrecer más resistencia. La monja se acercó con el recipiente fatídico; la superiora la obligó a tomarlo y a beber el contenido. Bebió, y el horrendo acto quedó consumado. Entonces, las monjas se sentaron alrededor de la cama: respondieron a sus gemidos con reproches; interrumpieron con sarcasmos las oraciones en que pedía merced para su alma moribunda; le pidieron que abandonase toda esperanza de perdón, la amenazaron con la venganza del cielo y sembraron con las espinas más punzantes la

dolorosa almohada de la muerte. Tales fueron los sufrimientos de esa joven desdichada, hasta que el destino la liberó de la perversión de sus atormentadoras. Expiró con horror del pasado, con temores sobre el futuro, y sus torturas fueron tales que deben de haber satisfecho ampliamente el odio y la venganza de sus enemigas. En cuanto su víctima dejó de respirar, la superiora se retiró y fue seguida por sus cómplices.

"Entonces me aventuré a salir de mi escondite. No me atreví a ayudar a mi infortunada amiga, consciente de que podía atraer sobre mí la misma destrucción, aunque sin beneficiarla a ella. Conmovida y aterrorizada a más no poder por la horrenda escena, apenas tuve fuerzas suficientes para regresar a mi celda. Cuando llegué a la puerta de la que ocupaba Inés, me arriesgué a mirar hacia la cama en que yacía su cuerpo inerte, otrora tan encantador y grácil. Musité una oración por su alma y juré vengar su muerte con la vergüenza y el castigo de sus asesinas. Cumplí mi juramento afrontando riesgos y dificultades. Sin darme cuenta, dije algunas palabras en el funeral de Inés, aturdida por la excesiva pena, y esas palabras alarmaron la conciencia culpable de la superiora. Se vigilaron todos mis actos, se siguieron todos mis pasos. Constantemente me hallaba rodeada por las espías de la superiora. Pasó mucho tiempo antes de que encontrara la manera de transmitir a los parientes de la desdichada niña una insinuación de mi secreto. En público se decía que Inés había expirado súbitamente; esta afirmación fue creída no sólo por sus amigos de Madrid, sino también por los del convento. El veneno no había dejado rastro en su cuerpo; nadie sospechó la verdadera causa de su muerte y siguió siendo desconocida para todos, salvo para las asesinas y para mí.

"No tengo nada más que agregar. Por lo que ya dije responderé con mi vida. Reitero que la superiora es una asesina; que eliminó del mundo, y tal vez del cielo, a una

infortunada cuya transgresión fue leve y venial; que abusó del poder confiado a sus manos y que ha sido una tirana, una bárbara y una hipócrita. También acuso a las cuatro monjas, Violante, Camila, Alicia y Mariana, como cómplices suyas, igualmente criminales."

Aquí Úrsula puso fin a su relato. Creó el horror y la sorpresa por doquier. Pero, cuando describió el inhumano asesinato de Inés, la indignación del populacho se manifestó de manera tan audible que casi resultó imposible escuchar la conclusión. La confusión crecía por momentos. Al cabo, la multitud de voces exigió que la superiora debía ser entregada a su furia. Don Ramiro se negó categóricamente a consentir tal cosa. Inclusive Lorenzo pidió a la gente que recordase que la monja no había sido enjuiciada y recomendó que se dejase su castigo a cargo de la Inquisición. Todas las objeciones fueron inútiles; la exaltación se hacía cada vez más violenta y el gentío se exasperaba cada vez más. En vano trató Ramiro de arrancar a su prisionera de los exaltados. Dondequiera que se volviese, una banda de amotinados le cortaba el paso y, con gritos cada vez más destemplados, le exigían que les entregase su prisionera. Ramiro ordenó a sus acompañantes que se abrieran paso a través de la muchedumbre. Abrumados por el número, les resultó imposible desenvainar la espada. Amenazó a la plebe con la venganza de la Inquisición, pero en medio de ese frenesí popular hasta el temido nombre había perdido su efecto. Aunque la pena por su hermana le hacía ver con repugnancia a la superiora, Lorenzo no podía dejar de apiadarse por una mujer en situación tan terrible. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos y los del duque, de don Ramiro y los soldados, la gente seguía presionando. La multitud se abrió paso entre los guardias que protegían a su víctima inminente y procedió a ejecutar en ella la más sumaria y cruel venganza. Enloquecida de terror y casi sin saber qué decía, la desdichada mujer pidió que se la escuchara un

momento. Afirmó que era inocente de la muerte de Inés y que podía liberarse de las sospechas más allá de toda posibilidad de duda. Los amotinados no querían otra cosa que la satisfacción de su bárbara venganza. Se negaron a escucharla; la cubrieron con toda clase de insultos, fango y suciedades y le dedicaron los epítetos más oprobiosos. Se la arrebataban unos a otros, y cada nuevo atormentador era más salvaje que el anterior. Con aullidos y execraciones ahogaron sus agudos chillidos que pedían clemencia, y la arrastraron por las calles, la golpearon, la pisotearon y la trataron con todas las crueldades que el odio o la furia vindicativa pueden inventar. Al cabo, un pedernal, arrojado por una mano de buena puntería, le dio de lleno en la sien. Cayó al suelo bañada en sangre y en pocos minutos terminó su desdichada existencia. Pero, aunque la monja ya no sentía sus insultos, los amotinados continuaron descargando su furia impotente sobre su cuerpo inerte. Lo agredieron, lo pisotearon, lo maltrataron hasta dejarlo convertido en una masa de carne, monstruosa, deforme y repulsiva.

Incapaces de impedir ese tremendo acontecimiento, Lorenzo y sus amigos lo contemplaron con el mayor horror. Pero se vieron arrancados de su obligada inactividad al enterarse de que el gentío estaba atacando el convento de Santa Clara. El enfurecido populacho confundía a inocentes con culpables, y había resuelto sacrificar a su cólera a todas las monjas de esa orden y no dejar piedra sobre piedra en el edificio. Alarmados, se precipitaron al convento, decididos a defenderlo, si era posible, o por lo menos a rescatar a sus habitantes de la furia de los sublevados. La mayoría de las monjas había huido, pero aún quedaban unas pocas en sus celdas. Su situación era en verdad peligrosa. Pero, como habían tomado la precaución de asegurar las puertas internas, con esa ayuda Lorenzo tuvo la esperanza de rechazar a la muchedumbre hasta que don Ramiro pudiese traer refuerzos más apropiados.

Como los disturbios anteriores lo arrastraron a cierta distancia del convento, a don Ramiro no le fue posible regresar de inmediato. Cuando lo hizo, la multitud que lo rodeaba era tanta que le impidió aproximarse a los portales. Entretanto, el populacho sitiaba el edificio con ira tenaz; acometía los muros, arrojaba antorchas encendidas por las ventanas y juraba que al rayar el día no quedaría con vida una sola monja de Santa Clara. Lorenzo acababa de abrirse paso entre la plebe, cuando la multitud forzó una de las puertas. Los amotinados se precipitaron en el interior del edificio, donde ejercieron su venganza en todas las cosas que hallaron a su paso. Hicieron pedazos los muebles, desgarraron los cuadros, destruyeron las reliquias y en su odio por su servidora olvidaron todo respeto por la santa. Algunos se dedicaron a buscar a las monjas, otros a derribar partes del convento, y otros a incendiar los cuadros y valiosos muebles que contenía. Esto último provocó la más completa desolación. En verdad, las consecuencias fueron más repentinas de lo que los mismos revoltosos esperaban o deseaban. Las llamaradas que se elevaban de los montículos ardientes hicieron presa de una parte del edificio y, como era viejo y reseco, la conflagración se propagó con rapidez de aposento en aposento. Muy pronto las paredes fueron sacudidas por el devorador elemento. Las columnas cedieron, los techos se derrumbaren sobre los revoltosos y aplastaron a muchos con su peso. Nada se oía; salvo alaridos y gemidos. El convento estaba envuelto en llamas, y el conjunto ofrecía una escena de devastación y horror.

Lorenzo se conmovió al comprender que había sido la causa, por inocente que fuere, de ese atroz desorden. Se esforzó por reparar su falta protegiendo a las inermes habitantes del convento. Entró en él con el gentío e hizo lo posible por reprimir la furia dominante, hasta que el súbito y alarmante avance de las llamas lo obligó a mirar por su propia seguridad. La gente huía precipitadamente con tanta

ansiedad como antes había demostrado en empujarse para entrar. Pero obstruía la puerta con su número y el fuego la alcanzaba con tanta rapidez que muchos perecieron antes de poder escapar. La buena fortuna de Lorenzo lo guió hacia una puertecita que se abría en una nave alejada de la capilla. El cerrojo ya estaba descorrido; abrió la puerta y se encontró al pie de la cripta de Santa Clara.

Allí se detuvo a recuperar el aliento. El duque y algunos de sus servidores lo habían seguido y por el momento se hallaban a salvo. Entonces, se consultaron acerca de las medidas que debían adoptar para huir del lugar de los disturbios, pero sus deliberaciones fueron interrumpidas por la visión de masas de fuego que se elevaban en medio de las macizas paredes del convento, por el estrépito de alguna pesada arcada que caía en ruinas o por la mezcla de los gritos de los sublevados y de las monjas que, o bien se asfixiaban en el tumulto pereciendo entre las llamas, o bien caían aplastadas bajo el peso del derrumbe de la mansión.

Lorenzo preguntó adónde llevaba la puertecilla. Se le respondió que al jardín de los capuchinos, y se decidió investigar si había una salida por ese lado. Por consiguiente, el duque levantó el pestillo y penetró en el cementerio adyacente. Los servidores lo siguieron sin ceremonias. Lorenzo, el último, estaba también a punto de abandonar la columnata, cuando observó que la puerta de la cripta se abría con suavidad. Alguien miró hacia afuera pero, al ver a desconocidos, lanzó un agudo grito, retrocedió y bajó corriendo las escaleras de mármol.

-¿Qué significa esto? -gritó Lorenzo-: Aquí se oculta algún misterio. ¡Síganme sin demora!

Así diciendo, se introdujo deprisa en la cripta y persiguió a la persona que continuaba huyendo ante él. El duque ignoraba la causa del grito proferido por Lorenzo pero, suponiendo que había buenas razones, lo siguió sin vacilar. Los otros hicieron lo mismo y muy pronto el grupo

íntegro llegó al pie de las escaleras. La puerta de arriba había quedado abierta, de modo que las llamas ofrecían suficiente luz como para que Lorenzo entreviese al fugitivo que corría por los largos pasajes y las bóvedas distantes. Pero, cuando un recodo súbitamente lo privó de esa ayuda, lo envolvió una oscuridad total y sólo pudo perseguir al objeto de su investigación por el débil eco de sus pisadas. Los perseguidores se vieron obligados, entonces, a avanzar con cautela. Hasta donde podían juzgar, también el fugitivo había aminorado su marcha, pues advirtieron que sus pasos se seguían unos a otros a intervalos más prolongados. Por último, fueron confundidos por el laberinto de pasajes y se dispersaron en varias direcciones. Arrastrado por su ansiedad de aclarar el misterio, a descubrir el cual lo empujaba un impulso secreto e inexplicable, Lorenzo no prestó atención a esa circunstancia hasta que se encontró en una soledad total. El ruido de pisadas había cesado, todo era silencio en torno y nada había que lo guiase hacia la persona que huía. Se detuvo a reflexionar acerca de los medios más aptos para ayudarlo en su persecución. Estaba convencido de que no podía ser una causa común la que indujera al fugitivo a internarse en ese lúgubre lugar a una hora tan insólita. Le pareció que el grito que había oído había sido producido por una voz aterrorizada, y estaba convencido de que en todo eso existía algún misterio. Después de unos instantes de vacilación, siguió adelante, tanteando las paredes del pasaje para abrirse paso. Ya llevaba algún tiempo en ese lento avance, cuando descubrió una chispa de luz que brillaba a lo lejos. Guiado por ese resplandor y luego de desenvainar la espada, encaminó sus pasos hacia el lugar del cual parecía partir el rayo de luz.

Procedía de la lámpara encendida ante la estatua de Santa Clara. Delante de ella se encontraban varias mujeres: sus blancas vestiduras aleteaban al viento que aullaba por las mazmorras abovedadas. Ansioso de saber qué las había

reunido en ese melancólico lugar, Lorenzo se acercó con precaución. Las desconocidas parecían concentradas en su conversación. No oyeron los pasos de Lorenzo, y por lo tanto, se aproximó sin ser observado hasta que pudo oír sus voces con claridad.

-Afirmo -prosiguió la que hablaba cuando él llegó y a quien las demás escuchaban con gran atención-, afirmo que los vi con mis propios ojos. Bajé corriendo los escalones, me persiguieron y escapé por poco de caer en sus manos. A no ser por la lámpara, nunca las habría encontrado.

-¿Y qué pudo traerlos hasta aquí? -preguntó otra con voz temblorosa. ¿Crees que nos buscaban?

-¡Dios quiera que mis temores sean errados -replicó la primera, pero pienso que son asesinos! ¡Si nos descubren, estamos perdidas! En cuanto a mí, mi suerte es segura. Mi parentesco con la superiora será un crimen suficiente para condenarme, y aunque hasta ahora estas bóvedas me ofrecieron refugio...

En ese punto levantó la vista y vio a Lorenzo, quien había continuado acercándose poco a poco.

-¡Los asesinos! -exclamó ella.

Se levantó del pedestal de la estatua, en el cual se hallaba sentada, y trató de huir corriendo. En el mismo instante sus compañeras profirieron gritos de pavor, en tanto que Lorenzo detenía a la fugitiva, tomándola del brazo. Asustada y desesperada, ella cayó de rodillas ante él.

-¡No me mate! -exclamó. ¡Por el amor de Dios, no me mate! ¡Soy inocente, lo juro! Mientras hablaba, la voz casi se le ahogaba de miedo. Los rayos de la lámpara le daban de lleno en el rostro, no cubierto por el velo, y Lorenzo reconoció a la bella Virginia de Villafranca. Se apresuró a ponerla de pie y le rogó que tuviese valor. Le prometió protegerla de los amotinados, le aseguró que su refugio seguía siendo un secreto y que podía confiar en su decisión de defenderla hasta la última gota de su sangre. Durante esta

conversación, las monjas habían adoptado diversas actitudes: una se arrodillaba y clamaba al Cielo; otra ocultaba el rostro en el regazo de la vecina; algunas escuchaban inmóviles, con temor, las palabras del supuesto asesino; otras abrazaban la estatua de Santa Clara y con frenéticos gritos imploraban su protección. Al darse cuenta de su error, se apiñaron en torno de Lorenzo y lo cubrieron de bendiciones. Éste se enteró de que al escuchar las amenazas de la muchedumbre, aterradas por las crueldades que desde la torre del convento vieron infligir a la priora, muchas de las pensionistas y monjas se habían refugiado en la cripta. Entre las primeras se contaba la encantadora Virginia, que era parienta muy cercana de la superiora. Tenía más motivos que las demás para temer a los amotinados, y suplicó a Lorenzo, con ansia, que no las abandonase a la ira del populacho. Sus compañeras, que en su mayoría pertenecían a nobles familias, hicieron el mismo pedido, que él concedió de buena gana. Prometió no dejarlas hasta que cada una estuviese a salvo en brazos de sus parientes. Pero les aconsejó que no saliesen de las catacumbas por un tiempo más, hasta que la furia popular se calmara un tanto y la llegada de la fuerza militar dispersara a la multitud.

-¡Si Dios quisiera -exclamó Virginia que ya estuviese a salvo en brazos de mi madre! ¿Qué opina, señor? ¿Pasará mucho tiempo antes de que podamos salir de este lugar? ¡Cada momento que me quedo aquí es para mí una tortura!

-Espero que no sea mucho -respondió él. Pero, hasta que puedan salir con seguridad, este cementerio será un refugio inviolable. Aquí no corren el riesgo de que las descubran, y les aconsejo que se queden tranquilas dos o tres horas más.

-¿Dos o tres horas? -exclamó la hermana Elena. ¡Si me quedo una hora más en estas bóvedas moriré de miedo! Ni todos los tesoros del mundo podrían inducirme a volver a pasar lo que sufrí cuando bajé aquí. ¡Virgen bendita! Estar

en este melancólico lugar en medio de la noche, rodeada por los cuerpos podridos de mis difuntas compañeras, esperando a cada momento ser despedazada por sus fantasmas, que vagan en torno y que se quejan, gimen y lamentan con acentos que me hielan la sangre... ¡Jesucristo! ¡Es suficiente para enloquecerme!

-Perdóneme -respondió Lorenzo-, si me sorprende que, amenazada por peligros reales, sea capaz de ceder a riesgos imaginarios. Esos terrores son pueriles e infundados; combátalos, hermana bendita; si bien he prometido protegerlas de los amotinados, contra los ataques de la superstición tienen que protegerse ustedes mismas. La idea de los fantasmas es en extremo ridícula, y si siguen dominadas por terrores imaginarios...

-¿Imaginarios? -exclamaron las monjas al unísono. ¡Pero si los escuchamos, señor! ¡Todas nosotras los escuchamos! Se repitió con frecuencia, y cada vez resonaba más melancólico y profundo. Nunca me convencerá de que nos engañamos todas. Por cierto que no. No, de ninguna manera; si el ruido hubiera sido creado por la fantasía...

-¡Escuche, escuche! -interrumpió Virginia con voz de espanto. ¡Dios nos ampare! ¡Ahí está otra vez!

Las monjas se estrujaron las manos y cayeron de hinojos. Lorenzo miró alrededor con ansiedad y estuvo a punto de ceder a los temores que ya se habían apoderado de las mujeres. Se hizo un silencio general. Examinó la bóveda, pero nada se veía. Se dispuso a encarar a las monjas y ridiculizar sus infantiles aprensiones, cuando le llamó la atención un gemido profundo y prolongado.

-¿Qué fue eso? -exclamó, y se sobresaltó.

-¡Ahí tiene, señor! -dijo Elena. ¡Ahora se convencerá! ¡Usted mismo oyó el lamento! Ahora juzgue si nuestros terrores son imaginarios. Desde que estamos aquí, ese gemido se repitió casi cada cinco minutos. No cabe duda de que procede de algún alma en pena que desea que se rece

para sacarla del purgatorio. Pero ninguna de nosotras se atreve a formularle la pregunta. En cuanto a mí, si viese una aparición, estoy segura de que el miedo me mataría en el acto.

Cuando dijo eso, se escuchó un segundo gemido, pero con mayor claridad. Las monjas se persignaron y se apresuraron a repetir sus oraciones contra los malos espíritus. Lorenzo escuchó con atención. Inclusive le pareció distinguir los sonidos de alguien que hablara con voz quejumbrosa, pero la distancia los tornaba inarticulados. El ruido parecía provenir del centro de la pequeña bóveda en que en ese momento se hallaban él y las monjas, convertido por una multitud de pasajes que se ramificaban en distintas direcciones en una suerte de estrella. La curiosidad de Lorenzo, siempre despierta, lo impulsó a aclarar ese misterio. Pidió que se guardase silencio. Las monjas lo obedecieron. Todo quedó callado, hasta que la quietud general volvió a ser perturbada por los gemidos, que se repitieron varias veces sucesivamente. Los percibió en forma más audible cuando, al seguir el sonido, se aproximó al nicho donde estaba la imagen de Santa Clara.

-El ruido proviene de aquí -dijo. ¿De quién es esta estatua?

Elena, a quien dirigió la pregunta, pensó un momento. De pronto palmoteó.

-¡Sí! -exclamó. Tiene que ser así. He descubierto el significado de esos gemidos.

Las monjas se apiñaron a su alrededor y le rogaron, anhelantes, que se explicara. Ella respondió con gravedad que desde tiempos inmemoriales la estatua había sido famosa por sus milagros. De ello dedujo que la santa se sentía angustiada por el incendio de un convento al cual protegía y que expresaba su congoja mediante lamentos audibles. Como no tenía idéntica fe en la santa milagrosa, Lorenzo no consideró esa solución del misterio tan

satisfactoria como las monjas, que la suscribieron sin vacilaciones. Es cierto que en un punto coincidía con Elena. Sospechaba que los gemidos procedían de la estatua; cuanto más escuchaba, más se afianzaba en esa idea. Se acercó a la imagen con la intención de examinarla mejor; pero al darse cuenta, las monjas le rogaron por Dios que desistiera, puesto que si tocaba la estatua su muerte era inevitable.

-¿Y en qué consiste el peligro? -inquirió él.

-¡Madre de Dios! ¿En qué? -replicó Elena, siempre ansiosa de relatar una aventura milagrosa. ¡Si sólo conociera la centésima parte de las maravillosas historias que sobre esta estatua solía narrar la superiora! Una y otra vez nos aseguró que si nos atrevíamos a tocarla con un dedo podíamos esperar las consecuencias más tremendas. Entre otras cosas, nos dijo, que un ladrón, que penetró en estas bóvedas de noche, descubrió ese rubí, cuyo valor es inestimable. ¿Lo ve, señor? Resplandece en el tercer dedo de la mano que sostiene una corona de espinas. Por supuesto, esa joya excitó la codicia del delincuente. Decidió apropiársela. Con tal fin subió al pedestal; se sostuvo tomándose del brazo derecho de la santa y extendió el suyo hacia el anillo. ¡Cuál no sería su sorpresa al comprobar que la mano de la estatua se levantaba con ademán de amenaza y al oír que los labios decretaban su eterna perdición! Lleno de espanto y consternación, desistió de su intento y se dispuso a abandonar la cripta. También en eso fracasó. La fuga le fue negada. Le resultó imposible desprender la mano posada en el brazo derecho de la estatua. En vano forcejeó; quedó pegado a la imagen hasta que la insoportable y quemante angustia que le recorría las venas lo obligó a pedir auxilio. La bóveda estaba para entonces repleta de espectadores. El forajido confesó su sacrilegio, y sólo quedó libre cuando le separaron la mano del cuerpo, que desde entonces quedó adherida a la imagen. El ladrón se hizo ermitaño y siempre llevó una vida ejemplar. Pero el decreto de la santa se

cumplió, y la tradición dice que el ladrón sigue visitando esta cripta e implora el perdón de Santa Clara con gemidos y lamentos. Ahora que pienso en ello, es probable que los que acabamos de escuchar hayan sido proferidos por el fantasma de ese pecador, pero eso no podría afirmarlo. Lo único que puedo decir es que desde entonces ninguna de nosotras se atrevió a tocar la estatua. Por lo tanto, ¡no se arriesgue, buen señor! Por el amor del cielo, abandone su propósito, no se exponga innecesariamente a una destrucción inevitable.

Dado que no estaba convencido de que su destrucción fuese tan segura como parecía pensar Elena, Lorenzo insistió en su decisión. Las monjas le pidieron que desistiera con términos quejumbrosos e inclusive le mostraron la mano del ladrón que, en efecto, aún era visible en el brazo de la estatua. Esa prueba, -según creyeron-, tenía que convencerlo. Lejos de ello, se escandalizaron mucho cuando él declaró su sospecha de que los dedos secos y arrugados habían sido colocados allí por orden de la superiora. A pesar de las súplicas y amenazas, se acercó a la estatua. Saltó sobre la baranda de hierro que la rodeaba y la santa fue sometida a un minucioso examen. A primera vista la imagen parecía de piedra, pero al observarla con mayor atención comprobó que el material no era nada más sólido que madera coloreada. Lorenzo la sacudió y trató de moverla; pero en apariencia formaba una sola pieza con la base sobre la cual se levantaba. La examinó una y otra vez y no halló clave alguna que lo condujese a la solución del misterio, que también las monjas ansiaron conocer cuando comprobaron que tocaba la estatua con impunidad. Él se interrumpió y escuchó; los gemidos se repetían a intervalos y se convenció de que estaba en el punto más cercano a ellos. Reflexionó acerca de ese hecho insólito y recorrió la estatua con ojos escudriñadores. De pronto se posaron en la mano encogida. Se le ocurrió que una orden tan peculiar, es decir, no tocar el brazo de la imagen, no podía carecer de motivo. Volvió a

subir al pedestal; examinó el objeto de su atención y descubrió una perillita de hierro oculta entre el hombro de la santa y lo que supuestamente había sido la mano del ladrón. Esta observación lo alegró. Apoyó los dedos en la perilla y la oprimió con fuerza. Inmediatamente se escuchó un ruido sordo dentro de la estatua, como si una cadena muy tensa se aflojara. Sobresaltadas por el ruido, las tímidas monjas retrocedieron, dispuestas a huir de la cripta a la primera señal de peligro. Como todo seguía tranquilo y silencioso volvieron a reunirse en torno de Lorenzo y observaron sus actos con ansiosa curiosidad.

Al advertir que nada resultaba de su descubrimiento, descendió. Cuando retiró la mano de la estatua, la santa se estremeció. Eso originó nuevos terrores en las espectadoras, quienes creyeron que la estatua tenía vida. Las deducciones de Lorenzo al respecto eran muy distintas. Comprendió con facilidad que el ruido escuchado se debía a que había soltado una cadena que unía la imagen a su pedestal. Volvió a intentar moverla y lo logró sin mayores esfuerzos. La colocó en el suelo, y entonces vio que el pedestal era hueco y que la abertura estaba cubierta con una pesada reja de hierro.

Esto provocó tal curiosidad general que las religiosas olvidaron sus peligros reales e imaginarios. Lorenzo procedió a levantar la reja, en lo cual las monjas lo ayudaron apelando al máximo de sus fuerzas. El intento se cumplió con pocas dificultades. Ante ellos se abrió un profundo abismo, en cuya densa oscuridad en vano se esforzaban los ojos por penetrar. Los rayos de la lámpara resultaban demasiado débiles para significar alguna ayuda. Nada se discernía, aparte de un tramo de toscos escalones sin desbastar, que se hundían en el profundo abismo y se perdían en la oscuridad. Ya no oían los gemidos, pero todos creyeron que habían salido de esa caverna. Cuando se inclinó sobre ella, Lorenzo creyó distinguir algo brillante que parpadeaba en la negrura. Miró con atención el lugar en que

relucía y se convenció de que era una chispita de luz, que de pronto resultaba visible y enseguida desaparecía. Comunicó el hecho a las monjas; también ellas distinguieron el resplandor pero, cuando anunció su intención de bajar a la cueva, se unieron para oponerse a su decisión. Pero sus súplicas no pudieron conseguir que la alterase. Ninguna tenía suficiente valentía como para acompañarlo, ni a él se le ocurría pensar en privarlas de la lámpara. Solo, pues, y en la oscuridad, se dispuso a llevar a cabo su propósito, en tanto que las monjas se conformaban con rezar oraciones por su éxito y seguridad.

Se trataba de peldaños tan angostos y desparejos que bajar por ellos era como caminar por el borde de un precipicio. La oscuridad que lo rodeaba hacía que sus pasos fuesen inseguros. Se vio obligado a descender con gran cautela para no resbalar y caer en el abismo que se abría debajo. Varias veces esto estuvo a punto de suceder. Sin embargo, llegó a terreno firme mucho antes de lo que esperaba. Comprobó entonces que la densa oscuridad y las impenetrables brumas que reinaban en la caverna le habían hecho creer que era mucho más profunda de lo que demostró ser cuando la examinó. Llegó indemne al pie de la escalera; se detuvo y miró en torno, en busca del resplandor que antes le había llamado la atención. Fue en vano; todo era oscuro y lóbrego. Trató de percibir los gemidos, pero sus oídos no captaron otro sonido que el murmullo distante de las monjas, arriba, que repetían sus avemarías en voz baja. No supo hacia dónde dirigir sus pasos. Decidió avanzar a toda costa; lo hizo, pero con lentitud, por temor a que, en lugar de acercarse, se alejase del objeto de sus investigaciones. Los gemidos parecían proceder de alguien dolorido, o por lo menos acongojado, y abrigaba la esperanza de que estuviese en su poder aliviar las calamidades del doliente. Al cabo llegó a sus oídos un tono quejumbroso, que resonaba no lejos de allí; con alegría se

dirigió hacia ese lugar. Se hizo más audible a medida que avanzaba y pronto volvió a ver la chispa de luz, que una pared baja y saliente le había ocultado hasta entonces.

Provenía de una lamparilla colocada sobre un montículo de piedras y sus débiles y melancólicos rayos servían más para acentuar que para disipar los horrores de una estrecha y lúgubre mazmorra, ubicada a un lado de la caverna. También se distinguían varios otros huecos de construcción similar, pero cuya profundidad se hundía en las tinieblas. Fríamente se proyectaba la luz sobre las paredes húmedas, cuya superficie manchada por filtraciones de agua devolvía un débil reflejo. Una neblina espesa y pestilente nublaba la altura de la mazmorra abovedada. Cuando Lorenzo se adelantó, sintió que un frío penetrante le recorría las venas. Los frecuentes gemidos seguían impulsándolo a avanzar. Giró hacia ellos, y a los vagos resplandores de la lámpara vio, en un rincón de esa repugnante guarida, a una criatura tendida en un jergón de paja, tan mísera, enflaquecida y pálida que dudó antes de admitir que fuera una mujer. Se encontraba semidesnuda; el largo cabello desgreñado le caía en desorden sobre la cara y la ocultaba casi por completo. Un brazo descarnado se apoyaba, flojo, en una alfombra raída que le cubría los miembros convulsivos y temblorosos. El otro rodeaba un atadito y lo apretaba contra el pecho. Cerca de ella yacía un gran rosario; enfrente, un crucifijo en el cual clavaba con fijeza los ojos hundidos, y a su lado había una cesta y un cántaro de barro.

Lorenzo se detuvo, petrificado de espanto. Miró el miserable ser con desagrado y compasión. Tembló ante el espectáculo; sintió que su corazón vacilaba. Las fuerzas le fallaron y sus miembros no pudieron soportar su peso. Se vio obligado a recostarse contra la pared baja que tenía cerca, incapaz de seguir avanzando o de hablar con la sufriente. Ella miró hacia la escalera; la pared tapaba a Lorenzo y no lo vio.

-¡Nadie viene! -murmuró al cabo.

Cuando habló, su voz era hueca y le rechinaba en la garganta. Suspiró con amargura.

-¡Nadie viene! -repitió. ¡No, se han olvidado de mí! ¡Ya no vendrán nunca más!

Calló, y luego continuó, plañidera:

-¡Dos días, dos largos días y nada de comida! ¡Ni esperanzas, ni consuelo! ¡Mujer tonta, cómo puedo desear prolongar una vida tan miserable...! ¡Pero una muerte así! ¡Oh, Dios perecer de esta suerte! ¡Sobrevivir a tantos siglos de tortura! ¡Hasta ahora no sabía qué era el hambre...! ¡Atención...! ¡No, nadie viene, ya no vendrán!

Guardó silencio. Tembló y se cubrió con la alfombra los hombros desnudos.

-Tengo mucho frío. Todavía no me acostumbré a la humedad de esta mazmorra. Es extraño; pero no importa. Pronto estaré más fría y ya no lo sentiré. ¡Estaré fría, fría como tú! Miró el atado que yacía sobre su pecho. Se inclinó sobre, él y lo besó; después saltó hacia atrás y se estremeció de disgusto:

-¡Era tan dulce! ¡Habría sido tan encantador, tan parecido a él! Lo perdí para siempre. ¡Qué pocos días lo cambiaron! ¡Ni yo misma lo reconocería ya! Y sin embargo me es muy querido. ¡Dios mío, cuánto lo quiero! ¡Olvidaré qué es! ¡Sólo recordaré lo que fue, y lo querré como cuando era tan dulce, tan encantador, tan como él! Creía haber derramado ya todas las lágrimas, pero todavía me queda una.

Se enjugó los ojos con un mechón de su pelo. Extendió la mano hacia el jarro y lo tomó con dificultad. Miró dentro de él con expresión de desaliento. Suspiró y volvió a dejarlo en el suelo.

-¡Vacío! ¡Ni una gota...! ¡No queda una gota para refrescar mi paladar reseco, ardiente...! ¡Ahora daría tesoros por un sorbo de agua...! ¡Y las que así me hacen sufrir son servidoras de Dios! ¡Se consideran santas, mientras me

torturan como demonios...! Son crueles e insensibles. Y ellas me piden que me arrepienta; ellas, que me amenazan con la perdición eterna. ¡Mi Salvador, mi Salvador, tú no piensas así!

Volvió a fijar la mirada en el crucifijo, tomó su rosario y, mientras repasaba las cuentas, el rápido movimiento de sus labios reveló que oraba con fervor.

En tanto que Lorenzo escuchaba estos melancólicos acentos, su sensibilidad resultó afectada con mayor violencia aún. La primera visión de tanta desdicha provocó un impacto agudo en sus sentimientos. Cuando se recuperó, avanzó hacia la cautiva. Ella oyó sus pasos, lanzó un grito de alegría y dejó caer el rosario.

-¡Atención! -gritó. ¡Viene alguien!

Quiso incorporarse, pero careció de fuerzas para hacerlo; cayó hacia atrás y volvió a hundirse en el jergón de paja; Lorenzo oyó entonces el tintineo de pesadas cadenas. Siguió aproximándose, mientras la prisionera continuaba hablando así:

-¿Eres tú, Camila? ¿Por fin vienes, entonces? ¡Oh, era tiempo! Pensé que me habías olvidado, que estaba condenada a perecer de hambre. Dame de beber, Camila, por piedad; me desmayo con tanto ayuno y estoy tan débil que no puedo levantarme del suelo. Bueno Camila, dame de beber, si no quieres que muera en tu presencia.

Como temía que la sorpresa fuese fatal en ese estado de debilidad, Lorenzo no sabía cómo dirigirse a ella.

-No soy Camila -dijo por último, hablando con voz lenta y suave.

-¿Quién, entonces? -preguntó la sufriente. ¿Alicia, tal vez, o Violante? Mis ojos se han vuelto tan apagados y débiles que no puedo distinguir tus facciones. Pero seas quien fuere, si tu corazón es sensible a la menor compasión, si no eres más cruel que los lobos y los tigres, apiádate de mis sufrimientos. Sabes que muero por falta de sustento.

Éste es el tercer día desde la última vez que estos labios recibieron alimento. ¿Me traes comida? ¿O sólo vienes a anunciar mi muerte y a saber cuánto tiempo todavía tengo que vivir en agonía?

-Te equivocas -replicó Lorenzo. No soy un emisario de la cruel superiora. Me conmueven tus penas y vengo a aliviarlas.

-¿A aliviarlas? -repitió la cautiva. ¿A aliviarlas dices?

Al mismo tiempo se incorporó del suelo y, apoyándose en las manos, miró con ansiedad al desconocido.

-¡Gran Dios...! ¿No es una ilusión...? ¿Un hombre? ¡Habla! ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Vienes a salvarme, a devolverme la libertad, la vida y la luz? ¡Oh, habla, habla pronto, no sea que aliente una esperanza y la desilusión me destruya!

-¡Cálmate! -dijo Lorenzo con voz apaciguadora y compasiva. La superiora de cuya crueldad te quejas ya ha pagado el precio de sus agravios. Nada más debes temer de ella. Unos pocos minutos te devolverán a la libertad y a los abrazos de tus amigos, de quienes fuiste alejada. Puedes confiar en mi protección. Dame tu mano y no temas. Déjame llevarte a donde puedas recibir las atenciones que reclama tu estado de debilidad.

-¡Oh, sí! -prorrumpió la prisionera con un alarido de júbilo. ¡Entonces hay un Dios y sólo uno! ¡Alegría, alegría! ¡Volveré a respirar el aire puro y a contemplar la luz de los gloriosos rayos del sol! ¡Iré contigo! ¡Desconocido, iré contigo! ¡Oh, el Cielo te bendiga por apiadarte de una infortunada! Pero también esto debe ir conmigo -agregó, señalando el atadito que aún apretaba contra el pecho. No puedo separarme de él. Lo llevaré conmigo; convenceré al mundo de lo atroz que es esta morada tan falsamente llamada religiosa. ¡Buen desconocido, tiéndeme tu mano para levantarme; desfallezco de hambre, de congoja y de

enfermedad y las fuerzas me han abandonado! ¡Así, está bien!

Cuando Lorenzo se inclinó para levantarla, los rayos de la lámpara le dieron de lleno en la cara.

-¡Dios Todopoderoso! -exclamó ella. ¿Es posible...? ¡Esa mirada, esas facciones...! ¡Oh, sí, es, es...!

Extendió los brazos para abrazarlo, pero el extenuado esqueleto no pudo soportar las emociones que le agitaban el pecho. Se desvaneció y volvió a caer sobre el jergón.

A Lorenzo le sorprendió su última exclamación. Pensó que ya había escuchado antes acentos como esos que la voz hueca de la mujer acababa de emitir, pero no pudo recordar dónde. Advirtió que en la peligrosa situación en que se hallaba la cautiva era de absoluta necesidad un inmediato auxilio médico y se dio prisa en sacarla de la mazmorra. Al principio se lo impidió una fuerte cadena envuelta en torno del cuerpo de la prisionera, que la unía a la pared cercana. Pero como su fuerza natural contaba con el refuerzo de su ansiedad por ayudar a la infortunada, pronto hizo saltar la argolla en que terminaba un extremo de la cadena. Luego tomó a la cautiva en sus brazos y se encaminó hacia la escalera. Los rayos de la lámpara de arriba, así como también los murmullos de voces femeninas, guiaron sus pasos. Llegó a la escalera, y en pocos instantes se encontraba ante la reja de hierro.

Durante su ausencia, las monjas se sintieron terriblemente atormentadas por la curiosidad y la aprensión. Experimentaron tanta sorpresa como júbilo cuando de súbito lo vieron salir de la cueva. Todos los corazones se llenaron de compasión por la desdichada criatura que llevaba en brazos. Mientras las monjas, y en especial Virginia, se dedicaban a volverla en sí, Lorenzo relató en pocas palabras cómo la había encontrado. Luego les hizo observar que a esa hora el tumulto tenía que haberse apaciguado y que en ese momento podía conducirlas sin peligro adonde se

hallaban sus amigos. Todas se mostraron ansiosas por salir de la cripta. Sin embargo, a fin de prevenir toda posibilidad de agresiones, pidieron a Lorenzo que saliese primero, solo, para verificar si no había peligro. Él satisfizo el pedido. Elena se ofreció a conducirlo hasta la escalera, y se encontraban a punto de separarse cuando una intensa luz brilló, desde varios pasajes, sobre las paredes adyacentes. Al mismo tiempo se escucharon pasos de personas que se acercaban con precipitación y cuyo número parecía considerable. Las monjas se alarmaron en grado sumo; supusieron que su refugio había sido descubierto y que los amotinados llegaban en su busca. Rápidamente se alejaron de la prisionera, quien seguía insensible, y rodearon a Lorenzo para exigirle el cumplimiento de su promesa de protegerlas. Sólo Virginia olvidó su propio peligro y se esforzó por aliviar las penas de otro ser. Apoyó sobre sus rodillas la cabeza de la sufriente, le bañó las sienes con agua de rosas, le frotó las manos frías y le roció el rostro con lágrimas que le arrancaba la compasión. Cuando los desconocidos se acercaron más, Lorenzo pudo disipar los temores de las suplicantes. Su nombre, pronunciado por varias voces, entre las cuales distinguió la del duque resonó en las bóvedas y lo convenció de que él mismo era el objeto de las búsquedas. Comunicó esta noticia a las monjas, quienes la recibieron con júbilo. Pocos momentos bastaron para confirmar su idea. Aparecieron don Ramiro y el duque, seguidos por acompañantes provistos de antorchas. Estaban buscándolo en los subterráneos para hacerle saber que la muchedumbre se había dispersado y que los motines habían terminado por completo. Lorenzo relató en pocas palabras su aventura en la cripta, y explicó qué necesidad de auxilio médico tenía la desconocida. Rogó al duque que se hiciera cargo de ella, así como también de las monjas y pensionistas.

-En cuanto a mí -dijo-, otras ocupaciones reclaman mi atención. Mientras usted, con la mitad de los soldados,

acompaña a estas señoras a sus respectivos hogares, deseo que la otra mitad venga conmigo. Examinaré la caverna de abajo y registraré los rincones más secretos de la cripta. No podré descansar hasta que me convenza de que esa infortunada víctima era la única que el fanatismo encerró en estas bóvedas.

El duque aprobó su proyecto. Don Ramiro se ofreció a acompañarlo en su inspección, y su propuesta fue aceptada con gratitud. Después de expresar su reconocimiento a Lorenzo, las monjas se pusieron bajo la protección del tío de éste y salieron del panteón. Virginia solicitó que la desconocida quedase a su cuidado y prometió a Lorenzo que le haría llegar noticias de ella tan pronto estuviese lo bastante recuperada como para recibir visitas. En verdad, hacía esa promesa más por sí misma que por Lorenzo o la cautiva. Había presenciado con profunda emoción los despliegues de cortesía, dulzura y coraje del joven. Anhelaba cultivar su amistad; y, además de los sentimientos de piedad que le suscitaba la prisionera, confiaba en que sus atenciones con la desdichada la elevasen en la estima de Lorenzo. No tuvo ocasión de preocuparse en ese sentido. La bondad que ya había exhibido y la tierna preocupación que demostraba por la sufriente le habían conquistado ya un lugar de privilegio en las simpatías de su defensor. Mientras se dedicaba a aliviar las penurias de la cautiva, la naturaleza de su ocupación la adornaba con nuevos encantos y tornaba su belleza mil veces más interesante. Lorenzo la contempló con admiración y deleite. La consideró como si fuese un ángel que hubiese descendido en ayuda de la inocencia atormentada; y su corazón no habría podido resistir a sus atractivos, si no hubiera estado fortalecido por el recuerdo de Antonia.

El duque puso a salvo a las monjas en las moradas de sus respectivos allegados. La prisionera rescatada continuaba insensible y no daba señales de vida, a no ser uno que otro

gemido. La ubicaron en una especie de litera. Virginia, quien no se apartaba de su lado, temía que, agotada por un prolongado ayuno y sacudida por el repentino paso de los grilletes y la oscuridad a la libertad y la luz, su cuerpo no pudiese soportar el impacto. Lorenzo y don Ramiro permanecieron en el mausoleo. Después de deliberar en cuanto al procedimiento que seguirían, se decidió que, para impedir pérdidas de tiempo, los soldados se dividirían en dos grupos: el de don Ramiro examinaría la caverna, en tanto que el de Lorenzo penetraría en las bóvedas posteriores. Una vez dispuesto esto y provistos de antorchas sus seguidores, don Ramiro se internó en la cripta. Ya había descendido algunos escalones, cuando oyó gente que se acercaba a toda prisa desde la parte interior del mausoleo. Eso lo sorprendió, y salió de la cueva con precipitación.

-¿Oye pasos? -preguntó Lorenzo. Vayamos hacia ellos. Parecen venir de este lado.

En ese momento un grito agudo y penetrante lo hizo apresurarse.

-¡Socorro, socorro, por amor de Dios! -gritó una voz, cuyo tono melodioso llenó de terror el corazón de Lorenzo.

Voló hacia el grito con la velocidad del rayo y fue seguido por don Ramiro con igual celeridad.

CAPÍTULO XI

¡Cielos! Cuán frágil tu criatura, el hombre.
¡Cuán insensato: él mismo se traiciona!
De su propia fuerza por desgracia inseguro,
Poco atento del poder ajeno,
Llega hasta el borde florido del placer
Dueño aún del camino de regreso.
Sopla ya de la pasión el fuerte viento,
La tempestad confunde tierra y cielo
Y veloces al mar sin límites llevados,
Nuestra tonta confianza muy tarde lamentamos.
En la cabeza nuestra baten las olas pujantes,
Y de la vista la orilla más se aleja.

MATTHEW PRIOR

Durante el transcurso de ese tiempo Ambrosio no tenía conciencia de las horribles escenas que se desarrollaban tan cerca. La ejecución de sus proyectos respecto de Antonia ocupaba todos sus pensamientos. Hasta ese momento se sentía satisfecho con el éxito de sus planes. Antonia había bebido el narcótico, se encontraba sepulta en la cripta de Santa Clara y a su entera disposición. Matilde, quien conocía a la perfección los efectos del soporífero, calculó que no dejaría de actuar hasta la una de la mañana. El abad aguardaba esa hora con impaciencia. La festividad de Santa Clara le ofrecía una oportunidad favorable para consumar su

acción. Estaba seguro de que los frailes y monjas participarían en la procesión y de que no había motivos para temer una interrupción. Dio los pasos necesarios para que se lo excusase de presentarse a la cabeza de sus monjes. No dudaba de que, fuera del alcance de todo auxilio, alejada del mundo y por completo en su poder, Antonia se sometería a sus deseos. El afecto que siempre expresó por él garantizaba esa convicción, pero, de cualquier modo, resolvió que si se mostraba obstinada, ninguna consideración le impediría adueñarse de ella. Seguro de no ser descubierto, no retrocedía ante la idea de emplear la fuerza, antes bien, si experimentaba alguna repugnancia no nacía de un principio de vergüenza o compasión, sino de que sentía por Antonia el afecto más ardiente y sincero y no quería deber sus favores a nadie más que a ella misma.

Los monjes salieron de la abadía a medianoche. Matilde estaba entre los cantantes y encabezaba los coros. Ambrosio permaneció a solas y en libertad de seguir sus inclinaciones. Convencido de que nadie quedaba para presenciar sus actos o interrumpir sus planes, fue a toda prisa a las naves del oeste. El corazón le palpitaba de esperanza, mezclada con un poco de ansiedad. Cruzó el jardín, abrió la puerta que le permitía entrar en el cementerio y en pocos minutos estuvo ante la cripta. Allí se detuvo. Miró en torno con cautela, consciente de que lo que hacía no era apto para ser presenciado por ojos ajenos. Mientras vacilaba, oyó el melancólico grito del autillo. El viento repiqueteaba con fuerza en las ventanas del convento vecino y, cuando la corriente de aire pasaba junto a él, traía consigo las débiles notas del cántico que entonaban los integrantes del coro. Abrió la puerta con precaución, como si temiese que lo escucharan. Entró y volvió a cerrarla tras de sí. Guiado por su lámpara, recorrió los largos pasajes, cuyos serpenteos Matilde le había descripto, y llegó a la bóveda privada en la cual se hallaba su amada dormida.

La entrada no era en manera alguna fácil de descubrir, pero eso no fue obstáculo para Ambrosio quien, cuando tuvo lugar el funeral de Antonia, la había observado con demasiado cuidado como para engañarse. Encontró la puerta, que no tenía cerrojo, la abrió y descendió a la mazmorra. Se acercó a la humilde tumba en que reposaba Antonia. Se había procurado una palanca de hierro y un pico, pero su precaución era innecesaria. La reja estaba apenas fija en la parte exterior; la levantó, dejó la lámpara en el borde y se inclinó en silencio sobre la tumba. Junto a tres cadáveres pútridos, semicorrompidos, yacía la bella dormida. Un rojo vivo, precursor de la animación que volvía, ya se le extendía por las mejillas. Y envuelta en su mortaja, reclinada en su lecho funerario, parecía sonreír a las imágenes de muerte que la rodeaban. Mientras miraba los huesos podridos y los repulsivos rostros, que quizás otrora fueron tan bellos y arrobadores como los de Antonia, Ambrosio pensó en Elvira, reducida por él al mismo estado. Cuando el recuerdo del horrendo acto le rozó la memoria, llegó envuelto en lóbrego espanto, pero sólo sirvió para fortalecer su decisión de apoderarse de Antonia.

-¡Por ti, belleza fatal! -murmuró el monje, mientras contemplaba a su adorada presa. ¡Por ti cometí ese asesinato y me vendí a eternas torturas! Ahora estás en mi poder y por lo menos el producto de mi culpa será mío. No confíes en tus ruegos susurrados en tono de inigualada melodía, en tus brillantes ojos llenos de lágrimas y en tus manos elevadas en ademán de súplica, como cuando en la penitencia, se implora el perdón de la Virgen; no esperes que tu conmovedora inocencia, tu hermoso dolor o todas tus artes de suplicante, te rescaten de mis abrazos. Antes de que llegue el día, ¡mía debes ser y mía serás!

La sacó, todavía inmóvil, de la tumba. Se sentó en un banco de piedra y, sosteniéndola en los brazos, esperó con impaciencia que aparecieran los síntomas de regreso a la

vida. Apenas podía dominar su ardor lo suficiente como para abstenerse de obrar mientras aún se hallaba insensible. El estímulo de su natural pasión se veía acrecentado por las dificultades que se habían opuesto a su satisfacción, y también por su prolongada abstinencia, ya que, desde el momento en que renunció a sus derechos al amor de él, Matilde lo había exiliado de sus brazos para siempre.

-No soy tan desordenada, Ambrosio -le dijo cuando, en la plenitud de sus impulsos, él le pidió sus favores con una avidez mayor de la habitual. Ahora no soy más que tu amiga y no seré tu amante. Deja, pues, de solicitarme que satisfaga deseos que me insultan. Mientras tu corazón fue mío, me deleité contigo. Esos tiempos felices han pasado. Mi persona se ha vuelto indiferente para ti, y la necesidad, no el amor, es lo que te hace buscarme. No puedo ceder a un pedido tan humillante para mi orgullo.

Privado de repente de placeres cuyo uso los había convertido en una necesidad absoluta, el monje sentía agudamente esa restricción. Por naturaleza predispuesto a satisfacer los sentidos, en pleno vigor de la edad viril y del ardor de la sangre, permitió que su temperamento lograse tal ascendiente que su avidez se había convertido en demencia. De su ternura por Antonia sólo quedaban las partículas más groseras. Ansiaba dominar su persona, y hasta la lobreguez de la bóveda, el silencio circundante y la resistencia que esperaba de ella parecían otorgar renovada intensidad a sus deseos candentes e irrefrenables.

Poco a poco advirtió que el pecho que descansaba contra el suyo comenzaba a entibiarse. El corazón de Antonia palpitó de nuevo, la sangre fluyó con más rapidez y los labios se movieron. Por último abrió los ojos. Pero aún postrada y desconcertada por los efectos del fuerte narcótico, los volvió a cerrar enseguida. Ambrosio la observaba con atención y no permitía que se le escapara un solo movimiento. Al comprobar que había vuelto por

completo a la vida, la oprimió con deleite contra su pecho y pegó sus labios a los de ella. Lo repentino de su acto bastó para disipar los vapores que oscurecían la razón de Antonia. Se incorporó deprisa y lanzó una aturdida mirada alrededor. Las extrañas imágenes que se le presentaban por todas partes contribuyeron a confundirla. Se llevó la mano a la cabeza, como si quisiera calmar su desordenada imaginación. Por fin la apartó y examinó por segunda vez la mazmorra. Sus ojos se clavaron en el rostro del abad.

-¿Dónde estoy? -dijo con brusquedad. ¿Cómo llegué aquí...? ¿Dónde está mi madre? ¡Me pareció verla! ¡Ah, un sueño, un sueño horrible, espantoso, me dijo...! ¿Pero dónde estoy? ¡Suélteme! ¡No puedo quedarme aquí!

Trató de levantarse, pero el monje se lo impidió.

-¡Tranquilízate, encantadora Antonia! -respondió. No corres peligro; confía en mi protección. ¿Por qué me miras con tanta seriedad? ¿No me reconoces? ¿No conoces a tu amigo Ambrosio?

-¿Ambrosio? ¿Mi amigo...? ¡Ah, sí, sí; recuerdo...! Pero, ¿por qué estoy aquí? ¿Quién me trajo? ¿Por qué está conmigo? ¡Flora me pidió que tuviese cuidado...! ¡Aquí no hay nada más que tumbas sepulcros y esqueletos! ¡Este lugar me aterra! ¡Reverendo Ambrosio, sáqueme de aquí, pues este sitio me recuerda mi horrible sueño...! ¡Pensé que estaba muerta y que yacía en la tumba...! ¡Buen Ambrosio, sáqueme de aquí! ¡Oh!, ¿no quiere...? ¡No me mire así...! ¡Su mirada llameante me aterroriza! ¡Déjeme, padre! ¡Oh, déjeme, por amor de Dios!

-¿A que vienen esos terrores, Antonia? -replicó el abad, tomándola en sus brazos y cubriéndola de besos que en vano ella forcejeó por evitar. ¿Qué temes de mí, de quien te adora? ¿Qué te importa dónde estás? Este sepulcro me parece la glorieta del Amor. Esta lobreguez es la amistosa noche del Misterio, ¡que él extiende sobre nuestros placeres! Así lo veo yo, y así debe verlo mi Antonia. ¡Sí, mi dulce

niña! Tus venas arderán con el fuego que circula por las mías y mis arrebatos se duplicarán porque tú los compartes. Mientras así hablaba, repitió sus abrazos, y se permitió las más impropias libertades. Inclusive, pese a su ignorancia, Antonia no pudo dejar de comprender hasta qué punto la conducta del religioso era culposa. Se dio cuenta del peligro que corría, se arrancó de sus brazos y, como la mortaja era su única vestimenta, se envolvió aún más en ella.

-¡No se me acerque, padre! -gritó, y su sincera indignación sólo estaba atemperada por la alarma de su desamparo. ¿Por qué me trajo a este lugar? ¡Su aspecto me hiela de espanto! Sáqueme de aquí, si tiene el menor sentimiento de compasión y humanidad. Déjeme volver a la casa que dejé no sé cómo. Pero no quiero ni debo quedarme un momento más.

Aunque el monje se sobresaltó un tanto por el tono decidido con que pronunció esas frases, no produjeron en él otro efecto que sorpresa. La tomó de la mano, la obligó a sentarse sobre sus rodillas y mirándola con ojos enardecidos le dijo:

-Serénate, Antonia. La resistencia es inútil y ya no necesito seguir negando mi pasión por ti. Se te cree muerta; el mundo se ha perdido para siempre para ti. Soy tu dueño aquí, a solas; estás por entero en mi poder y ardo en impulsos que debo colmar o morir; pero quiero deber mi dicha a ti. ¡Mi encantadora, mi adorable Antonia! Déjame instruirte en dichas a las cuales aún eres ajena y enseñarte a experimentar en mis brazos el beneplácito que pronto yo mismo sentiré en los tuyos. No, este forcejeo es infantil -continuó, al comprobar que ella rechazaba sus caricias y trataba de huir de su abrazo. Nadie hay cerca que pueda ayudarte, ni nada en el cielo ni en la tierra te salvará de mi posesión. ¿Y por qué rechazar placeres tan dulces, tan arrebatadores? Nadie nos observa; nuestro amor será un secreto para todo el mundo. El amor y la oportunidad te

invitan a que des rienda suelta a tus afectos. ¡Cede a ellos, Antonia mía! ¡Cede a ellos, mi amor! Abrázame así, con ternura, ¡une así tus labios a los míos! Entre todos sus dones, ¿la naturaleza te negó el más valioso, la sensibilidad del goce? ¡Es imposible! ¡Todos tus rasgos, movimientos y miradas te declaran formada para complacer y ser complacida! No me mires con ojos suplicantes; consulta a tus propios encantos; ellos te dirán que soy impermeable a los ruegos. ¡No puedo apartarme de esos miembros tan blancos, tan suaves, tan delicados, de esas formas henchidas, redondas, plenas y flexibles! ¡Esos labios dotados de tan inagotable dulzura! ¿Puedo apartarme de esos tesoros para que otro se apropie de ellos? ¡No, Antonia, nunca, jamás! ¡Lo juro por este beso, y éste, y éste!

A cada momento que pasaba, la pasión del fraile se tornaba más ardiente y más intenso el terror de Antonia. Forcejeó por librarse de sus brazos. Sus esfuerzos fueron inútiles y, al comprobar que la conducta de Ambrosio se volvía gradualmente más libre, pidió ayuda a gritos, con todas sus fuerzas. El aspecto de la bóveda, el pálido resplandor de la lámpara, la oscuridad circundante, la visión de las tumbas y los mortales objetos con que tropezaba su vista por todas partes, no podían inspirarle las emociones que agitaban al fraile. Hasta las caricias la aterrorizaron con su furia, y no creaban otro sentimiento que el de temor. Por el contrario, su alarma, su evidente disgusto e incesante oposición sólo parecían inflamar al monje y conferir nuevas fuerzas a su agresión. Los gritos de Antonia no fueron escuchados, pero ella continuó lanzándolos, y no abandonó sus esfuerzos por huir, hasta que, extenuada y sin aliento, cayó de los brazos de él, de rodillas, para recurrir una vez más a los rezos y las súplicas. Esa tentativa no tuvo más éxito que la anterior. Por el contrario, el atacante aprovechó su situación y se arrojó junto a ella. La apretó contra su pecho, casi inerte de terror y débil de tanto luchar. Apagó

sus gritos con besos, la trató con la desaprensión de un bárbaro carente de principios, pasó de libertad en libertad y en la violencia de su febril delirio hirió y lastimó sus tiernos miembros. Sin prestar atención a las lágrimas, gritos y ruegos de Antonia, se adueñó poco a poco de su persona y no abandonó su presa hasta completar su delito y el menoscabo de la joven.

Apenas había logrado sus propósitos, cuando tembló por sí mismo y por los medios con que los había obtenido. El exceso mismo de su anterior ansiedad por adueñarse de Antonia contribuyó a inspirarle desagrado y un secreto impulso le hizo sentir cuán bajo y poco masculino era el acto que acababa de cometer. Se apartó con apresuramiento de sus brazos. Ella, que hasta ese instante había sido el objeto de su adoración, ahora no engendraba en su corazón otro sentimiento que la aversión y la cólera. Se alejó de ella; o si sus ojos se posaban involuntariamente en su persona, sólo lo hacían para mirarla con odio. La desdichada se había desvanecido antes de la culminación del agravio, sólo volvió en sí para advertir su desdicha. Permaneció tendida en el suelo en silenciosa desesperación. Las lágrimas se perseguían lentamente por sus mejillas y el pecho se le agitaba con frecuentes sollozos. Oprimida por la angustia, siguió durante algún tiempo en ese estado de embotamiento. Por último se levantó con dificultad y arrastró sus débiles pasos hacia la puerta, dispuesta a salir de la mazmorra.

El ruido de sus pasos despertó al monje de su hosca apatía. Apartándose de la tumba en que se hallaba apoyado, mientras su mirada vagaba sobre las imágenes de corrupción allí contenidas, persiguió a la víctima de su afrenta y pronto la alcanzó. La tomó del brazo y la obligó, por la violencia, a volver a la mazmorra.

-¿Adónde vas? -preguntó con voz severa. ¡Vuelve al instante!

Antonia tembló ante la furia que se leía en su semblante.

-¿Qué más quiere? -preguntó con timidez. ¿No es completa mi ruina? ¿No estoy perdida, perdida para siempre? ¿No está satisfecha su crueldad, o todavía debo sufrir más? Deje que me vaya; ¡déjeme volver a mi hogar, a llorar sin frenos mi vergüenza y aflicción!

-¿Volver a tu hogar? -repitió el monje, con amarga y despectiva burla. De pronto los ojos le llamearon de pasión. ¿Qué? ¿Para que me denuncies al mundo? ¿Para que me proclames hipócrita, agresor, traidor, monstruo de crueldad, desorden e ingratitud? ¡No, no, no! Conozco muy bien el peso de mis delitos; sé que tus quejas serían demasiado justas y mis actos demasiado evidentes. No saldrás de aquí para decirle a Madrid que soy un canalla, que mi conciencia está repleta de pecados que me hacen desesperar del perdón del Cielo. ¡Desdichada niña, debes quedarte conmigo! ¡Aquí, en medio de estas desoladas tumbas, estas imágenes de muerte, estos cadáveres podridos, repugnantes! Aquí te quedarás y presenciarás mis sufrimientos; verás lo que es estar en medio de los horrores del abatimiento y lanzar el último gemido en blasfemias y maldiciones... ¿Y a quién debo agradecérselo? ¿Quién me sedujo y me llevó a cometer acciones que de sólo recordarlas me estremezco? ¡Bruja fatal! ¿No fue tu belleza? ¿No hundiste mi alma en la infamia? ¿No me convertiste en un hipócrita perjuro, en transgresor, en asesino? Aun más, en este momento, ¿esa mirada de ángel no me pide que desespere del perdón de Dios? ¡Oh, cuando me encuentre ante el trono desde el que me juzgará, esa mirada bastará para condenarme! Le dirás a mi juez que eras feliz hasta que yo te vi; ¡que eras inocente hasta que yo te manché! ¡Comparecerás con esos ojos llorosos, esas mejillas pálidas y espantosas, esas manos levantadas en súplica, como cuando me pediste la merced que no te concedí! ¡Entonces mi perdición será segura! ¡Entonces vendrá el

fantasma de tu madre y me arrojará a las moradas del demonio, de las llamas, las furias y los tormentos eternos! ¡Y tú me acusarás! ¡Tú provocarás mi eterna angustia! ¡Tú, desdichada muchacha, tú, tú! Mientras rugía estas palabras, tomó con violencia el brazo de Antonia y pisoteó el suelo con furia delirante. Antonia supuso que había enloquecido y cayó, aterrorizada, de rodillas. Levantó las manos y su voz casi murió antes de que pudiera hablar.

-¡Déjeme vivir, déjeme! -murmuró con dificultad.

-¡Silencio! -gritó el monje con voz demencial y la arrojó al suelo.

La dejó y se paseó por la mazmorra con expresión salvaje y descompuesta. Movía los ojos espantosamente; Antonia temblaba cada vez que sus miradas se cruzaban. Él parecía meditar algo horrible y la joven abandonó toda esperanza de escapar del sepulcro con vida. Pero al hacerse esa idea cometía una injusticia con él. En medio del horror y el disgusto de que era presa su alma, la piedad por su víctima todavía conservaba algún lugar. Una vez terminada la tormenta de sus impulsos, habría dado mundos, si los poseyera, para devolverle la inocencia de la cual la había despojado su desenfrenada pasión. De los deseos que lo empujaron al crimen, ni rastros quedaban en su pecho. La riqueza de la India no lo habría tentado a adueñarse por segunda vez de Antonia. Su naturaleza parecía rebelarse ante la sola idea y habría preferido borrar de la memoria la escena que acababa de desarrollarse. A medida que fue aplacándose su torva cólera, la compasión aumentó por la víctima. Se detuvo, y le habría hablado con palabras de consuelo, pero no sabía de dónde sacarlas, y se quedó mirándola con apenado aturdimiento. La situación de la muchacha parecía tan desesperada, tan angustiosa, que impedía que poder mortal alguno la aliviara. ¿Qué podía hacer por ella? La paz del espíritu de Antonia estaba perdida, su dignidad irreparablemente arruinada. Se encontraba separada para

siempre del mundo y él no se atrevía a liberarla. Tenía conciencia de que si volvía a presentarse en público, su propia culpa quedaría revelada y su castigo sería inevitable. A quien tanto agobiaba el delito, la muerte se le presentaba armada de dobles terrores. Y sin embargo, si devolvía a Antonia a la luz y corría el riesgo de que ella lo traicionara, ¡qué desdichada perspectiva se presentaría ante ella! Jamás podría abrigar la esperanza de establecerse honrosamente. Quedaría señalada por la infamia y condenada al dolor y la soledad por el resto de su existencia. ¿Cuál era la alternativa? Una decisión mucho más terrible para Antonia, pero que por lo menos aseguraría la tranquilidad del abad. Resolvió dejar que el mundo se convenciera de la muerte de la joven y mantenerla cautiva en la lóbrega prisión. Allí se proponía visitarla todas las noches, llevarle alimentos reconocer su culpa y mezclar sus lágrimas a las de ella. El monje sentía que esa medida era injusta y cruel, pero era su único medio para impedir que Antonia hiciese pública su culpa y la afrenta de ella. Si la dejaba en libertad, no podía depender de su silencio. Su transgresión era demasiado flagrante para permitirle abrigar esa esperanza. Además, la reaparición de la muchacha provocaría la curiosidad general, y la violencia de su aflicción le impediría ocultar la causa de sus pesares. Resolvió, entonces, que Antonia quedara como prisionera en la mazmorra.

Se acercó a ella con la confusión pintada en el semblante. La levantó del suelo; la mano de ella temblaba cuando la tomó y él la dejó caer como si hubiese tocado una serpiente. La naturaleza parecía retroceder ante el contacto. Se sintió a la vez rechazado por ella y atraído, sin poder explicar ninguno de los dos sentimientos. Había en la mirada de Antonia algo que lo penetraba de horror, y aunque su comprensión aún lo ignoraba, la conciencia le señalaba toda la extensión de su culpa. Con apresurados acentos, pero con los más tiernos que pudo encontrar, la mirada desviada y la

voz apenas audible, se esforzó por consolarla ante una desdicha que ya no era posible evitar. Se declaró sinceramente penitente y afirmó que con gusto derramaría una gota de su sangre por cada lágrima que su barbarie le había arrancado. Desdichada y desalentada, Antonia lo escuchó con silenciosa congoja. Pero cuando él le anunció su encierro en el sepulcro -ese horrendo destino, ante el cual hasta la muerte parecía preferible-, la despertó en el acto de su insensibilidad. Sobrellevar una vida de pesares en una angosta celda aborrecible, de cuya existencia ningún ser humano sabía, aparte de su agresor, rodeada de cuerpos en putrefacción, respirando el aire pestilente de la corrupción; nunca más volver a ver la luz ni beber la brisa pura del cielo: la idea era más horrible de lo que podía soportar. Venció inclusive su repulsión hacia el monje. Otra vez cayó de hinojos; le suplicó su compasión en los términos más patéticos y apremiantes. Le prometió que, si le devolvía la libertad, ocultaría al mundo su agravio, ofrecería por su reaparición la explicación que a él le pareciera adecuada y, con el fin de impedir que la menor sospecha cayese sobre él, dijo que se iría inmediatamente de Madrid. Sus súplicas eran tan perentorias que produjeron considerable impresión en Ambrosio. Pensó que, como la persona de ella ya no excitaba sus pasiones, no tenía interés en mantenerla oculta como había sido su primera intención; que agregaba un nuevo daño a los que ella ya había sufrido; y que si Antonia cumplía con sus promesas, sea encerrada o en libertad, su vida y su reputación quedaban aseguradas por igual. Por otro lado, temía que, en su aflicción, Antonia quebrase sin quererlo su compromiso, o que su excesiva ingenuidad e ignorancia del engaño permitiesen que alguien más astuto descubriera el secreto. Por bien fundadas que estuviesen estas aprensiones, la compasión y un sincero deseo de reparar su falta hasta donde fuera posible lo impulsaron a satisfacer los ruegos de la suplicante. La dificultad de

explicar el inesperado regreso de Antonia a la vida, después de su supuesta muerte y entierro público, era el único punto que lo mantenía indeciso. Todavía pensaba en los medios de eliminar ese obstáculo, cuando escuchó un ruido de pasos que se acercaban con precipitación. Se abrió la puerta de la bóveda y Matilde irrumpió, muy confusa y aterrorizada.

Al ver entrar a un desconocido, Antonia prorrumpió en un grito de júbilo, pero sus esperanzas de recibir socorro se disiparon muy pronto. El supuesto novicio, que no expresó la menor sorpresa al encontrar a una mujer a solas con el monje en un lugar tan extraño, a una hora tan tardía, le habló así, sin perder un momento:

-¿Qué haremos, Ambrosio? Estamos perdidos, a menos que se encuentre algún medio rápido de dispersar a los amotinados. Ambrosio, el convento de Santa Clara está en llamas; la superiora ha caído, víctima de la violencia de la muchedumbre. La abadía ya corre peligro de soportar un ataque idéntico. Alarmados ante las amenazas de la gente, los monjes te buscan por todas partes. Imaginan que tu autoridad, por sí sola bastará para calmar los disturbios. Nadie sabe qué ha sido de ti, y tu ausencia crea el asombro y la desesperación generales. Yo aproveché la confusión y volé hacia aquí, para avisarte del peligro.

-Eso se remediará muy pronto -respondió el abad. Enseguida regresaré a mi celda. Una explicación cualquiera dará razón de mi ausencia.

-¡Imposible! -replicó Matilde. La cripta está repleta de soldados. Lorenzo de Medina, con varios funcionarios de la Inquisición, registra las bóvedas y recorre todos los pasadizos. Serás interceptado en tu huida; se indagarán tus razones para hallarte a hora tan avanzada en el mausoleo; encontrarán a Antonia, ¡y entonces estarás perdido para siempre!

-¿Lorenzo de Medina? ¿Funcionarios de la Inquisición? ¿Qué los trae aquí? ¿Qué buscan? ¿Se sospecha de mí? ¡Oh, habla, Matilde, respóndeme, por piedad!

-Hasta ahora no piensan en ti; pero temo que lo hagan antes de que pase mucho tiempo. Tu única posibilidad de evitar que te descubran se basa en la dificultad de explorar esta bóveda. La puerta se halla oculta con mucha habilidad, tal vez no la observen, y acaso podamos permanecer ocultos hasta que termine el registro.

-Pero Antonia... Si los inquisidores se acercan y escuchan sus lamentos...

-¡Así elimino yo ese peligro! -interrumpió Matilde.

Al mismo tiempo extrajo un puñal y se precipitó sobre Antonia.

-¡Espera, espera! -gritó Ambrosio aferrándole la mano y arrancando de ella el arma ya levantada. ¿Qué quieres hacer, cruel mujer? ¡La desdichada ya sufrió demasiado gracias a tus perniciosos consejos! ¡Si Dios hubiera permitido que no los siguiese...! ¡Si Dios hubiera hecho que nunca viese tu cara...!

Matilde le lanzó una mirada de desdén.

-¡Absurdo! -exclamó con pasión y majestuosidad que inspiraron respeto en el monje. Después de despojarla de todo cuanto la hacía digna, ¿temes privarla de una vida tan miserable? ¡Pero está bien! Que viva para convencerte de tu locura. ¡Te abandono a tu triste destino! ¡Rechazo nuestra alianza! Quien no se atreve a cometer un crimen tan insignificante no merece mi protección. ¡Escucha, escucha, Ambrosio! ¿No oyes a los soldados? ¡Llegan y tu destrucción es inevitable!

En ese momento el abad oyó el sonido de voces distantes. Corrió a cerrar la puerta, de cuyo secreto dependía su seguridad, y que Matilde había olvidado clausurar. Antes de que pudiese llegar a ella, vio que Antonia se deslizaba de repente junto a él, volaba hacia la puerta, la cruzaba y corría

hacia el rumor de personas con la velocidad de una flecha. Había escuchado con atención a Matilde, oyó mencionar el nombre de Lorenzo y decidió arriesgarlo todo para ponerse bajo su protección. La puerta se hallaba abierta. Los sonidos la convencieron de que los soldados no podían encontrarse lejos. Reunió las pocas fuerzas que le restaban, pasó junto al monje antes de que éste se diera cuenta de su intención y se encaminó con rapidez hacia las voces. En cuanto se recobró de su primera sorpresa, el abad se lanzó en su persecución. En vano redobló Antonia sus pasos y puso todo su cuerpo en tensión. Su enemigo ganaba terreno a cada momento; oyó sus pasos muy cerca y sintió el calor de su aliento en el cuello. La alcanzó; hundió la mano en los rizos de su cascada de cabellos y trató de arrastrarla consigo, de vuelta a la mazmorra. Antonia se resistió con todas sus fuerzas. En vano se esforzó el monje en amenazarla para que guardase silencio.

-¡Socorro! -siguió exclamando ella. ¡Socorro, socorro, por amor de Dios!

Los pasos se aproximaron, apresurados por los gritos. El abad esperaba ver llegar en cualquier momento a los inquisidores. Antonia continuaba resistiendo, y entonces él le impuso silencio por el medio más horrible e inhumano. Todavía tenía la daga de Matilde. ¡Sin permitirse un momento de reflexión, la levantó y la hundió dos veces en el pecho de Antonia! La muchacha profirió un grito y cayó al suelo. El monje trató de llevársela consigo, pero ella seguía abrazada a la columna con firmeza. En ese instante se reflejó en las paredes la luz de las antorchas que se acercaban. Como temía ser descubierto, Ambrosio se vio obligado a abandonar a su víctima, y regresó a toda prisa a la bóveda, donde había dejado a Matilde.

No huyó sin ser observado. Como don Ramiro llegó primero, vio a una mujer que sangraba en el suelo y a un hombre que abandonaba el lugar y cuya confusión revelaba

que era el asesino. En el acto persiguió al fugitivo, con parte de los soldados, en tanto que los otros se quedaban con Lorenzo para proteger a la desconocida herida. La levantaron y la sostuvieron en brazos. Se había desmayado por el exceso de dolor, pero pronto dio señales de volver a la vida. Abrió los ojos y al levantar la cabeza cayó hacia atrás el cabello que hasta entonces le cubría el rostro.

-¡Dios Todopoderoso! ¡Es Antonia!

Tal fue la exclamación de Lorenzo, mientras la arrebataba de brazos de sus acompañantes y la apretaba entre los suyos.

Aunque empuñado con mano insegura, el puñal había respondido demasiado bien a los propósitos del agresor. Las heridas eran mortales y Antonia tuvo conciencia de que jamás se recobraría. Pero los pocos momentos que le quedaban fueron de dicha. La preocupación que se leía en el semblante de Lorenzo, la frenética ternura de sus quejas y sus ansiosas preguntas respecto de sus heridas la convencieron, fuera de toda duda, de que el afecto de él le pertenecía. No quiso que la sacaran de la cripta, por miedo a que el menor movimiento no hiciera otra cosa que apresurar su muerte y no deseaba perder los momentos que pasó recibiendo pruebas del amor de Lorenzo y asegurándole del suyo. Le dijo que si no hubiese sido deshonrada, habría lamentado la pérdida de la vida pero que, privada del honor y abrumada por la vergüenza, la muerte era para ella una bendición. No habría podido ser su esposa y, como se le negaba esa esperanza, se resignaba a bajar a la tumba sin un suspiro de lamentación. Le pidió que tuviera valor, lo instó a no abandonarse a una congoja inútil y declaró que nada en el mundo le pesaba tanto como separarse de él. Mientras todos los dulces acentos aumentaban la pena de Lorenzo en lugar de aliviarla, ella continuó conversando con él hasta el instante de la muerte. La voz se le debilitó y casi no se la podía escuchar; una densa nube le cubrió los ojos; el

corazón le palpitaba con lentitud e irregularidad y cada instante parecía anunciar que su destino estaba cerca.

Reclinó la cabeza sobre el pecho de Lorenzo y sus labios siguieron murmurándole palabras de consuelo. La interrumpió la campana del convento cuando, resonando a lo lejos, dio la hora. De pronto los ojos de Antonia brillaron con luminosidad celestial, su cuerpo parecía haber recibido nuevas fuerzas y animación. Se agitó en brazos de su amarlo.

-¡Las tres! -exclamó. ¡Madre, ya voy!

Se estrujó las manos y cayó, inerte, al suelo. Lorenzo, atormentado, se arrojó tras ella. Se arrancó los cabellos, se golpeó el pecho y se negó a separarse del cadáver. Por último se le agotaron las fuerzas y permitió que lo sacaran de la cripta y lo llevaron al palacio de Medina, apenas más vivo que la infortunada Antonia.

Entretanto, aunque perseguido de cerca, Ambrosio consiguió entrar de nuevo en la bóveda. La puerta ya se hallaba cerrada cuando llegó don Ramiro y pasó algún tiempo antes de que se descubriese el refugio del fugitivo. Pero nada puede resistirse a la perseverancia. Aunque disimulada con tanta habilidad, la puerta no podía escapar a la inspección de los soldados. La forzaron y entraron en la bóveda, para infinita consternación de Ambrosio y su compañera. La confusión del monje, su intento de esconderse, su rápida fuga y la sangre que le manchaba las ropas no dejaban lugar a dudas en cuanto a que era el asesino de Antonia. Pero cuando se lo reconoció como el inmaculado Ambrosio, El Hombre de la Santidad, el ídolo de Madrid, las facultades de los testigos quedaron paralizadas por la sorpresa y casi no pudieron convencerse de que no estaban viendo visiones. El abad no se justificó; mantuvo un hosco silencio. Se lo apresó y amarró. La misma precaución se tomó con Matilde. Al sacarle la capucha, la delicadeza de sus facciones y la profusión de su cabello dorado revelaron su sexo y este incidente provocó nuevo asombro. También

se encontró la daga en la tumba, donde el monje la había arrojado. Y luego de practicar una minuciosa inspección en la mazmorra, los dos culpables fueron llevados a las cárceles de la Inquisición.

Don Ramiro se ocupó de que el populacho fuera mantenido en la ignorancia tanto de los delitos como de la identidad de los cautivos. Temía una repetición de los motines que siguieron a la denuncia pública de la superiora de Santa Clara. Se limitó a comunicar a los capuchinos la culpa de su abad. Para evitar la vergüenza de una acusación pública y temiendo la furia popular, de la cual ya habían salvado a la abadía con grandes dificultades, los monjes permitieron de buena gana a los inquisidores que registrasen su sede privadamente. No se hicieron nuevos descubrimientos. Los que practicaron el registro se incautaron de los efectos hallados en las celdas del abad y de Matilde y los llevaron a la Inquisición para ser presentados como pruebas. Todo lo demás quedó como estaba y el orden y la tranquilidad volvieron a reinar en Madrid.

El convento de Santa Clara había sido destruido por completo, por los estragos conjugados de la muchedumbre y el incendio. Nada quedaba de él, salvo los principales muros, cuyo espesor y solidez los protegieron de las llamas. En consecuencia, las monjas que pertenecían a él se vieron obligadas a dispersarse en otras comunidades de religiosas; pero la prevención contra ellas era intensa y las superioras no se mostraban deseosas de admitirlas. Empero, como muchas de ellas estaban emparentadas con las familias más distinguidas por sus riquezas, linaje y poderío, los distintos conventos tuvieron que recibirlas, aunque lo hicieron de muy mala gana. Esa prevención era en extremo falsa e injustificada. Después de una atenta investigación se demostró que en el convento todas estaban convencidas de la muerte de Inés, salvo las cuatro monjas nombradas por la madre Úrsula. Éstas cayeron víctimas de la furia popular, al

igual que varias desde todo punto de vista inocentes y desconocedoras de todo el asunto. Cegado por el resentimiento, el populacho sacrificó a cuantas cayeron en sus manos. Las que escaparon lo debían a la prudencia y moderación del duque de Medina. Tenían conciencia de ello y experimentaban por ese noble un adecuado sentimiento de gratitud.

Virginia no fue de las que más ahorraron su agradecimiento. Deseaba expresar su reconocimiento por las atenciones del duque y, al mismo tiempo, obtener la simpatía de éste, tío de Lorenzo. Al respecto, no halló inconvenientes. El duque contempló su belleza con asombro y admiración; y en tanto que sus ojos se deleitaban con sus rasgos, la dulzura de sus modales y su tierna preocupación por la monja sufriente predispusieron su corazón en su favor. Virginia tuvo suficiente discernimiento para percibirlo, y redobló sus atenciones con la rescatada. Cuando se separó de ella en la puerta del palacio de su padre, el duque le pidió permiso para preguntar de vez en cuando por su salud. El pedido fue satisfecho sin demora. Virginia le aseguró que el marqués de Villafranca se enorgullecería de contar con una oportunidad para agradecerle en persona por la protección que le había brindado. Se separaron, él encantado con la belleza y dulzura de la muchacha, ella muy complacida con él, y más con su sobrino.

Al entrar al palacio, el primer cuidado de Virginia fue llamar al médico de la familia y ocuparse de la desconocida. Su madre se apresuró a compartir con ella la caritativa tarea. Alarmado por los motines y ansioso por la seguridad de su hija, la única que tenía, el marqués había volado al convento de Santa Clara y todavía la buscaba. Se despacharon mensajeros en todas direcciones para informarle que la encontraría a salvo en su casa y pedirle que fuese allí enseguida. Su ausencia le dio a Virginia libertad para dedicar

toda la atención a su paciente; y aunque muy aturdida por las aventuras de la noche, nada pudo convencerla de que abandonara la cabecera del lecho de la sufriente. Muy debilitada en su físico por privaciones y penurias, pasó algún tiempo antes de que la desconocida recuperase los sentidos. Le resultaba muy difícil ingerir las medicinas que le recetaron; pero eliminado ese obstáculo, dominó con facilidad su enfermedad, que tenía como única causa la debilidad. Las atenciones que se le prestaron, los alimentos sanos que desde hacía tiempo desconocía, su alborozo por haber recuperado la libertad, el trato y, así se atrevía a esperarlo, el amor, se combinaron para llevarla a un rápido restablecimiento. Desde el primer momento en que la conoció, su triste situación, sus sufrimientos casi sin parangón, atrajeron el afecto de su amable anfitriona. Virginia sentía por ella el más vivo interés. ¡Pero cuánto se alegró cuando, recobrada ya su invitada lo bastante para relatar su historia, reconoció en la monja cautiva a la hermana de Lorenzo!

En verdad, esa víctima de la crueldad monástica no era otra que la desdichada Inés. Durante su permanencia en el convento, Virginia la conoció muy bien, pero su cuerpo enflaquecido, sus facciones alteradas por el sufrimiento, su muerte universalmente admitida y sus cabellos crecidos y apelmazados que le colgaban en desorden sobre el rostro y el pecho, le impidieron reconocerla al principio. La superiora había puesto en práctica todos los artificios para inducir a Virginia a tomar el velo, pues la heredera de Villafranca no era una adquisición despreciable. Su aparente bondad y sus inagotables atenciones tuvieron tanto éxito que la joven comenzó a pensar en serio en aceptar. Más conocedora del disgusto y aburrimiento de una vida monástica, Inés se dio cuenta de los designios de la superiora. Temió por la inocente joven y se esforzó por hacerle conocer su error. Le pintó con sus verdaderos

colores los numerosos inconvenientes vinculados a esa vida, las continuas prohibiciones, los bajos celos, las mezquinas intrigas, las serviles cortesías y las groseras adulaciones que esperaba la superiora. Luego pidió a Virginia que pensara en la brillante perspectiva que se presentaba ante ella. Ídolo de sus padres, admiración de Madrid, dotada por la naturaleza y la educación de todas las perfecciones físicas y espirituales, podía esperar una posición muy afortunada. Sus riquezas le proporcionaban los medios de ejercer en toda su plenitud la caridad y la benevolencia, virtudes que le eran tan queridas. Y su permanencia en el mundo le permitiría descubrir objetos dignos de su protección, lo cual no era posible en el encierro de un convento.

Sus argumentos indujeron a Virginia a desechar todo pensamiento de tomar el velo. Pero otro razonamiento, no usado por Inés, tuvo más peso que todos los demás juntos. Vio a Lorenzo cuando demandaba noticias de su hermana ante la reja; su persona le agradó y las conversaciones que sostenía con Inés solían terminar en algunas preguntas acerca de su hermano. Inés, que sentía predilección por Lorenzo, no deseaba nada mejor que una ocasión para entonar sus alabanzas. Habló de él en términos de entusiasmo y, para convencer a su oyente de lo justos que eran sus sentimientos, de lo cultivado de su mente y lo elegante de sus expresiones, le mostró en diversas oportunidades las cartas que recibía de él. Pronto advirtió que de esas comunicaciones el corazón de su joven amiga había bebido impresiones que estuvo muy lejos de desear darle, pero que en verdad se sintió feliz de descubrir. No habría podido aspirar para su hermano una unión más apetecible: heredera de Villafranca, virtuosa, afectuosa, bella y educada, Virginia parecía destinada a hacerlo dichoso. Sondeó a su hermano al respecto, aunque sin mencionar nombre ni detalles. Él le aseguró en sus respuestas que su corazón y su mano se hallaban por completo libres y ella

pensó que sobre esa base podía continuar adelante sin peligro. Por lo tanto, hizo cuanto pudo por fortalecer la naciente pasión de su amiga. Lorenzo se convirtió en el motivo constante de su conversación y la avidez con que Virginia la escuchaba, los suspiros que con frecuencia se escapaban de su pecho y la ansiedad conque ante cualquier digresión llevaba de nuevo el diálogo al tema del cual se habían apartado bastaron para convencer a Inés de que los galanteos de su hermano estarían lejos de resultar desagradables. Por fin se aventuró a mencionar sus deseos al duque. Aunque ajeno a la dama misma, conocía bastante de su situación para considerarla digna de la mano de su sobrino. Se convino entre él y su sobrina que ésta insinuaría la idea a Lorenzo y sólo aguardó el regreso de él a Madrid para proponerle a su amiga como desposada. Los desdichados sucesos que se produjeron entretanto le impidieron realizar su intención. Virginia lloró su pérdida con sinceridad, como compañera y como la única persona con quien podía hablar de Lorenzo. Su pasión siguió haciendo presa de su corazón en secreto y casi había decidido confesar sus sentimientos a su madre cuando el accidente puso una vez más a su amado en su camino. La visión de él tan cerca de ella, su cortesía, su compasión, su coraje, se unieron para dar renovado ardor a su afecto. Cuando vio que se le había devuelto su amiga y defensora, lo consideró un don del Cielo; se aventuró a abrigar la esperanza de unirse a Lorenzo y resolvió usar ante él la influencia de la hermana.

Como supuso que era posible que antes de morir Inés podía haber formulado la proposición, el duque registró todas las insinuaciones de casamiento hechas por su sobrino en la cuenta de Virginia. Por consiguiente, les ofreció la recepción más favorable. Al regresar a su residencia, el relato que se le hizo de la muerte de Antonia y de la conducta de Lorenzo en esa ocasión, le hicieron evidente su error.

Lamentó las circunstancias pero, como la desdichada joven ya no existía, confió en que por lo menos se cumplirían sus intenciones. Es cierto que la situación de Lorenzo en ese momento se avenía mal con la condición de pretendiente. Desalentadas sus esperanzas en el momento en que esperaba su realización y con la muerte repentina y horrenda de su amada, se sintió muy profundamente afectado. El duque lo halló en su lecho de enfermo. Sus servidores expresaron serios temores por su vida, pero el tío no experimentaba las mismas aprensiones. Era su opinión -y opinión nada imprudente- que "¡los hombres han muerto y los gusanos los devoraron, pero no de amor!" Por ende se dijo que, por profunda que hubiese sido la impresión creada en el corazón de su sobrino, el tiempo y Virginia conseguirían borrarla. Se apresuró a ir adonde se hallaba el dolorido joven e hizo lo posible por consolarlo. Simpatizó con su congoja, pero lo instó a resistir los avances de la desesperación. Admitió que no podía dejar de sentirse conmovido ante un suceso tan terrible ni censuraba su sensibilidad, pero le suplicó que no se atormentase con vanas lamentaciones, sino que más bien luchara contra la congoja y conservase la vida, si no por él mismo, al menos por quienes le tenían tan gran cariño. Mientras así se afanaba por hacer que Lorenzo olvidase la pérdida de Antonia, el duque visitaba con asiduidad a Virginia y aprovechaba todas las oportunidades para acentuar el interés por su sobrino en el corazón de la joven.

Es fácil suponer que no pasó mucho tiempo sin que Inés preguntase por don Raimundo. Se conmovió al conocer la desdichada situación a la que lo había reducido la pesadumbre. Pero no pudo dejar de alborozarse en secreto, cuando reflexionó que la enfermedad de él demostraba la sinceridad de su amor. El duque se ocupó de anunciar al enfermo la dicha que lo aguardaba. Si bien no omitió precauciones en prepararlo para el momento, ante el

repentino cambio de la desesperación a la felicidad, el arrebato de Raimundo fue tan violento que casi le resultó fatal. Cuando pasó, la tranquilidad del espíritu, la seguridad de la dicha y sobre todo la presencia de Inés (quien en cuanto se restableció bajo los cuidados de Virginia y de la marquesa se apresuró a ocuparse de su amado) le permitieron superar muy pronto los efectos de su seria dolencia. La tranquilidad del alma se le transmitió al cuerpo y se recuperó con tanta rapidez como para asombrar a todo el mundo.

No ocurrió lo mismo con Lorenzo. La muerte de Antonia, acompañada por tan terribles circunstancias, pesaba sobre su mente. Se convirtió en una sombra; nada le daba placer. Con dificultades se lo convencía de que ingiriese alimentos suficientes para mantenerse con vida y se temía una consunción. La compañía de Inés era su único consuelo. Aunque las contingencias nunca les habían permitido estar mucho tiempo juntos, sentía hacia ella sincera amistad y apego. Como advirtió cuán necesaria le era, ella salía muy pocas veces de su aposento. Escuchaba sus quejas con infatigable atención y lo apaciguaba con la dulzura de sus modales y con la simpatía por su aflicción. Continuaba habitando en el palacio de Villafranca, cuyos dueños la trataban con señalado cariño. El duque había hecho conocer al marqués sus deseos respecto de Virginia. La unión era irreprochable; Lorenzo era heredero de la inmensa propiedad de su tío, y en Madrid se distinguía por lo agradable de su persona, sus amplios conocimientos y la corrección de su conducta. Agréguese a esto que la marquesa había descubierto cuán fuerte era la predisposición de su hija en favor de él.

Por lo tanto, la proposición del duque se aceptó sin vacilaciones. Se adoptaron todas las precauciones para inducir a Lorenzo a ver a la dama con los sentimientos que tanto ella merecía suscitar. En sus visitas a su hermano, Inés

iba acompañada a menudo por la marquesa y tan pronto como fue posible ingresar en su antecámara, Virginia, junto con su madre, tuvo acceso para expresar sus deseos de recuperación. Así lo hizo con extremada delicadeza; la forma en que mencionó a Antonia fue muy tierna y dulce, y cuando lamentó el triste fin de su rival los vivaces ojos le brillaron tan bellamente a través de las lágrimas que Lorenzo no pudo mirarla o escucharla sin emoción. Sus parientes, así como la dama, advirtieron que cada día que pasaba la compañía de ella parecía darle nuevos placeres y que hablaba de la muchacha en términos de admiración cada vez mayores. Pero se guardaron, con prudencia, sus observaciones para sí. No se dijo una palabra que pudiese llevarlo a sospechar sus intenciones. Continuaron con su conducta y atenciones anteriores y dejaron que el tiempo madurase, hasta convertir en un sentimiento más cálido la amistad que él ya sentía por Virginia.

Entretanto, las visitas de ella eran más frecuentes y por último casi no pasaba un día sin que dedicara parte del tiempo a permanecer junto al lugar en que Lorenzo reposaba. Éste recuperaba las fuerzas poco a poco, pero el progreso de su restablecimiento era lento y dudoso. Una noche pareció estar de mejor ánimo que de costumbre. Inés y su enamorado, el duque, Virginia y sus padres se hallaban sentados a su alrededor. Por primera vez rogó a su hermana que le informase cómo había escapado a los efectos del veneno que la madre Úrsula le había visto ingerir. Temerosa de recordarle las escenas en que había muerto Antonia, Inés le ocultó hasta entonces la historia de sus sufrimientos. Como él mismo inició el tema en ese momento y pensando que tal vez la narración de sus penas podía arrancarlo de la contemplación de aquellos pesares que tan constantemente lo ocupaban, satisfizo enseguida su pedido. El resto de los presentes ya conocía su narración, pero el interés que todos sentían por su protagonista les hizo esperar con ansia su

repetición. Como todos apoyaron el ruego de Lorenzo, Inés obedeció. Primero relató el descubrimiento ocurrido en la capilla de la abadía, la cólera de la superiora y la escena de medianoche, de la cual la madre Úrsula fue testigo oculto. Aunque la monja ya había descripto este último episodio, Inés lo narró más en detalle y en extensión. Después de lo cual continuó como sigue:

Conclusión de la historia de Inés de Medina

Mi supuesta muerte fue acompañada por grandes tormentos. Los instantes que creí los últimos fueron amargados por las afirmaciones de la superiora, en el sentido de que no podría escapar a mi perdición. Cuando se me cerraban los ojos oí que su cólera se manifestaba en maldiciones contra mi transgresión. El horror de esta situación, de un lecho de muerte del cual estaba excluida toda esperanza, de un sueño del cual sólo despertaría para encontrarme presa de las llamas y las furias, fue más atroz de lo que puedo describir. Cuando la animación revivió en mí, mi alma seguía agobiada con tan terribles ideas. Miré en torno con temor, esperando ver a los ministros de la venganza divina. Durante la primera hora mis sentidos estuvieron tan aturdidos y mi cerebro tan embotado, que en vano quise ordenar las extrañas imágenes que flotaban ante mí en alocada confusión. Si intentaba levantarme del suelo, la debilidad de la cabeza me perturbaba. Alrededor de mí, todo parecía vacilar, y una vez más caía en tierra. Mis ojos débiles y enceguecidos no podían soportar acercarse más a un rayo de luz que veía temblar sobre mi cabeza. Debí volver a cerrarlos y permanecer inmóvil en la mina postura.

Pasó toda una hora antes de que volviera lo bastante en mí para examinar los objetos que me rodeaban. Cuando los

contemplé, ¡qué terror me colmó el pecho! Me encontré tendida en una especie de jergón de mimbre. Tenía seis agarraderas, que sin duda habían servido a las monjas para llevarme a mi tumba. Se encontraba cubierto con una tela de lienzo; sobre el cuerpo tenía varias flores marchitas. A un costado había un pequeño crucifijo de madera; al otro, un rosario de grandes cuentas. Me encerraban cuatro paredes bajas y angostas. El techo también estaba cubierto, y en él encajaba una puertecita enrejada por la cual entraba el poco aire que circulaba en el miserable lugar. Un débil resplandor de luz, que pasaba a través de los barrotes, me permitía distinguir los horrores circundantes. Me oprimía un insalubre olor sofocante y, al ver que la puerta enrejada no tenía llave, pensé que tal vez pudiese huir. Cuando me incorporé con esa intención, mi mano se apoyó en algo blando. Lo tomé y lo llevé hacia la luz. ¡Dios Todopoderoso, cuál no sería mi disgusto, mi consternación! A pesar de su putridez y de los gusanos que la recorrían, vi una cabeza humana corrompida y reconocí las facciones de una monja que había muerto meses antes. La arrojé y me hundí, casi inerte, en mi féretro.

Cuando me volvieron las fuerzas, esta circunstancia y la conciencia de hallarme rodeada por los cuerpos aborrecidos y podridos de mis compañeras, acentuaron mi deseo de escapar de mi pavorosa prisión. Otra vez me moví hacia la luz. La puerta enrejada se encontraba a mi alcance. La levanté sin dificultades; tal vez la habían dejado así para facilitar mi salida de la mazmorra. Con la ayuda de la irregularidad de las paredes, algunas de cuyas piedras se proyectaban hacia afuera, conseguí ascender y arrastrarme fuera de mi prisión. Me encontré entonces en una bóveda tolerablemente espaciosa. Varias tumbas, similares en apariencia a aquella de la cual acababa de escapar, se alineaban a los costados, en orden, y parecían estar considerablemente hundidas bajo el nivel del suelo. Una

lámpara sepulcral colgaba del techo, al extremo de una cadena de hierro, y arrojaba una lúgubre luz por la mazmorra. Por todas partes se veían emblemas de muerte: calaveras, omóplatos, tibias y otros restos de mortalidad se hallaban dispersos sobre el suelo húmedo. Cada tumba se encontraba adornada con un gran crucifijo, y en un rincón se veía una estatua de madera de Santa Clara. Al principio no presté atención a esos objetos. Una puerta, la única salida de la bóveda, había atraído mi mirada. Corrí a ella envuelta en mi mortaja. Empujé la puerta y, para mi inexpresable terror, descubrí que estaba cerrada por fuera.

Enseguida adiviné que la superiora, confundiendo el licor que me obligó a beber, me administró un fuerte narcótico en lugar de veneno. De ello extraje la conclusión de que, muerta según todas las apariencias, había recibido los rituales del entierro y de que, privada del poder de hacer conocer mi existencia, sería mi destino morir de hambre. Esta idea me llenó de espanto, no sólo por mí, sino por la inocente criatura que aún vivía en mi seno. Una vez más intenté abrir la puerta, pero resistió a todos mis esfuerzos. Alcé la voz todo lo que pude y pedí ayuda a gritos. Estaba muy lejos del oído de nadie. Ninguna voz amistosa respondió a la mía. Un profundo y melancólico silencio reinaba en la bóveda, y desesperé de recuperar la libertad. Mi larga abstinencia en materia de alimentos comenzó a atormentarme. Las torturas que el hambre me infligía eran las más penosas e insoportables, pero parecían crecer a cada hora que pasaba. A veces me arrojaba al suelo y rodaba en él, enloquecida y desesperada. Otras, me incorporaba, volvía a la puerta, luchaba por abrirla y repetía mis infructuosos gritos de auxilio. Muchas veces estuve a punto de golpearme la sien contra la aguda esquina de algún sepulcro, quebrarme el cráneo y así terminar con mis sufrimientos. Pero el recuerdo de mi hijo vencía mi resolución. Temblaba ante un hecho que ponía en peligro la existencia de mi niño al

mismo tiempo que la mía. Entonces daba rienda suelta a mi angustia con fuertes exclamaciones y apasionadas quejas; de nuevo me fallaban las fuerzas y, silenciosa y desesperanzada, me sentada en la base de la estatua de Santa Clara, me cruzaba de brazos y me abandonaba a una tétrica desesperación. Así pasaron varias horas desdichadas. La muerte avanzaba hacia mí con rápidas zancadas y esperaba que cualquier momento fuese el de mi fin. De pronto me llamó la atención una tumba vecina; sobre ella se veía una cesta que hasta entonces no había observado. Salté de mi asiento. Me dirigí hacia ella tan deprisa como no lo permitía mi extenuado cuerpo. ¡Con cuánta ansiedad me apoderé de la cesta, al ver que contenía una hogaza de pan tosco y una botellita de agua!

Me eché con avidez sobre los humildes alimentos. Según todas las apariencias, hacia varios días que se encontraban en la bóveda. El pan estaba duro y el agua impura, pero jamás probé alimentos tan deliciosos. Cuando quedaron satisfechas las ansias del apetito, me ocupé en conjeturas sobre esa nueva circunstancia. Me pregunté si la cesta había sido colocada allí con vistas a mis requerimientos. La esperanza contestó mis dudas por la afirmativa. ¿Pero quién podía adivinar que necesitara tal asistencia? Si se conocía mi existencia, ¿por qué se me detenía en la lóbrega bóveda? Si se me mantenía prisionera, ¿a qué venía la ceremonia de encerrarme en una tumba? O si estaba condenada a perecer de hambre, ¿a la piedad de quién debía las provisiones puestas a mi alcance? Un amigo no habría mantenido en secreto mi tremendo castigo. Tampoco parecía probable que un enemigo se hubiera ocupado de proveerme de medios de subsistencia. En general, me inclinaba a pensar que los designios de la superiora respecto de mi vida habían sido descubiertos por alguna de mis partidarias en el convento, quien halló el medio de sustituir el veneno por un narcótico y me abastecía

de alimentos para sostenerme hasta poder liberarme, tarea en la que se había embarcado hasta hacer llegar a mis parientes noticias sobre mis penurias e indicar una manera de rescatarme del cautiverio. Pero entonces, ¿por qué era tan tosca la calidad de mis provisiones? ¿Cómo podía entrar una amiga en la bóveda sin que la superiora se enterase? Y si entró, ¿por qué la puerta estaba cerrada con tanto cuidado? Estas reflexiones me desconcertaron, pero la idea era la más favorable para mis esperanzas y la prefería a todas.

Mis meditaciones se vieron interrumpidas por el ruido de pasos distantes. Se acercaban, pero con lentitud. Rayos de luz pasaron por las rendijas de la puerta. Como no sabía si las personas que llegaban venían a rescatarme o inspiradas por algún otro motivo, no dejé de llamarles la atención con agudos reclamos de ayuda. El ruido seguía aproximándose. La luz se hizo más intensa. Al cabo, con inexpresable placer, escuché una llave que giraba en la cerradura. Convencida de que mi liberación estaba cerca, corrí hacia la puerta con una exclamación de alegría. Se abrió; pero todas mis esperanzas de huida murieron cuando apareció la superiora seguida por las mismas cuatro monjas que habían sido testigos de mi supuesta muerte. Llevaban antorchas en la mano y me miraron en temible silencio.

Retrocedí, aterrada. La superiora bajó a la bóveda, lo mismo que sus compañeras. Me lanzó una mirada severa y colérica, pero no expresó sorpresa al hallarme aún con vida. Ocupó el asiento que yo acababa de abandonar. La puerta se cerró de nuevo y las monjas se alinearon detrás de su superiora, mientras el resplandor de sus antorchas, apagado por los vapores y la humedad de la bóveda, doraba con fríos rayos los sepulcros circundantes. Durante unos momentos todas mantuvieron un silencio mortal y solemne. Permanecí a cierta distancia de la superiora. Al cabo me hizo señas de que avanzara. Temblorosa ante la severidad de su aspecto, las fuerzas apenas me alcanzaron para obedecerle. Me

acerqué, pero mis miembros no pudieron soportar su carga. Caí de rodillas, entrelacé las manos y las levanté para pedir su misericordia, pero no pude articular una sílaba.

Me dirigió una mirada iracunda.

-¿Veo a una penitente o a una criminal? -dijo por último. ¿Esas manos se elevan en contrición por tus delitos o por temor al castigo? ¿Esas lágrimas reconocen la justicia de tu suerte o sólo solicitan la mitigación de tus sufrimientos? ¡Me temo que lo último!

Se interrumpió, pero mantuvo la vista clavada en la mía.

-Ten valor -prosiguió. No deseo tu muerte, sino tu arrepentimiento. La pócima que te administré no era veneno, sino un narcótico. Mi intención al engañarte era la de hacerte sentir los tormentos de una conciencia culpable, si la muerte te alcanzaba de pronto, sin que te hubieras arrepentido de tus crímenes. Sufriste esos tormentos; te familiaricé con el filo de la muerte y confío en que tu momentánea angustia resulte un eterno beneficio para ti. No quiero destruir tu alma inmortal, ni pedirte que busques la tumba cargada con el peso de pecados no expiados. No, hija; lejos de eso. Te purificaré con un castigo sano y te dejaré plena libertad para la contrición y el remordimiento. Escucha, pues, mi sentencia: el inoportuno celo de tus amigos demoró su ejecución, pero ahora no puede impedirla. Todo Madrid te cree muerta; tus parientes están convencidísimos de tu fallecimiento y tus partidarias entre las monjas asistieron a tu funeral. No es posible sospechar tu existencia. Tomé las precauciones suficientes para hacer de ella un impenetrable misterio. Abandona, entonces, todo pensamiento de un mundo del cual te encuentras separada por la eternidad, y emplea las pocas horas que se te conceden en prepararte para el próximo.

Este exordio me llevó a esperar algo terrible. Me estremecí y habría hablado para implorar que cesara en su

ira, pero un movimiento de la superiora me ordenó guardar silencio. Continuó:

-Aunque en los últimos años fueron injustamente descuidadas y ahora se oponen a ellas muchas de nuestras extraviadas hermanas (¡a quienes el Cielo se digne iluminar!), tengo la intención de restaurar las leyes de nuestra orden en toda su fuerza. La que castiga la incontinencia es severa, pero no más de lo que exige un delito tan monstruoso. Sométete a ella, hija, sin resistencia; encontrarás el beneficio de la paciencia y la resignación en una vida mejor que ésta. Escucha, pues, la sentencia de Santa Clara. Debajo de estas bóvedas existen prisiones destinadas a recibir a las pecadoras como tú. Su entrada se oculta a la perfección y quien penetra en ellas debe abandonar toda esperanza de libertad. Allí serás llevada ahora. Se te proveerá de alimentos, pero no los suficientes para calmar tu apetito; tendrás lo bastante para mantener unidos cuerpo y alma, y su calidad será la más simple y tosca. Llora, hija, llora, y humedece tu pan con tus lágrimas. ¡Dios sabe que tienes amplios motivos para lamentarte! Encadenada en una de esas mazmorras secretas, excluida del mundo y la luz para siempre, sin más consuelo que el de la religión, sin otra compañía que la del arrepentimiento, así deberás pasar gimiendo el resto de tus días. Tales son los preceptos de Santa Clara. Sométete a ellos sin quejas. ¡Sígueme!

Anonadada ante ese bárbaro decreto, me abandonaron las pocas fuerzas que me quedaban. Sólo contesté cayendo a sus pies y bañándolos con mis lágrimas. La superiora, inconmovible ante mi aflicción, se levantó con porte majestuoso. Me repitió sus órdenes en tono inapelable, pero mi excesiva debilidad me impidió obedecerla. Mariana y Alicia me levantaron del suelo y me llevaron en sus brazos. La superiora se adelantó apoyada en Violante, y Camila la precedió con una antorcha. Así pasó nuestra triste procesión por los corredores, en un silencio sólo quebrado por mis

suspiros y gemidos. Nos detuvimos ante el altar principal de Santa Clara. La estatua fue sacada de su pedestal, aunque no supe cómo. Después las monjas levantaron una reja de hierro, hasta entonces oculta por la imagen, y la dejaron caer al otro lado con un fuerte estrépito. El horrendo sonido, repetido por las criptas de arriba y las cavernas de abajo, me despertó de la desanimada apatía en que me había hundido. Miré hacia adelante. Un abismo se presentó ante mis ojos aterrorizados y vi una escalera empinada y estrecha, hacia la cual me llevaban mis conductoras. Grité y retrocedí. Imploré compasión, rasgué el aire con mis alaridos y llamé al cielo y la tierra en mi ayuda. ¡En vano! Me hicieron bajar deprisa por la escalera y me introdujeron por la fuerza en una de las celdas que flanqueaban los lados de la caverna.

Se me heló la sangre cuando contemplé la triste morada. Los fríos vapores que flotaban en el aire, las paredes verdes de humedad, el jergón de paja, tan desolado e incómodo, la cadena destinada a unirme para siempre a mi prisión y los reptiles de todo tipo que, a medida que las antorchas avanzaban hacia allí, vi huyendo a sus refugios, me atenazaron el corazón con terrores demasiado agudos para que la naturaleza los soportara. Empujada a la locura por la desesperación, me solté de pronto de las monjas que me conducían; me arrojé de rodillas ante la superiora para suplicar su clemencia en los términos más apasionados y frenéticos.

-¡Si no a mí -dije, mire por lo menos con piedad a ese ser inocente cuya vida está unida a la mía! Grande es mi culpa, ¡pero que mi niño no sufra por ella! Ninguna falta ha cometido mi hijo. ¡Oh, perdóneme por mi hijo no nacido, a quien antes de conocer la vida su severidad condena a la destrucción!

La superiora retrocedió deprisa; me arrancó los hábitos de las manos, como si mi contacto hubiera sido contagioso.

-¡Qué! -exclamó con exasperación. ¡Qué! ¿Te atreves a rogar por el producto de tu vergüenza? ¿Habrá que permitir que viva una criatura concebida con culpa tan monstruosa? ¡Mujer disoluta, no vuelvas a hablar de él! Mejor que el desdichado muera y no que viva. Engendrado en perjurio, incontinencia y extravío, no puede dejar de ser un prodigio de vicio. ¡óyeme, culpable! No esperes misericordia de mí, ni por ti, ni por tu engendro. Ruega más bien por que la muerte se apodere de ti antes de que lo des a luz; ¡o si tiene que nacer, que sus ojos vuelvan a cerrarse inmediatamente para siempre! No se te prestará ayuda en tu parto. Trae tú misma tu hijo al mundo, aliméntalo, cuídalo, entiérralo. ¡Dios permita que esto último suceda pronto, para que no recibas consuelo del fruto de tu iniquidad!

Este discurso inhumano, las amenazas que contenía, los horribles sufrimientos previstos por la superiora y sus ruegos por la muerte de mi niño, a quien aunque no nacido aún yo ya adoraba, fueron más de lo que podía soportar mi cuerpo agotado. Lancé un profundo gemido y caí sin sentido a los pies de mi implacable enemiga. No sé cuánto permanecí en esa situación, pero imagino que debe de haber transcurrido algún tiempo antes de mi recuperación, pues bastó para que la superiora y las monjas salieran de la caverna. Cuando volví en mí, me encontré en medio del silencio y la soledad. Ni siquiera escuché los pasos de mis perseguidoras. ¡Todo callaba y todo era pavoroso! Había sido arrojada en un jergón de paja; la gruesa cadena que ya había mirado con terror me envolvía la cintura y estaba unida a la pared. Una lámpara que ardía en mi mazmorra con apagados rayos melancólicos me permitía distinguir todos los horrores de mi encierro. Me hallaba separada de la caverna por una pared baja e irregular, de piedra. En ella se abría un gran hueco, que formaba la entrada, pues no se veía puerta alguna. Enfrente de mi jergón había un crucifijo metálico. Cerca de mí hallé una raída alfombra y un rosario

de cuentas, y un poco más allá un jarro de agua y una cesta de mimbre que contenía una pequeña hogaza y una botella de aceite para alimentar mi lámpara.

Con mirada de desolación contemplé este lamentable espectáculo. Cuando pensé que estaba condenada a pasar en aquel lugar el resto de mis días, el corazón se me desgarró de amarga angustia. ¡Se me había enseñado a esperar una suerte tan distinta! ¡Había habido una época en que mis perspectivas parecían tan luminosas, tan lisonjeras! Ahora todo estaba perdido para mí. ¡Amigos consuelo, compañía, felicidad; en un momento me veía privada de todo! Muerta para el mundo, muerta para la dicha, sólo vivía para el sentimiento de penuria. ¡Cuán bello me parecía el mundo del cual estaba excluida para siempre! ¡Cuántos seres amados contenía que no volvería a ver! Cuando eché una mirada de terror por mi prisión, cuando me encogí bajo el viento cortante que aullaba por mi vivienda subterránea, el cambio me pareció tan notable, tan brusco, que dudé de su realidad. Que la sobrina del duque de Medina, destinada a ser la desposada del marqués de las Cisternas; criada en la opulencia, emparentada con las más nobles familias de España, rica en multitud de amigos afectuosos, se convirtiera en un instante en una cautiva, separada para siempre del mundo, oprimida por cadenas y reducida a conservar la vida con toscos alimentos, me parecía un cambio tan repentino e increíble que creía ser juguete de alguna alucinación aterradora. Su persistencia me convenció con demasiada certidumbre de mi error. Todas las mañanas buscaba algún alivio a mis padecimientos; todas las mañanas mis esperanzas se veían frustradas. Por último dejé a un lado toda idea de escapar. Me resigné a mi suerte y sólo esperé la libertad cuando ésta llegase como compañera de la muerte.

Mi angustia mental y las tremendas escenas de que había sido protagonista adelantaron el período de mi alumbramiento. En soledad y desdicha, abandonada por

todos, sin la ayuda de conocimientos, sin el consuelo de la amistad, con dolores que, presenciados, habrían conmovido el corazón más empedernido, di a luz a mi infortunado vástago. Llegó vivo al mundo; pero yo no sabía cómo tratarlo, ni por qué medios conservar su existencia. Sólo podía bañarlo con mis lágrimas, calentarlo en mi pecho y ofrecer oraciones por su seguridad. Pronto me vi privada de esa lúgubre ocupación: la falta de cuidados adecuados, mi ignorancia sobre la manera de criarlo, el intenso frío de la mazmorra y lo malsano del aire que le henchía los pulmones terminaron con la breve existencia de mi dulce niño. Expiró pocas horas después de su nacimiento, y yo presencié su muerte con tormentos que desafían toda descripción.

Pero mi congoja era inútil. MÍ hijo ya no existía, ni mis suspiros podían infundir a su tierno cuerpecito el aliento de un instante. Rasgué mi mortaja y envolví a mi amado niño. Me lo puse sobre el pecho, el suave bracito envuelto en torno de mi cuello y su pálida mejilla fría apoyada en la mía. Y así reposaron sus miembros inertes, mientras lo cubría de besos, le hablaba, lloraba y gemía por él, sin descanso, día y noche. Camila entraba en mi prisión con regularidad, cada veinticuatro horas, para traerme alimento. A pesar de su pétrea naturaleza, no podía contemplar ese espectáculo sin conmoverse. Temía que una congoja tan excesiva llegara a trastornarme el cerebro, y en verdad que no siempre estaba en mis cabales. Por un principio de compasión, me instó a permitir que se enterrase el cadáver, pero nunca habría aceptado tal cosa. Juré no separarme de él mientras yo siguiera con vida. Su presencia era mi único consuelo, y ningún argumento podía inducirme a entregarlo. Pronto se convirtió en una masa de putridez y para todos los ojos era un objeto repugnante y desagradable; para todos, menos para los de una madre. En vano me pidieron los sentimientos humanos que me desprendiese con aborrecimiento de ese emblema de mortalidad. Resistí y

vencí esa repugnancia. ¡Insistí en apretar a mi hijo contra mi pecho, en lamentarlo, amarlo, adorarlo! Hora tras hora pasé en mi lamentable jergón, contemplando lo que alguna vez había sido mi niño. Me esforcé en recordar sus facciones a través de la lívida corrupción que las cubría. Durante mi encierro, esa triste ocupación era mi único deleite; y en esos momentos el mundo entero no habría podido sobornarme para que lo dejara. Inclusive cuando me liberaron de la prisión me llevé a mi hijo en mis brazos. Las súplicas de mis dos buenas amigas -aquí tomó las manos de la marquesa y de Virginia y se las llevó por turno a los labios- me convencieron al final de que debía entregar mi desdichado niño a la tumba. Pero me separé de él con renuencia. Por último, empero, predominó la razón. Y ahora reposa en suelo consagrado.

Antes mencioné que una vez por día, con regularidad, Camila iba a llevarme alimentos. Trataba de no enconar mis penas con reproches. Es cierto que me pidió que olvidase toda esperanza de libertad y de felicidad mundana, pero me alentó a tolerar con paciencia mis sufrimientos actuales y me aconsejó que buscase consuelo en la religión. Era evidente que mi situación la afectaba más de lo que se arriesgaba a expresar, pero creía que atenuar mi falta me haría experimentar menos ansia de arrepentirme de ella. Con frecuencia, mientras sus labios pintaban con vivos colores la enormidad de mi culpa, su mirada traicionaba lo sensible que era a mis padecimientos. En rigor, estoy segura de que ninguna de mis atormentadoras (pues de vez en cuando entraban las otras tres monjas en mi prisión) era impulsada por un espíritu de crueldad opresiva sino por la idea de que torturar mi cuerpo era la única manera de salvar mi alma. Aún más, es posible que esta convicción no haya tenido mucho peso en ellas y que tal vez habrían considerado demasiado severo mi castigo, si su buena disposición no hubiera sido reprimida por su ciega obediencia a la

superiora, cuya cólera persistía con toda fuerza. Como mi proyecto de fuga había sido descubierto por el abad de los capuchinos, se consideraba rebajada en la opinión de él por mi deshonra, y en consecuencia su odio era implacable. Les dijo a las monjas bajo cuya custodia me encontraba que mi falta era de la naturaleza más abominable, que ningún sufrimiento podría igualarse a la ofensa, y que nada podía salvarme de la perdición eterna salvo el castigo de mi culpa con la máxima severidad. La palabra de la superiora era un oráculo para muchas de las habitantes del convento. Las monjas creían en todo lo que afirmaba. Aunque los contradecían la razón y la caridad, no vacilaban en admitir la validez de sus argumentos. Acataban sus órdenes al pie de la letra, y estaban convencidas de que tratarme con lenidad o mostrar la menor piedad por mis aflicciones sería un modo directo de destruir mi posibilidad de salvación.

Como Camila era la que más a menudo me visitaba, la superiora le había encargado especialmente que me tratase con dureza. En cumplimiento de tales órdenes, con frecuencia se esforzaba por convencerme de lo justo de mi castigo y de lo enorme de mi delito. Me pedía que me considerase dichosa por salvar mi alma mediante la mortificación de mi cuerpo, y a veces llegaba a amenazarme con la perdición eterna. Pero como señalé antes, siempre terminaba con palabras de aliento y consuelo, y aunque pronunciadas por los labios de Camila reconocía con facilidad las expresiones debidas a la superiora. Una vez, una vez sola, me visitó ésta en mi mazmorra. En esa ocasión me trató con la más inflexible crueldad. Me abrumó de reproches, se burló de mi fragilidad. Y cuando le imploré misericordia, me dijo que se la pidiera al Cielo, pues no la merecía en la tierra. Inclusive observó sin emoción a mi hijo inerte, y cuando se fue escuché que encomendaba a Camila que acentuase la severidad de mi cautiverio. ¡Mujer insensible! Pero déjenme contener mi resentimiento. Ha

expiado sus errores con su triste y abrupta muerte. ¡Descanse en paz! ¡Y que sus culpas sean olvidadas en el cielo, como yo le perdono mis sufrimientos en la tierra!

Así arrastré una desdichada existencia. Lejos de familiarizarme con mi prisión, la veía a cada instante con nuevo horror. El frío me parecía más penetrante e intenso, el aire más denso y pestilente. El cuerpo se me debilitó, afiebró y enflaqueció. No podía levantarme del lecho de paja y ejercitar mis miembros en los estrechos límites en que me permitía moverme el largo de mi cadena. Aunque extenuada, débil y fatigada, temblaba ante la posibilidad de que el sueño me venciera. Mi modorra era siempre interrumpida por algún espantoso insecto que reptaba sobre mí. A veces sentía el hinchado sapo, horrendo y nutrido con los vapores venenosos de la mazmorra, que arrastraba su asquerosa longitud sobre mi pecho. A veces el veloz lagarto frío me despertaba, dejando sus viscosas huellas sobre mi rostro y enredándoseme en los mechones del cabello desgreñado y pegoteado. Muchas veces, al despertar, encontraba los dedos envueltos por los largos gusanos que nacían en la carne corrompida de mi hijo. En esos momentos aullaba de terror y desamparo, y mientras me los quitaba de encima temblaba con toda la debilidad de una mujer.

Tal era mi situación cuando de pronto Camila enfermó. Una fiebre peligrosa, que se suponía infecciosa, la retuvo en cama. Todos, salvo la hermana lega encargada de cuidarla, la eludían con cuidado y temían contagiarse la enfermedad. Deliraba y en modo alguno podía atenderme. La superiora y las monjas que conocían el misterio me habían dejado últimamente por entero al cuidado de Camila. Por lo tanto, no se preocuparon más de mí, y se dedicaron a preparar la próxima festividad; es más que probable que no pensaran nunca en mí. Acerca de las razones de que Camila no bajara a verme me informó la madre Úrsula después de mi liberación. En aquel momento, yo estaba muy lejos de

sospechar la causa. Por el contrario, esperaba la aparición de mi carcelera, al principio con impaciencia y luego con desesperación. Pasó un día; siguió otro; llegó el tercero. ¡Y Camila no venía! ¡No había alimentos! Conocía el paso del tiempo por el desgaste de mi lámpara, para alimentar la cual, por fortuna, se me había dejado aceite para una semana. Supuse que, o bien las monjas me habían olvidado, o bien la superiora les había ordenado que me dejaran morir. Esta última idea me parecía la más probable; pero tan natural es el amor a la vida, que me estremecía de sólo pensar que fuese cierta. Aunque agobiada por toda clase de desdichas, mi existencia seguía siéndome querida, y temía perderla. Cada minuto que pasaba me demostraba que debía abandonar toda esperanza de rescate. Me había convertido en un esqueleto; la vista ya me fallaba y los miembros empezaban a ponérseme rígidos. Sólo podía expresar mi angustia y los retortijones del hambre que me mordía las fibras más íntimas con frecuentes gemidos cuyo triste sonido me devolvía el techo abovedado de la mazmorra. Me resigné a mi suerte; ya aguardaba el momento de la muerte, cuando mi ángel guardián, mi amado hermano, llegó a tiempo para salvarme. Mi vista, vaga y débil, al principio se negó a reconocerlo. Y cuando pude distinguir sus rasgos, el repentino estallido de regocijo fue demasiado grande para soportarlo. Me abrumó la oleada de júbilo de volver a ver a un amigo, y a un amigo tan querido para mí. La naturaleza no pudo soportar mis emociones y buscó refugio en la insensibilidad.

Ya saben cuánto debo a la familia de Villafranca. Pero lo que no pueden conocer es la medida de mi gratitud, ilimitada como la excelencia de mis benefactores. ¡Lorenzo! ¡Raimundo! ¡Nombres tan queridos para mí! Enséñenme a soportar con fortaleza este repentino paso del infortunio a la dicha. Hace poco cautiva, oprimida con cadenas, muerta de hambre, con el sufrimiento de todos los inconvenientes

del frío y la necesidad, excluida de la luz, de la sociedad; desesperada, abandonada y, según temía, olvidada. Y ahora devuelta a la vida y la libertad, gozando de todas las comodidades de la opulencia y el bienestar, rodeada por aquellos a quienes más amo y a punto de convertirme en esposa de quien hace tiempo está casado con mi corazón, mi felicidad es tan completa, tan perfecta, que mi espíritu apenas puede resistir su peso. Sólo un deseo queda sin satisfacer. Es el de ver a mi hermano recuperar su anterior salud, y saber que el recuerdo de Antonia se encuentra enterrado con ella en la tumba. Concedido eso, nada más tengo que desear. Confío en que mis sufrimientos anteriores hayan obtenido en el Cielo el perdón por mi momentánea flaqueza. Tengo plena conciencia de haber pecado grande y lastimosamente. Pero que mi esposo no dude de la corrección de mi futura conducta porque una vez haya vencido mi virtud. Fui frágil y equivocada; pero no cedí a la calidez de mi constitución física. Raimundo, me traicionó mi afecto por ti. Confiaba mucho en mis fuerzas, pero no dependía de tu honor menos que del mío. Había jurado no volver a verte. Si no hubiera sido por las consecuencias de ese momento de descuido, mi decisión se habría mantenido. El destino quiso otra cosa, y no puedo dejar de regocijarme ante su voluntad. Pero mi conducta fue muy culpable y, cuando trato de justificarme, me ruborizo al recordar mi imprudencia. Permítanme, entonces, olvidar este ingrato tema; mas primero te aseguro, Raimundo, que no tendrás motivo para arrepentirte de nuestra unión y que, cuanto más culpables hayan sido los errores de tu amada, más ejemplar será la conducta de tu esposa.

En este punto Inés dejó de hablar y el marqués le replicó en términos igualmente sinceros y afectuosos. Lorenzo expresó su satisfacción ante la perspectiva de establecer una relación tan estrecha con un hombre por

quien había abrigado la más alta estima. La bula papal había liberado plena y absolutamente a Inés de sus votos religiosos. Por lo tanto, la boda se celebró en cuanto se hicieron los preparativos necesarios, pues el marqués deseaba que la ceremonia se llevase a cabo con todo el esplendor y la pompa posibles. Cumplido eso, y una vez que la desposada recibió las felicitaciones de todo Madrid, partió con don Raimundo hacia el castillo que tenía en Andalucía. Lorenzo les acompañó, lo mismo que la marquesa de Villafranca y su encantadora hija. Inútil decir que también Theodore fue de la partida, y sería imposible describir su júbilo ante el casamiento de su amo. Antes de su partida, el marqués, para expiar en alguna medida su negligencia anterior, hizo algunas averiguaciones acerca de Elvira. Al descubrir que ella, lo mismo que su hija, habían recibido muchos servicios de Leonela y Jacinta, mostró su respeto a la memoria de su cuñada mediante hermosos regalos a las dos mujeres. Lorenzo siguió su ejemplo. Leonela se sintió muy halagada por las atenciones de nobles tan distinguidos, y Jacinta bendijo la hora en que su casa quedó hechizada. Por su parte, Inés no dejó de recompensar a sus amigas del convento. La digna madre Úrsula, a quien debía su libertad, fue nombrada, a su pedido, directora de las "Damas de Caridad". Ésta era una de las mejores y más opulentas sociedades de toda España. Berta y Cornelia, que no querían abandonar a su amiga, fueron designadas para ocupar cargos principales en el mismo establecimiento. En cuanto a las monjas que habían ayudado a la superiora a perseguir a Inés, Camila, que guardaba cama por su enfermedad, pereció en las llamas que consumieron el convento de Santa Clara. Mariana, Alicia y Violante, así como otras dos, cayeron víctimas de la furia popular. Las tres restantes que en el consejo apoyaron la sentencia de la superiora fueron censuradas con severidad y desterradas a casas religiosas de provincia oscuras y distantes. Allí languidecieron unos años,

avergonzadas de su anterior debilidad, y sus compañeras las eludieron con aversión y desprecio.

Tampoco se permitió que quedase sin recompensa la fidelidad de Flora. Consultados sus deseos, se declaró impaciente por volver a visitar su tierra natal. En consecuencia, se le procuró un pasaje para Cuba, adonde llegó a salvo, cargada de presentes de Raimundo y Lorenzo.

Saldadas las deudas de gratitud, Inés quedó en libertad de llevar adelante su plan favorito. Alojados en la misma casa, Lorenzo y Virginia estaban siempre juntos. Cuanto más la veía, más se convencía él de los méritos de la muchacha. Por su parte, ella se esforzaba en complacerlo y resultaba imposible que no lo lograse. Lorenzo contemplaba con admiración su hermosa persona, sus elegantes modales, sus innumerables talentos y dulce disposición. También lo halagaba mucho la predisposición de ella en su favor, que no sabía ocultar. Pero sus sentimientos no tenían el carácter ardiente que había singularizado su afecto por Antonia. La imagen de la arrobadora y desdichada joven vivía aún en su corazón y frustraba todos los esfuerzos de Virginia por desplazarla. Aun así, cuando el duque le propuso a Lorenzo la unión, que tanto deseaba, su sobrino no rechazó el ofrecimiento. Las insistentes súplicas de sus amigos y los méritos de la dama vencieron su resistencia a adquirir nuevos compromisos. Hizo su pedido al marqués de Villafranca, y fue aceptado con alegría y gratitud. Virginia se convirtió en su esposa y jamás le dio motivos para arrepentirse de su elección. Su estima por ella crecía de día en día. Los constantes esfuerzos de Virginia por complacerlo no podían dejar de tener éxito. El afecto de Lorenzo adquirió matices más intensos y cálidos. La imagen de Antonia se fue borrando poco a poco de su pecho, y Virginia quedó como única dueña de ese corazón que tanto merecía poseer sin compartirlo.

Los años restantes de Raimundo e Inés, de Lorenzo y Virginia, fueron tan dichosos como los que pueden tocarles en suerte a los mortales, nacidos para ser víctimas de la pena y juguetes de la desilusión. Las agudas congojas con que habían sido agobiados les hacían pensar con ligereza en todos los dolores que se presentaban. Habían sentido los dardos más agudos del carcaj de la desdicha. Los que quedaban parecían romos en comparación. Después de capear las peores tormentas del destino, contemplaban con calma sus terrores. O si alguna vez sentían los huracanes ocasionales de la aflicción, les parecían suaves como los céfiros que soplan en verano sobre los mares.

CAPÍTULO XII

Era un demonio cruel y despreciable;
Ninguno peor tenía el infierno en su sombrío mundo.
Por orgullo, ingenio, furia y rencor acicateado,
Del hombre, bueno o malo por igual, era enemigo.

JAMES THOMSON

Al día siguiente de la muerte de Antonia, Madrid fue escenario de una gran consternación y asombro. Un soldado que había presenciado el episodio en la cripta relató, indiscreto, las circunstancias del asesinato; también nombró al culpable. No tuvo parangón la confusión que esta noticia provocó entre los devotos. La mayoría no creyó en ella y fue por su cuenta a la abadía para confirmarla. Ansiosos de evitar la vergüenza a que la mala conducta de su abad había expuesto a toda la congregación, los monjes aseguraron a los visitantes que Ambrosio se veía impedido de recibirlos como de costumbre, porque estaba enfermo y por ninguna otra causa. El intento no tuvo éxito. Como la misma excusa se repetía día tras día, la historia del soldado poco a poco ganó adeptos. Los partidarios del acusado lo abandonaron; nadie abrigaba dudas sobre su culpa; y quienes antes se habían mostrado más entusiastas en su elogio eran ahora los que más vociferaban su condenación.

Mientras su inocencia o su culpa se debatían en Madrid con la máxima acrimonia, Ambrosio era presa de los remordimientos de la ruindad consciente y de los terrores ante el castigo que pendía sobre él. Cuando miraba hacia atrás y veía la altura en que se encontraba antes, por todos honrado y respetado, en paz con el mundo y consigo mismo, casi no podía creer que fuese en verdad el culpable cuyos delitos y destino no se atrevía a considerar. Apenas unas pocas semanas habían transcurrido desde que era puro y virtuoso, cortejado por los más sabios y nobles de Madrid y admirado por el pueblo con una reverencia que rayaba en la idolatría. Ahora se veía manchado por los pecados más monstruosos y abominables, objeto de execración universal, prisionero del Santo Oficio y tal vez condenado a perecer en medio de las más horrendas torturas. No podía abrigar la esperanza de engañar a sus jueces; las pruebas de su crimen eran demasiado evidentes. El hecho de encontrarse en la cripta a una hora tan tardía, su confusión al ser descubierto, la daga que en su primera alarma admitió que había ocultado y la sangre que salpicó sus hábitos al brotar de la herida de Antonia constituían suficientes indicios de que era el asesino. Esperó con aflicción el día en que se abriera la causa. Carecía de recursos que lo consolaran en su congoja. La religión no podía inspirarle fortaleza. Si leía los libros de moral que se le ponían en las manos, no veía en ellos más que la enormidad de sus delitos. Si trataba de rezar, recordaba que no merecía la protección del Cielo y juzgaba que sus actos eran tan monstruosos que sobrepasaban la infinita bondad de Dios. Para cualquier otro pecador, entendía, debía existir una esperanza, pero no para él. Estremecido por el pasado, angustiado por el presente y temiendo el futuro, así pasó los pocos días que precedieron al señalado para su juicio.

Y el día llegó. A las nueve de la mañana abrieron la puerta de su prisión y entró su carcelero, ordenándole que lo

siguiera. Obedeció, tembloroso. Se lo condujo a un espacioso salón con colgaduras de tela negra. En el estrado se hallaban sentados tres hombres graves, de aspecto severo, con vestiduras también negras. Uno era el Gran Inquisidor, a quien la importancia de la causa había inducido a participar en persona. Ante una mesa más pequeña, a cierta distancia, se sentaba el secretario, provisto de todos los implementos necesarios para escribir. Se pidió a Ambrosio que avanzara y se ubicase en el extremo más apartado del estrado. Cuando miró hacia abajo, vio en el suelo, dispersos, varios instrumentos de hierro. Sus formas le eran desconocidas, pero su aprensión adivinó enseguida que eran aparatos de tortura. Palideció, y con alguna dificultad consiguió no caer al suelo.

Reinaba un profundo silencio, salvo cuando los inquisidores cuchicheaban entre sí misteriosamente. Pasó casi una hora y a cada segundo los temores de Ambrosio se volvían más punzantes. Al cabo, una puertecita, enfrentada a aquella por la cual había entrado al salón, chirrió sobre sus goznes. Apareció un funcionario, seguido por la bella Matilde. El cabello le colgaba, desordenado, en torno del rostro, tenía las mejillas pálidas y los ojos apagados y hundidos. Lanzó una mirada de tristeza hacia Ambrosio; éste le respondió con otra de aversión y reproche. La sentaron frente a él. Una campana sonó entonces tres veces. Era la señal para iniciar el juicio, y los inquisidores se dedicaron a su tarea.

En estos juicios no se menciona la acusación ni el nombre del acusador. Sólo se pregunta a los prisioneros si confesarán. Si contestan que, como no han delinquido, no pueden hacer una confesión, se los tortura sin demora. Esto se repite a intervalos, hasta que los sospechosos admiten su culpabilidad o hasta que la perseverancia de los examinadores se desgasta o agota. Pero sin un reconocimiento directo de la culpa, la Inquisición jamás

pronuncia la condena final de los prisioneros. En general se permite que transcurra mucho tiempo sin interrogarlos; pero el juicio de Ambrosio se había apresurado debido a que pocos días más tarde se llevaría a cabo un solemne auto de fe, en el cual los inquisidores pretendían que el distinguido culpable desempeñara un papel y ellos estuviesen en condiciones de prestar testimonio de su diligencia.

Al abad no se lo acusaba solamente de violación y asesinato, también se le imputaba el delito de hechicería, que recayó igualmente sobre Matilde. Había sido capturada como cómplice en el asesinato de Antonia. Al registrar su celda se encontraron varios libros e instrumentos sospechosos que justificaban la acusación presentada contra ella. Para incriminar al monje se presentó el espejo constelado, que Matilde había dejado por accidente en la celda de él. Las extrañas figuras grabadas llamaron la atención de don Ramiro, mientras registraba la celda; por lo tanto, se lo llevó consigo. Se lo mostró al Gran Inquisidor quien, después de estudiarlo un rato, tomó una crucecita de oro que le colgaba del cinto y la depositó sobre el espejo. En el acto se oyó un fuerte estruendo, parecido a un trueno, y el acero se rompió en mil pedazos. Esta circunstancia confirmó la sospecha de que el monje se dedicaba a la magia. Inclusive se supuso que su anterior influencia en el espíritu de la gente se debía por entero a artes de brujería.

Decididos a hacerle confesar no sólo los crímenes que había cometido sino también aquellos de los cuales era inocente, los inquisidores iniciaron su examen. Aunque temía las torturas como temía la muerte, que lo entregaría a los tormentos eternos, el abad afirmó su pureza con voz firme y decidida. Matilde imitó su ejemplo, pero habló con miedo y temblorosa. Luego de exhortarlo en vano a confesar, los inquisidores ordenaron que se lo atormentase. El mandato se ejecutó enseguida. Ambrosio sufrió los dolores más agudos que jamás hubiese inventado la crueldad

humana. Pero tan temible es la muerte, cuando la acompaña la culpa, que tuvo suficiente fortaleza como para persistir en su negativa. Por consiguiente, se redoblaron los tormentos y no se lo dejó hasta que desvanecido por exceso de dolor, la insensibilidad lo rescató de manos de sus atormentadores.

A continuación ordenaron que se torturase a Matilde, pero aterrorizada por la visión de los sufrimientos del fraile, el valor la abandonó por completo. Cayó de rodillas, reconoció sus tratos con los espíritus infernales y afirmó que había presenciado el asesinato de Antonia por el monje. En cuanto al delito de brujería, se confesaba la única responsable y sostuvo que Ambrosio era inocente en ese aspecto. No se creyó en esta última afirmación. El abad había recobrado el sentido a tiempo para escuchar la confesión de su cómplice, pero se encontraba demasiado debilitado por lo ya sufrido como para poder soportar nuevos tormentos en ese instante. Se le ordenó que volviera a su celda, pero primero se le informó que en cuanto recobrase las fuerzas debía prepararse para un segundo interrogatorio. Los inquisidores abrigaban la esperanza de que para entonces se mostrara menos endurecido y obstinado. A Matilde se le anunció que debía expiar su delito en el fuego del próximo auto de fe. Todas sus lágrimas y ruegos no lograron una mitigación de su suerte, y se la sacó por la fuerza, a rastras, de la sala del tribunal.

Cuando volvió a su mazmorra, los sufrimientos del cuerpo de Ambrosio eran mucho más tolerables que los de su mente. Sus miembros dislocados, las uñas arrancadas de pies y manos y los dedos triturados y quebrados bajo la presión de prensas eran superados en angustia por la agitación de su alma y la vehemencia de sus terrores. Comprendió que, culpable o inocente, sus jueces estaban dispuestos a condenarlo. El recuerdo de lo que su negativa ya le había costado lo asustó ante la idea de que se lo atormentara de nuevo y casi lo indujo a confesar sus delitos.

Pero otra vez pasaron por su mente las consecuencias de su confesión y lo dejaron de nuevo indeciso. Sería inevitable su muerte, una muerte pavorosa. Había escuchado la condena de Matilde y no dudaba de que se le reservaba una igual. Se estremeció al pensar en el auto de fe, ante la idea de perecer en medio de las llamas, ¡y de escapar de tormentos soportables, nada más que para pasar a otros más sutiles y duraderos! ¡Con qué pavor dirigió su mirada hacia el espacio que se abría más allá de la tumba! Y no pudo ocultarse que con suma justicia debía temer la venganza del Cielo. En ese laberinto de terrores, habría preferido refugiarse en la penumbra del ateísmo, negar la inmortalidad del alma, convencerse de que, una vez cerrados los ojos, no volvería a abrirlos, y que el mismo momento aniquilaría a la vez su alma y su cuerpo. Pero hasta ese recurso le estaba negado. Sus conocimientos eran demasiado amplios, su comprensión demasiado sólida y justa, para permitirle entregarse a la falacia de esa creencia. No podía dejar de sentir la existencia de Dios. Esas verdades, que otrora constituían su consuelo, ahora se presentaban ante él bajo la luz más clara, pero sólo servían para llevarlo al aturdimiento. Destruían sus infundadas esperanzas de escapar al castigo; y disipados por la irresistible luminosidad de la verdad y la convicción, los engañosos vapores de la filosofía se esfumaban como un sueño.

Esperó el momento en que volvería a ser examinado con una aflicción demasiado grande para que la soportara el cuerpo mortal. Se ocupó en urdir ineficaces planes para eludir el castigo presente y el futuro. Del primero era imposible huir; la desesperación le hizo olvidar el único medio de evitar el segundo. En tanto que la Razón lo empujaba a reconocer la existencia de Dios, la Conciencia le hacía olvidar lo infinito de su bondad. No creía que un pecador como él pudiese encontrar perdón. No había caído en el error por engaño; la ignorancia no podía darle una

excusa. Había visto el vicio con sus verdaderos colores. Antes de cometer sus delitos computó hasta el último escrúpulo de su peso, y sin embargo los cometió.

-¿Perdón? -gritaba en un acceso de frenesí. ¡Oh, no puede haberlo para mí!

Persuadido de ello, en lugar de humillarse en penitencia, deplorar su culpa y emplear las pocas horas que le quedaban en maldecir la ira del Cielo, se abandonó a arrebatos de cólera desesperada; se lamentó por el castigo de sus crímenes, no por haberlos cometido, y exhaló la desolación de su pecho en ociosos suspiros, en vanas lamentaciones, en blasfemia y desesperación. Cuando los pocos rayos de luz que atravesaban los barrotes del ventanillo de su prisión desaparecieron poco a poco, reemplazados por la pálida lámpara parpadeante, sintió que sus temores se redoblaban y sus ideas se volvieron más torvas, más solemnes, más desalentadas. Temía la llegada del sueño. En cuanto se le cerraron los ojos, fatigados por las lágrimas y la vigilia, parecieron concretarse las aterradoras visiones que ocuparon su mente durante el día. Se encontró en dominios sulfurosos y en ardientes cavernas, rodeado de demonios designados como sus atormentadores, que lo sometieron a una variedad de torturas, cada una más horrenda que la anterior. En medio de estas afligentes escenas vagaban los fantasmas de Elvira y su hija. Le reprochaban sus muertes, relataban sus crímenes a los demonios y los instaban a infligirle tormentos de crueldad más refinada aún. Tales eran las imágenes que flotaban ante sus ojos durante el sueño; no desaparecieron hasta que el reposo fue perturbado por el exceso de padecimiento. Entonces se levantaba de un salto del suelo en que se hallaba tendido, con la frente empapada en un sudor frío, y la mirada enloquecida y frenética. Y sólo cambiaba la terrible certidumbre por conjeturas apenas más soportables. Recorría su mazmorra con pasos desordenados;

miraba con pavor la oscuridad que lo rodeaba y a menudo gritaba:

-¡Oh, temible es la noche de los culpables!

Se acercaba el día de su segundo interrogatorio. Se lo obligó a beber cordiales cuyas virtudes estaban destinadas a restablecer su fuerza corporal y permitirle soportar más tiempo la tortura. En la noche que precedió a ese temido día, sus temores no le permitieron dormir. Eran tan violentos que casi anulaban sus poderes mentales. Se sentó, como atontado, cerca de la mesa en que su lámpara ardía apenas. La desesperación encadenó sus facultades a la idiotez, y durante algunas horas fue incapaz de hablar o moverse, o siquiera pensar.

-¡Mira, Ambrosio! -dijo una voz con acentos muy conocidos para él.

El monje se sobresaltó y levantó su mirada triste. Ante él se encontraba Matilde. Había abandonado sus hábitos religiosos. Ahora llevaba puesto un vestido de mujer, a la vez elegante y espléndido; una profusión de diamantes brillaba sobre él y tenía el cabello ceñido por una guirnalda de rosas. En la mano derecha sostenía un librito; una viva expresión de placer se leía en su rostro... pero todavía se veía, mezclada a ella, una loca majestuosidad imperiosa que inspiró pavor en el monje y en cierta medida reprimió su alborozo al verla.

-¿Tú aquí, Matilde? -exclamó por fin. ¿Cómo pudiste entrar? ¿Dónde están tus cadenas? ¿Qué significa esa magnificencia y la alegría que te brilla en los ojos? ¿Se apiadaron tus jueces? ¿Hay alguna posibilidad de que yo escape? ¡Contéstame, por piedad, y dime qué debo esperar o temer!

-¡Ambrosio! -replicó ella con expresión de altanera dignidad. He burlado la furia de la Inquisición. Estoy libre; pocos momentos más interpondrán reinos entre estas mazmorras y yo. ¡Pero compré mi libertad a un precio muy caro y atroz! ¿Te atreves a hacer el mismo pago, Ambrosio?

¿Te atreves a saltar sin temor sobre los límites que separan a los hombres de los ángeles...? Callas... Me miras con ojos de sospecha y alarma... Leo en tus pensamientos y confieso su justicia. Sí, Ambrosio, lo sacrifiqué todo por la vida y la libertad. ¡Ya no soy aspirante al Cielo! Renuncié al servicio de Dios y me alisté bajo las banderas de sus enemigos. El hecho ya no tiene remedio; pero si estuviese en mis manos echarme atrás, no lo haría. ¡Oh, mi amigo, expirar en medio de tales tormentos, morir entre maldiciones y execraciones, soportar los insultos de una chusma exasperada, verse expuesta a todas las mortificaciones de la vergüenza e infamia! ¿Quién puede pensar sin horror en semejante suerte? Deja, pues, que me alboroce con mi cambio. Vendí una felicidad distante e incierta por otra presente y segura. Conservé una vida que de otro modo habría perdido por la tortura, ¡y obtuve la oportunidad de procurarme todos los placeres que pueden hacer deliciosa la vida! Los espíritus infernales me obedecen como a su soberana; con su ayuda, mis días pasarán en todos los refinamientos del lujo y el goce. Disfrutaré sin límites de la satisfacción de mis sentidos; todas las pasiones serán colmadas hasta la saciedad, ¡y entonces pediré a mis servidores que inventen nuevos placeres, que revivan y estimulen mis apetitos ahítos! Me impaciento por ejercer mi dominio recién adquirido. Ansío estar en libertad. Nada me retendrá un momento más en esta aborrecible morada, sino la esperanza de convencerte de que sigas mi ejemplo. Ambrosio, aún te amo; nuestra mutua culpa y peligro te han hecho más querido que nunca para mí y aspiro a salvarte de la destrucción inminente. Llama, pues, a la decisión en tu ayuda, y renuncia, por los beneficios inmediatos y ciertos, a las esperanzas de una salvación difícil de obtener y quizá completamente errónea. Despréndete del prejuicio de las almas vulgares, ¡abandona a Dios, quien te abandonó, y elévate al nivel de los seres superiores!

Se interrumpió para esperar la respuesta del monje; éste se estremeció al darla.

-¡Matilde! -dijo luego de un prolongado silencio, con voz baja e insegura. ¿Qué precio pagaste por la libertad?

Ella le respondió con acento firme e impávido.

-¡Mi alma, Ambrosio!

-¡Desdichada mujer, qué hiciste! ¡Dentro de unos pocos años, qué enormes serán tus sufrimientos!

-¡Hombre débil, cuando pase esta noche, qué horrendos serán los tuyos! ¿Recuerdas los que ya soportaste? Mañana tendrás que tolerar tormentos doblemente intensos. ¿Recuerdas los horrores de un ígneo castigo? ¡Dentro de dos días serás llevado como víctima a la hoguera! ¿Qué será de ti entonces? ¿Sigues atreviéndote a esperar el perdón? ¡Piensa en tus crímenes! ¡Piensa en tu lujuria, tu perjurio, inhumanidad e hipocresía! ¡Piensa en la inocente sangre que clama venganza al trono de Dios, y después espera la misericordia! ¡Después sueña con el cielo y suspira por mundos de luz y reinos de paz y placer! ¡Absurdo! Abre los ojos, Ambrosio, y sé prudente. El infierno es tu destino; estás condenado a la perdición eterna; nada hay más allá de tu tumba, sino un abismo de llamas devoradoras. ¿Quieres, entonces, correr hacia ese infierno? ¿Abrazarás la perdición antes que sea necesario? ¿Te hundirás en esas llamas cuando aún tienes poder para eludirlas? Sería la acción de un demente. No, no, Ambrosio; huyamos, mientras sea posible, de la divina venganza. Escucha mi consejo, compra con un momento de valentía una felicidad de años; goza del presente y olvida que un futuro queda más allá.

-Matilde, tus consejos son peligrosos. No me atrevo, no quiero seguirlos. No debo abandonar mi derecho a la salvación. Mis crímenes son monstruosos, pero Dios es piadoso y no desesperaré de obtener el perdón.

-¿Ésa es tu decisión? Nada más tengo que decir. ¡Vuelo al júbilo y la libertad y te abandono a tu muerte y tus eternos tormentos!

-¡Pero quédate un momento, Matilde! Tú das órdenes a los demonios infernales; puedes abrir las puertas de esta prisión puedes liberarme de estas cadenas que me aplastan. ¡Sálvame, te lo imploro, y sácame de este lugar de pavor!

-Pides lo único que no está en mi poder conceder. Me está prohibido ayudar a un hambre de iglesia que es partidario de Dios. Renuncia a esos títulos y te obedezco.

-No venderé mi alma a la perdición.

-Insiste en tu obstinación hasta llegar a la hoguera; entonces arrepiéntete de tu error y suspira por la huida cuando el momento haya pasado. Te dejo... Pero antes de que llegue la hora de la muerte, si te ilumina la sabiduría, escucha los medios de reparar tu falta de ahora. Te dejo este libro. Lee las cuatro primeras líneas de la séptima página al revés. El espíritu que ya viste una vez se presentará inmediatamente ante ti. Si eres prudente, volveremos a encontrarnos. ¡Si no, adiós para siempre!

Dejó caer el libro al suelo. Una nube de fuego azul la envolvió. Saludó con la mano a Ambrosio y desapareció. El momentáneo resplandor que las llamas derramaron en la mazmorra, al disiparse de repente, pareció acentuar su lobreguez natural. La solitaria lámpara apenas daba suficiente luz para guiar al monje a una silla. Se dejó caer en el asiento, cruzó sus brazos, apoyó la cabeza sobre la mesa y se hundió en reflexiones desconcertantes e inconexas.

Aún seguía en esa actitud cuando la puerta de la prisión, al abrirse, lo despertó de su sopor. Fue llamado a presentarse ante el Gran Inquisidor. Se puso de pie y siguió a su carcelero con pasos vacilantes. Se lo llevó a la misma sala, se lo ubicó ante los mismos examinadores y se le volvió a preguntar si confesaría. Contestó, como antes, que, como no había cometido delitos, ninguno podía reconocer. Pero

cuando los verdugos lo prepararon para atormentarlo, cuando vio los instrumentos de tortura y recordó los padecimientos que ya le habían infligido, su decisión flaqueó. Olvidando las consecuencias y ansioso sólo de escapar a los terrores del momento, hizo una amplia confesión. Reveló todos los detalles de su culpa y reconoció, no sólo los delitos de que se lo acusaba, sino aquellos de los cuales jamás se lo había considerado sospechoso. Al interrogársele sobre la fuga de Matilde, que tanta confusión había creado, confesó que se había vendido a Satán y que debía su huida a artes de brujería. Aseguró a sus jueces que, por su parte, nunca había entrado en tratos con los espíritus infernales; pero la amenaza de ser torturado lo hizo declararse hechicero y hereje y cualquier otra denominación que los inquisidores quisieron imputarle. Como consecuencia de esa admisión, su sentencia fue pronunciada enseguida. Se le ordenó que se preparase a morir en el auto de fe que se solemnizaría a las doce de esa noche. La hora se elegía según la idea de que, acentuado el horror de las llamas por la oscuridad de la medianoche, la ejecución produciría mayor efecto en la mente del pueblo.

Ambrosio, más muerto que vivo, quedó a solas en su mazmorra. El momento en que se pronunció el horrible decreto resultó casi el de su extinción. Aguardaba con desesperación la llegada del día siguiente, y sus terrores aumentaron al acercarse la medianoche. A veces se hundía en un torvo silencio; otras, desvariaba con delirante pasión, se retorcía las manos y maldecía la hora en que vio la luz por vez primera. En uno de esos momentos su mirada cayó en el misterioso regalo de Matilde. Sus arrebatos de cólera quedaron en suspenso por el momento. Contempló el libro con fijeza; lo recogió pero enseguida lo arrojó con espanto. Recorrió con pasos rápidos su mazmorra... Se detuvo y volvió a clavar la vista en el lugar en que había caído el libro. Pensó que allí tenía por lo menos un recurso para salvarse

de la suerte que lo aterraba. Se inclinó y lo recogió por segunda vez. Durante un tiempo permaneció estremecido e indeciso; ansiaba poner a prueba el encantamiento, pero temía sus consecuencias. Por último, el recuerdo de su sentencia terminó con su irresolución. Abrió el volumen, pero su agitación era tan grande que al principio buscó en vano la página mencionada por Matilde. Avergonzado, llamó en su ayuda a toda su valentía. Llegó a la séptima página; comenzó a leerla en voz alta, pero sus ojos se apartaban a menudo del libro y giraban con ansiedad en busca del espíritu que quería pero temía ver. Insistió, y con voz insegura, y con frecuentes interrupciones, consiguió terminar las cuatro primeras líneas de la página.

Estaban escritas en un idioma cuyo sentido le resultaba por entero desconocido. Apenas pronunció la última palabra cuando se hicieron evidentes los efectos del encantamiento. Se escuchó un trueno fortísimo, la prisión se conmovió hasta sus cimientos, un rayo estalló en la celda y al instante siguiente, traído por remolinos sulfurosos, Lucifer volvió a encontrarse frente a él por segunda vez. Pero no llegó como cuando, ante el llamado de Matilde, adoptó la forma de un serafín para engañar a Ambrosio. Apareció en toda la fealdad que soportaba desde su caída del cielo. Sus miembros malditos ostentaban todavía la marca del rayo del Todopoderoso. Una densa oscuridad se extendía sobre su gigantesco cuerpo; sus manos y pies iban armados de largas garras. La furia ardía en sus ojos y habría aterrorizado al corazón más denodado. Sobre sus gigantescos hombros se agitaban dos enormes alas negras, y su cabello estaba formado por serpientes vivas, que se le enroscaban en la frente dando atroces silbidos. En una mano llevaba un rollo de pergamino, en la otra una pluma de hierro. Los relámpagos seguían llameando a su alrededor, y el trueno, con repetidos estallidos, parecía anunciar el fin de la naturaleza.

Aterrorizado ante una aparición tan distinta a la que esperaba, Ambrosio se quedó mirando al demonio, privado de la capacidad del habla. El trueno había dejado de resonar; un profundo silencio reinaba en la mazmorra.

-¿Para qué se me convoca! -preguntó el demonio, con una voz que las neblinas sulfurosas habían humedecido hasta la ronquera.

Ante el sonido, la naturaleza pareció temblar. Un violento estremecimiento sacudió el suelo, acompañado por nuevos truenos, más fuertes y aterradores.

Por fin pudo Ambrosio responder a la pregunta del demonio.

-Estoy condenado a morir -dijo con voz tenue, y la sangre se le heló cuando miró a su horrendo visitante. ¡Sálvame! ¡Sácame de aquí!

-¿Se me pagará la recompensa de mis servicios? ¿Te atreves a abrazar mi causa? ¿Serás mío en cuerpo y alma? ¿Estás dispuesto a renunciar a quien te hizo, a quien murió por ti? Sólo debes contestar "¡Sí!", y Lucifer es tu esclavo.

-¿No te conformarás con un precio menor? ¿Nada te puede satisfacer salvo mi condenación eterna? Espíritu, pides demasiado. Pero sácame de esta mazmorra. Sé mi servidor por una hora y yo seré tuyo por mil años. ¿No basta con esta oferta?

-No. Debo tener tu alma; debe ser mía, mía para siempre.

-¡Insaciable demonio! No me condenaré a tormentos eternos. No abandonaré mis esperanzas de ser perdonado algún día.

-¿No? ¿En qué quimera se basan, entonces, tus esperanzas? ¡Miope mortal! ¡Pobre desdichado! ¿No eres culpable? ¿No eres infame a los ojos de los hombres y los ángeles? ¿Pueden perdonarse tan enormes pecados? ¿Esperas escapar a mi poder? Tu suerte ya está echada. El

Eterno te abandonó. Como mío estás marcado en el libro del destino y mío debes ser y serás.

-¡Demonio! Eso es falso. Infinita es la misericordia del Todopoderoso y el penitente encontrará su perdón. Mis crímenes son monstruosos, pero no desespero de ser perdonado. Tal vez, cuando haya recibido su debido castigo...

-¿Castigo? ¿El purgatorio fue hecho para culpas como la tuya? ¿Esperas que tus delitos sean comprados por las oraciones de vejetes supersticiosos y monjes holgazanes? ¡Ambrosio, sé prudente! Debes ser mío. Estás condenado a las llamas, pero puedes evitarlas por el momento. Firma este pergamino. Te sacaré de aquí y podrás pasar en deleites y libertad los años que te restan. Goza de tu existencia. Dedícate a todos los placeres a que pueda inducirte tu apetito. Pero desde el momento en que abandone tu cuerpo, recuerda que tu alma me pertenece y que no me dejaré despojar de mi derecho.

El monje guardó silencio, pero su expresión delataba que las palabras del tentador no habían sido pronunciadas en vano. Pensó con horror en las condiciones propuestas. Por otro lado, se creía condenado a la perdición, y si rechazaba la ayuda del demonio no hacía más que apresurar las torturas, de las que jamás podría escapar. Lucifer advirtió que la decisión del monje vacilaba. Renovó sus instancias y se esforzó por aumentar la irresolución del abad. Describió con los más terribles colores los dolores de la muerte, y trabajó con tanta energía en la desesperación y los temores de Ambrosio que consiguió que recibiese el pergamino. Luego clavó la pluma que llevaba en una vena de la mano izquierda del monje. La introdujo a fondo, y en el acto se llenó de sangre. Pero Ambrosio no experimentó dolor alguno con la herida. La pluma le fue puesta en la mano. Tembló. El desdichado colocó el pergamino en la mesa,

ante sí, y se dispuso a firmar. De pronto detuvo la mano; se apartó deprisa y arrojó la pluma sobre la mesa.

-¿Qué hago? -exclamó. Se volvió hacia el demonio con expresión desesperada. ¡Déjame! ¡Vete! No firmaré el pergamino.

-¡Tonto! -gritó el desilusionado demonio, y le lanzó miradas tan furiosas que impregnaron de horror el alma del fraile ¿Así se bromea conmigo? ¡Ve, pues! Delira entre padecimientos, expira torturado, ¡y aprende luego la medida de la misericordia del Eterno! ¡Pero ten cuidado de volver a burlarte de mí! No me llames más hasta que hayas resuelto aceptar mi ofrecimiento. Convócame por segunda vez para despedirme así, ociosamente, y estas garras te harán mil pedazos. Habla una vez más: ¿firmarás el pergamino?

-No. Déjame. ¡Vete! Enseguida se escuchó el horrible rodar del trueno. Otra vez la tierra tembló con violencia; la mazmorra se estremeció con fuertes aullidos y el demonio voló con blasfemias y maldiciones.

Al principio el monje se regocijó de haber resistido a las artes del seductor y de haber logrado un triunfo sobre el enemigo de la humanidad. Pero, a medida que se acercaba la hora del castigo, sus anteriores terrores revivían en su corazón. El momentáneo reposo del miedo parecía haberles dado nuevo vigor. Cuanto más se acercaba el instante, más temía aparecer ante el trono de Dios. Se estremeció al pensar en lo pronto que se hundiría en la eternidad... en que encontraría los ojos del Creador, a quien había ofendido tan gravemente. La campana anunció la medianoche. Era la señal para ser conducido a la hoguera. Cuando escuchó la primera campanada, la sangre dejó de circularle en las venas. Creyó que cada nuevo sonido hablaba de muerte y tortura. Esperaba ver a los soldados entrar en su prisión. Cuando la campana dejó de resonar, tomó el volumen mágico en un acceso de desesperación. Lo abrió, buscó con apresuramiento la séptima página y, como si temiera

permitirse un momento de reflexión, recorrió con rapidez las líneas fatales. Acompañado por sus horrores anteriores, Lucifer volvió a presentarse ante el tembloroso fraile.

-Me llamaste -dijo el demonio. ¿Estás decidido a ser prudente? ¿Aceptarás mis condiciones? Ya las conoces. Renuncia a tu derecho a la salvación, entrégame tu alma, y en el acto te saco de esta mazmorra. Todavía hay tiempo. Decídete o será demasiado tarde. ¿Quieres firmar el pergamino?

-Debo hacerlo... El destino me empuja... Acepto tus condiciones.

-Firma el pergamino -respondió el demonio con tono alborozado.

El contrato y la pluma ensangrentada yacían sobre la mesa. Ambrosio se acercó a ellos. Se dispuso a firmar. Un momento de reflexión lo hizo vacilar.

-¡Escucha! -gritó el tentador. Ya vienen. Rápido. Firma el pergamino y te saco de aquí en este momento.

En efecto, se oyó acercarse a los soldados designados para llevar a Ambrosio a la hoguera. El ruido estimuló al monje en su decisión.

-¿Cuál es el sentido de este escrito? -preguntó.

-Hace mía para siempre tu alma, sin reservas.

-¿Qué recibo en cambio?

-Mi protección y la libertad. Fírmalo, y en este mismo instante te llevo.

Ambrosio tomó la pluma. La acercó al pergamino. Volvió a faltarle valor. Sintió un ramalazo de dolor en el corazón y otra vez arrojó la pluma sobre la mesa.

-¡Débil y pueril! -gritó el exasperado demonio. ¡Basta de locuras! Firma el escrito ya mismo o te sacrifico a mi ira.

En ese momento se descorrió el cerrojo de la puerta exterior. El prisionero oyó el repiqueteo de cadenas; cayeron las pesadas barras; los soldados estaban a punto de entrar. Urgido por el frenesí del inminente peligro, atemorizado

ante la proximidad de la muerte, espantado por las amenazas del demonio y sin ver ya otro medio para escapar de la destrucción, el desdichado monje obedeció. Firmó el contrato fatal y lo puso deprisa en manos del espíritu del mal, cuyos ojos, al recibir el regalo, brillaron de malicioso embeleso.

-¡Tómalo! -dijo el abandonado de Dios. ¡Y ahora sálvame! ¡Sácame de aquí!

-¡Un momento! ¿Renuncias libre y absolutamente a tu Creador y a su Hijo?

-¡Sí! ¡Sí!

-¿Me entregas tu alma para siempre?

-¡Para siempre!

-¿Sin reservas o subterfugios? ¿Sin futuras apelaciones a la misericordia divina? La última cadena había caído en la puerta de la prisión. Se oyó la llave que giraba en la cerradura. La puerta de hierro ya chirriaba pesadamente sobre sus goznes herrumbrados...

-¡Soy tuyo para siempre y en forma irrevocable! -gritó el monje, enloquecido de terror. Abandono todo derecho a la salvación. No tengo más poder que el tuyo. ¡Oye, oye, ya vienen! ¡Oh, sálvame, llévame!

-¡He triunfado! Eres mío sin remisión, y cumpliré con mi promesa.

Mientras hablaba, la puerta se abrió. En el acto, el demonio tomó uno de los brazos de Ambrosio, abrió sus anchas alas y saltó con él al aire. El techo se abrió cuando se elevaron y volvió a cerrarse cuando dejaron las mazmorras.

Entretanto, el carcelero se sintió poseído por la máxima sorpresa al comprobar la desaparición de su prisionero. Aunque ni él ni los soldados llegaron a tiempo para presenciar la fuga del monje, el olor sulfuroso que predominaba en la prisión fue para ellos suficiente información de la ayuda que lo había liberado. Se apresuraron a presentar su informe al Gran Inquisidor. La

historia de cómo un hechicero había sido llevado por el Demonio corrió muy pronto por Madrid, y durante varios días toda la ciudad se dedicó a hablar del tema. Poco a poco dejó de ser motivo de conversaciones. Sucedieron otros episodios cuya novedad atraía la atención general, y Ambrosio pronto fue olvidado tan completamente como si jamás hubiese existido. Mientras esto ocurría, el monje, sostenido por su guía infernal, atravesaba el aire con la velocidad de una flecha, y pocos momentos después se encontraba al borde de un precipicio, el más hondo de Sierra Morena.

Aunque rescatado de la Inquisición, Ambrosio aún no conocía las bendiciones de la libertad. El contrato condenatorio le pesaba en los pensamientos y las escenas de las cuales fue actor principal habían dejado tras sí tales impresiones que convertían su corazón en sede de la anarquía y la confusión. Los objetos que ahora tenía ante la vista y que la luna llena que flotaba entre nubes le permitía examinar no podían inspirar la calma que tanto necesitaba. El desorden de su imaginación se vio acentuado por lo salvaje del escenario que lo rodeaba, por las lóbregas cavernas y empinados peñascos que se erguían unos sobre otros y dividían a las nubes que pasaban, por los solitarios grupos de árboles dispersos aquí y allá, entre cuyas gruesas ramas entretejidas el viento nocturno suspiraba, ronco y plañidero, por el agudo grito de las águilas de montaña, que habían construido su nido en esos desiertos desolados, por el aturdido rugido de los torrentes, que henchidos por las últimas lluvias se precipitaban con violencia y caían en tremendos precipicios y por las oscuras aguas de lentas corrientes torpes, que reflejaban débilmente los rayos de la luna y bañaban la base de la roca en que se hallaba Ambrosio. El abad lanzó en torno una mirada de espanto. Su infernal conductor seguía a su lado, y le dedicaba una mirada, mezcla de desprecio, júbilo y malicia.

-¿Adónde me trajiste? -preguntó el monje al cabo, con voz hueca y temblorosa. ¿Por qué me pones en esta melancólica escena? ¡Sácame de aquí enseguida! ¡Llévame a donde está Matilde! El demonio no respondió, y continuó mirándolo en silencio.

Ambrosio no pudo sostener la mirada; apartó los ojos mientras el demonio hablaba así:

-¡Lo tengo, entonces, en mi poder! ¡Este ejemplo de piedad! ¡Este ser sin tacha! ¡Este mortal que supuso que sus minúsculas virtudes estaban al nivel de las de los ángeles! ¡Es mío! ¡Irrevocable, eternamente mío! ¡Compañeros de mis sufrimientos, moradores del infierno! ¡Qué grato será mi presente!

Calló; luego se dirigió al monje:

-¿Llevarte con Matilde? -continuó, repitiendo las palabras de Ambrosio. ¡Infeliz! ¡Pronto estarás con ella! Bien te mereces un lugar a su lado, pues el infierno no puede jactarse de un descreído más culpable que tú. ¡Escucha, Ambrosio, mientras te revelo tus delitos! Derramaste la sangre de dos inocentes: Antonia y Elvira perecieron por tu mano. ¡Esa Antonia de la que te adueñaste era tu hermana! ¡Esa Elvira a quien asesinaste te había dado a luz! ¡Tiembla, desorbitado hipócrita, inhumano parricida, incestuoso violador! ¡Tiembla ante la magnitud de tus crímenes! ¡Y tú eras el que se consideraba a prueba contra las tentaciones, absuelto de las fragilidades humanas y libre de los errores y el vicio! ¿Entonces el orgullo es una virtud? ¿La inhumanidad no es un pecado? ¡Sabe, hombre vano, que hace tiempo te señalé como mi presa! Vigilé los movimientos de tu corazón, vi que eras virtuoso por vanidad, no por principio, y aproveché el momento adecuado de la seducción. Observé tu ciega idolatría de la imagen de la Madona. Hice que un espíritu subordinado pero taimado adoptara una forma similar, y cediste con avidez a los halagos de Matilde. Tu orgullo se sació con las

zalamerías de ella. Tu pasión sólo necesitaba una oportunidad para revelarse. Corriste con ceguera a la trampa, y no tuviste escrúpulos en cometer un delito del cual culpaste a otro, con insensible severidad. Yo fui quien puso a Matilde en tu camino; yo quien te dio entrada a la alcoba de Antonia; yo quien hizo que se te diese la daga con que atravesaste el pecho de tu hermana; y yo quien previno a Elvira, en sueños, de tus designios contra su hija, y así, al impedirte aprovechar el sueño de ésta, te empujé a agregar la violencia, lo mismo que el incesto, al catálogo de tus crímenes. ¡Escucha, escucha, Ambrosio! Si te me hubieras resistido un minuto más, habrías salvado el cuerpo y el alma. Los guardias a quienes escuchaste a la puerta de tu prisión iban a hacerte conocer el perdón. Pero yo ya había triunfado. Mi ardid había tenido éxito. Apenas podía proponerte delitos con más rapidez de la que ponías en ejecutarlos. Eres mío, y ni el Cielo puede rescatarte de mi poder. No esperes que tu penitencia anule nuestro contrato. Abandonaste tu acceso a la misericordia y nada puede devolverte los derechos a que tan tontamente renunciaste. ¿Crees que tus pensamientos secretos se me escaparon? ¡No, no, los leo todos! Confiabas en que aún te quedaría tiempo para el arrepentimiento. ¡Vi tu artificio, supe de su falsedad y me regocijé de engañar al engañador! Eres mío sin reservas; ardo por poseer mis derechos, y no saldrás vivo de estas montañas.

Durante el monólogo del demonio, Ambrosio se sintió anonadado de terror y sorpresa. Esta última declaración lo despertó.

-¿Que no saldré de estas montañas con vida? -exclamó ¡Pérfido!, ¿qué quieres decir? ¿Olvidaste nuestro contrato?

El demonio respondió con una carcajada maliciosa.

-¿Nuestro contrato? ¿No cumplí con mi parte? ¿Qué más prometí que salvarte de tu prisión? ¿No lo hice? ¿No estás a salvo de la Inquisición... a salvo de todos, menos de

mí? ¡Fuiste un tonto al confiar en el diablo! ¿Por qué no estipulaste que querías la vida, el poder y el placer? Entonces todo se te habría concedido; ahora tus reflexiones llegan tarde. ¡Descreído, prepárate para la muerte; no te quedan muchas horas de vida!

Al escuchar esta sentencia, los sentimientos del miserable condenado fueron horrendos. Cayó de hinojos y levantó los brazos al cielo. El demonio leyó su intención y la impidió.

-¿Qué? -exclamó, lanzándole una mirada de furia. ¿Aún te atreves a implorar la piedad del Eterno? ¿Quieres fingir penitencia y volver a hacer un papel de hipócrita? Miserable, abandona tus esperanzas de perdón. ¡Así me aseguro yo de mi presa!

Al decirlo, hundió las garras en la tonsura del monje y saltó con él de la roca. Las cavernas y montañas devolvieron los alaridos de Ambrosio. El demonio siguió elevándose, hasta que al llegar a una enorme altura soltó al sufriente. El monje se precipitó de cabeza en la aérea desolación; lo recibió la aguda punta de una roca y rodó de precipicio en precipicio, hasta que, magullado y destrozado, quedó en la orilla del río. La vida aún alentaba en su desdichado cuerpo. En vano intentó levantarse. Sus miembros fracturados y dislocados se negaban a cumplir con sus funciones, y no pudo alejarse del lugar en que había caído. El sol se elevó sobre el horizonte; sus ardientes rayos cayeron de lleno sobre la cabeza del pecador agonizante. El calor atrajo a miríadas de insectos, que bebieron la sangre que manaba de las heridas de Ambrosio. Éste carecía de fuerzas para ahuyentarlos y se adhirieron a sus llagas, le clavaron los aguijones en el cuerpo, lo cubrieron con sus multitudes y le infligieron las torturas más agudas e insoportables. Las águilas de los peñascos le desgarraron la carne en pedazos y le arrancaron los ojos con sus corvos picos. Una sed quemante lo atormentaba; oyó el murmullo del río que

corría a su lado, pero en vano se esforzó por arrastrarse hacia el sonido de las aguas. Ciego, mutilado, impotente y desesperado, ventiló su furia en blasfemias y maldiciones, execró su existencia, aunque temía la llegada de la muerte destinada a entregarlo a tormentos aún mayores. Seis desdichados días languideció el mísero. Al séptimo se levantó una violenta tempestad. Sus furiosos vientos pulverizaron rocas y bosques. El cielo estaba negro de nubes, y de pronto se cubría de láminas de fuego; la lluvia caía en torrentes. El agua llenó el río, que desbordó sus orillas. Las olas llegaron al punto en que yacía Ambrosio, y cuando la corriente se apaciguó trajo consigo, hasta el río, el cadáver del desesperado monje.

FIN